

AGLAIÁ

FEMINISTA

40 RELATOS INCÓMODOS



FEMI
NISMO
INC.

Hsai
24

AGLAIA

FEMINISTA

40 RELATOS INCÓMODOS

ÍNDICE

Presentación.....4

40 relatos incómodos.....5

Parte 1 - Crónicas de una feminista defectuosa

- Crónicas de la feminista defectuosa: Cejas perfectas, rivalidad femenina, sororidad y otros temas complejos.....8
- Una feminista nace, no se hace: algunas consideraciones sobre las preguntas correctas que deberías hacerte en una sociedad machista.....13
- Las crónicas de la feminista defectuosa: Entre la guerra contra lo masculino y la búsqueda de la equidad.....19
- ¿Cuándo comencé a ser feminista? Mejor aún: ¿Cuándo no lo he sido?.....23
- Decálogo de la mujer insoportable.....29

Parte 2 - Nosotras en las letras

- La nueva mujer intelectual: los peligros de una pluma creadora.....40
- La histérica, la loca y la feminazi: las nuevas etiquetas para la mujer intelectualmente inquieta.....42
- ‘Manual para mujeres de la limpieza’ de Lucia Berlin.....45
- Escribir para sobrevivir: el poder de la mirada femenina sobre la literatura.....47
- Clarice Lispector: escribir como una forma de liberación.....51

Parte 3 - Modo cine y televisión

- Cuando el amor es una condena: De «You» de Netflix al amor como arma.....54
- Game of Thrones y el rol de la mujer: De Sansa a Arya Stark, la ruptura del estereotipo tradicional.....58
- En defensa de Elle Woods. Vestir de rosa está bien.....63
- No, no hay que sufrir como “Escenas de un matrimonio”. Mila y Jonathan necesitaban un psiquiatra.....70
- Matrix de Lauren Groff.....73

Parte 4 - Visibilizarlas a ellas

- El poder liberador de la escritura.....78
- El anonimato histórico y la mujer que batalla por su nombre.....82
- La historia de una mujer caballo: El arte de ser mujer en tiempos de tempestades.....85

AGLAIA

FEMINISTA

40 RELATOS INCÓMODOS

- El peligro de las mujeres locas: Alejandra Pizarnik.....88
- Las mujeres sin nombre o por qué Georgia O’Keeffe representa a la mujer que eres.....91

Parte 5 - Violencias absurdas

- Cuando la violencia está en todas partes: Todo lo que debes saber sobre la cultura de la violación.....95
- La víctima de Neruda: La vergonzosa página de la historia latinoamericana de la que nadie habla lo suficiente.....98
- La víctima sin rostro: Cultura, violencia, silencio.....101
- De pequeños secretos incómodos: el maltrato de la mujer y la normalización de la violencia.....106
- La violencia de género alcanza una nueva dimensión: Unas reflexiones sobre las redes sociales como instrumento de acoso sexual.....110

Parte 6 - En este país, mi país, tu país

- El miedo sin rostro: En Venezuela, todas las mujeres son víctimas.....114
- Entre la hipocresía y el disimulo: el feminismo a la venezolana.....117
- Un fragmento de espejo roto: El país de los dolores invisibles.....119
- De los viejos y nuevos demonios culturales: Caracas machista.....123
- El machismo invisible: el lamentable ABC de la víctima propiciatoria.....125

Parte 7 - Alma inquieta

- El ideal y la noción sobre la individualidad femenina: Una batalla diaria.....130
- Igualdad y otros dolores no resueltos: La mujer actual y la batalla por la identidad.....132
- Una batalla silenciosa: el ‘bullying’ entre mujeres.....136
- El ¿problema? de la mujer creativa.....139
- Todos los rostros de la hipocresía cultural: La mujer que no existe.....146

Parte 8 - Crónicas de la activista convencida

- Soy tu feminista de guardia: Discusiones, duras y triviales en la vida de una activista.....151
- El Arte de hacer «Lo que te da la gana»157
- Crónicas de la activista convencida: Todas las formas de odio se parecen demasiado.....164
- Tetas afuera y el mensaje político necesario.....170
- El futuro es femenino: Las cosas que las mujeres hemos logrado con el esfuerzo cotidiano.....173

Ficha de la autora.....178

Créditos.....179

PRESENTACIÓN

La conocí en un foro feminista en Caracas. Ya la seguía por sus redes y compartía sus arengas y reclamos ante injusticias del diario acontecer. Enseguida me dijo: quiero escribir para FeminismoINC. ¡Para mí fue una excelente noticia esa! Significaba incorporar a mi grupo de blogueras a una big leaguer que enseguida, como sospeché, le subió el rating y nivel a las conversaciones que sosteníamos con nuestras seguidoras con cada publicación hecha.

Aglaia fue una fuente de inspiración para nuestro movimiento, pero sobre todo, una referencia inmediata y cercana sobre la importancia de expresar lo que no funciona, lo que desagrada, lo que debe ser transformado para tener una convivencia mínimamente amable.

Las diferencias entre nosotras dos eran más que notorias. Distintas edades, ámbitos de trabajo, personalidades, procedencias. Pero ninguna de ellas se tradujo en brechas que nos separaran sino más bien en espacios de convergencia para poder unirnos y amplificar voces y miradas en torno al feminismo, que es en sí un movimiento diverso y complejo.

Desde diciembre 2018, Aglaia, con una disciplina envidiable, ha enviado a nuestra plataforma un artículo por semana donde se vuelca ella completa, con anécdotas personales, con inquietudes íntimas, con afirmaciones tejidas por finos hilos de pensamientos y emociones que influyen y son influidos por su entorno vivido e imaginado.

Estemos o no de acuerdo con el 100% de sus planteamientos, los artículos escritos por Aglaia nos dan la posibilidad de pensarnos, reflexionar, discutir y conversar. Para mí, su principal valor radica en que nos interpelan, nos ponen a dudar, nos consuelan y desesperan. Todo al mismo tiempo.

Este ebook “40 relatos incómodos”, es un homenaje a su prolífico legado en el marco del Día Internacional de la Mujer 2024, tras cinco años de trabajo conjunto.

“40 relatos incómodos” no es simplemente un conjunto de historias; es un viaje íntimo y provocador que invita a la reflexión y desafía las convenciones sociales. Aglaia ha logrado plasmar con verdadera maestría y prosa envolvente, una colección de relatos que exploran las complejidades de las relaciones humanas, la identidad, el poder y, por supuesto, la experiencia de las mujeres en la sociedad actual.

La pluma de Aglaia nos sumerge en narrativas profundas y ricas, para invitarnos a cuestionar y desafiar las normas preestablecidas que perpetúan desigualdades entre sexos. Ella nos insta a confrontar lo incómodo, a cuestionar lo establecido y a buscar una comprensión más profunda de las complejidades que rodean la vida de nosotras las mujeres, por ser eso, mujeres.

“40 relatos incómodos” esperamos que sea una contribución valiosa a la literatura feminista contemporánea, que inspire conversaciones significativas y promueva más conciencia social.

Invito a embarcarse en este viaje literario. Permitan que las palabras de Aglaia Berlutti resuenen en sus corazones y despierten un sentido renovado de empatía y solidaridad. Que cada una de sus páginas sea un llamado a la acción, a la reflexión y a la construcción de un mundo más equitativo para todas las personas. ¡Disfruten, como hemos hecho nosotras, de esta experiencia literaria transformadora!

Susana Reina

40 relatos incómodos

Hablar sobre lo femenino — lo que es, lo que no es o lo que debería ser — en esta época no es sencillo. Por supuesto, la ventaja es que ahora todo lo referente al Universo de la mujer existe, puede crearse como concepto, identidad, incluso disfrutarse como idea personal. Durante siglos, la mujer no existió. Fue una especie de rostro anónimo social que gravitaba en sus deberes orgánicos y el rol social lapidario: Era la madre silenciosa junto al fogón, la que cuidaba a los niños, la que sostenía el hogar. La hija que aprendía cómo “ser una buena mujer”. La joven esposa asustada y preocupada de “complacer”. Más tarde, la madre y el ciclo parecía extenderse de manera infinita, ordenarse en una especie de cadena de producción social donde la mujer acababa transformándose en una identidad borrosa, inexistente, utilitaria.

De manera, que ya de por sí esa es una ventaja de esta época: poder hablar de lo femenino como elemento individual, como género más allá de su figura como madre y esposa. No obstante, esa herencia histórica es ineludible, continúa allí, flotando en algún lugar de nuestra conciencia cultural. La raíz de ese machismo sutil, de esa femineidad de extremos, de ese estereotipo en ocasiones aplastante. Inevitable, tal vez.

No obstante, en medio de esos dos extremos de una misma idea — la contraposición entre existir y ser una idea social — la femineidad continúa siendo una experiencia, un concepto que se construye a diario, creándose a medida que la mujer, la real, la falible, la fuerte, la poderosa, va avanzando en descubrir el núcleo mismo de su identidad. Y esa experiencia no excluye a nadie: todas somos partícipes de esta gran historia.

El dolor palabra a palabra

Hace unas cuantas décadas atrás, las mujeres no teníamos demasiadas opciones. La biología imperaba. De manera que la decisión era obvia: o eras esposa y madre, o no eras mujer. Pero en esta época, tienes la potestad de decidir. Lo que quieras, lo que desees, lo que construyes. Tu útero no te define, tampoco tus emociones. Puedes ser madre sin dejar de tener aspiraciones, puedes ser esposa sin perder individualidad. Puedes ser fuerte y aun así sensible. Puedes ser, en resumen, lo que quieras.

¿Te parece obvio? No lo es tanto. En la mayoría de los países de Latinoamérica, la maternidad se sigue considerando ineludible. En muchos países de Asia, las niñas de doce años o incluso menos, son entregadas en matrimonio a hombres que les triplican la edad. Se insiste en sujetar la identidad femenina a una idea tan vieja como retorcida: la de estar supeditada a las expectativas sociales y culturales primitivas.

De manera que sí, la mujer moderna tiene opciones. Y ninguna de ellas define su femineidad. La femineidad es sin duda esa manera esencial en que una mujer comprende el mundo, su entorno, su realidad.

Ni puta, ni marimacho, ni odiadora de hombres, ni feminazi: La femineidad está en tu mente y la defines como prefieras.

Ocurre a diario: la sociedad insiste en etiquetar la femineidad de alguna manera, como si a través de un título — o un insulto — pudiera comprenderla mejor. Sintetizar sus implicaciones, limitar su capacidad de expresión. Entenderla, quizá. Y esa necesidad, parece haberse trasladado a nuestra concepción cultural sobre lo que debe ser la mujer. O se supone que debería en todo caso.

No obstante, la mujer actual no necesita vestirse de rosa y encajes para reafirmar su femineidad. Tampoco es menos mujer por llevar pantalones y el cabello corto. La mujer de mi generación está luchando para destruir esa imagen empalagosa y esquemática, para alcanzar una identidad propia, construyendo a base de creatividad, poder y conocimiento. La mujer actual es fuerte, hermosa, libre por derecho propio, su mejor obra de arte. Y es esa búsqueda, esa reafirmación, una nueva idea en sí misma, una manera concluyente de comprender quién es, a dónde dirige y que desea.

Mi cuerpo es un templo. Mi sexo, una forma de expresión.

Durante mucho tiempo, la sexualidad de la mujer fue tachada de pecaminosa. Apoyada en una idea deformada de control religioso y moral, la feminidad “aceptable” no tenía relación alguna con su cuerpo, su manera de expresar el deseo sexual, su necesidad de hacerlo. Pero la mujer de nuestra época está aceptando poco a poco — tal vez con esfuerzo — que su cuerpo es un templo: de placer, de deseo, de lujuria, de experimentación, de creación. La mujer de nuestra época está comprendiendo que el sexo es deseo, que puede ser frívolo o significativo, que puede ser solo una necesidad orgánica o una expresión de amor. En resumen, la mujer actual sabe el valor de su sexo más allá de la metáfora y disfruta del deseo con la libertad de quien puede ejercerlo como forma de expresión.

La Religión no tiene el derecho de restringir tu identidad: El poder Divino de lo femenino.

Una vez, pregunté a una de las monjas del colegio donde me educé, porque aceptaba ejercer aquel papel pasivo, sumiso y servil dentro de la jerarquía eclesiástica. Se lo pregunté no por reproche si no por sincero asombro. ¿Su respuesta? Una larga discusión sobre el valor de la humildad y luego, castigarme sin recreo por dos semanas. Lo previsible supongo. Pero años después, ya estando en la Universidad, alguien me comentó que aquella misma mujer — una cuarentona irascible y áspera que siempre pareció indudablemente triste — había abandonado la escuela, colgado los hábitos y era maestra de escuela en un lugar remoto de Venezuela. Y se había casado. La noticia me alegró pero sobre todo me conmovió. La comprendí como una liberación, una manera de expresar una opinión sobre el mundo y si misma.

Por años, la religión fue una manera de control moral que ejerció poder absoluto sobre la mujer. Siglos, donde lo eclesiástico condenó a la mujer por el mero hecho de serlo. La religión como mordaza, como huella moral que parecía exigir de la mujer silencio, una lenta castración de su espíritu. No obstante, la mujer de esta época, comprendió finalmente que la religión no es una soga moral que impone un criterio, si no una manera de crear. ¿La prueba? El auge de creencias donde la Divinidad femenina es protagonista, la necesidad de un encuentro de lo esencial de la Divinidad creacionista en contraposición con la mecanicista. Una manera de fe que libera, no limita.

Dios como mujer.

La independencia: el poder de crear y ser.

Cuando era una niña, mi abuela me dio el mejor consejo que me ha dado nadie: “Ten siempre en el bolsillo lo suficiente para comer, para ir y venir a tu antojo. No le obsequies tu libertad a nadie”. Una idea que siempre medité y que siendo adulta, ha sido uno de mis principios irrenunciables. La mujer fue durante mucho tiempo educada para depender del hombre, para resignarse a su minusválida moral y social. No obstante, la mujer de mi generación sabe el poder de la libertad, el poder de sostenerse sobre sus propios pies y concebir su mundo, su manera de crear con total libertad.

Cinco aprendizajes que parecen obvios, que quizá damos por sentados, pero que durante siglos fueron imposibles de concebir tal como lo hacemos hoy. Y tal vez por ese motivo, las interrogantes se multiplican, para bien. ¿Quiénes somos las mujeres actuales? ¿A dónde vamos? ¿Qué deseamos más allá de ese papel histórico que aún se insiste en otorgarnos? Muchas de estas preguntas carecen aún de respuestas: quizá por las construimos todos los días, a cada paso, una a la vez.

Aglaia Berlutti



Parte 1 - Crónicas de la feminista defectuosa

Cejas perfectas, rivalidad femenina, sororidad y otros temas complejos

Esta historia comienza así: hace unas dos semanas, mi madre—fashionista, sofisticada y mucho más atenta a la moda que su descuidada hija—me obsequió una “micropigmentación” del arco de cejas. La miré sin saber qué responder cuando me informó que tenía una cita con una reputada dermatóloga de la ciudad y que ella correría con los gastos. Bueno, eso es distinto a los regalos habituales: perfumes estrafalarios que jamás usaré y ropa estrecha que va contra mi propósito de vida de celebrar la comodidad práctica.

—¿Y qué se supone que es una “micropigmentación”?—pregunté al cabo de algunos minutos de incómodo silencio.

—Una profesional te tatuará cabello a cabello las cejas, para que recuperen su forma y tamaño original.

—¿Original?

—Antes que...

Hizo una mueca que pareció abarcar todo mi rostro. No tenía que explicar mucho más. Durante los últimos años, el arco de mi ceja ha seguido el caprichoso dibujo de mi pulso torpe: Nunca he logrado encontrar la forma correcta para mi rostro, el grosor o incluso, un aspecto lo suficientemente pulcro como para que me satisfaga. Al final, como cualquier mujer sin muchos conocimientos sobre estética, termino maquillándolas de manera cuidadosa y delicada. Sin un gran resultado, debo admitir.

—No me tatuaré las cejas—anuncié escandalizada.

—No es un tatuaje. O lo es—admitió cuando la miré incrédula—pero es algo especializado, vello a vello y que mejorará tu aspecto físico.

Mi madre suele tener una forma muy dura de criticar como luzco. Lo hace con ese desparpajo que asumo es común de todas las madres y que las pone a salvo de cualquier sensibilidad. De modo que las discusiones sobre cómo me visto, maquillo o peino, han sido parte de nuestras conversaciones desde que recuerde. Para mi madre, la apariencia física es de capital importancia, no importa mis impacientes protestas sobre la tiranía estética del país, la vanidad venezolana o cualquier otro argumento con el cual intente detener el caudal de consejos bienintencionados sobre cuál debería ser mi aspecto. Pero sin duda, esta nueva táctica—el regalo inevitable—es por completo nueva. Sacudí la cabeza, alarmada.

—Ni pienses que me haré algún tratamiento facial sin conocer hasta el último detalle—anuncié con nerviosismo. Mi madre puso los ojos en blanco.

—Lo suponía. Hablaremos con la doctora antes.

La doctora resultó ser una mujer encantadora que escuchó mis dudas y reclamos con mucha más paciencia que mi madre. Le expliqué que me negaba en redondo a tatuarme las cejas—no es un tatuaje, es imitar los vellos naturales perdidos, me aclaró—, mi temor a parecer algún tipo de criatura alienígena—se verán suaves y naturales, me aseguró—y al final, mi desconcierto por la necesidad de algo semejante. Mi madre apretó los labios furiosa, pero en apariencia conteniendo la mirada de comentarios que se le vinieron a la cabeza en consideración al lugar en que nos encontrábamos. La doctora sonrió.

—Esa es una buena pregunta que casi ninguna paciente hace—admitió—y debería hacerla. Resueltas las dudas—y sobre todo, luego que la doctora me asegurara en todas las formas posibles que no sentiría dolor—decidí someterme al tratamiento, que por otra parte no es del todo permanente. Con suerte, la micropigmentación durará un año o un poco más, después de lo cual, el pigmento desaparecerá dejando a mis cejas con su aspecto desordenado habitual. Pero

para entonces “desearé repetir el tratamiento lo antes posible” me aseguró la doctora.

— Ya veremos.

—¿Y mi otra pregunta?

—Te la respondo mientras trabajo.

En sí, la micropigmentación es un proceso indoloro pero laborioso. Tal y como me había explicado la doctora, se trata de tatuar con una aguja de pigmento casi milimétrica, cada vello perdido que pueda afectar la forma y grosor de mis cejas. Inclinada hacia mi rostro, la doctora tenía una expresión concentrada y cuidadosa que me agradó.

— En Venezuela, las mujeres compiten de manera muy dura y desleal entre sí—dijo de pronto la doctora—esa es la respuesta a la necesidad de este tratamiento y tantos otros. Nuestra cultura te convence desde muy niña que debes ser la mejor versión de ti misma y eso incluye, el aspecto físico.

Nada que me sorprenda, pienso mientras siento la presión de la aguja en la piel—por ahora nada de dolor—y el olor de la tinta médica. Le cuento a la doctora sobre mi constante análisis sobre el comportamiento de la mujer latinoamericana y sobre todo, la percepción de la belleza como un arma de enfrentamiento. Suspira, con cierta tristeza.

— Nada más cierto—me dice—aquí me vienen mujeres a que, literalmente, las haga “más bellas” para triunfar. Es algo duro, cuando te llega aquí una abogada, una contadora, una arquitecta y te dice que debe verse “divina” para lograr que le presten atención en la escala administrativa. Que sólo así podrá obtener el sueldo, el lugar que aspira.

No digo nada. Pero recuerdo todas las veces en que mis amigas más queridas han debatido sobre las normas de vestir y de apariencia en las oficinas en las que trabajan. En las insinuaciones, críticas y comentarios que han recibido de jefes y compañeros. Mi madre, ejecutiva de una empresa transnacional, se mueve inquieta en la silla.

— No se trata de eso. Eres lo que muestras—me dice.

— Eso es un prejuicio.

— En Venezuela es una realidad—insiste.

La doctora sacude la cabeza. El proceso continúa y comienzo a sentir dolor. Pequeñas puntaditas sobre la piel, rápidas como para que no me produzcan incomodidad, pero evidentes como para que me pongan nerviosa. Intento soportar con cierta dignidad la eventualidad.

— A lo que se refiere la doctora, es al tema que el triunfo social dependa de la belleza—aclaro—eso es cuando menos...perturbador.

— Y es de un nivel de exigencia imposible—añade la doctora. Detrás del tapabocas, frunce el entrecejo—lo es, porque en Venezuela, la cultura de la Miss es un requisito invisible. Te pesa, lo llevas a todas partes, aunque no lo sepas. Me llegan mujeres de diecisiete años pidiendo una inyección de Botox porque tienen “una arruguita” entre las cejas. O exigiendo tratamientos para “reafirmar la piel” cuando aún tienen las mejillas llenas de acné. Todo eso es peligroso y síntoma de algo más complicado.

Me recorre un escalofrío. Pienso en mi aspecto a los diecisiete años. Una niña mujer de cabello alborotado, cutis enrojecido y cuerpo flaco. Recuerdo la presión de mis compañeras de clases, la sensación de ser inadecuada, de encontrarme en el lugar incorrecto. ¿De haber existido una solución cosmética a la incomodidad la habría probado? ¿La habría...?

— En Venezuela, se educa a la mujer para ser contrincante, no cómplice—dice la doctora de pronto—y eso, es parte de la cultura. Lo demás es consecuencia.

Una de mis amigas, suele decir que no hay un crítico más feroz y encarnizado que una mu-



jer y mucho más si se trata de escudriñar el comportamiento y el aspecto de otra. Recuerdo la idea mientras leo los comentarios que provocó en mi front page de Facebook una imagen en la que se puede leer “Necesitamos muchas más brujas rebeldes que princesas aburridas”. La frase provocó un inmediato debate en el que la mayoría de los comentarios se burlaban de las mujeres que preferían el color rosa, llevar maquillaje y usar vestido y en el que se dejó muy claro que una mujer que disfrutara de la imagen tradicional de lo femenino merecía ser atacada y menospreciada. No se trató solo de un tipo de crítica despiadada y burlona, sino de un virtual linchamiento público: de pronto, las casi doscientas opiniones parecían coincidir de manera muy directa en que “una mujer moderna” debe atenerse a cierto comportamiento y aspecto para ser aceptada, respetada e incluso disfrutar de cierta consideración pública. Una insistente ridiculización hacia una percepción de lo femenino que la mayoría de quienes participaban en la discusión, consideraban anticuado e incluso inaceptable. Lo más sorprendente fue el ataque hacia la mujer que toma una decisión concreta sobre su aspecto y comportamiento. Una nueva forma de control de sorprendente virulencia

No obstante, lo más preocupante del tema no fue el ataque burlón e irrespetuoso contra la mujer que toma decisiones específicas sobre su aspecto físico y comportamiento, sino que la mayoría de los comentarios provinieron de otras mujeres. Me entristeció la saña, la violencia y agresividad no solo de las críticas, sino el pensamiento que toda mujer debe soportar este tipo de ataque con una enorme frecuencia. Como si se tratara de una condición inevitable, la colección de opiniones mal intencionadas y en su gran mayoría destructivas, me dejó claro que la mujer de nuestra época aún no se libera del impulso de menospreciar y criticar el comportamiento de otras.

La anécdota me hace recordar los estudios de Tracy Vaillancourt y Aanchal Sharma, psicólogas de la Universidad de Ottawa que llevaron a cabo un experimento sobre la amistad entre mujeres que llegó a conclusiones perturbadoras. Las científicas reclutaron dos grupos de mujeres en los primeros años sobre la veintena a las que se les explicó que participarían en un experimento sobre “la amistad y la fraternidad”. Se estimuló las conversaciones entre los grupos por varias horas hasta que, por último, fueron interrumpidas por una mujer joven y bella. Una de ellas vestía de manera conservadora, mientras la otra llevaba ropa provocativa. Las reacciones entre ambos grupos fueron contradictorias y sorprendentes: mientras la mayoría de las mujeres del primero aceptaron con amabilidad a la recién llegada de aspecto sobrio, el que debió interactuar con la mujer de atuendo provocativo reaccionó con mal humor y malestar. Se trató de una reacción visceral y casi espontánea, a la que ninguna de las participantes en la investigación pudo darle nombre o definir. Para ambas investigadoras, el hecho demostró los alcances de las reacciones inconscientes entre mujeres, fruto de la educación, la cultura y el entorno de las que muy pocas veces somos conscientes.

La doctora acaba con la primera ceja y me permite mirarme en el espejo. Entre la piel inflamada y enrojecida, la ceja tiene un aspecto impecable y casi natural. Ella sonríe cuando observo mi reflejo con una rara atención desconcertada. Tengo la impresión de que no reconozco a la mujer en el espejo, que no tengo idea de quién se trata, con su mirada sorprendida y su mueca de tensión ansiosa.

— Se ve bien ¿No es así?

En realidad, no sé cómo se ve. El marco de la ceja añade interés a mi ojo y como fotógrafa, sé que el cambio visual será evidente y agraciado. Pero la mera idea que un detalle tan insustancial pueda tener relación inmediata con mi autoestima me abruma un poco. Porque así sucede ¿No? ¿Cuántas mujeres no se mirarán en este mismo espejo y pensarán en el alivio de ser hermosas? ¿En la importancia de ese renacer de imagen e identidad que dota un procedimiento cosmético sencillo? Eso es bueno, claro, pero ¿qué tanto dependemos de

esa idea de la belleza? Recuerdo que en una ocasión, una conocida me dijo que se sometería a una cirugía estética para “demostrar lo que había debajo de las arrugas prematuras”. ¿Demostrarlo a quién? pensé con un sobresalto en esa oportunidad. ¿Qué nos obliga a insistir en esa mirada sobre lo bello y lo feo? ¿De esa percepción sobre el aspecto físico como una herramienta para la rivalidad?

La doctora comienza con el proceso en la ceja izquierda. Por algún motivo, ahora siento dolor desde el principio pero no digo nada. En realidad, se trata de una sensación dolorosa. Una rara asimilación de mi cuerpo transformándose. Una vez leí que los guerreros mayas se tatuaban el cuerpo a fuego vivo porque el sufrimiento de la carne quemada les recordaba el valor y el sentido de la vida. Por supuesto, los ligeros piquetes de la aguja ni se comparan a una monumental quemadura, pero tiene su sentido. Las mujeres de todo el mundo se someten a diario a todo tipo de operaciones y procedimientos médicos en busca del ideal de belleza. De lo hermoso como expresión de un yo caótico que poco o nada tiene que ver con las sesudas consideraciones sobre lo estético que llenan la literatura universal. Ser hermoso en nuestra época es un requisito. Un deber. Una obligación. Una batalla silenciosa. Mi madre suele decir que no se es hermosa para los hombres, sino para impresionar a otras mujeres. Suelta una carcajada cuando lo digo en voz alta en el consultorio.

— Es así—dice con toda tranquilidad—la mayoría de las mujeres luchan por ser más atractivas que las otras. No por llamar la atención de nadie.

¿Por qué compiten las mujeres entre sí? No se trata de un cuestionamiento que tenga una respuesta sencilla: por siglos, las mujeres han sido alentadas a enfrentarse para lograr satisfacer los restringidos patrones sociales que intentan—sin lograrlo nunca—definirla. Una batalla silenciosa que convierte las relaciones femeninas en un ambiguo campo de batalla. Mujeres que critican el aspecto físico de otras mujeres, su conducta, su forma de comportarse, su libertad sexual, incluso decisiones privadas como la maternidad y su capacidad reproductiva. Mujeres que menosprecian, estigmatizan y agreden a otras mujeres en busca de revalorizar su propia autoestima. Se trata de un hábito tan antiguo como pernicioso y que la mayoría de las veces resulta inevitable.

Tal vez por ese motivo, la palabra “sororidad” se ha hecho cada vez más común e insistente en la forma en cómo comprendemos las complejas relaciones entre mujeres de nuestra época. Se trata de un término discreto, que muy pocas veces se analiza a cabalidad, pero que define un nuevo tipo de comportamiento femenino: el de la confraternidad de género. Una nueva forma de expresión de la amistad y las relaciones personales entre mujeres, basadas en un tipo de solidaridad y fortaleza intelectual desconocido en nuestra cultura. Una hermandad entre mujeres que se perciben en posición de igualdad y respeto, gracias a la cual la agresión insistente se minimiza y se convierte quizás en una percepción más saludable sobre nuestra identidad. No hay bandos ni competencia, sino una comprensión de la mujer—y más allá, el conglomerado de mujeres—como una expresión de profunda inteligencia intelectual y emocional.

No es una idea nueva: el feminismo promueve la sororidad desde hace más de cuarenta años, con la intención de crear nuevos patrones de conducta en los que la habitual competencia encarnizada entre mujeres—que nuestra cultura promueve como una forma de comprender lo femenino—se convierta en una percepción emocional mucho más poderosa. Según la escritora y política Marcela Lagarde, la hermandad entre mujeres es una forma de rechazo a la percepción de la mujer objeto, que debe competir por la atención y la consideración de quienes le rodean como una forma de convalidación personal. Para Lagarde, la sororidad brinda a la mujer un nuevo tipo de experiencia con respecto a su percepción de género e incluso como se comprende a sí misma.

¿Qué mujer no ha tenido que lidiar con ataques sutiles—pero no por eso menos agresivos—

vos—de otras mujeres en medio de relaciones interpersonales contaminadas por un tipo de enfrentamiento confuso? Sobre todo en nuestra época, donde el aspecto físico y los códigos estéticos se transforman en expresiones de triunfo y éxito personal, el ataque entre mujeres se hace más notorio y violento. Mucho más aún en países como Venezuela, en el que el triunfo social de una mujer se percibe a través de la belleza física y la admiración masculina que pueda despertar. Un tipo de conductas que esconden una profunda hostilidad que resulta difícil de interpretar y lo que provoca que la mujer deba luchar—sin armas y casi siempre a ciegas—contra ataques y el menosprecio de quienes le rodean. Como si eso no fuera suficiente, a la mujer occidental se le exige calzar en un tipo de estereotipo que niega su capacidad para expresar emociones, por lo que la competencia y la violencia emocional se convierten en conflictos solapados de enorme complejidad. Los rumores, chismes, la manipulación emocional como una forma de ataque se convierten en parte de una compleja estructura de ataque y violencia que toda mujer ha sufrido en algún momento de su vida, ya sea como testigo, víctima e incluso como agresora.

A la mujer se le ha enseñado que el valor personal depende del aprecio de la pareja y de quienes le rodean por encima de sus iguales, lo que hace que la rivalidad se convierta en una noción específica sobre la autovaloración y la autoestima. Lo enfrenta en todas partes: en la casa y en la oficina, en las relaciones de pareja y profesionales, entre amigas e incluso entre desconocidas. El señalamiento e infravaloración hacia otra mujer es no solo moneda común, sino también una forma de control tan común que apenas reparamos en su existencia. Y está en todas partes, forma parte de lo que somos como sociedad. El pensamiento me enfurece y después, me deja entristecida de una manera difícil de explicar.

Finalmente, la doctora termina con el laborioso proceso. Han transcurrido casi cuatro horas desde que todo comenzó y cuando me miro al espejo, me sorprende el resultado. Realmente tengo buen aspecto. Las cejas tienen un aspecto natural, abundante y juvenil. Incluso mi expresión ceñuda parece más relajada. La doctora me aprieta el hombro con amabilidad y se quita el tapabocas. Está sonriendo con cierta satisfacción.

- ¿Satisfecha?
- La verdad, sí.

Mi madre me mira con una de sus típicas miradas críticas. Pero en esta ocasión, sonrío también. Me acaricia la mejilla y sale del consultorio junto a la doctora. Y en esos instantes a solas, pienso en los rituales de esta nueva era donde la belleza es una mirada al abismo, una confrontación directa. Una forma de enfrentamiento privado en la que la necesidad de entablar relaciones femeninas saludables se hace parte no solo de un objetivo común, sino también parte de una expresión mucho más empática sobre lo que lo femenino puede ser. Una percepción en la que la solidaridad, la comprensión y la noción sobre el respeto mutuo sea una forma de comprendernos unas y otras. Una nueva percepción sobre la feminidad.

Una feminista nace, no se hace: algunas consideraciones sobre las preguntas correctas que deberías hacerte en una sociedad machista

Cuando era una niña, una de mis vecinas estaba obsesionada con el largo de mi falda. Cada vez que me veía caminar de mi casa hacia la escuela, se tomaba la molestia de salir y recordarme que estaba muy corta o tenía el largo correcto. Después siempre añadía “Recuerda que una es la piel que muestra”. Nunca le pregunté qué quería decir quizás porque tenía una idea bastante clara sobre el motivo de su insistencia. Después de todo, crecí en un país de niñas “buenas” y “perdidas”, de “putas” y “decentes”. Así que no era tan inocente como para no imaginar hacia donde apuntaba el recurrente comentario.

De manera que cuando cruzaba frente a su casa, me detenía un momento para subirme la falda muy arriba de la rodilla, todo lo que podía sin mostrar la ropa interior—e incluso, a veces decidía hacerlo—y pasaba caminando muy despacio, para que la vecina no tuviera duda de cuál era el largo de la falda, de la mucha piel que mostraba y de lo poco que me interesaba su opinión al respecto. La escuchaba gritar reclamándome “Te mereces tus buenos bofetones, mocosa malcriada” y luego corría para desaparecer en la esquina y soltarme la falda a su largo regular, un aburrido centímetro sobre la rodilla. La escena se repitió montones de veces y en todas las ocasiones, sentí un enorme placer infantil, absurdo y sin sentido de demostrarle a la vecina que podía llevar la ropa como mejor me pareciera. Y que sus insultos y gritos me divertían antes que cualquier otra cosa. Pero con todo, la experiencia me demostró algo muy concreto: el mundo te mira con mucha atención. Tanta como para decidir ex profeso y de manera directa, como debes vivir tu vida. Incluso en los pequeños aspectos de cuanto remangas la tela de tu falda sobre la rodilla.

La idea no se me olvidó. La recordé por años. Con insistente frecuencia. Porque a medida que crecí, me tropecé con todo tipo de pequeños límites que imponía esa mirada insistente de la cultura donde nací sobre mi vida. No se trataba de que yo fuera especialmente rebelde o transgresora—no lo fui, de hecho—sino que en mi país, la sociedad parece obsesionada con el comportamiento femenino. Y yo comencé a transgredir ese límite, siempre que podía, de todas las maneras que conocía. A hablar cuando no se suponía que debiera, a preguntar cuando debía estar callada. A leer lo que no debía, a interesarme por temas que una mujer de mi edad no tenía por qué discutir. A hacer cosas que se suponía, una mujer no debía interesarle.

Gradualmente, descubrí que conservar mi identidad implicaba enfrentarme a una serie de opiniones y criterios insoportables sobre mi vida y que dibujaban un tipo de mujer imaginaria que jamás sería ni me interesaba ser. Preocupada y desconcertada por la idea, durante años me pregunté dónde encajaba yo en el paisaje de lo femenino en mi país, cuál era mi lugar en esa serie de estereotipos y tópicos que parecían excluirme y aplastarme. Nunca lo supe o mejor dicho, nunca encontré esa pieza que podía definirme, ese espacio que podía considerar propio en medio de tantos trozos vacíos de identidad e información.

Años después, ya en la Universidad, creí que lo encontraría. Por algún motivo, nada más llegar al campus, descubrí que era feminista, aunque yo no lo sabía y la verdad, no me interesaba específicamente serlo. Pero lo era. En la medida que comencé a interesarme en la inclusión de la mujer a nivel cultural y social. En mi preocupación constante por imaginar una sociedad donde todos los ciudadanos tuvieran los mismos derechos y deberes. No tenía nociones sobre filosofía feminista, apenas había leído a Margaret Adwood y un poco más y aunque era fanática de Marcela Serrano, sabía que no era suficiente para considerarme activista de ningún movimiento político o ideológico en particular.

Para entonces, ya era una mujer que sabía muy bien lo que significaba mostrar o no mos-



trar piel y lo que podía implicar. Pero más aún, era una mujer que había crecido en una cultura que parecía muy preocupada no sólo por el largo de su falda, sino también, por lo que decía—o no—, lo que esperaba del futuro—o lo que no creía formara parte de él—y sobre todo, por la manera en que me concebía a mí misma. Con el transcurrir del tiempo, descubrí que no sólo la vieja vecina gruñona parecía obsesionada por mi comportamiento sino que la sociedad parecía mirar con mucha atención lo que hacían las mujeres de mi edad y de cualquier otra.

Una idea que comenzaba a molestarme—cuando no irritarme—y que finalmente me abrumó cuando comprendí que no sólo se trataba de un pensamiento social—un deber ser difuso—sino algo más profundo, complejo y preocupante que pesaba sobre la mujer como un peso real. La tradición histórica que te obliga, el peso cultural que te deforma la espalda mientras intentas sostenerlo con dificultad. Porque al final de cuentas, todas las mujeres llevamos auestas un fardo de ideas que no tenemos una idea muy clara de donde pudieron haber nacido, pero que están allí, para recordarnos lo que se espera de nosotras, lo que se asume debemos ser.

Una de mis amigas universitarias, solía insistir en que cada mujer encuentra un límite sobre su identidad muy pronto. En el largo de la falda—como insistía mi vecina—, en lo que puede o no hacer, en lo que puede o no aspirar. Era una feminista radical, de esas que suelen provocar chistes y burlas: llevaba el cabello muy corto, las axilas velludas, ropa muy ancha. Estaba convencida que cualquier patrón estético era una concesión al sistema, a la exigencia cotidiana de verte como “se supone debías verte” y le inquietaba que el resto no analizara el planteamiento de la misma manera. Solíamos sostener largos debates al respecto, que casi siempre terminaban en discusiones mal sonantes.

—¿Qué tiene que ver que yo desee afeitarme bajo los brazos con la defensa de mis derechos fundamentales como mujer?—le pregunté en una ocasión directamente. Me miró enfurecida y ofendida.

—La publicidad alienante te hace pensar que tu cuerpo debe cumplir ciertos cánones. Que debes verte como un maniquí impúber. Eso es una imposición masculina, patriarcal, que trivializa la complejidad de tu cuerpo.

Pensé en el motivo por el cual me afeitaba debajo de los brazos: lo hacía por mera higiene. Nunca había pensado en si tenía un buen o mal aspecto. Si era algo agradable de ver las axilas desnudas o de hecho, era un espectáculo desagradable para el posible curioso de ocasión. Cuando se lo dije, me explicó que el origen del hábito era “la publicidad que quería empujarme al ideal estético” y que hacerlo, era una manera de asumir que aceptaba un tipo de belleza “irreal”. No me dejé convencer.

—Me depilo porque quiero oler bien. Y en realidad el requisito es personal, no me lo pide nadie—volví a insistir.

—Eso se llama programación social. Ya lo deseas aunque no sabes por qué—me explicó. Y había cierto tono de conmiseración en su voz cuando lo hizo.

La idea me preocupó pero seguí afeitándome las axilas por supuesto, mientras ella continuó negándose a hacerlo. Seguí preguntándome si mis ideas sobre aspiraciones laborales justas, de derechos idénticos para hombres y mujeres, tenían que ver con el tamaño de mis vellos corporales o la cantidad de maquillaje que utilizaba, la ropa que llevaba o como me veía, en lugar de como pensaba. ¿O todo estaba relacionado? ¿Me estaba perdiendo de una idea esencial que yo disimulaba bajo esa insistencia mía de no aceptar cierto tipo de ideas que consideraba incómoda? ¿Se trataba realmente de una programación cultural tan sostenida y retorcida que había llegado a convencerme que necesitaba una hojilla de afeitar y un labial? No lo sabía, pero la idea me preocupaba con frecuencia, me hacía sentir de nuevo aislada, un poco a trozos. Como que nada parecía encajar en su lugar en mi mente o en mi vida.

Cuando me recibí de mi primera licenciatura Universitaria—leyes—entré a un mundo laboral esencialmente masculino, vertical y levemente despótico. En el bufete donde comencé a trabajar como pasante a los veintiún años, sólo había dos mujeres más y ninguna, en una posición de poder dentro del escalafón administrativo. Cuando pregunté directamente el motivo a uno de los abogados con que trabajaba, me dedicó una mirada extraña y brumosa.

— Pocas mujeres soportan este ambiente—me respondió.

No supe a que se refería hasta meses después, cuando decidí renunciar por los que supuse eran los mismos motivos por lo que lo habían hecho otras mujeres antes que yo. No soporté las restringidas aspiraciones laborales, el ambiente del club “de muchachos” que no admitía a una mujer que no se atuviera al estereotipo, por las escasísimas oportunidades para demostrar mi verdadera capacidad profesional. Para entonces, estaba lo bastante decepcionada de la licenciatura y del mundo de las leyes en general como para decidir abandonarlo. Pero aun así, renuncié al bufete no sólo por la frustración general y personal que me atormentaba por entonces, sino también por asumir la idea que el bufete no admitía mi visión de las cosas, que cualquier cosa que hiciera, tendría que atravesar esa serie de planteamientos e ideas sobre la mujer en las que yo no encajaba, en la que al parecer no llegaría encajar nunca.

Mi feminismo—o la idea que tenía sobre el concepto en todo caso— se convirtió en una idea permanente en mi vida, que afectaba y se relacionaba con todo lo que hacía, pensaba o decidía. Comencé a analizar de manera muy crítica lo que ocurría en mi país, en los ambientes y lugares en que me movía y sobre todo, en cómo me percibía a mí misma. Me dediqué a revisar la historia distante y reciente sobre la mujer y a preguntarme en voz alta, con una insistencia chirriante que no siempre era agradable, que necesitaba la sociedad en que vivía para aceptar que la mujer necesita obtener y disfrutar de los mismos derechos, de las mismas aspiraciones y opciones de futuro que cualquier hombre.

Me obsesioné con las condiciones de trabajo, con las estadísticas académicas de participación de la mujer en escuelas y universidades, con la carrera de escritoras, fotógrafas, artistas. Con el hecho femenino en un país tan machista como en el que nació. Me uní a organizaciones y pequeños grupos de debate de ideas sobre la mujer, algunos muy radicales, otros muy analíticos y continué cuestionándome en voz alta sobre lo que debía o no hacer, para luchar por lograr mis aspiraciones, mi forma de analizar el futuro. De asumir mis reflexiones sobre lo femenino como una forma de mirarme al espejo de mi mente.

Y también continué maquillándome, afeitándome las axilas, negándome a “odiar a los hombres” por el mero hecho que la sociedad pareciera sustentada en una identidad masculina muy marcada. Más de una vez, varias de mis amigas me acusaron de “transitar una línea muy sencilla” sobre el feminismo y en varias ocasiones de ser “una feminista sin verdadera vocación de serlo”.

— No puedes luchar por tu derechos a medias ni por el reconocimiento sólo hasta donde te conviene—me reclamó alguien, cuando me negué a participar en un debate donde se le acusaba al hombre (en general) de ser el “culpable” de la opresión femenina—o eres radical o simplemente estás aceptando las imposiciones de una sociedad patriarcal.

Pensé en todas las veces en que me había enfrentado a ideas machistas en mi país: la cultura de las mujeres putas, de las “de su casa”. De la mujer que no “debería leer mucho” o la que debe “darse su puesto”. Pensé en todas mis pequeñas batallas diarias, en el debate constante de ideas que intentaba propiciar y sostener en cualquier lugar donde fuera. En todas las ocasiones en que había dedicado horas de esfuerzo a insistir en la necesidad que la mujer y el hombre pudieran comprenderse, asumir sus ideas mutuas como complementarias, en mirarme como un ciudadano de pleno derecho, no como parte secundaria de

una ecuación binaria sobre género que no aceptaba y nunca admitiría en realidad. ¿Hacia menos consistente mi lucha, mi insistencia en las ideas, el hecho de llevar lápiz labial?

— No se trata de consistencia, se trata sobre el hecho por qué llevas maquillaje o por qué te peinas como lo haces—me reclamó una amiga de la época, que además consideraba escandaloso me autorretratara o incluso llevara el cabello con un corte moderno—cada concesión estética le resta solidez a la reflexión general sobre la mujer.

—¿No se trata de decisiones?—insistí—¿No es toda lucha ideológica una insistencia en que tengamos las opciones para decidir lo que nos convenga? ¿Cuál es la diferencia entre una cultura que te obliga a vestirse bajo determinados cánones y la te obliga a que lo hagas de la manera contraria?

—¿Una feminista en zapatos altos y mini falda? ¿Te lo puedes imaginar?—se burló.

—¿Por qué no?

—Porque la mujer no es un ideal estético. No debería serlo.

—¿Quién decide lo que la mujer puede ser?—insistí. No me respondió.

Nadie lo hizo, tampoco, por años. Y es que no se trata de una pregunta simple o quizás con una única respuesta. Se la formulé a profesoras, estudiosas del tema, especialistas en temas femeninos, amas de casa, estudiantes, profesionales. Para cada quien, la visión de la mujer parecía ser distinta y sobre todo, con alcances totalmente nuevos. Y sin embargo, la idea sobre la necesidad de enfrentarte al paradigma, de contradecir una cultura machista excluyente siguió pareciéndome necesario. Incluso de vez en cuando en zapatos de tacón. Muy pocas veces en minifalda.

En realidad, pocas veces, juzgué determinante lo que llevaba o que me veía al momento de exponer mis ideas y descubrí que parte de mi necesidad de hacerlo en la manera como lo creía correcta era justamente demostrar—a mí misma y a quien quisiera escucharlo—que la lucha por los derechos femeninos es una idea que se basa esencialmente en un planteamiento básico: ¿Cómo se mira la mujer así misma? Me tropecé con planteamientos darwinianos—el hombre y la mujer son distintos y siempre lo serán—evolucionistas, filosóficos. Pero insistí en preguntarme hasta qué punto las mujeres nos hacemos preguntas sobre nuestras capacidades y visiones sobre el mundo sin que intervenga un debate sostenido sobre esa presión de lo que debería ser correcto o no, en la lucha de nuestros derechos.

Provengo de una familia de mujeres luchadoras, originales y muy conscientes de su lugar en el mundo. Mi madre se obsesionó por años con la idea de “tenerlo todo” e insistió en ella por buena parte de su vida adulta. Era además de una competente profesional, una madre abnegada—o intentaba serlo --, una buena esposa, hija. Toda una serie de conceptos que mucho después, admitirían la agobiaron hasta límites que ella misma dejó de comprender. La sensación de “debo tenerlo todo” o mejor dicho “necesito tenerlo todo para no defraudar el concepto de la mujer total” la obsesionó hasta la extenuación.

— Cuando te crees en el deber de complacer una idea sobre quien debes ser, la complaces—me dijo en una oportunidad, mientras conversábamos sobre el tema. Pocas veces lo hemos hecho y esa ocasión, lo hizo casi con incomodidad, como si debatir sobre lo que quieres ser—o deberías ser—fuera un tema tabú para ella—lo haces lo mejor que puedes. Pero terminas comprendiendo que avanzas a ciegas. Que te empujas hacia adelante sin saber exactamente por qué.

Con los años, mi madre llegó a aceptar que no era todo lo buena madre que podría haber sido, ni tampoco todo lo buena esposa o hija que aspiraba a ser. También admitió—para sí misma, en esencia—que fue la mujer que habría deseado, allá por su adolescencia en plena década de los sesenta, cuando la necesidad de encajar en cierto molde la hizo replantearse su punto de vista. Y esa aceptación de no alcanzar a tenerlo “todo”—lo que sea que im-

plique esa idea y más allá de ella—le trajo cierta paz que nunca llegó a lograr siendo más joven y sobre todo, más exigente con respecto a su identidad femenina.

— Uno insiste, por supuesto, en que si quieres ser una mujer “de verdad” necesitas complacer todas esas cosas que se supone debes tener—me explicó—pero resulta una gran estafa. Una que sólo notas y asumes cuando te encuentras desbordada, cansada y abrumada. Y no es una exigencia patriarcal, como te diría alguien si me escuchara. Es sobre la mujer. La idea que es difícil de explicar sobre todo si te hiciste mujer pensando que era necesaria e incluso imprescindible.

Mi abuela, que también había intentado tenerlo “todo”, aunque quizás en la década equivocada, llegó a la misma conclusión pero a través de un recorrido totalmente distinto. En algún punto del trayecto, la madre de tres, ama de casa, lectora ávida y estudiante ocasional, descubrió que de alguna forma, estaba construyendo un punto de vista tan válido como cualquier otro sobre ser mujer. Eso, a pesar de que mi abuela no profundizó jamás en el concepto del feminismo Institucional y la mayoría de las veces consideró absurdo una batalla entre los sexos. Cuando niña, su postura abierta e independiente siempre me sorprendió y me desconcertó.

— Me gusta cuidar de mi familia. No sé si sea lo que se espere de mí o lo mejor que puedo hacer. Pero me gusta hacerlo. No me considero esclava de mis deberes o de ser madre. Lo soy porque quise y lo disfruté. Y lo entiendo como parte de mi vida, sin que eso me disminuya.

Mi abuela dedicó buena parte de su vida a la crianza de sus hijos y después, a disfrutar la vida a su manera. Siempre tuvo un pensamiento muy fuerte e independiente, opiniones muy concretas sobre los derechos de la mujer, una curiosidad de inestimable valor y posturas muy definidas sobre lo femenino y la mujer, fruto probablemente de su educación religiosa. También siempre se maquilló y se afeitó las axilas, llevó ropas vistosas y muy femeninas y disfrutó de cuidar de su aspecto personal. ¿Hizo menos realista su punto de vista sobre los derechos de la mujer, que defendió siempre que pudo y predicó con el ejemplo? ¿Fue menos contundente en su necesidad de asimilar la identidad femenina desde su punto de vista?

Pensé mucho al respecto mientras mi opinión sobre el feminismo teórico se transformaba, se amoldaba y se construía a medida que me hacía adulta. Por supuesto, como mujer, no puedes negar—mucho menos ignorar—que la cultura en que naces te obliga a tomar una postura muy concreta sobre lo que se interpreta por femenino, los derechos y necesidades de lo femenino. No puedes evitarlo cuando naces en una cultura que te condena por transgredir ciertas líneas morales invisibles, que educa al hombre para agredir, que te hace comprender muy pronto que el mundo es un lugar peligroso para la mujer. ¿Un sentimiento paranoico? Pareciera serlo hasta que debes cruzar una calle oscura y un hombre camina a unos cuantos pasos de ti y sabes, sin duda alguna, que podría hacerte daño. O lo imaginas. O lo temes. Llevas el cabello corto o largo, ropa holgada o minifalda provocativa. Porque la sociedad está construida bajo ciertos aspectos genéricos que parecieran amenazar a la mujer, hacer de lo cotidiano una serie de conceptos agresivos.

Pero vamos más allá: ¿Cuántas mujeres pueden presumir que obtienen el mismo salario de su contraparte masculina? ¿Cuántas mujeres pueden decir que no han tenido que soportar acoso por el mero hecho de ser mujer? ¿Cuántas mujeres sufren de violencia de género porque la sociedad admite que es normal—incluso aceptable—que ocurra? Así que, por supuesto que hay motivos por los cuales es necesario luchar pero también, para hacerte preguntas en cómo debería ser esa lucha.

Tal vez, por ese motivo, mi pensamiento feminista se convirtió con el transcurrir del tiempo



en algo personal, en una forma de mirar y comprender que no todo es tan sencillo como para analizarse bajo extremos básicos y mucho menos, bajo elementos únicos.

Probablemente, la escritora Marilyn French fue una de las escritoras con las cuales me identifiqué durante ese dilatado período de reconstrucción de ideas sobre el tema. Porque a pesar de que French parecía insistir en ideas radicales—su frase “todos los hombres son violadores, eso es lo que son. Te violan con la mirada, con sus leyes y sus costumbres” la convirtió en un epítome del feminismo teórico—la escritora también analizó una idea sobre la que pocas veces se reflexiona. Reflexionó sobre hasta qué punto, la “opresión” masculina no es otra cosa que una falta de interés en averiguar e investigar su papel como parte anónima de una sociedad prejuiciada. “La necesidad de los hombres de dominar a las mujeres se puede basar en su propio sentido de marginalidad o de vacío, no sabemos sus raíces, y la verdad es que los hombres no hacen nada por descubrirlas”, escribió. Un planteamiento que parece resumir esa necesidad de la investigación histórica y de la comprensión cultural como parte de esa noción del prejuicio contra la mujer. Y más aún, de abandonar la figura de la víctima y el perpetrador, para pensar en la mujer y el hombre como responsables de su propia visión del mundo o mejor dicho, de la manera como lo construyen.

No es un tema sencillo, claro. No lo es cuando debes enfrentarte no sólo a lo que la sociedad espera de ti—o asume debes aceptar como canon de conducta—sino también a las mujeres que lo apoyan o lo contradicen. Una y otra vez, me encontré que no hay un lugar para las “feministas tibias” como yo, las que asumen la idea de lo femenino desde la inclusión—o intentan hacerlo, al menos—de las que continúan insistiendo en la necesidad de defender las ideas, a pesar de sus diferentes matices. O mejor dicho, de las que como yo, aún no saben exactamente dónde encajan o incluso si deben hacerlo en alguna parte.

Y sin embargo, la respuesta no creo que deba ser una batalla por lo obvio o lo superficial. Insistir una y otra vez en las maneras como se lucha y no en esa necesidad de continuar expresando la opinión en voz alta, como sea que creamos convenientes. Con labial o sin labial, con las axilas desnudas o velludas. Asumir que es necesario que la mujer comprenda su papel histórico, su importancia, la forma como se mira a sí misma, sus aspiraciones y necesidad de construir su futuro. Un planteamiento de ideas a su medida.

No lo sé, quizás estoy equivocada. O continúo enfocando el trasfondo de las ideas con excesiva sencillez. Así lo pienso a veces. O incluso, simplemente lo debato en mi mente como una de las tantas posibilidades de lo que puede o no ser esta necesidad de asumir un debate consistente sobre mis derechos y quien quiero ser. Quién sabe si todo se trata de una postura insistente, asumida con esfuerzo, que crece al mismo ritmo que forma de comprender el mundo. No podría decirlo, la verdad.

Hace poco, encontré una de mis fotografías escolares. Era una niña delgaducha, de rodillas huesudas y que llevaba la falda unos pocos centímetros más arriba de lo que debería. Pensé en cómo me divertía hacerlo para contradecir a la vecina gruñona, en cómo me divertía demostrándole que el largo de la tela no tenía otro valor del que ella misma necesitara brindarle. A veces me pregunto, si no continúo haciendo algo parecido, mientras debato y me hago preguntas y cuestionamientos incómodos en medio del eterno debate feminista. No lo sé, me digo con una sonrisa, o quizás sí. Y parte de esa lucha es quizás la inconformidad insistente, esa necesidad de nunca dar nada por sentado. La eterna lucha de las ideas.

Las crónicas de la feminista defectuosa: Entre la guerra contra lo masculino y la búsqueda de la equidad

Hace unas cuantas semanas, alguien hizo el siguiente comentario en mi TimeLine de Twitter “Las feministas tienen un reconcomio directo contra los hombres, que creo evidencia falta de alguna actividad sexual”. Poco después, el mismo user insistía “Todas las feministas son comunistas—lo sepan o no—y también odiadoras de hombres”. Para rematar, el invisible interlocutor dejó muy claro que “Estaba muy harto del complejo de inferioridad de las mujeres”, con lo cual parecía resumir lo inútil que le parecía cualquier tipo de debate sobre la inclusión y la igualdad de género.

Como de es de suponer, leí todo aquello con una sensación de asombro e irritación. Me pregunté dónde encajaba yo allí: para empezar casi todos mis amigos son hombres y no creo que mi feminismo o mi noción sobre él, tenga relación alguna con mis sentimientos hacia el género masculino. Desde la infancia, he tenido profundas amistades emocionales e intelectuales con hombres y no sólo con los que han sido mis parejas. Y es que para empezar, la mayoría de las veces, es una visión simplista creer que la identidad masculina y como se manifiesta, es el motivo por el cual el feminismo existe.

Al menos, para buena parte de las mujeres que conozco, la idea es evidente y sobre todo coherente: el feminismo no es una guerra emocional e intelectual contra los hombres. Es una lucha por aspirar a la inclusión legal y cultural que merecemos como ciudadanos y no por el hecho específico de mi género. Aspiro a los mismos derechos que cualquiera porque los merezco.

Y por supuesto, no me considero “comunista”, que tampoco sería malo o bueno, sino simplemente una elección política como cualquier otra. Soy todo lo liberal que puede ser un ciudadano en la treintena y que escoge con deliberada consciencia de por qué lo hace su parecer político. Me defino como liberal, me opongo a cualquier control del Estado, apoyo el libre mercado y confío plenamente en el capitalismo, por terriblemente desconsiderado que eso suene. De manera que luego de leer la parrafada del desconocido, me cuestioné hasta qué punto, soy parte de esa noción general sobre lo que una feminista debe ser.

Claro está, no me sorprende esa percepción y es hasta cierto punto lógica. El feminismo teórico no sólo propugna toda una serie de ideas de izquierda clásica sino que las admite como parte de su propuesta. Pero no es todo lo que es el feminismo, ni tampoco una parte sustancial de todo lo que el feminismo puede ser como propuesta. También, conozco las campañas de “odio hacia lo masculino” propugnada por varias ramas extremistas del movimiento, que acusan con el dedo extendido a todos los hombres por lo que llaman “subyugación moral”. Pero eso tampoco es feminismo. No al menos, como yo lo comprendo y debo decir que luego de casi dos décadas de convencido activismo, sé muy bien cuales son mis aspiraciones políticas e ideológicas. Lo he analizado con tanta profundidad como para que formen parte de mi vida y también, como para sacar algunas conclusiones al respecto.

Para empezar, soy feminista en un país lo suficientemente machista como para que resulte incómodo. Durante buena parte de mi vida académica y profesional, me he enfrentado a miradas de reojo, risitas bajo cuerda y cejas levantadas cuando pronuncio en voz alta la temida palabra “feminista”. Y lo hago con muchísima frecuencia, he de decir. Justo por el hecho que de pronto—y exactamente no supe cuándo—la palabra se convirtió en una grosería, en una ofensa hiriente e incluso, en un teorema burlón. Algo como que ¿Eres feminista? ah vaya, que profunda tu causa con axilas velludas y senos feos al aire. ¿Por qué no hay feministas bellas? ¿Por qué todas son gordas? ¿Por qué no hay feministas que admitan les gusta el sexo? ¡Vamos caramba, admítanlo!



— Bueno, lo dices tú, no yo: pero es obvio que en lo que respecta al feminismo hay una ruptura base y elemental que resulta preocupante a la distancia—dice mi amigo Juan, sociólogo, con quien suelo conversar de esas cosas. Juan se llama así mismo “observador de los debates de género” y disfruta de lo lindo cada vez que alguien me despierta “la señora maligna interior”, término que define a mi otro yo discutidor y muy malhumorado. De hecho, nuestras conversaciones siempre suelen comenzar por ideas más o menos elementales como: ¿Por qué en Venezuela se crían machos y no caballeros? y matices al estilo.—Lo que ocurre es que ser feminista es enfrentarte al hecho no sólo de la defensa de lo que crees son tus derechos, sino además a algo más intangible.—Claro. Hablamos de una idea social tan antigua como esencial. El binomio de hombre y mujer.

La primera vez que supe era feminista ni siquiera sabía que había una palabra para definir la ira que sentí cuando una maestra de la escuela me llamó “machorra” por preguntarle el motivo por el que había cosas para “niñas” y para “niños”. Luego de una infructuosa tanda de preguntas, la mujer pareció impacientarse e insistir en que una “niña de bien” no discute esas cosas. Las acepta.

— Entonces yo no soy una de esas niñas—recuerdo que le grité—yo quiero saber por qué las cosas pasan así. Y no me gustan que pasen así.

A la maestra no le gustó nada ni el grito ni la actitud y terminé castigada por semanas sin recreo. Pero con todo, recuerdo con enorme claridad que me sentí especialmente bien—a pesar del castigo y las burlas de mis compañeras—por haber dejado claro lo que pensaba. Me gustó la sensación de poder que me hizo sentir. Y pensé que era algo muy bueno decir las cosas en voz alta.

Así que después, cuando un desconocido me llamó puta por mi afición a las faldas cortas o cuando alguien me dijo que no podía aspirar a determinado puesto en el consejo estudiantil porque era una muchacha, supe qué debía hacer. Supe qué responder y como enfrentarme. Supe que podía no sólo defenderme sino que además, debía hacerlo. Y que eso era una forma de manifestar mis ideas. Una manera de construir mi forma de ver el mundo.

De manera que con diez años, hice mi primera proclama feminista. O al menos, así podría interpretarse. Juan suelta una carcajada cuando se lo cuento. Una muy maliciosa.

— Lo que ocurre es que el feminismo no es una idea simpática. Se enfrenta a tantas cosas a la vez, que es obvio y notorio que tropezará con alguna que se considere sagrada y sobre todo, de esas que la sociedad considera inamovible—me explica—una mujer que asume reclamar derechos y responsabilidades, se va a encontrar con que se enfrentará a la educación que le dieron en casa, con la cultura que le rodea e incluso con la religión que profesa la mayoría, no es sencillo.

No lo es. Recuerdo que la primera vez que comenté en voz alta que me atraían las ideas del feminismo, varios de mis amigos me miraron con la ya clásica expresión de “¿Y ahora qué hacemos?”. Me encontraba en la universidad, era una muchacha pálida y desgredada que acababa de descubrir que la inquietud que había tenido durante años tenía nombre y no tenía el menor empacho en mostrarla. Uno de mis amigos se aterrorizó un poco con eso.

— ¿O sea serás un machista con falda?—me dijo. Lo miré extrañada.—Yo sólo aspiro a que nadie me tenga que juzgar por el hecho simple que soy mujer. Quiero ser un ciudadano a pleno derecho, nada más.—Ya lo eres—me recordó otro.—¿Hablamos del Código Civil?

Eso era un chiste viejo que hizo reír a todos. Después de todo, como estudiantes de Derecho, sabíamos que las leyes venezolanas eran tan machistas como lo había permitido la conservadora sociedad que había redactado las leyes vigentes. De manera que sí, todos

asintieron, admitieron que tenía algo de razón—no toda—y me pidieron que al menos si empezaba a odiarlos, que les advirtiera para tomar precauciones.

— Lo haré, lo haré—les dije muy convencida. Y también me reí. ¿Por qué no hacerlo?

Supongo que es muy fácil resumir la idea del feminismo en un enfrentamiento directo con lo masculino, aunque no tiene por qué serlo y de hecho, la mayoría de las veces no lo es. Pero hablar sobre un movimiento social estructurado de mujeres para mujeres, no siempre es sencillo, sobre todo para una cultura que todavía se pregunta por qué diablos las mujeres decidieron reclamar si todo estaba tan bien.

— Se trata de una idea costumbrista: si todo funciona ¿Para qué cambiarla?—me dice Juan—la mayoría de las veces, las feministas se tropiezan con esa percepción de “las cosas marchan como deben de marchar”, que invalida de origen el reclamo. Es algo complicado de analizar, sobre todo cuando no estás en una posición de poder.

En una ocasión, reclamé en el rectorado de la universidad donde estudiaba que un profesor me había quitado un par de puntos en un examen por analizar “desde la perspectiva de la mujer” algunas ideas “objetivas”. Cuando le expliqué que el hecho que varios personajes de la literatura fueran simplemente esquemas repetitivos y sin mayor peso era un hecho verificable, el funcionario que me atendió puso los ojos en blanco. Casi le escuché pensar “Y tener que soportar a esta mujer”.

— No se vaya a sentir ofendida por eso—me dijo casi con fastidio. Me encogí de hombros.—No me molesta. Lo que sí me irrita es que mi análisis se considerara femenino porque lo hago notar.—No se me ponga feminazi—me reclamó, mitad en chiste, mitad en broma. No supe qué responder a eso, esencialmente porque no conocía el término.

Bienvenida al mundo real: al mundo donde si reclamas mucho, bordeas el incómodo trecho entre ser un incordio y el tradicional dolor en el trasero. O lo que es lo mismo, en el ámbito de las ideas de género, una feminazi. ¿Y qué describe tan poco generoso término? a una mujer irritante, al parecer.

La palabra fue creada en 1990 por el locutor conservador mezclando “feminismo” y “nazismo” y la empleó para equiparar a las mujeres que pedían el derecho al aborto con los nazis. Posteriormente se amplió su significado para definir a todas las mujeres que luchan por la igualdad social, o sea, a todas las feministas. En nuestro país se ha hecho especialmente popular en los últimos años como término para ridiculizar el feminismo y sus reivindicaciones. Y es que claro, la manera más sencilla de infravalorar una lucha política es resumiéndola a lo básico. ¿Reclamas, te vuelves insoportable? ¿Insistes en decir tus ideas como las concibes? Pues tienes tu nombre: Feminazi.

— Cualquier movimiento político y social siempre será concebido desde la periferia y a través de sus carencias—me dice Juan—es mucho más fácil reducir al feminismo en un sentido burlón de mujer-quema-sostenes-machorra-odiadora de hombres que lanzar un argumento, que implica sostener un debate.

Una idea que he enfrentado toda mi vida, claro. Soy respondona y malcriada por naturaleza y eso, combinado con una idea política, puede resultar realmente irritante y fastidioso. Y admito que lo soy. Me gusta debatir los planteamientos, desmenuzarlos en palabras y reflexiones. Pero a casi nadie le gusta seguirme el paso. La mayoría me pregunta si me afeité los brazos ese día o si el “hembrismo” me dejó vivir otra semana. Casi siempre termino quedándome callada de puro aburrimiento. ¿Quién no lo haría?

Y ahora que tocamos el tema, hablemos del “hembrismo”, hermano bastardo del “machismo al revés” y que suele usarse para definirse un tipo de supuesto feminismo reaccionario.

A veces bromeo con la palabra, la uso para definir esa fantasía masculina sobre lo que la lucha por los derechos puede ser. Más de una vez, la he empleado como idea que parece elaborar una percepción muy amplia sobre la fantasía de la reivindicación extrema y sobre todo, esa capacidad insistente de limitar la lucha social como simple enfrentamiento entre géneros. Juan sacude la cabeza, con cierto cansancio.

— El “hembrismo” es tan útil para el machismo como un doble espía. No sólo encarna lo que es su suposición sobre el feminismo, sino que existe para demostrar que el feminismo “es una idea sobre el odio a lo masculino”. Puestos así, es super sencillo comprender por qué aparece la palabra de vez en cuando.

Hace poco, leía en el interesante blog de Nacho Moreno en Palomitas en los Ojos, que resulta interesante que sólo en artículos y argumentos relacionados con críticas directas al feminismo, el “hembrismo” sea un concepto que se analice a profundidad, por lo cual concluye que se trata de “una pura invención que sólo podemos encontrar en los micrófonos, revistas y foros más casposos del internet. El machismo al revés no existe porque para que se produjera un fenómeno parecido tendríamos que revivir miles de años de cultura patriarcal, pero ‘al revés’ cosa a todas luces imposible a no ser que nos pongamos inmediatamente a hacerlo”. Una idea para reflexionar.

Lo del “hembrismo” parece resumir ciertas inquietudes que me preocuparon por mucho tiempo. Cuando era más jovencita, me atormentaba la idea que el feminismo, como movimiento social, pudiera ser sólo una propuesta destinada a convertirse en una especie de eco de ideas extremas. No quería repetir ideas de otros, quería reformular los planteamientos a mi medida. Y lo hice cada vez que pude. Adecué las ideas a lo que suponía correcto—coincidieran o no con la mayoría—y sobre todo, insistí en mirar las cosas desde mi perspectiva.

— Lo cual te hace “tibia”—se burla Juan, quien por años ha sido testigo de mis discusiones y peleas con otras feministas convencida que mi manera de ver las cosas es por completo equivocada. Me encojo de hombros.—O inconforme.—O inconforme por tibia.

Nos reímos juntos. No obstante, tiene razón: el planteamiento de adecuar el feminismo a mi particular punto de vista no es sencillo. Como todo movimiento social y cultural que se precie, ha pasado por transformaciones muy específicas y concretas. Lo cual es lógico, siendo que la llamada “primera Ola feminista” nace en el siglo XVIII y llega a principios del XX en EEUU en medio de una diatriba sobre la educación formal y aspectos específicos sobre la mujer, como la importancia sobre el acceso a la universidad, el acceso al voto y sobre todo, redefinir la identidad de la mujer.

La segunda Ola—y esta es la que suele ser llamada radical—tiene lugar en los años 60 y 70 y está relacionada con los movimientos de derechos civiles y contraculturales. De allí nace la idea del “Feminismo Izquierdista” y sobre todo esa noción del feminismo afianzado en ideas de reivindicación de clases y luchas de capitales. La segunda Ola llegó además para destruir la imagen tradicional de la mujer, poniendo en el tapete temas hasta entonces tabú como los derechos reproductivos, la libertad sexual y el acceso pleno al trabajo.

Supongo entonces que la Tercera Ola es esta toma de conciencia que el feminismo puede ser muchas cosas y también, un sólo planteamiento. La idea de integrar toda una serie de ideas sobre los derechos generales—más allá de la mujer y lo femenino—y asumir su valor. Una vez leí que la tercera Ola del feminismo es una idea en constante transformación, que admite cientos de excepciones. Y una de ellas, claro está, es la de comprenderlo de una manera privada. Esa noción del feminismo como elemento esencial de lo que se considera una construcción social para la mujer, pero no exclusivamente sólo en lo que respecta al género.

Claro está, no son conceptos sencillos. Ni lo serán. Tampoco son simples de asumir desde la perspectiva del “feminismo es esto y lo otro”. Pero están para ser analizados, para ser concebidos como percepciones ideales sobre lo que la sociedad puede ser. Después de todo, parafraseando a mi amada Simone De Beauvoir, uno no nace feminista. Se hace feminista.

Una vez leí en un informe de la Comisión Europea sobre la mujer que el género lo componen “las diferencias sociales (por oposición a las biológicas) entre hombres y mujeres, que han sido aprendidas, cambian con el tiempo y presentan grandes variaciones tanto entre diversas culturas como dentro de una misma cultura”, lo cual equivale a decir que lo que somos—como nos concebimos—evoluciona con el tiempo. Lo cual también es válido por supuesto, para lo que reclamamos como justo y más allá, lo que aspiramos a obtener. Porque el mundo, puede ser una esperanza y también una construcción de ideas. Pero sobre todo un proyecto a largo plazo en plena creación.

— ¿Estás consciente que son tiempos terribles para el feminismo?—me dice Juan. Caminamos juntos por la calle y de pronto, el mundo parece enorme y yo muy pequeña, con mis batallas e ideas. Pero posible de construir, una aspiración incompleta—¿Que no se trata solamente de la burla sino también de absoluta desprecio que despierta la idea?

Por supuesto que lo sé, me digo, a varios meses de distancia de esa conversación, mientras el interlocutor invisible en mi Timeline continúa despotricando contra el feminismo y quizás contra la idea que representa. Pero después pienso que justo por ese desprecio, por esa furia, por esa noción de las cosas, es que vale la pena seguir luchando, insistiendo, enfrentándose. Al menos, yo sé que lo haré.

¿Cuándo comencé a ser feminista? Mejor aún: ¿Cuándo no lo he sido?

En una ocasión, una de mis lectoras me envió un correo muy amable preguntándome cuando había descubierto que era feminista. Parecía sinceramente intrigada, como si mi pensamiento político —porque el feminismo es un hecho político, aunque se le interprete como algo más— le pareciera de lo más curioso y raro. No supe qué responder. ¿Alguna vez analizamos nuestras posturas filosóficas e intelectuales? ¿Buscamos el origen, el primer pensamiento que dio origen a todo lo demás? Hasta ese momento no lo había hecho. O quizás, no veía la necesidad de estructurar mis convicciones en una línea cronológica comprensible.

De manera que en beneficio de la futura respuesta a la lectora y también, mi propia curiosidad, me pasé algunos días pensando sobre el particular. Intenté recordar cuándo había sido la primera vez en que había pensado en mí misma como feminista, que me había detenido para decir “vaya, resulta que voy a dedicar buena parte de mis esfuerzos intelectuales a luchar por mis derechos individuales y colectivos”. Recordé pequeñas escenas —la vez en que un chico en la Universidad me había recomendado “bajar el tono” o aquella otra que uno de mis primos me había dicho que una chica “no debe conducir”— pero nada parecía encajar en esa noción extraña de la apoteosis que sugería mi lectora. No había existido una primera vez para creer que era necesario entender mis derechos, defenderlos y asegurarme que todas las mujeres del mundo lo hicieran también. Y sin ser tan idealista, no recordaba cuándo había empezado mi interés por lo femenino más allá de lo evidente y tradicional, por profundizar en mi identidad cultural.

—Creo que siempre fuiste un poco reaccionaria. Un poco de jamás aceptar nada. Oponerte por mero instinto a cualquier cosa que pudiera parecerse injusto —respondió mi madre

cuando se lo pregunté. Con frecuencia recurro a ella para verme reflejada o de alguna manera, sacar conclusiones sobre mí misma. Una especie de juego de espejos que nunca he tenido muy claro, pero siempre resulta satisfactorio—. Supongo que esa es la raíz de cualquiera que se piensa a sí mismo como parte de un movimiento reivindicatorio.

—Nací feminista, entonces —bromeé. Mi madre me dedicó una de sus miradas burlonas.

—Naciste inconforme, como les ocurre a todos. Sólo que creo que en algún punto, decidiste que eso era bueno y que no había necesidad de justificarte por serlo.

Tenía razón. O al menos, me sorprendió pensarme a mí misma de esa manera. Nunca me he considerado especialmente rebelde, contestataria o idealista. De hecho, con los años he descubierto que quizás mi mayor virtud intelectual es la curiosidad, la necesidad de hacerme preguntas, de cuestionarme una y otra vez lo que cualquiera podía considerar absoluto.

En algunas ocasiones, eso me ha resultado útil. En otras, no tanto. Probablemente en lo tocante al feminismo fue el detonante para algo más. Atreverme a mirar a mi alrededor y preguntarme ¿por qué el mundo es cómo es? ¿Y por qué debo aceptarlo? No es una pregunta sencilla.

Recuerdo que la primera vez que me la hice, fue cuando un desconocido me riñó en plena calle por llevar el cabello desgreñado y la camisa blanca de colegio sucia y arrugada. Para mi sorpresa, aquel hombre de rostro sonrojado y gordo, parecía especialmente disgustado por mi aspecto.

—Muchacha, ande pa' su casa y arréglese como una niña —me reclamó. Y lo hizo, delante de una pequeña multitud de transeúntes, que me miraron con cierto interés y al parecer, bastante de acuerdo con el comentario. De pie en la calle, lo miré alejarse por la calle, alarmada y confundida por lo que acababa de ocurrir.

Cuando llegué a casa, me miré en el espejo con una creciente sensación de miedo que no supe explicar muy bien. Seguía teniendo el aspecto de la niña pálida y flacucha que era, de manera que me pregunté qué otra cosa necesitaba para que esa cualidad mía —de ser yo misma, de ser una niña como cualquier otra— fuera más evidente. Miré la falda plisada un poco larga, la blusa torcida, el cabello en punta y me pregunté si verme así me hacía ser menos femenina, menos lo que suponía tenía que ser.

El pensamiento me asustó, me preocupó y después me enfureció. ¿Alguien podía decirme quién era? ¿O cómo debía de verme? ¿La ropa que llevaba podía decir sobre mí más que cualquier otra cosa?

—Se llama tradiciones y estereotipos —me explicó mi abuela cuando se lo pregunté. Tenía una enorme paciencia para ese tipo de cosas y fue la única persona de la casa que pareció inquieta o incluso un poco incómoda por mis preguntas—. Usualmente, la cultura donde nacemos intenta definirnos de alguna manera. O al menos, lo hace en toda una serie de formas sutiles que pocas veces notamos, pero están allí. Y en nuestro país, una mujer siempre —o se espera que vaya— bien vestida, peinada, perfumada y con una sonrisa.

Tenía once años recién cumplidos y todo lo que mi abuela me decía me pareció extravagante, duro de asimilar. Pero cierto, claro está. Ya me había sucedido antes: Como la vez que mi primo me insistió que jugar con su grupo de amigos “no era de muchachas”. O cuando uno de mis tíos se escandalizó por el largo de mi falda (un par de dedos sobre unas rodillas muy flacas). De pronto, me encontré pensando en todas las cosas que podía hacer —y las que no— debido a esa presión invisible, ese muro infranqueable, del deber ser o el no ser. O mejor dicho, esa insistencia social en la que nunca había reparado, de ser lo que se es-

peraba de mí o al menos, lo que mi cultura suponía era lo mejor para mí.

Es un pensamiento extraño, cuando lo tienes. Y luego, no puedes olvidarlo. Porque de alguna manera cambia todo lo demás, lo recompone y lo hace encajar dentro de esa idea. ¿Por qué debo tener el cabello largo o corto? ¿Por qué me debe gustar maquillarme o no? ¿Por qué debo pensar en que seré madre? ¿Por qué debo casarme? ¿Por qué debo obedecer toda esa múltiple y cada vez compleja variedad de pensamientos e ideas que parecen conformar la identidad de una mujer?

Es curioso pensarlo de esa forma y sobre todo, doloroso. Porque de pronto, encuentras que no estás sola en el asunto. Comienzas a preguntarte cuantas mujeres a tu alrededor —las que conoces, las que te tropiezas por la calle, las que miras en las revistas— se esfuerzan como se espera que tú lo hagas por encajar en ese esquema de valores. Cuántas lo hacen por gusto, por costumbre, por necesidad, porque no conocen algo más. Y cuántas como tú también se hacen las mismas preguntas. Cuántas miran a su alrededor y se preguntan ¿por qué deben ser así las cosas? ¿Por qué deben ser de esa manera exacta? ¿Por qué es necesario que lo sean?

Claro está, nadie se cuestiona con esa claridad. Ni con esas palabras. Pero está la incomodidad, esa ligera sensación de inquietud. O al menos a mí me ocurría. Y no sólo con asuntos tan intrascendentes como el comportamiento social, como me veía o debería verme. Comenzó a preocuparme que buena parte de mis escritores favoritos fueran hombres porque así lo había aprendido, que casi todas las heroínas televisivas y cinematográficas con las que me tropecé fueran apenas un apéndice del masculino, una figura preciosa y desdibujada que parecía perderse en la historia.

Y me comenzó a inquietar también, esa otra realidad tan sutil como desdibujada, la de todos días. La que forma parte del cotidiano cuando vives en un país machista como el mío: las calles llenas de niñas embarazadas, los periódicos llenos de noticias de mujeres golpeadas y violadas. Esa noción sobre la desesperanza y el fatalismo latinoamericano que parecía tan relacionado con las mujeres, con lo femenino y su legado. De pronto, me encontré preguntándome si había algo en mí, en mi género y mi manera de ver la realidad para que el mundo se empeñara en verme como algo secundario, accesorio, dependiente por completo de una idea aparentemente superior.

—Eres una mujer y llegaste a la misma conclusión que cientos de mujeres antes que tú —me explicó L., mi profesora de sociología en la universidad y que fue la primera en tomar todas esas ideas y organizarlas bajo cierto aspecto—. Hay una cultura que sostiene esa visión sobre la mujer menospreciada y sobre los roles y tópicos que se supone deben cumplir. Y ahora, te preguntas por qué debes aceptarlo y qué pasará si no lo haces.

Cuando tienes dieciséis años y alguien te habla en esos términos, tienes la sensación de que tu mundo se sacude un poco. O al menos, a mí me ocurrió. De pronto, me encontré pensando en que esa inconformidad, esa preocupación constante no era algo accidental, tampoco una rareza. Millones de mujeres antes que yo y con toda seguridad, cientos después de mí, se preocupaban por los mismos temas, por los mismos extremos, por los exactos problemas que me inquietaban a mí. Y todo ese conjunto de preocupaciones e inquietudes, tenían un nombre. O mejor dicho, una dirección.

—¿Feminismo? —me burlé un poco— No soy feminista.

—Claro que lo eres —dijo mi profesora con una sonrisa maliciosa.

—Pero...

Me callé. En realidad, tenía una imagen muy precisa sobre el término y no era precisamente halagüeña. Mujeres agresivas y radicales con las que no podía identificarme, aunque lo intentara. Un discurso de odio y exclusión que me parecía tan grave como el otro que

me preocupaba tanto. La verdad, no me identificaba con absolutamente nada de eso. Mis preocupaciones corrían por otro lado y no tenían la menor relación con ese tipo de ideas.

—El feminismo es muchas cosas y también esa postura reaccionaria y radical sin duda —insistió mi profesora— pero también es algo mucho más profundo y meditado. Es una inquietud. Y tú eres parte de eso, lo sepas o no.

—¿Deben tener un nombre mis preocupaciones acerca de temas femeninos? —aduje. Como si la mera idea de llamarme feminista me resultara insoportable, incómoda e incluso, directamente desagradable. Mi profesora pareció divertida por esa especie de vergüenza un poco torpe.

—No tendría por qué. Pero lo tiene. Descuida, estás en buena compañía —se levantó y tomó un par de libros de su desordenado anaquel— comienza por estos y después ven a pedirme más.

Por un breve momento, me pregunté si me daría a leer proclamas políticas contra la hojilla de afeitar o sobre el odio a los hombres. Cuando tomé los libros, miré la portada, consternada. Se trataba de un libro de Simone de Beauvoir, titulado “El segundo sexo” y “El cuaderno dorado” de Doris Lessing. A ambas escritoras las había leído en algún momento de mi adolescencia y eran parte, sin duda, de todas esas inquietudes mías con respecto al género y lo femenino. Pero ¿eran abiertamente feministas?

—Lee ambas cosas y luego vuelve a hacerte esa pregunta —me retó mi profesora—, la mejor forma de intuir será la correcta.

Supongo que así descubrí que el feminismo era algo mucho más que un estereotipo, una etiqueta, una caricatura de un movimiento social. No sólo se trató de que tanto los planteamientos de Simone de Beauvoir y Doris Lessing —y todas las escritoras que leí con avidez después de ellas— me permitieron construir un criterio mucho más amplio y verídico sobre lo que el feminismo es, sino que además, cristalizaron en palabras toda la incertidumbre que por años me había atormentado. ¿La mujer es inferior al hombre? ¿Por qué ese anonimato histórico y social? ¿Por qué esa visión del género que parecía basada en una pesada losa de preceptos morales y tradicionales que la mayoría de quienes conocía no podían soportar?

Comencé a llamarme feminista abiertamente. A interesarme de manera directa en toda una serie de temas sobre mis derechos, posibilidades y las implicaciones de esas inquietudes que de alguna forma, me transformaron en una mujer distinta. A pesar de lo joven que era, de pronto, todo en mi mente encajó, tuvo sentido. Dejé de menospreciar esa sensación insistente de malestar, preocupación y dolor que nunca había entendido bien y lo construí a la medida de cierta noción sobre mi misma, sobre mi forma de ver el mundo y sobre todo, de comprender mi propio motivo para interpretarlo de tal cual o manera.

Y qué vivificante resultó no sólo asumir que ese conjunto de preocupaciones apuntaba hacía algún lugar, sino que tenían un significado. ¿Era necesario nombrarlos bajo un calificativo? Descubrí que sí. O que quizás, era inevitable.

No fue un proceso sencillo: En un país como el mío, equivale a hacerte motivos de burla, un blanco visible para ataques y chistes malintencionados. Recuerdo que al principio, mis compañeros de clase se lo tomaron a broma y por meses me preguntaron sobre el vello en mis axilas, mis renuncias al baño diario por “vencer al patriarcado” y otras tantas pullas y bromas aparentemente inofensivas que soporté con mediano buen humor.

Pero cuando fue evidente que el asunto iba en serio —tanto como para obsesionarme con

autores e ideas, como para escribir al respecto—, la cosa dejó de parecerles un chiste y comenzaron a intentar “convencerme” de los peligros de ese feminismo a ultranza y un poco intelectual mío.

—Te gusta maquillarte e ir a peluquería, ¿cómo compaginas el movimiento feminista con ambas cosas? —me preguntó en una ocasión un buen amigo. Lo hizo de buena gana, incluso con cierta amabilidad. Pero también había esa carga habitual de acritud que suele acompañar comentarios de esa naturaleza—. Te gusta vestirse de manera muy femenina. ¿Cómo luchas por el feminismo cuando se supone que todas esas cosas son imposiciones de los hombres?

Pensé en las seis horas a la semana que por entonces dedicaba a trabajar para difundir y debatir leyes contra el abuso sexual y emocional de la mujer. Pensé en los constantes artículos que escribía sobre la ablación, la cultura de la violación, el derecho a la educación de mujeres y niñas alrededor del mundo, la violencia doméstica. Lo hacía por mi responsabilidad de compartir y construir una matriz de opinión sobre el tema, por hacerlo visible, cercano, un tema que mereciera atención pública. Me pregunté qué tan importante era el maquillaje que llevaba, la ropa que vestía o incluso mi aspecto físico con respecto a esas ideas.

—Es decir, como me veo es mucho más importante, significativo y directamente relacionado con mis ideas que mi forma de pensar y defender mis principios —le pregunté en tono muy amable. Parpadeó.

—No dije eso.

—Si una mujer decide no depilarse o sí hacerlo ¿Hace menos consistente lo que piensa? —insistí— ¿O maquillarse la hace menos coherente? ¿O llevar un vestido de su preferencia menos capaz de argumentar? ¿Por qué una mujer debe ser juzgada de esa forma?

Mi amigo pareció muy incómodo. Balbuceó algo sobre “odiadoras de hombres” y “masculinización de la mujer”. Sentí una infinita tristeza, una sensación de mirarme bajo el espejo de los prejuicios de otro, que de hecho, es lo que suele ocurrir con mucha frecuencia cuando eres feminista y lo declaras sin empacho. Ocurre cada vez que insistes en defender tus derechos, en asumir una posición crítica, en mostrar independencia intelectual. Seas hombre o mujer, recorrer el camino menos transitado siempre te hará fuente de desconfianza, menosprecio y burla. Y eso es natural, supongo.

Una vez, leí que el feminismo existió durante toda la historia pero que apenas, con el primer cartel sufragista, allá a principios del siglo XXI se llamó de alguna manera. Pero desde mucho antes, la inquietud profunda por los derechos de la mujer ya era motivo de inquietud, aunque fuera una especie de espacio en blanco legal y cultural por tanto tiempo que en ocasiones pareciera que siempre fue así. Pero hablamos de que hasta muy entrado el siglo XIX, las mujeres carecían de derechos en la mayor parte de los países del mundo. Que no eran dueñas de su vida ni tampoco decidían sobre ellas. Que no podían elegir qué estudiar, cómo vivir, cómo asumir su capacidad reproductiva. Que debían obedecer primero al padre y después al marido. Que dependían de la caridad de los hombres para subsistir, del buen visto masculino, de la probidad social. Que por buena parte de la historia occidental la mujer tuvo que callar, adecuarse, aceptar, admitir, soportar.

Y que también hubo libre pensadoras que se hicieron preguntas al respecto, que se preocuparon por la enormidad del error histórico, que se cuestionaron en cómo lograr el reconocimiento individual y colectivo. Mujeres que decidieron asumir la lucha no sólo para sí mismas—cuando habría sido más que suficiente—sino para todas las mujeres del futuro. Las que ahora mismo disfrutan como yo de la posibilidad de elegir, pensar y construir ideas

a su medida.

Con frecuencia me llaman “feminazi” aunque muy pocas veces me explican por qué. Al parecer resulta molesto mi interés por los derechos humanos, civiles y sociales de las mujeres alrededor del mundo y mi preocupación por la igualdad de derechos sin distingo de género. También suele molestar e incomodar cuando me identifico sin medias tintas, como feminista, aunque tampoco exista una razón clara para eso. No obstante, supongo que se debe a la fantasía fanática que define al feminismo como una propensión a odiar a los hombres, creer que todo lo masculino es retrógrado y peligroso y por supuesto, sostener que las mujeres deben atacar cualquier palabra, obra o acción del hombre.

De manera que la pregunta de mi lectora sigue en pie. ¿Nace el feminismo de alguna parte o se basa en una sucesión de ideas intelectuales específicas? ¿Eres feminista aún sin saberlo? Hay respuestas sencillas para eso. En realidad, el feminismo es un movimiento político que aboga por la inclusión, los derechos de las mujeres sometidos a sensible distorsión, la educación de niñas y niños en condiciones de igualdad alrededor del mundo, derechos reproductivos, concientización sobre las implicaciones de la violencia doméstica (contra cualquiera) ¿Necesita eso un nombre?

Supongo que no, pero lo tiene. El feminismo unifica una serie de ideas muy específicas sobre lo femenino que merecen no sólo ser llamadas de alguna forma, sino aglutinarse bajo un pensamiento político y cultural específico. ¿Por qué un movimiento de mujeres para mujeres no puede prosperar sin necesidad de justificarse?

Todo extremismo político y cultural tiende a ser nocivo, mucho más si está basado en toda una serie de ideas que sugieren la agresión contra el diferente por el mero hecho de serlo. El real feminismo rechaza cualquier tipo de pensamiento ideológico que sugiera el menosprecio de cualquiera, sea hombre o mujer. Por tanto, esa versión radicalizada y sobre todo amenazante no es otra cosa que una distorsión, natural en cualquier movimiento político, pero que bajo ningún aspecto define lo que el feminismo es y puede ser.

Lo pienso mientras camino por las calles de mi ciudad. De este país de “las mujeres más bellas” y quizás también, las más solitarias. En este país de madres niñas, de mujeres objeto, de concursos y peluquerías. En este país donde cada día mueren dos mujeres por violencia machista. En este país donde pueden perseguirte por la calle gritándote insinuaciones sexuales y se considera normal. De este país donde debo cuidarme para no ser violada mientras la cultura justifica al agresor. Este es el país donde nací y este es el país que me hace reaccionar a esas ideas con un pensamiento estructurado, con una opinión coherente. O al menos intento hacerlo.

¿Cuándo comencé a ser feminista? No lo sé. La pregunta correcta quizás sea ¿Cuándo no lo he sido? Un cuestionamiento lleno de implicaciones, de preguntas y respuestas. Uno que quizás me defina mejor que cualquier otra cosa.

Decálogo de la mujer insoportable

Crónicas de la feminista defectuosa

La primera vez que me llamé “feminista” de manera pública y directa, fue durante una charla sobre el romance gótico. Recuerdo que la dictaba en una pequeña librería de Caracas, rodeada de un grupo de desconocidos que me miraban con atención. De pronto y mientras describía al personaje de Edith Cushing (Mia Wasikowska) en la película *La cumbre escarlata* de Guillermo Del Toro, comenté como de pasada que como feminista que era, la escritora y figura principal la compleja trama, me parecía apasionante. Hubo un silencio momentáneo, algunas risas incómodas y luego, una mano alzada. Una chica al fondo a la derecha (sí, como si fuera al mítico baño de los chistes de salón).

—¿Eres feminista?—me preguntó.

Todo el pequeño auditorio me miró con interés. Había unas treinta personas, la mayoría hombres y algunos, sonreían con cierta suficiencia. Conocía la expresión, el mutismo tenso y la atmósfera que de súbito se enrarecía a la menor mención de la palabra feminismo. Me había pasado un par de veces antes, pero jamás, en medio de una treintena de desconocidos que de pronto, parecían querer salir de ahí a toda la velocidad que pudiera resultar educada.

Sentí un ramalazo de ansiedad y recuerdo haber pensado que era un mal momento para confesiones políticas. Que habría sido preferible continuar mis explicaciones sobre triángulos amorosos incestuosos, castillos en ruinas y secretos tenebrosos que hablar sobre mi parecer acerca de la mujer en el mundo. Pero ya lo había dicho. Y ya todos los que habían escuchado la palabra, me miraban como esperando una explicación.

Primera lección: cuando eres feminista, siempre debes tener respuestas. Estar atenta a qué dices, cuándo, cómo y por qué. ¿Te parece exagerado? Sí, a mí también lo parecía hasta esa tarde en la que hacía calor, en la que quería hablar sobre Ann Radcliffe y Mary Shelley, en la que deseaba recomendar una larga lista de películas. Lo creía hasta que me encontré con la pregunta, en el peor de los tonos posibles, sin saber qué debía responder.

En realidad, sí lo sabía, por supuesto. Tomé una bocanada de aire, sonreí y asentí.

—Sí, soy activista desde la universidad.

—Activista ¿cómo?—volvió a preguntar mi interlocutora.

—Activista como que hago cosas por el feminismo, escribo del tema y me educó sobre el particular.

Intenté sonar amable. Ya tenía más de dos años escribiendo en mi blog sobre el tema—esa intensidad del blog privado, como diría mi amiga Andrea—y otro par, cursando un diplomado online sobre inclusión y género. También, echaba una mano en diversas organizaciones, asistido a un par de eventos e incluso, dedicado una larga columna en un periódico de circulación nacional a la necesidad de replantear el modo en que el gobierno de Hugo Chavez Frías, comprendía el asunto urgente de la desigualdad legal. De modo que sí, era activista, aunque hasta ese momento, jamás me había llamado así y me avergonzaba un poco hacerlo. ¿No sonaba rebumbante? ¿exagerado? ¿un poco envarado?

La verdad, mi única gran intención era que nadie fuera discriminado sólo por ser quien era, lo que equivalía a decir que deseaba ayudar a quien lo necesitara para atravesar el profundo e incómodo tejido de todo tipo de prejuicios para ocupar un lugar social y cultural a la medida de sus aspiraciones. Eso se extendía al género, orientación sexual, raza, origen étnico y una larga lista de prejuicios que se acumulaban por docenas en la forma en que mi



país (cultura, el mundo) comprendía al individuo. ¿Eso es activismo? me había preguntado más de una vez. Bueno, al menos, eran buenas intenciones. O una necesidad básica de justicia que no me convertía en heroína, pero sí al menos, en una ciudadana preocupada.

—Ya—dijo la muchacha—¿y eso que tiene que ver con lo que nos dices?

Lo dijo en un tono aburrido que había escuchado muchas veces para entonces. El tono de mi madre, cuando me preguntaba qué necesidad había que defendiera a cualquiera de cosas inmutables. “La mujer tiene que darse su puesto”, me había dicho en una oportunidad. O el tono de mis amigos, que consideraban causa perdida mi insistencia en una posición política que el mundo catalogaba como un espejismo social. O en el tono de mi ex novio, ese que me había preguntado si no tener hijos era una decisión que me había “metido en la cabeza” toda esa “mierda del feminismo”. Había sido una discusión incómoda, dura, la última. Y una de las frases finales había estado impregnado del mismo tono entre burlón y cansino de la muchacha. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Estuve muy cerca de decir “nada”. Estuve muy cerca de señalar al otro chico de la izquierda—sí, parece un chiste—que también había alzado la mano. Estuve muy cerca incluso de disculparme por haber sacado a colación un tema en medio de otro, tan lejanos en apariencia uno de otros como territorios separados por espacios irreconciliables. Pero no lo hice. En lugar de eso sonreí y me incliné sobre el escritorio. Tenía las manos empapadas de sudor nervioso, el rostro sonrojado y el corazón me latía muy rápido. Sentí que debía tomar aire, que quizás me quedaría trabada a mitad de la frase y sería mucho peor. Tampoco lo hice.

—Tiene que ver porque Edith es una precursora de personajes que sostienen sobre sus hombros a la mujer tal y como debe ser percibida en la historia—me encontré diciéndolo—tiene que ver, porque, además, es un personaje que se interesa en la literatura, la ciencia, además del amor y los niños, en una época que la película describe como aprensiva y claustrofóbica. Una época en la que necesitabas un esposo a tu lado para no sucumbir al miedo y a la angustia. Una época dolorosa, de mujeres que paraban en el manicomio, por hacer las mismas cosas que Edith. De modo que, como símbolo, es poderoso, articulado, valioso, interesante y por supuesto, levemente feminista.

Sentí que me ruborizaba como pocas veces en mi vida. Que el pulso se me aceleraba por una vergüenza extraña y angustiada difícil de describir. Que las miradas de todos esos desconocidos y en especial, la muchacha de las preguntas, era tan dolorosa como pequeños juicios de valor silencioso. Tuve la súbita necesidad de correr fuera de la sala. De pedir disculpas, esa vieja costumbre del ansioso. Pero no lo hice. Solo continué ahí, sentada, esperando quizás que alguien se levantara y el resto de la audiencia saliera en tropel. Risas. Incluso algún insulto. Desde que el feminismo se convirtió en una mala palabra, en una temida y juzgada, eso puede ocurrir con una facilidad de pesadilla. Sobre todo, en un país como el mío. De modo que esperé, las manos apretadas, conteniendo la respiración sin notarlo.

El muchacho de la izquierda bajo la mano. La chica que había preguntado movió la cabeza—un poco avergonzada, me pareció, aunque no supe por qué—y agradeció en voz baja la respuesta. Toda la audiencia me miró expectante y supe que el momento había pasado. Una confesión que no era grande ni pequeña, ni valiosa ni importante. Sólo era una declaración de principios. Lo que sea que hubiese sido esa frase, había pasado y ahora el momento era otro. Sonreí, aspiré con cuidado y continué la charla. Sentí que el cuerpo me temblaba de energía, de miedo, de alegría, de expectativa. ¿Qué había sucedido?

Han pasado seis años de eso y todavía no sé cómo llamar a esa ruptura. Porque lo fue, en formas y sentidos que todavía no entiendo del todo. Pero lo que sí descubrí y en lo que pien-



so a diario, es que en el momento en que admites que eres feminista, las cosas cambian. En tu interior y en lo que te rodea. Y no es porque la palabra revista poder—que lo tiene—o porque te haga más poderosa—que lo hace—sino porque es el primer paso a un trayecto muy largo, extraño y pocas veces predecible.

Ser feminista en un país en machista, en que las mujeres consideran que el activismo político dedicado a la promoción de los derechos legales es un tipo de masculinización, en el que se sabe muy poco del tema, es toda una travesía. Una que a veces, puede aterrorizarte, pero que casi siempre, es satisfactoria. En mi caso, ha sido muchas cosas a la vez. Pero en especial, una forma de entender mi vida, el tiempo que transcurre a mi alrededor y cómo deseo crear lo que sea espera al movimiento, al conocimiento sobre el tema y por supuesto a mí, en unos años. Es crear a la mujer del futuro, me digo en ocasiones y sin duda, eso no es poca cosa.

ABC del feminismo, lo que deberías saber antes de discutir

Ser feminista, también es el arte de responder preguntas, de seguir y de asumir que habrá incómodas. Es la versión más depurada, consciente y constante de replicar a todas las formas que la sociedad y la cultura intenta minimizar la forma en que una mujer comprende su historia, la del género y todos los puntos incompletos de la tradición que asume un deber ser inmediato. Ser feminista es siempre tener que decir lo que piensas, incluso mientras comes en familia, besas a un hombre, tomas café con tu amiga de toda la vida. Ser feminista, es al final del día, educar, aunque no creas ser la persona idónea para hacerlo. Pero a veces eres la única a disposición.

Eso lo descubrí luego de responder docenas de cuestionamientos distintos. Algunos muy básicos, otros muy elaborados. Todos pertinentes a la forma en que el feminismo se comprende. Algunas, son razonables. Otras son provocaciones. Al final, es simplemente una forma de entender que todo movimiento político de reacción se encuentra con una resistencia al cambio considerable que termina por ser el mayor enemigo que debe enfrentar.

¿Y cuáles son las cinco preguntas más comunes que toda feminista debe responder? No lo sé, pero quizás, se puedan resumir así:

¿Por qué feminismo? ¿No debería ser humanismo?

La clásica pregunta, que parece provenir de la imposibilidad de entender del todo, por qué cualquiera debe ocuparse de los asuntos del sexo femenino. Para un considerable número de personas, que un grupo de brillantes filósofas, antropólogas, sociólogas, psiquiatras y otras tantas representantes en disciplinas diversas pueda analizar el papel histórico de la mujer resulta impensable. ¿Por qué hacerlo? ¿Por qué es necesario? Cuando me lo preguntan, la persona en cuestión suele añadir, como para restar fuerza a la afirmación, que claro, lo entiende, el tema de la mujer merece investigación. ¿Pero no debería también ocuparse el movimiento de todo lo que ocurre en el mundo? ¿Ser un gran conglomerado de ideas humanistas que abarcaran cada individuo de la especie humana?

Oye, se escucha bien, pero no. El feminismo nació para las mujeres por una razón básica: hasta entonces, el género era una especie de condena a cuestas que había que sufrir, por obligación, pertinencia, por objetivo legal y deber social. Para las primeras sufragistas como Emmeline Pankhurst, para filósofas como Mary Wollstonecraft o grandes pensadoras como Simone de Beauvoir, el dilema de ser mujer es una cuestión que abarca cómo se ha percibido lo femenino a través del tiempo, sus luchas, dolores, las perversiones del poder que le infantilizaron, institucionalizaron e invisibilizaron. Ser mujer durante buena parte de la historia ha sido un riesgo, una posición secundaria, un peso sobre los hombros de intelectuales, pensadoras, luchadoras, guerreras y figuras de toda índole brillante cuyo



nombre ahora mismo no conoces porque...lo adivinaste, nacieron como mujeres en épocas en que serlo, te condenaba al ostracismo. Por cada mujer histórica que conoces, hay al menos cien cuyo nombre jamás escucharás. Libros que nunca leerás, obras de arte que no colgarán en pared alguna, pensamientos y logros que jamás serán reconocidos.

De modo, que las mujeres actuales trabajamos para que ese esfuerzo tenga valor, incluso si no sabemos con exactitud su magnitud. Y que, sin duda, jamás vuelva a ocurrir algo semejante. ¿Que sí podemos ocuparnos de otras causas a la vez? Con habilidad y con enorme dedicación. Pero el feminismo, es y será necesario. Y seguirá siéndolo por unas cuantas décadas—siglos—más.

Eres feminista ¿Por qué te ves como una mujer corriente? ¿No deberías llevar el cabello corto, evitar el maquillaje? ¿No es una contradicción verse femenina si eso es una construcción social?

No es una contradicción y no lo es, por una razón esencial: el feminismo propugna el derecho de elección. Cuando el feminismo de la segunda y tercera ola insistieron en la deconstrucción de la imagen de la mujer, fue una consecuencia directa de las limitadas opciones que una mujer tenía sobre cómo vestir, lucir y comportarse, decidir sobre su vida, salud reproductiva e incluso, su futuro. Una mujer que no encajara con la versión ideal elaborada a partir de una mirada social sobre la apariencia y la identidad, era sin duda una rareza destinada a ser menospreciada, señalada y estigmatizada.

Pero vayamos más allá. Una mujer que no funcionara como una pieza concreta en el gran rompecabezas del deber ser, que no deseara contraer matrimonio, tener hijos, asumir la identidad que heredó de siglos de presión y erosión de su identidad en favor de algo más grande, estaba condenada a un tipo de desarraigo social que en la actualidad, es difícil de comprender. El feminismo lucha y luchará porque esa percepción sobre lo que se supone una mujer deba ser, termine por desmoronarse en favor que la decisión individual prevalezca. Y eso por supuesto, incluye los cánones estéticos que cualquiera considere válidos, atractivos o formen parte de su ideario estético. De hecho, la presunción que lo femenino puede definirse de cualquier forma, es una idea que pasó de ser una obligación a un derecho en manos de las mujeres. Y eso incluye sin duda, la forma en cómo te ves y expresas lo que consideras es la esencia de lo femenino.

Pero la cuestión es básica: la decisión de cada cosa pequeña o grande sobre el ideario, la imagen y el comportamiento femenino debe ser parte de la vida de la mujer. ¿Parece una obviedad? No lo es tanto. Piensa en las mujeres que no pueden cortar su cabello o las que deben vestir burka, a riesgo de poner su vida en riesgo de no hacerlo. En todas las que han despedido por lucir de tal y cual forma. Las que no pueden llevar maquillaje. La que deben pedir permiso para levantar los ojos y mirar un hombre. Las que sufren burlas por su apariencia física. A las que llaman gordas en tono peyorativo, las que deben llevar la carga de epítetos y violencia estética. ¿Lo has visto desde esa perspectiva?

Debe ser un poder que se ejerza sin miedo, sin coacción, sin preguntas, sin cuestionamientos. Porque el feminismo insiste en que el poder de la elección es tan amplio como para abarcar cosas que parecen triviales, que, en la gran discusión de las cosas, son muy diminutas. ¿Deseas afeitarte tu vello púbico? ¿Teñir tu cabello o sólo raparlo? ¿Llevar faldas, pantalones, zapatos altos o de correr? Todas las decisiones te pertenecen, son tuyas, exclusivamente de tu ámbito íntimo. Y para que pudieras hacerlo, transcurrieron siglos de batallas. Décadas de debates. Años de visibilizar la diferencia de lo femenino.

Mi abuela, la mujer más feminista que jamás conocí y que nunca se denominó como tal, solía decir que, para buena parte de las mujeres, vivir era como seguir un manual de instrucciones escrito por alguien a quien no le agradaba especialmente todas las que estaban

destinadas a seguirlo. Recuerdo esa imagen con frecuencia, pero en especial, me preocupa el hecho de que es cierta. La mayoría de las mujeres del mundo, no tienen los privilegios ni tampoco, el poder que ejerzo sobre mi vida. Por lo que mi intención al ser feminista, es que lo obtengan.

¿Es un tipo de poder llevar el cabello largo o corto? ¿Llevar las axilas velludas? ¿Llevar falda larga o corta? Lo sé, parecen banalidades y en contraste a otras grandes discusiones, crean un nudo diminuto de debates inconclusos que, en apariencia, carecen de sustancia. Pero piénsalo así: el cuerpo de una mujer es un campo de batalla. Lo ha sido por siglos, lo ha sido en cada momento de la historia en que debe obedecer, quedarse sin voz, identidad, ser parte de decisiones mayores que no le incluyen. Cada mujer que llevó un corset, debió contraer matrimonio porque no tuvo más remedio, tener hijos cuando no los deseaba, abandonar la universidad a pesar de no querer tener que hacerlo, perdió parte de su individualidad. De modo que recuperar esa idea —para las mujeres del presente y del futuro— implica tomar todos los restos y fragmentos de decisiones inconsultas e inconclusas y devolver su significado a la mujer. La contundencia de su imagen, de sus decisiones personales. Todo envuelto en una idea mucho más necesaria.

Así que no se trata si llevas el cabello corto o largo, si te maquillas o no. Si decides tener una apariencia neutral, sin relación con lo que la sociedad impone sobre cómo deberías verte. Lo necesario, lo imprescindible es que la decisión sea tuya. Y las feministas trabajamos para lograr eso. Cada día, todos los días, por todas las buenas razones que nos heredaron todas las mujeres que dejaron de obedecer, inclinar la cabeza, que alzaron la voz.

Eres progre, izquierdista, no lo niegues.

Hace unas semanas, comenté en mi cuenta Twitter sobre unas compras de puro placer irracional que llevé a cabo en Amazon, esa cuna del capitalismo que es la panacea para el comprador compulsivo ocasional. De inmediato, alguien me recordó que una “progre” como yo, no debería jactarse de hacer algo semejante. “¿Qué incongruencia es esa?” me reclamó. “¿No se supone que deberías vivir bajo un cocotero y llevar sandalias?”. Cuando indagué sobre semejante imagen, mi amable interlocutor me recordó que “como comunista que soy” debía ser consecuente. ¿Con qué? intenté preguntar, pero un block rápido del estimado opinador anónimo evitó la posible y fructífera respuesta.

En realidad, aunque no suena del todo mal eso de mudarme bajo un cocotero y vivir con zapatos cómodos, la idea de que el feminismo tiene una relación irrevocable e inexorable con el marxismo, es del todo equivocada. Y, sobre todo, reduccionista. Por supuesto, atravesamos una época de blancos y negros, de forma que no me sorprende demasiado que nadie profundice de una manera u otra, cual fue el proceso que produjo la identificación actual del feminismo con la izquierda y sin duda, con el ala más radical ideológica. Ahora bien, definir un movimiento destinado a la defensa de los derechos a una ideología política, es una forma de simplificar el mensaje central de todo activismo. De modo, que la mera concepción de que el feminismo sea marxista/izquierdista por necesidad, no sólo es errónea, sino que también neutraliza la base académica e intelectual de lo que el pensamiento basado en la defensa de los derechos de la mujer puede ser.

El feminismo se identificó de manera frontal con la izquierda ideológica durante la segunda y tercera ola, en especial en momentos históricos en lo que ser mujer era una afrenta política. Te daré un ejemplo fuera del ámbito político: la fotógrafa Claude Cahun—feminista e izquierdista—estuvo a punto de ser asesinada por el nazismo, por el mero hecho de proclamar tenía derechos, además de ser un útero con aporte reproductivo al Tercer Reich. Lo mismo ocurrió con Simone de Beauvoir, que encontró en los partidos de izquierda de su natal Francia, un interlocutor consciente de sus derechos como ser humano, más allá de chica burguesa y académica. El caso es que, históricamente el feminismo encontró una caja

de refracción de sus ideas en la percepción sobre los derechos humanos como parte de una idea amplia sobre el privilegio de clases. Y fue esa noción de compartir percepciones sobre la necesidad de reivindicación, lo que hizo que buena parte de las activistas, comulgaran con la izquierda, el comunismo, el marxismo y otras corrientes de la izquierda radical.

Pero en realidad, el feminismo es una reivindicación de derechos y con el correr de las décadas, se ha hecho cada vez más liberal, más cercano al hecho de que la ruptura de toda atadura intelectual y de toda presión social, no atraviesa la colectivización. Es posible que una feminista tenga opiniones críticas contra el capitalismo, pero que también apoye la educación financiera, competitiva y comercial de otras mujeres. Buena parte de los movimientos feministas alrededor del mundo están conscientes de la necesidad urgente de proveer medios de subsistencia e independencia económica a las mujeres. Una mujer poderosa, académicamente competitiva, capaz de crear fuentes de trabajo y de crear una individualidad sólida, es una forma de brindar una nueva percepción sobre el poder femenino, más allá de cualquier vínculo político o con teorías económicas en paralelo.

De modo que sí, aunque parezca escandaloso: soy feminista que apoya el libre mercado, que lucha por leyes de inclusión y equidad de las mujeres en mercados tradicionalmente conculcados por el machismo. Soy parte de la nueva oleada del feminismo que cree que una mujer poderosa en lo político, económico e intelectual, será una puerta abierta para otras mujeres, que seguirán su ejemplo para seguir su propia ruta hacia una concepción por completo nueva de su vida y su papel en la cultura. Y eso pasa, por supuesto, por evitar cualquier identificación total con regímenes dictatoriales, segregacionistas, autoritarios o con tendencia a ejercer el poder como una restricción básica a los derechos comunes.

¿Hay feministas que apoyan y militan en partidos de izquierda? Las hay. Pero eso no quiere decir que todas lo seamos. Y es una diferencia importante y necesaria de comprender.

¿Por qué mostrar los pechos en manifestaciones? ¿No es eso una banalidad?

Corría el año 1866, cuando Gustave Courbet decidió pintar los genitales de Joanna Hiffernan y mostrar a todo color, la vulva de una mujer. Llamó a su obra “el nacimiento del mundo” y la consideró “de una belleza dolorosa”. De inmediato, la pintura causó un revuelo en París como pocas veces se ha visto. De pronto, ese gran secreto que hasta entonces había sido la intimidad femenina, quedó al descubierto en una maravillosa imagen que mostraba con detalle el cuerpo de la mujer en toda su gloria. Hubo desmayos, acusaciones de pornografía y Courbet recibió una paliza por semejante atrevimiento. Sólo por pintar a una mujer con las piernas abiertas.

Históricamente, el cuerpo de una mujer ha sido un campo de batalla. Y lo digo de manera literal. Uno en que se han librado luchas de poder, precisiones religiosas e incluso, políticas. Uno en el que la mujer pocas veces ha podido hacer otra cosa que bajar la cabeza y aceptar, lo que se decidía para ella. Desde los griegos, que recluían a sus esposas e hijas en casa como rehenes de la tradición, hasta la Iglesia Católica, que pasó siglos tratando de decidir si las esposas, hermanas, madres e hijas eran algo más que un útero con dos piernas, el cuerpo femenino se ha disputado como un bien cultural rodeado de polémica.

No es casual que buena parte de las obras del Renacimiento mostraran a las Diosas en toda su gloriosa desnudez. Ni que los primeros indicios de oscurantismo, incluyeran la quema de imágenes en las que se representaban divinidades femeninas con la piel al descubierto. No es causa que la triple diosa pagana fuera cercenada para perder su atributo como madre nutricia y anciana sabia, en favor de la Doncella. La Virgen María, con su espléndida ternura y sus cientos de advocaciones, fue la forma en que el catolicismo recluyó a las mujeres del mundo en dos categorías simples: doncella en espera de ser desposada o madre. Entre ambas cosas, el pecado de una mujer con pensamiento libre se pagaba con ostracismo,



el convento e incluso con la vida. Durante el medioevo, la inquisición arrasó con cualquier intento de la mujer de ser otra que una figura decorativa en el escenario de la historia.

De modo que una mujer muestre los pechos, es una declaración de poder. Lo mismo que desnudarse en un espacio público (incluso por razones que pueden parecerle inauditas), lo mismo que decidir sobre su capacidad reproductiva. ¿Te parece una idea extravagante? Imagina que, por siglos, casi cualquier órgano de poder en el mundo te convenciera que tus pechos, tus genitales e incluso partes por completo inocuas de tu cuerpo como rodillas y codos, son formas de “tentación”. Que la educación que recibes, que los mensajes que definen tu identidad, castigan lo que eres, por el mero hecho de tu género. Imagina que por siglos se te obligó a pensar que tu cuerpo era nocivo, una provocación, que mostrar un poco de piel merecía un castigo no sólo legal y cultural, sino incluso divino.

Imagina que, por buena parte de la historia, tu cuerpo definiera el concepto del “mal”.

Ahora imagina que de pronto, entiendes que no sólo nada de eso es cierto, sino que tu cuerpo te pertenece. Que es tuyo para hacer lo que quieras, para disfrutar de él, para asombrarte con todas sus posibilidades simbólicas y metafóricas. Que tu cuerpo es un conjunto de ideas que te representan, que confrontan, polemizan, que hablan de que no estás dispuesta a llevar sobre los hombros siglos de represión, de insultos, de menosprecio y conceptos denigrantes. Que tus pechos, no son sólo el sustento de tus futuros e hipotéticos bebés, sino la forma en que dejas claro que no hay una ley en el mundo que pueda volver a convencerte que hay algo mal en ti.

Espera ¿Qué dices? ¿Que esas adolescentes que se desnudan no saben nada de eso? ¿Que lo hacen por “sinvergüenzas, sin moral, sin criterio, por pura necedad”? Créeme, las mujeres sabemos desde muy niñas cual es la opinión histórica sobre nuestros cuerpos. Cada vez que alguien llama a una mujer puta por llevar una falda corta, que muestra el escote y debe temer por su integridad e incluso su vida. Cada vez que se le culpa por la violencia que sufre por el mero hecho de tener un cuerpo...entiende el poder de disponer de él como crea conveniente.

Y eso, es lo que defendemos las feministas. Oye, además, hay una solución sencilla si tanto te molestan los pechos de las activistas al aire. Tápatelo los ojos. Porque las mujeres del mundo, están descubriendo el poder real de mostrar, ya sea su cabello en sociedades represivas o sus pechos, en otras sólo hipócritas.

El cuerpo de la mujer vuelve a ser un campo de batalla. Solo que ahora, el poder es nuestro.

Oye, he visto feministas quemando y pintarrejeando paredes ¿Eso no es radical?

Bueno, lo es. ¿Cómo decir que no? Como todo movimiento político, hay activistas que toman decisiones individuales y que, sin duda, son más radicales y frontales que otras. Pero claro, a veces, hay que preguntarse por qué alguien se siente tan frustrado como para arrojar estatuas al suelo, arrojar pintura en las paredes, arrojar rocas a cristales de instituciones públicas.

Esas feministas radicales, enfurecidas porque violan y matan a mujeres con una frecuencia dolorosa. Esas mujeres tan irritantes, fastidiosas y escandalosas, que tratan de llamar la atención sobre el hecho que las cifras de maltrato de género se cuadruplicaron durante el último lustro. Esas mujeres dementes, que quizás las rebasó el hecho que hay países del mundo en los que una mujer es un accesorio caro que puede venderse, incluso por precios más accesibles que una cabra. Esas feministas que deberían ser contenidas, por llenar de pintas las paredes y el suelo, mientras hay matrimonios infantiles, la mayoría de las mujeres del mundo ganan la mitad de lo que ganan sus pares masculinos, mientras las víctimas

siguen siendo culpadas por las agresiones que sufren.

Hay que ver por las cosas que se disgustan las mujeres en la actualidad ¿no? Porque eso ha venido pasando toda la vida, década tras década, siglo tras siglo. Porque cada día, violan a 100 mujeres alrededor del mundo. Por cada hora, dos niñas son vendidas en el mercado de trata de personas de países de Europa del Este. Pero aquí, el problema es las paredes pintarrajeadas, las calles sucias, las esculturas violentadas.

Pero bien, creo que, si eso te preocupa, puedes consolarte. La ley es especialmente dura con las activistas cuando las protestas se vuelven radicales. Mucho más dura con mujeres que muestran sus pechos o queman panfletos y basura, que con fanáticos de los equipos de fútbol locales cuando queman, destrozan y vandalizan el espacio público porque en apariencia, pueden hacerlo. Pero vamos ¿Quién quiere hablar de eso, no?

¿Por qué apoyas que la gente se vea gorda? ¿Quieres que muera de un infarto?

Durante buena parte de mi adolescencia, fui muy delgada. Una muchacha pequeña de huesos delicados de cuarenta y cinco kilos. Apenas llegué a la universidad, aumenté casi el doble y tuve problemas para controlar el súbito aumento de masa corporal por años. Después, la ansiedad me provocó un problema alimenticio que me llevó de nuevo a los cuarenta y cinco kilos. Ahora mismo, lucho por mantenerme en saludables setenta kilos, sin lograrlo siempre. De modo que durante toda mi vida disfruté tanto de los halagos por ser delgada, como de las críticas por tener una textura gruesa.

Espera...¿Te estás preguntando si leíste bien? ¿Saludables setenta kilos? ¿Me estás diciendo que una mujer puede tener caderas amplias, algo de vientre prominente y kilos de más en las pantorrillas? ¿Eso es posible? ¿Es posible que una mujer no luzca delgada, atlética y refinada? ¿De qué me hablas?

Te hablo de tus prejuicios estéticos. De los que heredaste de tus padres y ellos heredaron de los suyos. Te hablo de la imagen que la televisión, el cine y las antiguas y ya desaparecidas revistas, te vendieron sobre la mujer. Te hablo sobre el peso de la obligación que hace que creas que una mujer—y un hombre—debe lucir de determinada forma. Te hablo de esa presunción que te hace creer que puedes burlarte, discriminar, señalar y criticar a alguien más sólo por su aspecto físico. Te hablo de todas las veces en que una mujer siente una angustia difícil de explicar porque su imagen no es la que se supone debería ser. Porque tiene piel de naranjas en los glúteos, porque tiene pechos en los que la gravedad ya tomó decisiones. Porque su piel no es fina, perfecta, humectada y lozana.

Te hablo de todo lo que hace que ahora mismo me estés leyendo y trates de encontrar una explicación inmediata a tu rechazo a las mujeres con cuerpos imperfectos. Que ahora mismo, la palabra gorda esté en tu mente en un tono peyorativo, duro y directo. Que ahora mismo, estés pensando (incluso si eres mujer) que los kilos de más son para perdedores, aunque tú mismo—o misma—no tengas una figura perfecta. Te hablo a ti, que estás convencido—o convencida—que la higiene personal implica cumplir con un estándar de belleza inalcanzable que consideras inevitable. Te hablo a ti, que crees que está bien e incluso, es necesario insultar a quienes no se atienen a esa idea general, esa percepción cultural. A esa imagen “saludable” que se supone todos debemos cumplir.

Nadie lo duda: una vida saludable es el mejor consejo que cualquiera puede recibir. Pero lo saludable no está reñido con la belleza de lo imperfecto, con las hermosas cicatrices que cuentan nuestra historia, con lo asimétrico de nuestro cuerpo en toda su gloriosa cualidad individual. Las feministas abogamos porque la imagen que tienes de ti, sea la mejor, la más positiva, la que te haga sentir más poderosa, feliz, sin duda satisfecha. Las feministas deseamos que seas más amable contigo misma (mismo), que hagas las paces con tu vida,

apariciencia, con esa crónica de piel que llevas a todas partes y que cuenta tu historia privada con la mayor delicadeza.

Las feministas queremos sin duda que tengas buena salud. Que acudas al gimnasio, que tengas una piel hermosa y radiante. Pero también insistimos en que nadie tiene derecho a juzgarte por tu apariencia, que nadie puede señalarte, juzgarte o hacerte daño por no cumplir con las expectativas sociales que se esperan de ti. Queremos que sepas, cada día de tu vida, que te acompañamos en tu viaje privado para una vida plena, que detrás de la pantalla, en oficinas, libros, artículos, debates, estamos trabajando por una sociedad en que seas libre de mostrarte como quieras y eso está bien.

Oye, tú que has llegado hasta aquí ¿te molesta eso? Oh bueno, tenemos también una solución. Mira hacia otra parte. El cambio está aquí y debo decir, que es mucho más profundo, hermoso y potente de lo que puedes suponer.

¿Por qué es necesario el feminismo cuando las mujeres tienen todos los derechos que pueden desear?

Hace unos días, una amiga comentó en Twitter lo duro que era ser mujer en nuestra época. La forma como el filtro de la crítica, la presión social y la obligación cultural. Las múltiples formas de opresión que aún soportamos, a diario y en cientos de formas distintas. De inmediato, alguien le respondió en tono de burla, que no sabía “que se había mudado a Irán”. Lo hizo una mujer que vive en el primer mundo.

La mera paradoja que la comentarista no pudiera comprender que su comentario era un tipo de presión, me resultó doloroso, pero mucho más aún el hecho que es la punta del iceberg del desconocimiento total y completo de lo que es la situación de la mujer en el mundo. De las abultadas cifras de analfabetismo femenino, de todas las mujeres que viven en países que no pueden acceder a sus derechos como ciudadanos, de todo el peso cultural que una mujer de cualquier edad lleva a sus espaldas.

Pero vamos a las cosas pequeñas. Vamos a todas las ocasiones en que una mujer debe trabajar el doble para ganar la mitad, en países del subdesarrollo. O vamos un poco más allá y recordar todas las ocasiones en que una mujer debe soportar discriminación, sutil pero perenne, sólo por su género. Por no ser joven quizás, por no ser hermosa. Porque debe competir con la identidad de lo masculino, estandarizada a todo nivel. Sí, la evolución ha sido considerable, enorme y poderosa. Nadie duda que las mujeres actuales tenemos lo que las de otra época, apenas podían soñar. Pero aún así, un elevado porcentaje son ciudadanos de segunda. Ciudadanos que deben luchar por sus derechos básicos, que deben enfrentar un tipo de discriminación sutil que nadie comprende en realidad, hasta que lo sufre.

No dudo que la comentarista crea de buena voluntad que los derechos que disfruta, son todos los que puede aspirar. Que su insistencia que “hace lo que quiera”—como añadió para rematar su razonamiento—sea una paradoja enorme y angustiada porque en realidad, no lo hace. Porque no puede caminar por una calle solitaria durante la noche, subir a un taxi sin tener miedo, no preocuparse por lo que pueda ocurrir si descuida por un momento la vigilancia férrea sobre lo que le rodea. Una mujer siempre está en peligro, una mujer siempre debe batallar por el lugar que ocupa.

El feminismo lucha cada día y de todas las formas posibles, para que todas las mujeres del mundo sean ciudadanos de pleno derecho. Mujeres reconocidas por su talento, inteligencia y capacidad. El camino ha sido arduo para lograrlo, pero apenas hemos recorrido menos de la mitad. Mientras haya una mujer en el mundo que no pueda ejercer sus derechos a plenitud, que tema por su vida, su integridad, el pleno goce de sus decisiones morales, culturales y sociales, el feminismo continuará siendo necesario. Esa forma de expresión tan incómoda cuando el rechazo es tan amplio.

Lo dije más arriba. Una vez que te llamas feminista, lo eres para siempre. Y yo lo soy. Lo pienso, mientras camino por la calle, la cara cubierta por la ahora tradicional máscara y pienso en todo el trabajo que hay por delante. De todo lo que quiero hacer, decir y crear. Y me siento feliz y honrada de poder hacerlo. De luchar a diario, por ti, que me lees y seguramente te aburraste con este texto. O por ti, que quizás te haces preguntas que no te habías hecho. Lo hago por todas, todos los días, cada día. Y lo seguiré haciendo, porque lo decidí, escogí ser feminista. Sonrío. O, mejor dicho, el feminismo me escogió a mí.





Parte 2 - Nosotras en las letras

La nueva mujer intelectual: los peligros de una pluma creadora

Hace poco, alguien me preguntó si escribía sobre mujeres sólo porque lo soy. Antes de eso, uno de mis followers en Twitter me insistió en que evidentemente escribía sobre la generación #NoMo para «justificar» mi postura y debido a «las preguntas incómodas» que debían hacerme. Cuando les aclaré a ambas personas que escribo sobre mujeres y sobre todo lo relacionado a los derechos femeninos sobre su identidad porque merece ser investigado, debatido y profundizado, ambas personas no parecieron comprenderlo bien. Como si cualquier tema referido a lo femenino y la feminidad debiera pasar por el filtro necesario del menosprecio no sólo hacia la idea que se analiza sino a su origen. Una percepción ancestral que menosprecia el posible valor intelectual de la mujer.

Y es verdad: No es sencillo escribir sobre mujeres y para mujeres. Por siglos, lo femenino – en general – ha sido invisibilizado por los hombres. La cultura ha percibido a la mujer intelectual y sobre todo, a la que analiza el mundo que le rodea desde su perspectiva, como una rareza cuando no, una incómoda excepción que no vale la pena asumir como parte de la opinión general. De manera que se le ignora o se le desprecia. Hasta hace relativamente poco, una mujer que escribía o mejor dicho, que dedicaba su vida a algo más que el matrimonio y la maternidad, era censurada, acusada de antinatural e incluso de egoísta. La percepción se mantuvo lo suficiente como para considerarse parte de ese «deber ser» de lo femenino y perdurar hasta la actualidad como una idea que aunque ya no se considera absoluta y se discute en voz alta, continúa considerándose válida.

Después de todo, ¿Cuántas mujeres profesionales no han escuchado una y otra vez que deben priorizar la maternidad frente a cualquier otra idea sobre si mismas? ¿Cuántas no sufren el menosprecio hacia su capacidad laboral e intelectual en beneficio de ese mandato maternal al parecer imperecedero e inevitable? ¿Cuántas sufren críticas justamente por asumir que sus opciones personales son algo más que las que parece determinar el hecho de haber nacido con un útero? No resulta sencillo enfrentarse a siglos de esa percepción única sobre lo femenino. De ese resquemor por la inteligencia femenina. O lo que es lo mismo pero justo desde la perspectiva contraria: esa idealización que convierte a la mujer en un modelo intocable, que se asume desde las fantasías morales y quizás espirituales sobre lo que lo femenino puede ser. De la Santa a la Puta parece haber un espacio muy corto. O mejor dicho, ambas obsesiones culturales sobre la mujer parecen crear una única visión sobre lo que lo femenino puede ser o cómo puede interpretarse.

Ocurre tantas veces que pasa desapercibido o entra a la historia con el velo de lo insólito. Como la prolífica carrera de la talentosa Aurora Dupin, que tuvo que ocultarse bajo el rostro de George Sand para publicar y ganarse el derecho a ser leída. O como Cecilia Böhl de Faber, disimulada Fernán Caballero para escribir sus extraordinarios versos. O incluso, la famosa J. K. Rowling, aconsejada en sus inicios a esconder su género en beneficio de las ventas de su futuro universo literario. «Nadie lee a una mujer» cuenta Rowling que le explicó un editor. «Mejor que te crean hombre». La ahora mundialmente famosa escritora continúa lamentando haber obedecido el consejo. Pero lo hizo y el motivo de su decisión fue seguramente la conciencia sobre esa percepción estigmatizada que infravalora a la mujer, que parece empujar su producción intelectual y laboral a un cierto ghetto intelectual del que cuesta mucho salir.

Y es que lo femenino se asume desde el prejuicio o desde un tipo de aclamación no muy realista. No hay medias tintas entre la pecadora y la virgen, entre la devota y la herejía.

Como solía insistir Virginia Woolf, se insiste en que una mujer sólo escribe para lamentarse o para aclamar a Dios y al hombre. Y bien que lo sabría la escritora, acusada durante toda su vida de escribir como un «hombre» o en otras palabras, muy lejos de los habituales clichés adjudicados a la mujer. Woolf no era santa, amable ni mucho menos correcta. Era

una mujer de su tiempo, llena de defectos y con pocas virtudes que destacar, a no ser su maravilloso talento. Cínica, obsesiva y sobre todo, profundamente carnal, a Virginia le gustaba fumar tabacos, jugar a los bolos y escribir a máquina. Nada de las largas estelas románticas a lo Bronte y a lo Austen. Virginia se inclinaba sobre la máquina de escribir y teclaba por horas, un tac tac tac continuo que marcaba como un metrónomo el paso de sus pensamientos. Y es que Virginia era compleja en su humanidad, en su portentoso talento para contar el mundo. Para escribir por deseo, por furia. Por razones oscuras y obscenas que la hacían profunda y demoledora.

“Estudien, estudien ustedes historia, damas y caballeros españoles, antes de acusar de extranjerismo a un feminista”, escribía por el 1917 la escritora y política feminista María Lejárraga, alter ego lúcido de su esposo Gregorio Martínez Sierra. “Háganlo por la supervivencia de su mente y su capacidad para ser únicas” añadía, desde los labios de su esposo, que por décadas la había forzado a escribir ocultando su talento en su beneficio. Pero entonces, Lejárraga, una asombrosa dicotomía que poca gente comprendió en realidad, convirtió al marido explotador en títere y le hizo proclamar no sólo un novedoso pensamiento de reivindicación de género, sino algo más complejo: la libertad de la mujer para construir su propia circunstancia. María, con su excelsa capacidad para asumir la ambigüedad y un cierto hermafroditismo mental, no sólo sentó las bases de la capacidad de la mujer futura para asumirse creadora por derecho propio, sino para evitar que la trampa en que cayó y sufrió la mayor parte de su vida, pudiera atrapar a cualquier otra mujer creadora.

Tal vez por eso aún la mujer intelectual, la que se interesa por sí misma y por lo que le rodea, debe justificarse. Explicar a la cultura por qué decide escribir sobre lo que escribe o mejor dicho, porque lo hace de la manera en que lo hace. No importa que el ámbito de lo femenino sea un terreno inexplorado, que aún necesita ser debatido a fondo para alcanzar una nueva comprensión. Y no obstante, qué necesario es hacerlo. Qué necesario es en una sociedad que aún intenta analizar lo femenino desde lo secundario, una criatura creada a la medida de las fantasías de la cultura, de la moralidad impuesta, de la idea histórica sobre la mujer. Qué imprescindible es enfrentarse intelectualmente a una sociedad en donde existe aún expectativas muy claras sobre lo que la mujer puede hacer—o no—y sobre las exigencias a las que se somete por el sólo hecho que hay un papel histórico que intenta limitar quiénes somos o cómo nos percibimos. De manera que asumo necesario escribir sobre la mujer con respecto a cómo me afecta serlo. Lo que me abruma, lo que me lastima. Lo hago, además, intentando lidiar con los estereotipos, los esquemas, los roles y tópicos. Porque a fin de cuentas, nadie puede definir exactamente qué es una mujer—como tampoco que es en realidad un hombre—aunque la sociedad lo intente con enorme frecuencia.



La histérica, la loca y la feminazi: las nuevas etiquetas para la mujer intelectualmente inquieta

En el siglo XIX, se llamaba “histeria” a cualquier tipo de pensamiento independiente femenino. Con frecuencia, se prohibía a la mujer todo estímulo artístico o intelectual para evitar que “su comportamiento pudiera trastocarse”, como si el mero hecho de tener opiniones o puntos de vista autónomos se considerara peligroso no sólo para su integridad moral y espiritual, sino también la física. Incluso, se llegó a cuestionar que una mujer con el hábito de la lectura y la discusión fuera cuerda y en más de una ocasión, ávidas lectoras y apasionadas por la escritura terminaron en manicomios y casas de reclusión por “transgredir” lo que la sociedad de su época consideraba aceptable y “saludable” para la mujer.

Pienso en lo anterior mientras leo en mi TimeLine una discusión sobre los “excesos” del feminismo, en la que se invoca a la figura siempre confusa de la “feminazi” como una especie de criatura mitológica de las redes sociales a la que se le achaca todos los males y terrores de la lucha por los derechos de la mujer. El invisible interlocutor menciona que algunas feministas “son unas locas que creen pueden reclamar cualquier derecho” y que ese tipo de “feminazis” deberían ser censuradas. La conversación virtual tiene respuestas de todo tipo: desde quienes insisten en que las feministas “tan extremistas” “deberían callarse” hasta quienes simplemente desestiman cualquier intento de lucha por los derechos de la mujer como “inútil y pasada de moda”. Leí el debate con la enorme preocupación que me suelen provocar este tipo de opiniones, no sólo por sus implicaciones sino porque describen, mejor que cualquier otro, la pesada loza con la que debe lidiar el feminismo como movimiento social.

La palabra «feminazi»—tan de moda durante la última década—se trata de confusión de un término confuso creado en 1990 por el locutor conservador Rush Limbaugh, donde se mezcla el feminismo con algunas connotaciones sobre el «nazismo», en un intento de resumir ambas ideas en un planeamiento que pudiera achacar al feminismo de «radical» y «violento». Limbaugh lo utilizó para señalar a las mujeres que exigen el derecho al aborto y equiparó sus exigencias a las prácticas de control de la natalidad que ejerció el nazismo sobre sus régimen de terror. Con el transcurrir del tiempo, la palabra se volvió parte de los términos que se utilizan para ridiculizar y minimizar el impacto ideológico del feminismo.

Por supuesto, no es de extrañar que la palabra feminazi esté en todas partes. En nuestra cultura, a la mujer siempre se le estigmatiza de alguna forma. Una obsesión cultural por la conducta femenina que se manifiesta de múltiples maneras y que intenta restringir el comportamiento de la mujer en un molde histórico en el que debería calzar. Preocupa además, que la mayoría de quienes acusan a una mujer de “radical o extremista” al expresar sus ideas políticas o culturales, lo haga desde la noción de lo que una mujer puede o no hacer. Ese mandato invisible que parece ser la frontera de lo que una mujer puede aspirar y lo que no.

El feminismo siempre ha tenido que batallar por su identidad, en medio de una sociedad que no parece muy convencida del hecho que una mujer pueda—o deba—luchar por hacer visible la desigualdad. Además, se enfrenta al mero hecho que se cuestione su existencia, como si el hecho que un movimiento se ocupe sólo de los derechos de la mujer resulte impensable. En más de una ocasión, la viabilidad del feminismo ha sido puesta en tela de juicio porque no parece encajar en ninguna parte o al menos, en un restringido panorama sobre el comportamiento de la mujer. Y es entonces cuando la feminazi—esa imagen caricaturizada de una mujer que defiende y comprende el alcance de sus derechos ciudadanos y culturales—se hace más fuerte que nunca, se convierte en un emblema de burla y señalamiento.

La percepción sobre el tema es tan frecuente que resulta abrumadora: en los que hablan de

“hembrismo” sin tener la menor idea que no se trata de otra cosa que un concepto nacido de la cultura popular, sin sentido ni tampoco sustento intelectual. En los que señalan como “feminazi” a cualquiera que rebese ese límite invisible de lo que puede ser el discurso político de una mujer. En los que cuestionan hasta dónde puede llegar una mujer en su “discusión política” y los que asumen que incluso en la defensa de los derechos, debe atenerse a “lo socialmente aceptable” para lo femenino.

Se trata de una forma de avergonzar y minimizar a la mujer, de condenar sus aspiraciones políticas a epítetos que señalan hasta dónde puede llegar con su lucha. De la misma forma que “puta”, “decente”, “cuaima y “abnegada” son límites sobre hasta dónde puede llegar la mujer en su comportamiento, el señalamiento contra la lucha política intenta reglar la conducta de la mujer. Hacerlo consumible, menos molesto.

¿Cuándo es excesivo un debate sobre los derechos de la mujer? En una ocasión, un amigo me insistió que una feminista debe entender “su lugar en el mundo” y asumir “que una mujer necesita pelear con sus armas y en sus espacios”. Una frase que parece resumir el prejuicio muy claro sobre las “culpas históricas” que se le achacan al feminismo. ¿Quién define lo que una mujer puede o no hacer al momento de convalidar sus derechos?

Una feminista debe enfrentarse con frecuencia a señalamientos de todo tipo: desde el hecho que su lucha carece de “objetivo” (¿Por qué una mujer quiere estar en condiciones de igualdad con un hombre? me han llegado a preguntar) hasta la discriminación inmediata a la esencia misma del planteamiento de la opinión política en el que milita. ¿Por qué resulta tan irritante que una mujer cuestione su lugar en el mundo? ¿Que debata en voz alta y de manera pública sobre su posición en el mapa social y cultural? ¿Qué es lo que resulta tan molesto en la posición de una mujer que insiste en que merece ser percibida bajo el mismo aspecto y crisol que un hombre?

No hay respuestas sencillas para eso. El cuestionamiento parece tener una directa relación con la opinión de nuestra cultura sobre los alcances del comportamiento de la mujer. Después de todo, el ataque al pensamiento político de la mujer se relaciona con lo que más de una vez se ha llamado un “preocupante complejo” de inferioridad. Que el “feminismo” parece estar “muy atento” a todo menosprecio basado en género. Y se insiste en el particular como si hacerlo fuera un comportamiento nocivo. Como si el debate sobre la equidad fuera del todo innecesario y sobre todo, no tuviera ningún motivo que lo sustentara.

Pero la realidad es completamente distinta. El debate, el argumento, la discusión son necesarios. Está bien cuestionar privilegios, diferencias y desigualdades. Está bien argumentar, debatir, insistir en la necesidad de la defensa de los derechos de la mujer siempre que podamos. Está bien hacerlo incluso cuando parezcas incómoda, irritante e insistente. Está bien asumir que tu voz política es fuerte, persistente y merece ser escuchada. Está bien atreverte a exigir un trato justo e igualitario. Está bien que argumentes sobre temas que competen a tu cuerpo y a tu control sobre él o tu capacidad reproductiva. Está bien—y es necesario—que levantes la voz contra todo tipo de injusticias. Porque no hay un sólo motivo por el que debas censurar lo que piensas o dices. No hay una sola razón válida para que no lo hagas, de la manera que quieras o como quieras.

Sí, hay militantes del feminismo mucho más radicales que otras y lo son, por los mismos motivos por los cuales hay seguidores de partidos políticos e ideologías extremas: la forma como se postula una idea puede ser personal y de hecho, muchas veces lo es. No obstante, la radicalización de medios e instrumentos para la difusión de ideas feministas, no define al movimiento en sí sino que expresa su capacidad para ser percibido de muchas formas distintas. Por el mismo motivo, soy una feminista que ha asistido en muy pocas ocasiones a manifestaciones públicas y que basa su actividad política en la difusión de reflexiones y consideraciones sobre los temas de reflexión que creo importantes sean parte de la discusión sobre género. Mi apoyo consiste en crear las condiciones teóricas y académicas ne-

cesarias para el debate de ideas y sobre todo, facilitar conclusiones al respecto. ¿Me hace eso mucho «menos» feminista que un miembro del grupo ucraniano de feminismo radical Femen? No lo creo. De la misma forma que tampoco podría decir que el feminismo se define sólo a través de sus rasgos más extremos.

Existe además, una percepción sobre el «feminismo radical» que abre un tipo de debate mucho más profundo sobre el particular: ¿Cómo se define lo «radical» en la lucha por la obtención de derechos? ¿Manifestaciones callejeras ruidosas, desnudos, opiniones críticas, argumentos desafiantes? ¿O se trata del hecho que toda la estructura del feminismo en sí misma una idea que parece apoyarse y desafiar los criterios culturales a través de los cuales se percibe a la mujer? ¿Exigir derechos profesionales, económicos y culturales puede ser considerado un extremo? ¿Hacerlo a través de los medios políticos al alcance de cualquier militante puede ser considerado una forma de radicalización? Se trata de cuestionamientos válidos que invitan no sólo al debate sino también, al análisis de lo que el feminismo puede ser.

La periodista Monserrat Barba, autora del artículo «“Hembrismo” y “feminazismo”, dos conceptos del machismo», insiste en que ambos términos no son otra cosa que otra forma de ridiculizar las posiciones feministas y así sostener la idea que cualquier exigencia de inclusión es una muestra de fanatismo. La palabra «hembrismo» además alude justamente a una idea que contradice cualquier idea feminista: la búsqueda de equidad. Etiquetas que insisten en la necesidad de conferir un sentido negativo a cómo la mujer se percibe a sí misma. Tanto “feminazi” como “hembrismo” son términos nacidos del rencor, la discriminación y la necesidad de ejercer control sobre el comportamiento de un grupo político enfocado en temas que se trivializan a priori. Dos versiones distorsionadas sobre el discurso político de la mujer y un intento por menospreciarlo como una forma válida de lucha que debe enfrentarse en todo escenario posible.

En una ocasión, alguien me insistió que ninguna mujer debería ser feminista porque es una «forma de insulto» a su identidad femenina. Pienso a veces en esa frase cuando redacto artículos sobre los derechos de la mujer, mientras participo con mis ideas y mi punto de vista sobre nuevos escenarios que incluyan a la inclusión y equidad como un tema de enorme relevancia, cuando me enfrento a la exclusión y discriminación de todas las maneras que puedo. Y creo que es justamente esa percepción sobre la normalidad trastocada e «insultada» lo que me anima a continuar luchando como lo hago. Lo que me inspira a continuar. Una pequeña batalla diaria, una forma novedosa de comprenderme a mí misma.

‘Manual para mujeres de la limpieza’ de Lucia Berlin

De vez en cuando un escritor sorprende no sólo por su talento sino también, por la historia que le sostiene, como un pequeño universo complejo que alimenta el mito que le rodea y también quizás, su visión sobre el mundo literario. Una doble expresión de identidad que termina siendo parte de la forma como comprendemos su obra, pero también, ese elemento invisible que crea su identidad más profunda.

En el mundo de Lucia Berlin esa percepción individual se basa en el misterio. Murió en el año 2004 pero sólo en la actualidad, su obra —exquisita, durísima y de enorme calidad— obtiene una merecida notoriedad. Antes de su reciente publicación —e inmediato éxito— muy poca gente conocía su nombre, un fenómeno que convierte su triunfo en una rara sorpresa que nadie sabe muy bien cómo. Nadie parece saber muy bien de dónde surgió esta escritora que ahora está en boca de todos y es considerada una de las mejores de su generación.

Su nombre parece estar en todas partes: la mayoría de las críticas que consideran Manual para mujeres de la limpieza el mejor libro del 2016. No obstante, Lucia Berlin es mucho más que su extraña historia. Se trata de quizás el más intrigante hallazgo literario de los últimos años. Una revisión múltiple no sólo de la prosa femenina sino del cuento como género autónomo.

A pesar de la leyenda que envuelve su obra —y que machaca la salvedad de que la escritora sólo logró la publicación una vez que murió— la verdad es que Lucia Berlin ya había alcanzado cierto renombre durante su vida. Sus primeros cuentos fueron publicados durante los años sesenta en algunas revistas y su primer y desconocido libro llegó a unas pocas librerías de Norteamérica en 1981. Un trayecto discreto y elegante para una escritora que nunca se reconoció a sí misma como tal y que repitió más de una vez que sólo era «amante de las letras» y que no estaba «particularmente interesada» en la fama.

Hay algo seductor en la forma como Lucia Berlin transitó con enorme delicadeza los lugares comunes del escritor en ciernes y sobre todo, esa leve fragilidad que sugiere su silencio, su pequeños intentos de trascendencia e incluso, la definitiva caída en el anonimato. Porque Berlin no logró el éxito literario durante su vida pero sí allanó el camino —con una concienzuda paciencia que parece meditada y consciente— para consolidar un prestigio futuro que no vivió para disfrutar. Como si uno de sus personajes se tratase —atormentada, temible y mundana— la historia de Berlin —y su relación con la escritura— es casi tan poderosa como la obra que le sobrevive.

Se trata de todo un fenómeno que tomó desprevenidos a propios y extraños. Uno de los sellos editoriales más poderosos de EE. UU., Farrar Straus and Giroux, recopiló los cuentos de la escritora y los publicó en una edición que de inmediato se situó en el segundo puesto de los más vendidos del The New York Times. En dos semanas, la discreta vida previa de Lucia Berlin se convirtió en motivo de especulación y con enorme rapidez, en mitología literaria. De súbito, millones de entusiastas lectores comenzaron a preguntarse en voz alta: ¿Quién es Lucia Berlin? La respuesta puede ser ambigua o incluso, ser algo más de lo que sugiere a primera vista.

Porque Lucia Berlin es muchas cosas a la vez. Y quizás ese sea el motivo por el que sus cuentos sean una amalgama de todo tipo de elementos, vivencias y una sutil mirada hacia el existencialismo basado en la experiencia personal.

Lucia —la mujer— era hija de un ingeniero de minas y no era una buena persona. O al menos, ella jamás consideró que lo era. Fría, distante e incluso racista, Lucia Berlin parecía

muy consciente del peso de la incorrección en su vida y lo explotó en cada oportunidad que pudo, incluso en los límites borrosos y poco claros de la ficción en su vida. Pasó su infancia y primera adolescencia en un recorrido accidentado por las ciudades mineras de Idaho, Montana y Arizona, lo que la hizo mucho más consciente de las diferencias raciales y sociales de una Norteamérica esquiva y arisca.

No obstante, Lucia es mucho más que la suma de sus defectos y dolores: es una observadora nata que logró construir una serie de referencias sensoriales que luego volcó, con una precisión y crueldad que sorprende, en cada uno de sus cuentos. En todos sus relatos —vitalistas, llenos de una procacidad que en ocasiones resulta casi insultante— hay una enorme conciencia sobre las diferencias culturales y sociales que Berlin explota con un pulso sabio y brillante que asombra por su precisión.

La vida de Lucia Berlin es de hecho, una extrapolación evidente de su saga literaria: desde su aventura como dama de sociedad en Santiago de Chile durante su veintena, hasta la soledad bohemia de los treinta, en una Nueva York poética en compañía de dos hijos sin padre. Es entonces cuando Lucia —la mujer y el personaje forjado a fuerza de vivencias— terminan confundándose: Lucia avanza a través de una vida llena de matices y contrastes, con tres matrimonios a cuestas, cuatro hijos bajo su cuidado y luchando contra un alcoholismo pertinaz.

Además, sufría de graves problemas físicos y mentales: ella misma se describe por la época como «una sobreviviente a heridas invisibles» y se asume como parte de un sufrimiento secreto y vulgar al que considera «parte de la basura existencial que no se muestra».

Y todo lo escribe: Lucia es una incansable escritora secreta, que lleva un cuaderno de notas que lleva a todas partes. Se trata de una obsesión íntima, que comparte muy poco y que parece más un medio para encontrar consuelo que un verdadero ejercicio de oficio. No obstante es escritura de alto calibre, una potente colección de relatos y vivencias que retratan una vida intensa y extrañamente marginal, que sin embargo tiene todos los ribetes de una profunda experiencia sensorial. Una voz literaria «irresistiblemente cálida, cercana, hecha espíritu de observación, empatía, alegría de vivir, humor», como apunta Lydia Davis en el prólogo del libro. Pero más allá de eso, Lucia Berlin es una concienzuda e inteligente visionaria: no sólo utilizó la literatura como consuelo sino el consuelo como parte de una forma de expiación a través de la palabra.

Berlin sorprende por su capacidad para mirar desde la periferia lo cotidiano, analizar sus bordes incómodos, las historias que quizás nadie querría escuchar y sobre todo, por su percepción sobre la melancolía y la pérdida. El libro *Manual para mujeres de la limpieza* resume con precisión esa perspectiva sobre el mundo a las sombras y además lo hace con profunda comprensión de esa oscuridad perenne, en la cual reflexiona con sentido del humor y un amargo cinismo no exento de belleza.

En conjunto, sus relatos llenos de marginados son una obra autobiográfica que disimula con una prosa deliciosa y llena de alegorías más o menos dolorosas sobre el mundo que se desploma a su alrededor. Para Berlin, nada humano es ajeno y esa comprensión meridiana sobre la naturaleza espiritual de sus personajes, es el núcleo emocional de una obra repleta de referencias al dolor, los pequeños desastres cotidianos, las tragedias anónimas que pueblan una dimensión casi onírica del sufrimiento espiritual.

Cada una de las escenas que la escritora describe en sus relatos —casi todos ambientados en una atemporalidad fragmentada y deprimente— son un reflejo no sólo de su propia vida, sino también de las cientos de vicisitudes misteriosas por las cuales atraviesa cualquier adulto contemporáneo. Y quizás en ese silencio a dos bandas, esa noción sobre la angustia existencialista y algo mucho más terrenal y sucio, es el motivo el triunfo de una

obra concebida para la reflexión sobre la travesía del espíritu humano hacia una redención mínima, en ocasiones sin sentido y siempre banal.

Un libro inolvidable de una escritora perspicaz y conmovedora que sorprende por su buen hacer literario. Un misterio dentro de un misterio, en el que la sagacidad de una escritora que jamás se consideró tal, se transforma en una mirada esencial e intuitiva hacia lo cotidiano y más allá de eso, hacia el dolor —anónimo y blando— que para Berlin pareció ser la mayor fuente de inspiración.

Escribir para sobrevivir: el poder de la mirada femenina sobre la literatura

Sylvia Plath tenía grandes planes para su vida. O al menos, los tuvo durante el suficiente tiempo como para convertir sus ambiciones — ser una reconocida poeta, una figura en el mundo literario estadounidense, una buena madre — en un impulso casi orgánico para enfrentarse al vacío existencial que le acosaba. La escritora sufría un grave caso depresivo, luchaba contra sus síntomas la mayor parte del tiempo, pero aun así, estaba convencida podría crear y sostener algo más elaborado que la sensación que su vida se debatía entre los momentos de luz y sombra. “Escribir es un buen camino para levantarme de la cama” escribió en 1962 en su diario personal. “Un buen motivo, quizás, para enfrentar el dolor del miedo. La piel escaldada por el insomnio, la mente arrasada por todos los pensamientos funestos. Escribir es un trayecto”.

Ese mismo año, escribió *Lady Lazarus*, uno de los poemas fundamentales para comprender la obra de la escritora y también, una de las obras más poderosas de la literatura contemporánea. “Solo tengo treinta años” comienza Plath “Y como el gato, tengo nueve veces para morir”. Por supuesto, además de un ingenioso, simbólico y poderoso juego de palabras, se trataba también de una admisión de responsabilidad. Una declaración confesional que Plath recreó a través de su poderosísima voz poética, de la que ella misma dudaba.

Lady Lazarus, contaba en el subtexto, la historia de sus intentos de suicidio, de la infelicidad convertida en un trayecto demoledor hacia lugares de su mente que la poeta pocas veces exploraba. Después de todo, le obsesiona la muerte: la mención al Lázaro bíblico no es casual y tampoco, su necesidad de recrear las batallas en la oscuridad de la depresión, como una metáfora que abarcaba todo.

“¿Realmente quiero morir” escribió en su diario, en el año 1960. “¿Necesito morir?” la pregunta real era si quería vivir, si podía enfrentar las sombras, las grietas que le sacudían, la perenne sensación que el mundo estaba a punto de derrumbarse en una conflagración violenta y extraordinaria. Para Plath, morir “era un arte”. Pero vivir era “un esfuerzo, que provoca tanto agobio que apenas me permite avanzar por entre libros, páginas y planes, para llegar al poema”.

Por supuesto, también era su víctima favorita. Plath sabía que su vocación poética tenía un ingrediente de agresiva codicia. Quería ser escuchada, comprendida, reconstruida a través del valor de sus poemas. Pero además, quería recorrer esa concepción sobre la literatura salvadora, de ida y vuelta, hasta demostrar su inutilidad. Después de todo, Plath escribía a toda hora, por todos los motivos, en todo momento “Siempre escribo, como un ejercicio de dolor, una búsqueda de algo más poderoso que la mera impresión de la tinta en el papel. Los poemas se crean en el delirio. Y el mío, es un recorrido entre los dos extremos que habitan en mi mente”.



En sus diarios, Plath era sincera, cruel, usaba la palabra como una violenta concepción del dolor abrupto, incompleto y desesperado de sobrevivir a sus momentos más bajos. La depresión era para ella una experiencia total. Lo había sido desde su adolescencia, en sus años universitarios, cuando floreció, dedicó buena parte de su esfuerzo a crear, cuando logró sus primeros triunfos y el espectro del trastorno la liberó a medias de su peso. Pero siempre estaba allí, al acecho: la posibilidad de la muerte. Una percepción dolorosa acerca de su fragilidad, de los momentos bajos en que soñaba con morir, como lo describía con frecuencia. Cuando en realidad creía que la muerte era una forma de cerrar y abrir puertas en su mente, que su talento dependía de esa lóbrega obsesión. “¿Morir no es una búsqueda persistente de algo más?” se preguntó de forma alegórica en una entrada de su diario el 22 de marzo de 1960. “Morir puede ser tantas cosas. Vivir es una sola”.

Plath era muy consciente que vivía al borde del abismo. Que luchaba, de una forma u otra, con un instinto bárbaro por encontrar una línea que le separara del abismo. ¿Cuál abismo? Ni ella misma lo sabía. Pensaba en sus “muertes diminutas” (todas las ocasiones en que había intentado hacerse daño), como líneas que marcaban un antes y un después. Una muerte por una resurrección. Un fracaso por un triunfo. Al final, la vida de Plath era un recorrido persistente por concepciones sobre el sufrimiento cada vez más depurada. “Me gusta sentir que honro esa oscuridad que me acecha” dijo en una ocasión. Y por supuesto, hubo quien le llamó manipuladora y de aprovechar esa percepción oscura sobre su muerte, como un anzuelo hacia su obra. “Puedo hacerlo, pude haberle hecho. Pero al final, lo cierto es que la muerte siente aletea muy cerca”.

Dioses y diosas en el silencio.

En diciembre de 1962 y a punto de leer *Lady Lazarus* en un programa radial de la BBC, se le preguntó quién era la mujer que describía en su poema. Quién era esa voz poderosísima que se alineaba, se sostenía y avanzaba como una ráfaga de oscuridad a través de lo que parecía ser el testimonio de una muerte cercana, penosa y de una belleza sombría. Plath no dudó en responder: “Es una mujer que tiene el gran y terrible don de renacer. El único problema es que ella tiene que morir primero. Ella es el fénix, el espíritu libertario, lo que quieras. Ella también es una mujer en busca de un lugar, que tiene que morir para encontrarlo” agregó Plath ante la sorpresa del locutor, los ayudantes de estudio e incluso, el público que le escuchaba: “*Lady Lazarus* es simplemente una mujer buena, sencilla y muy ingeniosa”.

Nadie supo qué responder. Plath sonrió y comenzó a leer. La voz bien templada, sin dobleces ni traspies. También se veía muy hermosa ese día, algo de suma importancia para una mujer que se esforzaba por mostrarse como una obra de arte que esculpía con cuidado. Llevaba un traje gris, el cabello suelto, rubio y brillante, un maquillaje impecable, zapatos de tacón. La encarnación de la belleza norteamericana, del talento del país, la nueva generación de poetas y escritores, nacidos de la forja de años durísimos y de un período de ruptura que empujó a la percepción de la palabra del país a un nuevo nivel.

Plath parecía más lejos que nunca de la muerte, más alejada que antes o después, del fantasma de la depresión que la acosaba y que era un secreto a voces en el mundillo académico del país. Plath estaba sentada, con su poema más personal entre las manos y de pronto, decidió que quería expresar la idea más pura sobre su motivación como creadora. Lo que llevaba a encontrar una forma por completo nueva para narrar sus sucesivas muertes y resurrecciones. Con su aspecto radiante y un poema tétrico, Plath creó el primer capítulo de su largo, extraño y violento mito.

Lady Lazarus es un desafío a la muerte. O así lo expresó Plath, cuando semanas después, el poeta se convirtió en una especie de símbolo sobre su obra. Para la poeta, el hecho de escribir era un desafío directo a lo que llamaba “lo que ocurre detrás de la puerta”, un término genérico y en apariencia inofensivo, que en manos de la poeta era en realidad temible. Porque lo que ocurría detrás de la puerta, eran cientos de situaciones pequeñas que juntas,



creaban algo más grande y elaborado. Situaciones como las mañanas en que apenas podía moverse de la cama, aplastada por una pesadumbre para la que no tenía palabras. O los días en que no podía comer, porque simplemente el dolor era enorme, insoportable, voraz.

“Dolor, dolor, dolor y dolor. Nunca se acaba. Aparece y desaparece, pero nunca se acaba”. La poeta escribió esa única línea el 23 de abril de 1960, pero después diría que era como una autobiografía, como si todos los momentos de su vida, se enlazaran en esa percepción del sufrimiento en un espiral interminable. Plath escribía sobre el dolor, lo llevaba a la categoría de arte. “Consumo mi propio veneno” escribió, cuando acabó de escribir *The Bell Jar*, su única novela completa, en 1963.

Escribir una novela fue todo un tránsito por el miedo para la poeta, que dudaba de su propio talento, batallaba como podía contra la concepción angustiosa de estar a punto de quedarse “sin las palabras correctas”. En una ocasión, confesó que sus pesadillas tenían una directa relación con un tipo de miedo enlazado con el silencio. “¿Imaginas no poder decir nada, ni construir nada, ni tampoco, mostrar qué ocurre en nuestro interior?” preguntó a su diario, ese único confidente en tiempos de puro terror y miedo. Ya por entonces, su matrimonio estaba roto, Ted Hughes no disimulaba sus infidelidades, la poeta apenas dormía y comía. La depresión regresó, esta vez en una ráfaga definitiva, tan potente que le arrancó toda necesidad de hacer algo más que tener miedo. “Como un refugio, temer lo peor”.

Escribía a toda hora, en medio de las exigencias de sus dos hijos pequeños, la angustia, el miedo, la necesidad desesperada de comprender qué ocurría, qué necesitaba, hacia dónde le conducía el mundo de sombras a su alrededor. “Escribir a menudo hace todo más claro, pero no precisamente mejor” dijo en uno de sus incontables apuntes para la novela. Se negaba a llorar, pero lloraba. Se negaba a decir nada que no fuera literario, pero en secreto, la furia y el miedo estallaban en trozos radiantes y retorcidos.

“La ira me corta la piel” garabateó en uno de sus cuadernos. Ese mismo día, 12 de noviembre de 1962, tomó la punta de un cuchillo y se produjo una herida ligera, dolorosa y larga en el antebrazo. “Que sangró mucho, pero desapareció pronto”. Como el miedo, los dolores, la violencia extraña del cuerpo contra el cuerpo. Plath estaba cansada, ofuscada, pero sobre todo, profundamente furiosa. Era una poeta con talento, reducida al papel de una esposa engañada, madre de dos, a la sombra de un marido indiferente. “Siento odio, siento amor, siento toda la necesidad del mundo”.

Esther Greenwood, la voz narradora de *The Bell Jar* fue quizás, la forma más elocuente que encontró Plath de contarse a sí misma. Lo hizo a ratos, en medio de tiempos confusos pero al final, el resultado fue poderoso. Esther era la formidable belleza de toda la tristeza, el horror, el miedo y la angustia, que sostenía un discurso interminable sobre la desesperanza. Plath confiaba que la novela le permitiera no sólo demostrar que podía escribir algo más que poesía, sino brindarle la oportunidad de enfrentarse a su poderoso alter ego poético, del que pocas veces podía escapar, el que llevaba a costas como un peso insoportable.

Lady Lazarus siempre estaba ahí, en cada poema, en las frases que narraban la vida y la muerte, las que describían a medias el miedo. De modo que Plath escogió a Esther para analizar esa otra parte suya. La que era más cercana a la mujer triste, a la que estaba tan agotada, la que necesitaba entender qué ocurría en su interior. Era una novela, pero también una confesión a medias. Plath ansiaba entender qué ocurría en su interior para crear “monstruos semejantes”.

The Bell Jar pasó por varias transformaciones antes de publicarse: tuvo algunos títulos alternativos — *Diario Of a Suicide* o *The Girl in the Mirror* — , críticas revisiones que trataron de eliminar “el elemento funesto de la muerte”, como dijo un editor, según los detallados diarios de Plath. “Quieren que Esther no diga, precisamente lo que debe decir”. Al final, la novela logró publicarse tal y como la escritora lo deseaba: una narración angustiosa, poética y delicada sobre una mujer que camina al borde del abismo.



Esther es una mujer que desea muchas cosas, que está en la búsqueda de la identidad, que trata de entender qué ocurre en su mente — está deprimida, como Plath — pero que en lugar de eso, miente. A sí misma, a quienes le rodean. No dice la verdad porque es “enorme en su dolor”, pero la transición entre el poder y la conexión en medio de las cosas que desea, es tan frágil, que termina por romperse muy pronto.

A diferencia de la poderosa y mítica Lady Lazarus, Esther está agotada, desea morir y vivir, pero no decide aún cómo, por qué y en especial, cuál de los dos extremos en medio de las sombras le liberará del sufrimiento. Y como Sylvia Plath, batalla contra el sufrimiento, la soledad, el desarraigo, la exclusión. Está sola en Nueva York, fracasa en su intento de tener una relación romántica, se queda en mitad de una ciudad enorme en la que se siente muy pequeña. Hacia la mitad de la historia, ya es evidente que Esther y Sylvia son interlocutoras la una de la otra, que son un espejo mutuo en que la escritora describe su vida, su terror, el infortunio de las rupturas que le sostienen como elementos invisibles de algo más amplio y desesperado.

Y mientras Lady Lazarus lucha contra la muerte, se enfrenta con violencia contra la posibilidad de no existir, Esther va a la deriva y sucumbe a las sombras. Deja de comer, dormir, de aspirar a algo más que sólo dejarse llevar a la oscuridad. Pero en lugar de enfocar todas sus escasas energías en la vida que le espera al otro lado de la puerta, en realidad, comienza a fantasear con la muerte. Cómo podría ser morir, como podría suicidarse, cuál método es el más doloroso, el más desesperado, el más inquietante, el más directo, el menos amable. Para Esther, la muerte lo es todo, está en todas partes, es un consuelo, una colección de piezas, una percepción muy amplia sobre cada pequeña conexión entre los dolores de la identidad que la fustigan y la posibilidad de redención.

Para cuando Esther nacía en las páginas del libro, Plath atravesaba su época más oscura. Su matrimonio estaba roto, se venía abajo, se sacudía en una rebelión cotidiana de pura desesperanza. Ted Hughes era una presencia borrosa en la vida de Sylvia pero también, era una necesidad insatisfecha. Y ella “era una madre, sólo una madre, la esposa del gran poeta”.

Sylvia lloraba, vomitaba, gritaba, discutía, se aburría. Escribía con dolor, para luego tenderse en la cama, sentir las líneas del tiempo pasar, sujetarla a la cama, a la oscuridad, a las ideas cada vez más violentas. No las escribió en su diario, las escribió en su novela. Y es esa condición, esa percepción, esa búsqueda, esa iniciática necesidad de poner fin a todo, de encontrar la paz en la nada. Esther se imagina colgándose de una viga del techo, cortándose las venas, tomando veneno, disparándose una bala a la cabeza. Se imagina todas las imágenes posibles y las escribe, tendida en su cama de Nueva York, aterrorizada y aplastada por el miedo.

Pero es Sylvia Plath la que atraviesa el miedo, la logística del suicidio, los fragmentos de horror que la sacuden, la sostienen, la animan hacia algo más aterrador. Esther toma un bote de pastillas y casi muere, de la misma forma que la poeta en el 53 y termina en el lugar al que Plath temió toda la vida alcanzar: un psiquiátrico, una institución médica en la que estuviera alejada, arrancada del mundo. Esther son todos los temores de la escritora, todos los espacios poco luminosos, todas las grietas, todos los lugares simples, abstractos, sin explicación. Mientras la novela avanzaba, la vida de la poeta se desintegraba, se caía a pedazos, la depresión la devoraba, la soledad lo era todo.

La novela se publicó en Inglaterra en 1963: Plath había exigido que no se publicara en Norteamérica, tal vez porque sería imposible no establecer paralelismos entre su vida y lo que narraba la ficción. Las críticas fueron tibias, hubo algunas burlas. “La acomodada esposa y poeta norteamericana, busca brillar en el drama” fue una de las críticas más duras. Ya Ted Hughes la había abandonado, dejándola con dos hijos pequeños.

Plath leyó las corrosivas lecturas sobre su obra — ¿su vida? — a solas, en el departamento

en que creyó escribiría la gran obra de vida. En las semanas que siguieron, Plath dejó de comer por completo, de bañarse, de ordenar la casa, de responder llamadas, de escribir cartas y uno de sus interminables diarios.

El 10 de febrero de 1963 durmió todo el día: sólo se levantó para abrazar a sus hijos, bañarlos, vestirlos y alimentarlos. El teléfono sonaba. Y siguió sonando — era Hughes, desconcertado por la ausencia de noticias — hasta la mañana siguiente, cuando Sylvia ordenó la casa, cerró las puertas, abrió una ventana para proteger a sus hijos. Se encerró la cocina, selló el alféizar con cinta adhesiva y toallas mojadas. Preparó dos tazas de leche — una con un poco de azúcar — para los niños. Abrió la espita del gas. Aguardó sentada dos horas. Después se arrodilló, metió la cabeza en el horno y se suicidó.

Clarice Lispector: escribir como una forma de liberación

Clarice Lispector muy pocas veces se llamó a sí misma escritora. Más de una vez rió en voz alta del título y se autoproclamó «la no escritora por excelencia». Desenfadada y reflexiva, a lo largo de su vida repitió siempre que pudo que «la escritura es un espejo doloroso» y no veía mérito alguno en su casi obsesiva auto referencia.

No obstante, en las contadas ocasiones en que se miró así misma como creadora literaria, insistió en que el título no definía su profesión, sino algo mucho más profundo que la simple capacidad para asumir el mundo a través de las palabras. Porque para Lispector, la escritura era parte de su identidad, más allá que cualquier otra cosa. Un fragmento no solo de su racional intuición para descubrir —y describir— el mundo sino que esa insistencia creadora que definió su obra, la hizo más rica y comprensible.

Por supuesto que Lispector es en sí misma una contradicción, un cruce de influencias inverosímil, un símbolo frontal de la revisión del género femenino en la literatura. Y es que esta no escritora / escritora, esta voz femenina que sin embargo, no buscaba reivindicación alguna en el método y la forma de escribir, siempre estuvo muy consciente del poder y la trascendencia de su capacidad para debatir y conmover a través de interpretación de la literatura.

Una reinterpretación polémica, que pareció surgir del origen mismo de su dilatada carrera en el mundo de las letras: Porque Clarice Lispector, que no sabía freír un huevo ni tenía la más mínima habilidad para ningún quehacer doméstico, publicó durante una década una columna de consejos femeninos. Lo hizo, además, con un conocimiento profundo y conmovedor de la naturaleza femenina.

Como amante de la palabra que era, Clarice Lispector consideró el lenguaje más que una herramienta, un vehículo de construcción y lo usó sabiamente. Sus lúcidas reflexiones sobre los alcances y límites de literatura crearon un análisis casi orgánico sobre lo que se escribe, el mismo hecho de escribir y sobre todo, la noción de la escritura —la palabra— como límite y visión de la identidad del autor. La literatura como tamiz de todo lo humano y comprensible. Un reflejo certero de la realidad.

Pero Clarice, más que una académica que usaba la palabra como escudo, era una observadora nata que la enarboló como bandera de libertad. Para ella, la palabra tenía una consonancia directa con su visión del ser —o de lo que no era— y a su vez una durísima crítica sobre la realidad. La propia Clarice insistía continuamente en la necesidad que el escritor comprendiera el límite de la palabra y así, el enorme valor de lo que se escribe. O mejor dicho, de lo que se muestra como obra concluyente.



Para la escritora, «la palabra tiene su terrible límite. Más allá de ese límite está el caos orgánico. Después del final de la palabra empieza el gran alarido eterno». Esa obsesión con la nada, el absurdo, la visión anárquica y finalmente, la conclusión en una comprensión de lo que nos rodea, fue una constante en toda su obra.

Rebelde y contestataria Clarice Lispector encarnó esa búsqueda de la escritora en busca de la reivindicación del género pero no a través del enfrentamiento con lo masculino, sino la reinterpretación de lo femenino. Y es que Clarice simbolizó a la nueva mujer de las letras, a la creadora literaria en estado puro.

Una vez, la escritora contó que aunque se ocupaba de los quehaceres domésticos como cualquier otra mujer de su tiempo, también lo despreciaba. Era entonces cuando desaparecía tres o cuatro días en un hotel. Para escribir, para precisar y encontrar esa libertad de construir su propia visión del mundo sin ataduras, sin otra respuesta que la propia a las vicisitudes y conflictos.

En una ocasión, quiso explicar esos períodos de absolución, de ostracismo espiritual y lo hizo de la mejor manera que sabía, con metáforas a cuentagotas, con esa expresión del yo interior tan sabio como elemental en el que confiaba. «Quién sabe quizá esa actitud o falta de actitud proceda de que yo, al no haber tenido nunca marido ni hijos, no he necesitado mantener ni romper grilletes: yo era continuamente libre. Ser continuamente libre también era ayudado por mi naturaleza que es fácil: como, bebo y duermo fácilmente. Y también, naturalmente, mi libertad venía de que era económicamente independiente».

A Clarice Lispector se le ha llamado la Virginia Woolf latinoamericana y aunque la comparación parece contradictoria a priori, también es la que mejor permite definir esa ruptura entre el discurso de la literatura para mujeres —y escrita por mujeres— que ambas representaron. Cada quien bajo un aspecto distinto y definida bajo un paradigma casi contradictorio, ambas mujeres representaron esa necesidad de la mujer de reescribir la realidad, de analizar y conceptualizar bajo esa emoción que se atribuye a lo femenino, pero sin el prejuicio que lleva aparejado o esa percepción limitada que por siglos insistió en alejar a la mujer de la literatura.

Tanto Clarice como Virginia, meditan sobre los acontecimientos triviales cotidianos que parecen desencadenar algo más, una idea mucho más dura que lo que podría sugerir un análisis inmediato. La introspección, la conciencia de la soledad, la conciencia humana sobre sus limitaciones son temas insistentes en la obra de ambas escritoras, que analizaron su tiempo y la época que les tocó vivir con idéntica crueldad. La plenitud del temor hacia la incertidumbre y sobre todo, la tristeza que sobrevive a lo que se cuenta, parece ser ese ingrediente que se repite una y otra vez en el discurso tanto de una como de la otra. Un punto de inflexión entre dos estilos disímiles pero que coinciden en el método de observación de la realidad.

En ocasiones, casi puedo imaginarme a esa Clarice Lispector contradictoria, que escribía columnas bajo seudónimo para sobrevivir y a la vez, caía en esa intrigante necesidad de introspección que la llevaría a escribir su obra más conocida *La Pasión según G. H.*, un libro angustioso, desconcertante y que más de una vez ha sido llamado «duro de leer».

La veo sentada en el salón impecable de su casa de Río de Janeiro, con los dedos curvados sobre el bolígrafo, las hojas cubiertas de anotaciones sobre las rodillas. Y la sensación, bendita y confusa de crear. Entonces escribe, con esa crudeza de la observadora, de la temeraria pero sobre todo, de la escritora que se atreve a reinventar sus propios mitos. Escribe y describe, destruye y construye para finalmente alcanzar una línea difusa entre lo que cuenta y lo que oculta. Lo que teme y lo que aspira. Y quizás por último, simplemente lo que necesita callar, para expresar. La contradicción misma.



Cuando el amor es una condena: De «You» de Netflix al amor como arma

Hace unos días, leí un artículo sobre los intentos del actor Penn Badgley de la exitosa serie “You” (Lifetime—2017) por dejar claro en redes sociales, que su personaje era un acosador y asesino. En el nuevo éxito de la cadena Netflix, Badgley encarna a “Joe”, un librero de Nueva York que acosa, hostiga, manipula e incluso asesina en favor “del amor”. Para buena parte de las fanáticas del actor, el hecho que Joe cometa asesinatos, violenta la intimidad y privacidad de su víctima e incluso le encierre en un sótano con paredes de cristal emplomado en un momento dado, no es tan importante como el hecho que “está enamorado”. Una y otra vez, el actor ha aclarado a través de las redes sociales lo preocupante que le resulta el fenómeno pero sobre todo, sus implicaciones. “Joe es un hombre con muchos y graves problemas” escribió hace poco Badgley en la red social Twitter, como respuesta a una fanática que deseaba “ser secuestrada por él”. Días más tarde, el actor confesaría su preocupación por la simpatía que su personaje despierta y lo que eso puede significar de cara a como se normaliza el maltrato y el abuso en nuestra época.

Recuerdo lo anterior mientras una amiga me habla sobre su nuevo novio. Con una sonrisa casi compungida, me explica que él es controlador, celoso, que insiste en telefonarla con una frecuencia que comienza a incomodarla. Me describe escenas inquietantes de discusiones en público e incluso un empujón a mitad de la calle. La escucho preocupada, pero cuando hago un comentario al respecto me mira con genuina sorpresa.

– ¿Preocupada por qué?—me pregunta. Parpadeo, confusa.

– Lo que me cuentas es realmente inquietante—le digo. Mi amiga sonríe y hay en su expresión un dejo de condescendencia que no puedo interpretar muy bien. Una especie de superioridad indiferente, un poco desdeñosa incluso.

– Eso es amor.

– ¿Te parece que todas esas llamadas y esa tensión que me describes es una forma de profesar amor?—le pregunto. Cada vez me siento un poco más nerviosa, pero mi amiga parece no entender del todo mi reacción.

Sacude la cabeza, en un gesto que parece sugerir intenta conservar la paciencia.

– No es tan simple.

– ¿Por qué no lo es?

– Las relaciones tienen matices que sólo puede comprender la pareja—me explica. Y me desconcierta sus palabras, no por sus implicaciones—que ya de por sí podrían sorprenderme—sino por el hecho que realmente parece ignorar lo anómalo de lo que me contó hacía varios minutos.

Hago un repaso de todas las cosas que me confió antes o después sobre su relación: las sucesivas e insistentes llamadas de su pareja durante horas luego de una pelea. Los mensajes telefónicos amenazantes. La inquietud que le había causado la manera agresiva en que se había tornado cualquier conversación a partir de ese momento. Y luego, la tumultuosa reconciliación, las promesas de “Nunca más ocurrirá de nuevo”, solo para que ocurriera un par de días después ¿Realmente no puede advertir lo inquietante de lo que situación? Me pregunto. ¿O es que en realidad estoy exagerando en mi interpretación de una situación que no comprendo, que analizo desde la objetividad del observador más allá del límite de la intimidad? No lo sé. Quisiera creer que es así, pero no puedo.

– Hay un matiz de agresividad en todo lo que me dices que es francamente...terrible. No entiendo como le permites hacer todas esas cosas y lo justifiques con esa idea abstracta del amor—le digo colérica. Me arrepiento nada más hacerlo: mi amiga me dedica una mirada sumárisima, con la expresión tensa y demudada. Casi puedo comprenderla ¿Quién desea escuchar algo semejante sobre el momento emocional en el que vive? ¿Quién desea

soportar el juicio de valor de alguien más y sobre todo de una manera tan directa? Me avergüenzo, me cuestiono un poco mi audacia. Pero aún así, lo dicho, dicho está. De manera que aguardo su respuesta. Cualquiera que sea.

– No entiendes nada porque estás soltera—me suelta entonces. ¿Como ha dicho? Parpadeo incrédula. Ella recuperó el aplomo y de hecho, parece de nuevo llena de esa singular seguridad suya—es natural: todos envidiamos un poco la felicidad de los demás. Es parte de la naturaleza humana. El amor es el amor.

Esta vez, me contengo para no responder lo que estoy pensando. ¿Amor? Tal vez mi idea del amor es exceso romántica o solo idealista, pero no incluye esa percepción malsana y dependiente que me describe sobre una relación de pareja. Y es que la sensación que me transmite su relato, las diminutas grietas en esa cotidianidad de pareja que parecen describir algo más retorcido, tienen toda la apariencia de anunciar algo lo bastante grave como para rozar la violencia. La miro: con treinta y tantos años, mi amiga es la imagen del triunfo femenino en nuestro país. Independiente y hermosa, socia en una firma de abogados de la ciudad, es probablemente quien menos podría pensarse podría sucumbir a una relación de una naturaleza tan desconcertante. Pero aún así, la asume con una naturalidad que no comprendo y mucho menos logro explicarme, a pesar de sus intentos por “hacerme comprender” que su nueva pareja tiene un “fuerte carácter”.

– No todo el mundo expresa el amor de la misma manera—me dice—para J. el amor es pasional y territorial.

– Hablas como si necesitaras atenerte a una idea concreta sobre lo que es una relación entre una mujer y un hombre—insisto—el amor o en todo caso, las relaciones de pareja son acuerdos entre dos adultos que deciden compartir su manera de ver el mundo.

– Eso lo dices porque estás soltera. Cada cama es un misterio.

La excusa habitual. Me siento incómoda y un poco pesimista con respecto al cariz al que está tomando la conversación: de pronto, mi opinión parece tener una estrecha relación con mi vida amorosa, la manera como la vivo con respecto al patrón común. Mi amiga extiende la mano y sostiene la mía, casi con amabilidad, como si me disculpara por mi poca comprensión sobre lo que es el mundo emocional. Al menos como ella lo interpreta.

– Nadie puede juzgar lo que ocurre en la vida del otro—dice entonces—entiendo que pueda extrañarte lo que ocurre en mi relación, pero aún así, es perfectamente válido que yo lo considere amor. Te sucederá alguna vez.

¿Es así? Me pregunto un rato después de despedirme de ella. ¿Esta extraña conversación solo demostró mi poco conocimiento sobre el mundo emocional ajeno? Pienso en mis relaciones emocionales, en mis romances cortos y apasionados, en los largos y dolorosos, en las pequeñas aventuras de besos y deseo que he disfrutado a lo largo de mi vida. ¿En algún momento alguna de mis relaciones estuvo al borde de la interpretación de alguien más?

Por supuesto que sí, admito casi con dificultad.

Cuando tenía escasos diecisiete años, me enamoré de un sujeto que me doblaba la edad y cuyo comportamiento era cuando menos, francamente irresponsable. Solíamos conducir por Caracas de madrugada a toda velocidad, riendo y besándonos de tanto en tanto. Y también cometer pequeños actos vandálicos que disfrutábamos juntos como travesuras íntimas: quemar la basura de la calle, arrojar pintura en las paredes y murallas de edificios y casas. Por último la relación había acabado justo por lo que comenzó: el peligro que él representaba me desconcertaba y me atraía a partes iguales. Una amenaza cierta.

Nuestra última conversación fue inquietante. Me tomó de la muñeca y apretó con fuerza, causándome dolor. Y mientras me insistía en que “todo no podía terminar así”, me pregunté, con esa clarividencia súbita del miedo, que ocurriría después. Imaginé que aceptara

quedarme, que asumiera por inevitable el apretón, el reclamo a gritos de dientes apretados y quizás los besos que vendrían luego. ¿Qué podría esperar a partir de entonces? ¿Qué extraño camino de aceptación y pérdida podría recorrer junto a un hombre que había invadido y avanzado más allá de mis límites naturales? Tal vez era muy joven aún, pero recuerdo que la disyuntiva me aterrizó como pocas cosas lo han hecho en mi vida. Cuando me solté de él y me bajé del automóvil, sentí un alivio profundo e inexplicable, que me llevaría años comprender. Todavía recuerdo la imagen de su rostro contraído de furia y el gesto impotente—y violento—con que golpeó la rueda del volante. Nunca volví a verlo.

Pienso en esa escena mientras recuerdo como mi amiga insistió en que era normal los excesos de su pareja. Lo insistió con la inocencia de quien cree puede controlar algo que no sabe ni siquiera qué lo está provocando. Pensé en su manera sencilla de hablarme de las discusiones a gritos, la obsesión, la forma como le agradaba esa “atención” enfermiza y excesiva que le prodigaba el hombre. Amor, me dije. Ella le llamó amor. ¿Cuántas veces hemos nombrado de la misma manera todo tipo de sentimientos confusos pero aun así apasionados? ¿Alguien tiene una idea cierta de lo que es un sentimiento que parece significar algo distinto para todos? Pero aún así, esa ligera incertidumbre no justifica el exceso, no justifica la agresividad y ese ligero límite del temor. ¿No son contradictorias ambas cosas?

– Tal vez, pero es difícil que puedas interpretarlo así a priori. A la mujer latinoamericana se le inculca una cierta visión de sumisión en las relaciones. Un acuerdo de poder desventajoso, digamos—me comenta P., psicólogo clínico a quién acudí para cuestionarme en voz alta sobre el tema. Conozco a P. desde hace un par de años y siempre me ha sorprendido su visión amplia y casi dura sobre el amor. Para él, esa visión romántica del amor que se tiene en Latinoamérica, esa interpretación de “la pasión” como justificación a toda una serie de comportamientos, no es otra cosa que una excusa directa hacia la visión machista de una sociedad miope.

– Pero mi amiga es una mujer moderna e independiente—le explico.

– La cuestión del equilibrio de poder en las relaciones es un fenómeno cultural—dice—no estamos hablando de dos individuos en condiciones de igualdad que intentan comprenderse así mismos a través de una serie de conceptos comunes, además de los naturales sentimientos apasionados. En Latinoamérica, el amor es un juego de roles, es una negociación de género donde la mujer siempre termina mal parada.

– ¿A qué te refieres?

– Digamos que en Latinoamérica, la mujer tiene un rol que desempeñar: ya sea en la pareja o de cara a la sociedad. Es simple: La mujer por sí misma no es una idea que la sociedad machista considere completa. De manera que siempre es algo más. Es la esposa apasionada, la mujer decente, la madre abnegada. Hay una intención social de definir tu condición de mujer con respecto a la dimensión de la pareja.

Es una idea que me irrita pero que reconozco, es cierta. ¿Cuántas veces no me han preguntado de manera directa e incluso casi grosera si pienso “sentar cabeza” y “hacer lo que se espera de mí”? En la primera mitad de la veintena, aprendí a sortear con cierta elegancia el interrogatorio de familiares y amigos sobre el tema, pero ahora, durante los primeros años de los treinta, la cosa se ha tornado cuando menos obsesiva. Y es que la sociedad no parece asumir a una mujer que no quiera definirse a través del hombre o mejor dicho, sus relaciones emocionales.

– Para tu amiga, como muchas mujeres más, el amor es una relación de conceptos perfectamente definibles. Un intercambio—me explica P.—ella obtiene amor, atención a cambio de permitir su pareja exceda ciertos límites. Y eso es justamente lo peligroso de este tipo de situaciones.

Sus palabras me producen escalofríos. Venezuela es un país con un alto índice de maltrato femenino, un crimen anónimo que muy pocas veces se denuncia y que la mayoría de las veces, se considera una circunstancia privada que solo atañe a lo doméstico. Y sin embargo, la violencia siempre parece sobrepasar ese fino velo de lo que se asume normal, evidente e incluso interpretativo. Pienso en todos los casos sobre violaciones en el lecho marital, los horribles asesinatos ocurridos cuando esa violencia mínima, disimulada, termina por abrirse paso en esa normalidad frágil que se asume por elemental. Es una idea difícil de digerir, sobre todo cuando asumimos que la violencia es un rasgo aceptado en nuestra sociedad, que para nuestra cultura, hay un cierto nivel de maltrato “aceptable”. La imagen de mi amiga hablándome de los gritos y reclamos de su pareja, y “furia pasional” me desconcierta un poco.

– En Latinoamérica se asume que ciertos rasgos de violencia pueden ser “normales”—me explica P. con cierto cansancio. Nos encontramos en su consultorio y en una de las paredes, cuelga un afiche donde una bella mujer de ojos tristes sonríe al espectador. Más abajo, la frase que leo me sobresalta: “Si mi esposo me sigue maltratando, estaré muerta en dos años”. Me aprieto las manos nerviosamente y pienso de nuevo en esa interpretación de la violencia, el respeto y las relaciones que subsisten en nuestra sociedad. Pienso en las madres que golpean a los niños en plena calle, en los hombres empujándose unos a otros entre gritos y groserías. En los “piropos” que toda mujer debe asumir recibirá, aunque los tema y le produzca repulsión, al caminar por la calle. La sensación es de mirar otra dimensión de la sociedad que me produce un terror casi doloroso. ¿Qué tan conscientes somos de esa visión social de la violencia normalizada? ¿Qué tanto comprendemos las reales consecuencias de aceptarla?

– No solo normales, creo que incluso podría decir que son bien vistos—murmuro—justamente en eso insistía mi amiga. Hablaba de lo que hacía su pareja como demostraciones de “afecto y pasión”.

– Por supuesto—asiente P.—para la cultura latinoamericana, la posesión es un rasgo masculino y viril. Esa necesidad de asumir que la mujer le pertenece. La igualdad es una idea que no se comprende muy bien. Por ese motivo situaciones donde a la mujer se le falta el respeto, se le denigra o se le humilla, no se consideran maltrato psicológico. Son simplemente comportamientos que se asumen inevitables.

Imagino a mi amiga, una mujer firme y resuelta, lidiando con las peleas a gritos que me describió. ¿Hasta qué punto interpretamos la conducta violenta como inevitable? Me pregunto a mi misma, casi con dureza: ¿Cuántas veces he considerado la agresión como una forma de cultura? Me cuestiono con franqueza y ya solo con respecto al tema emocional, sino incluso mi visión sobre la cultura en la que vivo, en la sociedad en la que crecí. Los símbolos de violencia abundan, forman parte de ese entramado de ideas que consideramos naturales, evidentes. Somos complacientes con la percepción de la violencia.

Lo somos, sin duda, me digo mientras leo algunos capítulos del libro “Cuando amar demasiado es depender” de la autora Silvia Congost. Porque mientras que la visión de la agresión se asume como parte de lo que consideramos culturalmente aceptable, una idea mucho más inquietante se manifiesta: La violencia es invisible. La autora insiste, de hecho, que muchas veces quien sufre la violencia no es consciente de lo que padece, que más allá de lo obvio. Lo asume como parte de una idea mucho más elemental del deber ser social. En palabras de Congost, las víctimas “Cada vez más ven las agresiones como algo natural, habitual, se acostumbran a ello, hasta tal punto de que les cuesta muchísimo salir de allí”. Y el planteamiento me hace analizar no solo lo que la cultura construye como concepto de normalidad sino hasta qué punto, la violencia es indivisible de esa normalidad—aparente y siempre quebradiza—que forma parte de nuestro entorno.

Unas horas más tarde, mi amiga me telefona por algún motivo que no recuerdo. Conver-

samos, réimos pero no logro evitar pensar que habrá ocurrido—si es que ocurrió—luego de nuestra conversación. ¿Habrá recordado mi preocupación después? ¿Le habrá parecido significativa? No le pregunto al respecto, por supuesto, pero cuando nos despedimos, la escucho suspirar.

– Lo estoy pensando—me dice. Solo eso. No respondo de inmediato, sorprendida. Sé a qué se refiere, claro está, pero no pensé que lo afrontaría de manera tan directa. Pero me alivia que lo haga: es una manera quizás de romper esa patina de normalidad aparente, frágil y tensa donde la violencia parece sostenerse.

– Mirate a ti misma como me mirarías a mi en el mismo caso—le digo. Y es que no encuentro otra forma de expresar mi miedo por ella, la sensación de angustia que me hizo sentir la circunstancia que atraviesa.

– Lo haré—me asegura. Y hay una nota nueva en su voz ¿Cansancio? ¿Preocupación? No podría decirlo.

Cuando me cuelga me quedo pensando en ese breve intercambio de ideas, tan circunstancial como firme. Y aún así, me reconforta el pensamiento que a pesar del peso de la cultura y la mirada de lo social, aún podemos luchar contra la violencia, asumir que no es inevitable y más allá, creer que es posible enfrentarnos a su supuesta—y pretendida—normalidad.

Game of Thrones y el rol de la mujer: De Sansa a Arya Stark, la ruptura del estereotipo tradicional

Para cuando comenzó la saga de novelas de Río “Canción de Hielo y Fuego” de George R.R. Martin, la revalorización de las mujeres dentro de argumentos de fantasía épica y sobre todo, en los grandes trayectos del heroísmo literario se encontraba a décadas de distancia. Aun así, la historia de la Batalla por el poder en Westeros ya tenía personajes femeninos no sólo de enorme peso dentro del argumento, sino además, una enorme variedad de miradas sobre las mujeres como centro de algo más complejo que su mera figura como madre, esposa o hija de algún personaje central.

Desde Daenerys Targaryen—vendida a un Khalasar Dothraki por su hermano ambicioso y vil—hasta la frustrada ambición de Arya Stark por convertirse en caballero y luchar espada en mano, las mujeres de Westeros rompían el molde de lo que podía esperarse del símbolo que encarnaban. Incluso las más tradicionales eran fuertes y misteriosas a su manera: Catelyn Stark regentaba con mano firme un hogar lleno de enigmas e intrigas, tan cerca del poder como para encontrarse en riesgo permanente y la cruel Cersei Lannister—canibalizada por el amor incestuoso—, aspiraba al trono no sólo por mera ambición, sino bajo la necesidad imperiosa de heredar a su parentela la corona y el futuro.

Una y otra representan a la tradicional maternidad, pero desde aspectos complejos y muy poco benignos: Lady Stark está destinada a convertirse en un espectro de venganza y odio. Cersei, en la futura Reina del Trono de Hierro, embarazada de su hermano, en medio de una guerra que amenaza la supervivencia entera del continente y a punto de disputarse el reinado con Daenerys Targaryen, que gobierna el ejército más peligroso del mapa de circunstancias. Sin embargo, un personaje en apariencia discreto es el punto central de la evolución de las mujeres en Westeros y sobre todo, la visión que la novela épica otorga a sus personajes femeninos: Sansa Stark.

Sansa comenzó siendo quizás el personaje más predecible en medio de una pléyade de conflictos políticos complejos que la sobrepasaban y en los cuales, la mayor de las hijas de



Ned Stark no se encontraba demasiado interesada. Durante los primeros capítulos de tanto la versión literaria como televisiva de la historia, Sansa tenía el único objetivo de contraer matrimonio con Joffrey Baratheon y representó esa noción sobre la mujer sumisa y apegada a lo tradicional que con frecuencia forma parte de los Universos fantásticos. Sansa además, tenía una chocante visión sobre la lealtad relacionada con cierto ideal romántico, que la dotaba de una mezquindad arrogante. A la vez, Sansa lloraba por amor y se comportaba exactamente como lo que era: una adolescente que jamás había abandonado la casa paterna y que había crecido protegida por el férreo carácter de su madre y el silencio amable y sincero de su padre.

Se trataba de un enfoque clásico sobre lo femenino y uno en el que George R.R. Martin jugó un extraño juego de espejos: a través de Sansa comprendimos la corte de los Lannister desde su brillo falso y además, analizamos las relaciones de poder desde el punto de vista del peón, destinado a ser utilizado por su propósito primario. Sansa era una Dama de vestidos largos, habitantes de castillos de piedra, heredera directa de las grandes historias caballerescas y sin duda, de esa percepción de lo femenino frágil y emocional que se suele perpetuar en historias al uso.

Pero como a todos sus personajes, George R. R. Martin obsequió a Sansa un trasfondo elemental que lo hizo más que una figura que se movía de aquí para allá entre los tapetes de terciopelo rojo. Sansa era una burla a la feminidad impuesta, la concepción de la mujer basada en el peso de las circunstancias y como si eso no fuera suficiente, una peligrosa ingenuidad que dejó muy claro que el personaje tendría que madurar si deseaba sobrevivir. La mayor de las hijas de Stark se encontró bastante pronto atrapada en una red de poder en la que su figura frágil lucía obsoleta e inútil, lo cual la convirtió en carne de cañón para las manipulaciones de Cersei—que la convirtió en rehén de la corona contra Robb Stark—y poco después, en el chivo expiatorio de un Rey desequilibrado y violento como Joffrey Baratheon. Entre una y otra cosa, Sansa no encaja en absoluto en el ícono de la fortaleza femenina—que sí parece definir a su hermana pequeña, Arya—y resulta un enigma que poco a poco, ha ido demostrando su poder.

La vida de Sansa no ha sido sencilla. Mientras Arya entrenaba como asesino con los hombres sin rostro y se acercaba mucho más que cualquier personaje a su núcleo de motivación primaria (desprenderse de su personalidad femenina), Sansa ha sufrido escarnios, violencia y al final, la humillación absoluta de ser utilizada como moneda de cambio en medio de los intrincados caminos de poder de la historia. De ser la prometida de Joffrey, pasó a convertirse en la esposa del hijo deforme de los Lannister, para luego ser desposada por el bastardo Bolton (y en la serie televisiva, ser abusada sexualmente por él). De pronto, la naturaleza pasiva tradicional de Sansa jugó en su contra y la convirtió en la víctima propiciatoria de todo tipo de vejámenes y violencia. Pero Sansa logró sobrevivir: la violencia no logró destrozarla y de la misma manera que Arya, logró evolucionar en medio del horror para convertirse en un personaje de enorme poder personal. Sólo que a diferencia del personaje de su hermana, Sansa despierta muchas más críticas que admiración. Mientras a Arya se le considera valiente, a Sansa aún se le critica su evolución torpe y dolorosa hacia la mujer férrea en que se ha convertido. Una mirada lenta sobre el estereotipo femenino del poder que tanto en la serie como en el libro, se tocan con enorme inteligencia.

¿Qué hace “débil” a Sansa y “fuerte” a Arya? la respuesta es un fenómeno cultural: mientras Arya se masculiniza y de hecho, es físicamente capaz de defenderse, Sansa depende de sus modales y su habilidad para sobrevivir a la corte, lo que no suele considerarse un atributo de “fortaleza”. Eso a pesar que Sansa ha logrado evitar ser asesinada durante la muerte de su padre, un rey y finalmente por una familia ambiciosa que usurpó las propiedades de su familia. De modo que Sansa tuvo que encontrar un modo en que sus modales, su trágica belleza y su conocimiento—parcial—del poder detrás del trono, le permitiera sobrevivir. ¿Por qué no es suficiente para los lectores y la audiencia?



Sansa fue ingenua, después derrotada por el dolor y finalmente imprudente. Entre todos los comportamientos, la fortaleza—al estilo que el imaginario corriente suele adjudicar poder—fue la de poder manipular sus pocos recursos para salvar la vida. Arya tenía una espada, mientras que Sansa la educación de su madre, lo que Cersei le había enseñado de manera involuntaria y por último, el puro instinto de supervivencia. Como aliada y pupila circunstancial de Meñique, Sansa aprendió además el arte de la intriga y la conducta de quienes deben asumir al poderoso como enemigo inmediato. Y aprendió bien la lección.

Con todo, Sansa sigue siendo moralmente íntegra: hasta ahora se mantiene devota a su familia y a sus deberes con el trono, además de ser una eficaz intendente y una confiable líder en circunstancias poco claras. Mientras Jon regresa del Sur en compañía de Daenerys y es incapaz de traducir la forma como el Norte asimila la llegada de una figura controvertida que representa viejos rencores, Sansa asimila la disputa por el poder desde cierta distancia helada, una mirada compleja que no sólo enriquece al personaje sino a la línea argumental que la sostiene. Sansa no tiene la sed de venganza de Arya—a pesar de haber sufrido las mismas pérdidas—pero está lo suficientemente consciente de su papel como para saber ejercer el poder con mano firme y lúcida. En medio de una guerra, ese quizás es un atributo de enorme valor y que sin duda, transforma a Sansa en el personaje central de una batalla silenciosa en las que tiene todas las de ganar.

Claro está, Sansa representa un tipo de empoderamiento progresivo que no es sencillo de analizar para buena parte de la audiencia. Después de todo, hay una cierta ambigüedad en la serie de libros y en la pantalla, sobre la figura de la mujer. La disyuntiva es clara ¿Qué ocurre cuando la mujer triunfa, se libera y se empodera en Westeros? Los detractores de “Juego de Tronos” insisten que se trata de un falso feminismo, amparado por una percepción efecista del logro y no de su implicación. Daenerys es madre de dragones—un atributo por necesidad femenino—y Cersei debe enfrentarse a sus errores como esposa y madre—e incluso, en medio de una turbia relación incestuosa—y Melisandre, bruja y poderosa por derecho propio, utiliza su capacidad para la manipulación con más frecuencia que la magia, otro supuesto atributo femenino. Más allá de eso, los personajes femeninos de la serie siempre parecen ser salvados por personajes masculinos. Sin embargo, eso no es suficiente para considerar a las mujeres de la serie/libros como débiles o dependientes. Todas ellas se enfrentan a situaciones extraordinarias y violentas gracias a sus propias capacidades y talentos. Y no siempre triunfan en su empeño.

Arya y el poder esencial: De la fuerza física a la ambición intelectual.

En los libros, se le describe como una niña “con cara de caballo, larga y poco agraciada” en contraposición de la elegancia natural y belleza de su hermana mayor Sansa. Pero en los libros, también se añadía algo más: Arya deseaba una espada en lugar de un vestido hermoso y también deseaba luchar, a la manera de sus hermanos, sobre todo Jon, su favorito. No obstante, George R.R Martin evitó por todos los medios posibles, mostrar a Arya sólo como una niña caprichosa, masculinizada o confusa. Con su rostro pálido y tenso, su profunda inteligencia, pero sobre todo capacidad de sobrevivir, la más pequeña de las hijas de Ned Stark se convirtió en la memoria combinada de una familia devastada por el poder, cuyos miembros morían uno a otro, en medio de una batalla a ciegas por alcanzar el Trono de hierro o escapar de él.

Mientras sus hermanos eran asesinados, confinados en matrimonios arreglados y maltratados, o simplemente alejados de cualquier posibilidad de recuperar lo perdido por el despojo violento de los Lannister, Arya se acercaba a un tipo de ideal perverso que le brindaba la oportunidad de la venganza total. Arya, aterrorizada y después sólo enfurecida, logró desafiar la violencia hasta encontrar una forma de sostenerse en mitad de la debacle familiar y la Guerra de los cinco reyes. Toda una proeza que muchos adultos y personajes más poderosos—en apariencia—de Westeros no lograron alcanzar.

Para Arya, “Valar Morghulis” (todos los hombres deben morir) es mucho más que el recuerdo de un pasado extraño y mágico que no conoció. La frase en alto valyrio, la acompaña



a todas partes, sobre todo por el hecho que buena parte de su evolución ha tenido una relación directa con la muerte. La más joven de los Stark ha estado a punto de morir varias veces, pero en lugar de sucumbir al miedo, la desesperanza o la crueldad del continente imaginario de Westeros, Arya se ha hecho más poderosa por el mero hecho de convertir su capacidad para sobrevivir alrededor del riesgo de la derrota. Arya perdió la inocencia—y rompió con el paradigma de la mujer frágil o la niña perdida—para convertirse en una metáfora de la juventud en medio de condiciones imposibles. Masculinizada y después, perdido el rostro y el nombre, el personaje llevó a cabo un camino del héroe que elabora una mirada tangencial hacia algo más elocuente. Nadie “salvó” a Arya de sus dolores, terrores o del abandono, sino que, por el contrario, lo hizo por sus propios medios. De pronto, la independencia natural de Arya, se convirtió en algo más perverso, extravagante y duro de comprender.

La historia de Arya está directamente emparentada con la muerte. Desde sus limpios y crueles actos de justicia hasta su larga travesía para convertirse en un asesino despiadado, la evolución del personaje se refleja a través de la muerte, la tragedia y la angustia. Desde los primeros capítulos del libro “Juego de Trono” (y escenas de su versión homónima televisiva) Arya supo que el riesgo de morir, ser asesinada o matar, eran las pocas opciones que tenía en medio del clima enrarecido de Westeros, primero bajo el puño torpe de Robert Baratheon y después, de la ambición dorada de los Lannister.

Entre una y otra cosa, la tragedia de Arya—su angustia y dolor—se han transformado en un arma tan afilada como su querida espada “Aguja”, la única herencia que lleva a cuentas cuando todo lo que conocía quedó arrasado tras la decapitación de Ned Stark a manos de Joffrey Baratheon. Una y otra vez, Arya ha debido encontrar un rostro a su medida para sobrellevar el horror y el miedo. Con toda su espectral capacidad para la batalla y convertida por último en una sombra de la mujer que estaba destinada a ser, Arya Stark perdió todo vestigio de su historia. La niña que corría por las calles de King’s Landing, se transformó en una versión endurecida de los pesares de su familia y, por último, en una criatura letal y sin rostro, no sólo capaz de matar sino de hacerlo con singular eficiencia.

Por ese motivo, sorprende las variadas críticas que recibió el segundo capítulo de la última temporada de la Serie basada en la Saga de George R.R Martin, que muestra a Arya tomando la decisión de tener sexo con Gendry, bastardo Baratheon y quizás, la única persona del pasado (además de su familia) de la que Arya conservó un recuerdo bondadoso durante su recorrido hacia la refinada crueldad que le sostiene en mitad de guerras, batallas, enfrentamientos y disputas de poder. En la escena, Arya toma el control y también, las decisiones sobre su cuerpo y lo que ocurrirá en el lecho y al final, se le ve tendida, remota y por una vez humana. De pronto Arya—el asesino letal, la discípula del Dios de Muchos Rostros—es sólo una adolescente, que acaba de vivir quizás la experiencia más humana y conmovedora de todas. Una mujer muy joven que asumió su humanidad y también, su vínculo con el tiempo y su historia de una manera saludable y natural.

¿Por qué desconcierta tanto el hecho que Arya haya perdido la virginidad? A la escena se le acusó de manipuladora, machista, violenta e incluso de perversa, pero al contraste, la Arya que perdió por un momento todos los atributos del asesino, del miedo—que puede provocar e infringir—y que fue vulnerable por una vez, demostró la multiplicidad de rostros de un personaje que ha batallado por recuperar su identidad en más ocasiones y por numerosas razones. Arya es Arya, la adolescente que creció en medio de la violencia, pero también, la mujer que va en la búsqueda de su nombre, rostro e historia.

Por supuesto, que el personaje haya encontrado un vínculo directo con el aspecto más vulnerable de sí misma, la aleja por completo de la mujer poderosa, hosca y distante que buscó por tantos años vengar los asesinatos de los miembros de su familia. Arya es un rostro más de esa visión retorcida de la infancia, que Martin crea a través de las carencias



y la ambición, convertidas ambas cosas en una herramienta de poder. Para el escritor y su historia, los niños son víctimas inmediatas, pero también, sobrevivientes por naturaleza. No sólo los de la familia Stark, sino en general, la mayoría de los personajes muy jóvenes que han debido enfrentar el miedo, la violencia—sexual y de otro tipo—y los estragos de una guerra desigual durante buena parte de la historia.

La infancia en Westeros es una ilusión de tranquilidad que se rompe pronto: Daenerys fue obligada a casarse con Khal Drogo a los trece años—y fue violada por él durante la noche de bodas—mientras que Bran cayó por la ventana de la torre con apenas 7 años, mientras Jamie Lannister le miraba precipitarse hacia el suelo con cierta curiosidad fría y perversa. Jon, con quince años, mató a su mentor y tuvo sexo con Ygritte. Por supuesto, la fantasía épica de Martin está inspirada en el medievo, cuando la media de vida alcanzaba apenas los cuarenta años y que marcaba la veintena, como la adultez, de modo que la juventud de los personajes es una necesidad histórica más que cualquier otra cosa. Aún así, la percepción de la juventud de Arya y su súbito despertar sexual continúa provocando desconcierto, cuando no incomodidad. ¿Por qué se interpreta de manera distinta?

Quizás se deba al hecho que el personaje creció en pantalla y que su sexualización—el hecho de admitir que Arya tiene una dimensión sexual, por encima de su necesidad de venganza o su aislamiento personal—haya tomado por sorpresa a buena parte de los televidentes. Arya ha recorrido un largo camino en ocho temporadas, aunque incluso así, mucho más acelerado que en los libros, en los que todavía madura y debe enfrentarse a las posibilidades y derrotas de una vida destruida bajo el signo de la violencia. No obstante, a mediados de la temporada televisiva número cinco, la Arya literaria pareció quedar rezagada de su parte televisiva. Los tiempos en ambos medios son distintos—una preocupación que suele afligir al autor de la saga—pero además, la Arya de la trama televisiva es el reflejo de la forma en que se concibe la historia de Westeros para la pantalla chica: Maisie Williams tenía doce años cuando comenzó la serie. En la actualidad cuenta con veintitrés años y el cambio físico es notorio, lo que hace quizás necesarios giros argumentales que habría llevado mucho más tiempo en los libros. Mientras la Arya literaria puede atravesar la adolescencia desde una mirada filosófica, su par en el rostro de la actriz, debe acometer el reto de saltar el puente de cristal entre la adolescencia y la adultez.

La noción de la edad (y sus decisiones) en la Saga “Juego de Tronos” ha sido motivo de debate por un buen tiempo y la diferencia entre ambos aspectos de la historia que se cuenta, se hizo evidente en situaciones que parecieron inexplicables en la serie pero que en los libros, tienen un peso de enorme importancia. Mientras el Robb Stark televisivo pareció un estratega torpe al contraer matrimonio de manera imprudente y llevar a cabo un asedio militar sin mucho tino, en los libros, un Robb de quince años explica de manera suficiente su inexperiencia militar, su descontrolada avidez sexual y su final derrota, en medio de errores de juicio de considerable envergadura. De modo que mientras en la televisión, los actores y actrices encarnan una serie de personajes que dependen de su edad para explicar sus acciones—y no siempre lo logran—, la versión literaria tiene un piso contexto que permite la permanencia de la memoria y la connotación intelectual que permite comprender sus acciones.

La saga literaria aún se encuentra incompleta y la televisiva está a punto de culminar. Esa percepción del tiempo entre ambas nociones de la historia pesa y subvierte la forma en cómo comprendemos los personajes. Pero sin duda, la la concepción del bien, el mal y lo femenino (que incluye el amor y el sexo) se transforman de manera paulatina hasta encontrar un sentido vivencial y potente que profundiza la dimensión real de los personajes. Una de las mayores fortalezas en una historia en la que las relaciones del poder superan la mera avaricia y se transforman en una forma de vida. Por extraño que parezca, este escenario medieval repleto de muertes y de magia misteriosa, es quizás también, uno de los más poderosos para analizar el nuevo rostro de la mujer en nuestra época.

En defensa de Elle Woods. Vestir de rosa está bien

La primera vez que vi “Legally Blonde” (Robert Luketic, 2001) me gustó muchísimo. Eso, a pesar de las críticas, las burlas y el estigma que la rubia Elle Woods vestida de brillante rosa, despertó entre mis amigas, por aquel entonces todas muy feministas, muy conscientes de su papel histórico pero sobre todo, muy desconfiada de aquel nuevo ídolo de lo femenino que llevaba un pequeño chihuahua en el bolso, altísimos stiletos de Prada (de la temporada anterior, todo hay que decirlo) y cuyo mensaje, parecía basarse en una reivindicación de lo femenino desde las reglas idealizadas de la fantasía masculina sobre la mujer deseable.

Después de todo, Elle era rubia, millonaria y sobre todo, en la cúspide del privilegio cultural estadounidense. ¿Qué podía mostrar a las mujeres del mundo que batallaban a diario precisamente contra su imagen y lo que representaba? Pues mucho, en mi opinión.

— ¿Me estás diciendo que la épica de la rubia tonta que logra un título universitario es ahora una especie de alegoría a la mujer independiente?—se burló una de mis amigas, a quién la película le había irritado especialmente—¡Por favor! Es una estúpida manera de trivializar el empoderamiento femenino. Mujeres que en lugar de ser modelos deciden ser abogados, manicuristas que luchan contra el amor de su vida. ¿Qué tiene eso de académico, importante, sobresaliente?

Para mí, mucho. Para empezar Elle Woods era el prototipo de la Barbie con que todas las mujeres habíamos crecido, para bien o para mal. La mujer inalcanzable, extraordinaria y triunfadora que deformaba el estereotipo de lo femenino formal hasta crear algo tan superficial que resultaba doloroso. Rubia y delgada, además, como el retorcido canon que las revistas y películas imponían a diario como espejismo de lo que la mujer podía ser.

Pero el personaje era mucho más que eso: de hecho, su emblemático aspecto no era otra cosa que una trampa sutil hábilmente armada para dialogar sobre los temas que a la mayoría de las feministas no nos encanta hablar. Porque incluso, dentro de un movimiento político que insiste en llamarse desprejuiciado y profundamente independiente, hay una sutil discriminación.

¿En cuántas ocasiones no había escuchado discusiones sobre la forma de vestir de otras mujeres en contraposición a su pensamiento político? ¿La insistencia en la necesidad o no del maquillaje, el atuendo femenino, incluso la feminidad tradicional en contraposición al fundamento de la defensa de los derechos de la mujer? ¿El hecho básico y circunstancial que incluso entre mujeres había una invisible pero evidente necesidad de señalar la apariencia—la idiosincracia, el comportamiento, el origen étnico—como una forma de convallar las ideas?

Elle Woods, rubia y esbelta, llevando trajes de diseñador de un rosa chillón, dejaba muy claro esa percepción sobre la mujer que debía debatir el sentido de su propia identidad frente a otras mujeres e incluso, percepciones sobre lo moral y lo ético, elaborados bajo la concepción de un menosprecio directo contra la mujer que no encajaba en ciertas ideas sobre aquella que batalla por sus ideas.

La película y el personaje, de hecho, no dejan de burlarse de la idea de la “rubia tonta” para después, convertirla en algo mucho más poderoso y firme. Una concepción sobre la inteligencia femenina sutil y sensitiva que se sostiene sobre una percepción emocional del género.

Claro está, se trata de un cierto feminismo primario—y en eso estoy de acuerdo con la ma-

yoría de las críticas—pero con la suficiente contundencia para dejar claras algunas ideas de enorme relevancia e importancia. Elle se trata a sí misma como un estereotipo y de hecho, durante el primer tramo de la película, es una caricatura torpe de la rubia frágil y vulnerable, toda sonrisas y deseos de complacer, que el cine eternizó desde que Marilyn Monroe sonrió en pantalla y deslumbró a toda una generación.

Pero Elle Woods también tenía mucho de Grace Kelly en “La Ventana Indiscreta” de Hitchcock, espléndida, hermosa e intocada, pero también capaz de trepar ventanas, colarse en departamentos de posibles asesinos en serie y ser lo suficientemente intrépida para enfrentarse en una conversación coloquial con un Jimmy Stewart destinado a convertirse en el interlocutor de la masculinidad norteamericana de los años cincuenta.

Reese Whitherspoon logró dotar a su personaje de una inteligente mezcla de vulnerabilidad, sensatez y firmeza que de pronto, eran mucho más importantes que el despliegue de bellos trajes a la medida (siempre rosa), la gloriosa melena rubia y la sonrisa perenne. Porque Elle Woods era poder puro y de hecho, tanto y de tantas formas, como para crear un discurso convincente sobre la mujer que triunfa en medio de un hostil mundo masculino.

Claro está, vivimos en un mundo hipócrita. En uno en el que a menudo se considera que una mujer “demasiado femenina” en ocasiones es menos inteligente o tiene menos legítimos derechos de convalidar sus ideas, por el mero hecho de cómo luce. De la misma manera que se menosprecia a la mujer por no calzar en el canon reluciente y tradicional de lo femenino edulcorado y consumible, lo cual resulta una ironía tan desconcertante como común.

De una u otra manera, una mujer de nuestra época parece siempre encontrarse en mitad de una batalla incómoda en cómo demostrar su valor sin recurrir a viejas ideas sobre su permanencia, poder y capacidad. Y Elle Woods, que llegó a Harvard casi sin quererlo, que batalló por ser tomada en serio en un grupo árido que la estigmatizó de inmediato, era el símbolo de esa lucha singular que toda mujer lleva a cabo antes o después en su vida.

El personaje además, convalidó las tradicionales cualidades femeninas -la lealtad, la generosidad, la disposición a comprometerse, el apoyo moral e intelectual a otras mujeres—y las transformó en fortalezas, en un entorno dominado por hombres que precisamente las considera debilidades. Cuando casi nadie hablaba sobre sororidad, apoyo emocional y sobre todo, el poder de la mujer traducido como una forma de comprensión del mundo desde lo femenino, Elle Woods lo elaboró como un sistema de valores y percepciones de enorme valor argumental.

—Entonces, según tú, deberíamos olvidar a Simone de Beauvoir en beneficio de esta niñita ricachona vestida de rosado, una Barbie del mundo real que triunfa con toda facilidad—me reclamó alguien, para quien mi opinión sobre la película resultaba poco menos que ofensiva—entonces, habría que ver el feminismo desde los zapatos caros, la ropa bonita y el cabello bien peinado.

Habíamos sostenido esa discusión en más de una ocasión, sobre todo porque mi amiga—miembro de un nutrido grupo de feministas que consideraban que los símbolos femeninos considerados tradicionales eran poco menos que imposiciones patriarcales—consideraba que mi percepción sobre lo físico y la presión estética era “tibia” y cuando menos “hipócrita”.

Seguía sin comprender porque llevaba un corte de cabello a la moda—“Te lo impone el canon comercial” me insistió en más de una ocasión—o el motivo por el cual disfrutaba especialmente maquillándome. O incluso, el motivo por el cual, mis fotografías me mostraban hermosa—una opinión subjetiva donde las haya—lo que no hacía más que enfatizar la idea de lo estético en lo femenino contra lo que batallamos a diario.

Por supuesto, mi simpatía por Elle Woods, por su sonrisa amable, por su sonoro caminar de zapatos altos por salones de clases y juzgados, le resultaba poco menos que ofensiva.

— Deberíamos aceptar que una mujer puede ser y verse como quiera, y sus ideas políticas continuarán siendo profundamente valiosas—le respondí en esa oportunidad—que el epíteto de la “rubia tonta” es tan ofensivo y directamente discriminador como “la machorra”. Que ambos son extremos de una idea simplista sobre la mujer, terriblemente simple y sobre todo, que contradice el motivo por el que todas nos llamamos feministas “la posibilidad de elegir”.

“Legally Blonde” no es el tipo de películas por la que pagaría una entrada al cine. O al menos no lo era en ese momento de mi vida. Llegué a la butaca por mera casualidad—la función a la que deseaba asistir estaba agotada—y me encontré a solas en medio de un grupo de niñas adolescentes que reían y hablaban en voz alta sobre “la super Barbie”. Estuve a punto de levantarme y salir de la sala...cuando de pronto, me encontré preocupada porque aquella preciosa y en apariencia simple “Delta Nu” que había tomado la decisión de ir a la universidad “por amor”.

Ah, que razón tan sencilla, ridícula y tópica, pensé con cierto cansancio...pero después me sorprendí, cuando el guion no sólo elaboró una idea clara sobre esa batalla entre el estereotipo y las expectativas y creó algo más firme, concluyente y evidente. Elle no sólo es una mujer que decidió cambiar su vida, sino que confía en lo que tiene que ofrecer. Que además, es absolutamente franca en su estilo de vida y sus opiniones, que no considera que debe avergonzarse por su delicadeza, su elaborado maquillaje, sus conocimientos sobre moda, su fortaleza intelectual.

Recuerdo lo mucho que me sorprendió la manera como la película debatió sin disimulo una idea que me había obsesionado desde la niñez, esa directa y espléndida noción sobre la mujer que puede ser lo que quiera—y lucir como quiera—en el ámbito de su preferencia. Una mujer fuerte—porque Elle lo era—que podía lidiar con los estereotipos y crear algo nuevo a través de ellos. De construir una idea poderosa, enfática y lo suficientemente poderosa como para construir una forma de ver el mundo por completo personal.

Claro está, “Legally Blonde” no es un manifiesto feminista perfecto ni tampoco pretende serlo, que es uno de sus triunfos. Elle Woods está rodeada de todo tipo de privilegios: desde la belleza, su posición económica, ser blanca y cis en un mundo que justamente valora esa uniformidad al momento de analizar lo que somos y creemos a partir de ideas más o menos elementales.

Pero Elle está consciente que ese privilegio es parte de su relación con el mundo, no un limitante ni tampoco una percepción que le haga analizar su capacidad para comprender hechos morales más complejos. La búsqueda de justicia de Elle es del todo sincera, pero también fundamentada en una idea profunda y elocuente: cree con franqueza en la necesidad de construir una percepción sobre el mundo a la medida de su ideal.

Además, Elle Woods debe lidiar no sólo con los prejuicios femeninos—que saltan a la vista y que encarna por completo el personaje de la actriz Selma Blair—sino además, comprender el hecho persistente que para los hombres su aspecto físico construye un versión de la realidad que la simplifica y la convierte en una estereotipo banal. Sin duda, algo con lo que todas las mujeres hemos lidiado antes o después.

Tenía once años recién cumplidos cuando un desconocido en plena calle me gritó que debía “peinarme para verme como una señorita” y “dejar de verme como un hombrecito”. Era un hombre que me triplicaba la edad—probablemente, aún más—y que me dedicó una mirada dura y casi violenta por el mero hecho de atreverme a ir por la calle con el cabello



despeinado y jean.

“Hay hombres que están convencidos que la mujer debe ser una figura de su imaginación” me dijo mi abuela cuando se lo conté. Ya me había sucedido antes: como la vez que mi primo me insistió que jugar con su grupo de amigos “no era de muchachas” y me miró de arriba abajo. O cuando uno de mis tíos se escandalizó por el largo de mi falda (un par de dedos sobre unas rodillas muy flacas). De pronto, me encontré pensando en todas las cosas que podía hacer—y las que no—debido esa presión invisible, es muro infranqueable, del deber ser o el no ser. O mejor dicho, esa insistencia social en la que nunca había reparado, de ser lo que se esperaba de mí o al menos, lo que mi cultura suponía era lo mejor para mí.

Es un pensamiento extraño, cuando lo tienes. Y luego, no puedes olvidarlo. Porque de alguna manera cambia todo lo demás, lo recompone y lo hace encajar dentro de esa idea. ¿Por qué debo tener el cabello largo o corto? ¿Por qué me debe gustar maquillarme o no? ¿Por qué debo pensar en que seré madre? ¿Por qué debo casarme? ¿Por qué debo obedecer toda esa múltiple y cada vez compleja variedad de pensamientos e ideas que parecen conformar la identidad de una mujer?

Es curioso pensarlo de esa forma y sobre todo, doloroso. Porque de pronto, encuentras que no estás sola en el asunto. Comienzas a preguntarte cuantas mujeres a tu alrededor—las que conoces, las que te tropiezas por la calle, las que miras en las revistas—se esfuerzan como se espera que tú lo hagas por encajar en ese esquema de valores. Cuántas lo hacen por gusto, por costumbre, por necesidad, porque no conocen algo más. Y cuántas como tú, también se hacen las mismas preguntas. Cuantas miran a su alrededor y se preguntan ¿por qué deben ser así las cosas? ¿Por qué deben ser de esa manera exacta? ¿Por qué es necesario que lo sean?

Claro está, nadie se cuestiona con esa claridad. Ni con esas palabras. Pero está la incomodidad, esa ligera sensación de inquietud. O al menos a mí me ocurría. Muchos años después, llegué a pensar que Elle Woods simbolizaba desde su aparente simplicidad, esa idea sobre la mujer debida, la existencia, la aceptable, la que debía construirse a partir de algo más evidente que la mera percepción sobre los elementos que la crean como idea.

Elle Woods, que llegó a una universidad prestigiosa para conquistar al hombre de su vida y encontró que tenía deseos, necesidades y aspiraciones propias tenían un inusitado valor. Algo con lo que cualquier mujer puede identificarse: y no sólo con asuntos tan intrascendentes como el comportamiento social, como me veía o debería verse.

Elle Woods, en rosa y zapatos de tacón alto, me recordó a mí misma en la adolescencia, cuando comenzó a preocuparme que buena parte de mis escritores favoritos fueran hombres porque así lo había aprendido, que casi todas las heroínas televisivas y cinematográficas con las que me tropezaban fueran apenas un apéndice del masculino, una figura preciosa y desdibujada que parecía perderse en la historia.

Y me comenzó a inquietar también, esa otra realidad tan sutil como desdibujada, la de todos los días. La que forma parte del cotidiano cuando vives en un país machista como el mío: las calles llenas de niñas embarazadas, los periódicos llenos de noticias de mujeres golpeadas y violadas. Esa noción sobre la desesperanza y el fatalismo latinoamericano que parecía tan relacionado con las mujeres, con lo femenino y su legado. De pronto, me encontré preguntándome si había algo en mí, en mi género y mi manera de ver la realidad para que el mundo se empeñara en verme como algo secundario, accesorio, dependiente por completo de una idea aparentemente superior.

— Eres una mujer y llegaste a la misma conclusión que cientos de mujeres antes que tú—me explicó L., mi profesora de sociología en la Universidad y que fue la primera en tomar todas esas ideas y organizarlas bajo cierto aspecto—. Hay una cultura que sostiene esa visión

sobre la mujer menospreciada y sobre los roles y tópicos que se suponen deben cumplir. Y ahora, te preguntas por qué debes aceptarlo y qué pasará si no lo haces.

Cuando tienes dieciséis años y alguien te habla en esos términos, tienes la sensación que tu mundo se sacude un poco. O al menos, a mí me ocurrió. De pronto, me encontré pensando en que esa inconformidad, esa preocupación constante no era algo accidental, tampoco una rareza. Millones de mujeres antes que yo y con toda seguridad, cientos después de mí, se preocupaban por los mismos temas, por los mismos extremos, por los exactos problemas que me inquietaban a mí. Y todo ese conjunto de preocupaciones e inquietudes, tenían un nombre. O mejor dicho, tienen un motivo real, una forma de comprenderse, sustentarse o manifestarse.

— O sea que para tí una rubia idiota es una especie de epifanía. Soy rubia y triunfo y eso demuestra que la teoría feminista está equivocada—dijo alguien con quien trabajaba en un grupo sobre identidad femenina. La idea me pareció lamentable, dispareja, un poco triste.

—El mismo hecho que la consideres rubia y tonta, es una forma de menosprecio a lo que el feminismo puede ser—respondí—¿Por qué se supone que las ideas políticas deben manifestarse como un ideal estético?

Eso es algo que aprendí desde muy jovencita, claro está. Soy feminista en un país lo suficientemente machista como para que resulte incómodo. Durante buena parte de mi vida académica y profesional, me he enfrentado a miradas de reojo, risitas bajo cuerda y cejas levantadas cuando pronuncio en voz alta la temida palabra “feminista”.

Y lo hago con muchísima frecuencia, he de decir. Justo por el hecho que de pronto—y exactamente no supe cuándo—la palabra se convirtió en una grosería, en una ofensa hiriente e incluso, en un teorema burlón. Algo como que ¿Eres feminista? ah vaya, que profunda tu causa con axilas velludas y senos feos al aire. ¿Por qué no hay feministas bonitas? ¿Por qué todas son gordas? ¿Por qué no hay feministas que admitan que les gusta el sexo? ¡Vamos caramba, admítanlo!

— Bueno, lo dices tú, no yo: pero es obvio que en lo que respecta al feminismo hay una ruptura base y elemental que resulta preocupante a la distancia—dice mi amigo Juan, sociólogo, con quien suelo conversar de esas cosas. Juan se llama así mismo “observador de los debates de género” y disfruta de lo lindo cada vez que alguien me despierta “la señora maligna interior”, término que define a mi otro yo discutidor y muy malhumorado.

De hecho, nuestras conversaciones siempre suelen comenzar por ideas más o menos elementales como: ¿Por qué en Venezuela se crían machos y no caballeros? y matices al estilo.—Lo que ocurre es que ser feminista es enfrentarte al hecho no sólo de la defensa de lo que crees son tus derechos, sino además a algo más intangible.—Claro. Hablamos de una idea social tan antigua como esencial. El binomio de hombre y mujer.

La primera vez que supe era feminista ni siquiera sabía que había una palabra para definir la ira que sentí cuando una maestra de la escuela me llamó “machorra” por preguntarle el motivo por lo que había cosas para “niñas” y para “niños”. Luego de una infructuosa tanda de preguntas, la mujer pareció impacientarse al insistir que una “niña de bien” no discute esas cosas. Las acepta.

— Entonces yo no soy una de esas niñas—recuerdo que le grité—yo quiero saber porque las cosas pasan así. Y no me gusta que pasen así.

A la maestra no le gustó nada ni el grito ni la actitud y terminé castigada por semanas sin

recreo. Pero con todo, recuerdo con enorme claridad que me sentí especialmente bien—a pesar del castigo y las burlas de mis compañeras—por haber dejado claro lo que pensaba. Me gustó la sensación de poder que me hizo sentir. Y pensé que era algo muy bueno decir las cosas en voz alta.

De manera que, con diez años, hice mi primera proclama feminista. O al menos, así podría interpretarse. Juan suelta una carcajada cuando se lo cuento. Una muy maliciosa.

— Lo que ocurre es que el feminismo no es una idea simpática. Se enfrenta a tantas cosas a la vez, que es obvio y notorio que tropezará con alguna que se considere sagrada y sobre todo, de esas que la sociedad considera inamovible—me explica—. Una mujer que asume desea reclamar derechos y responsabilidades, se va a encontrar con que se enfrentará a la educación que le dieron en casa, con la cultura que le rodea e incluso con la religión que profesa la mayoría, no es sencillo.

No lo es. Recuerdo que la primera vez que comenté en voz alta que me atraían las ideas del feminismo, varios de mis amigos me miraron con la ya clásica expresión de “¿Y ahora qué hacemos?”. Me encontraba en la universidad, era una muchacha pálida y desgreñada que acababa de descubrir que la inquietud que había tenido durante años tenía nombre y no tenía el menor empacho en mostrarla. Uno de mis amigos se aterrorizó un poco con eso.

— ¿O sea serás un machista con falda?—me dijo. Lo miré extrañada.—Yo sólo aspiro a que nadie me tenga que juzgar por el hecho simple que soy mujer. Quiero ser un ciudadano a pleno derecho, nada más.—Ya lo eres—me recordó otro.—¿Hablamos del Código Civil?

Eso era un chiste viejo que hizo reír a todos. Después de todo, como estudiantes de Derecho, sabíamos que las leyes venezolanas eran tan machistas como lo había permitido la conservadora sociedad que había redactado las leyes vigentes. De manera que sí, todos asintieron, admitieron que tenía algo de razón—no toda—y me pidieron que al menos si empezaba a odiarlos, que les advirtiera para tomar precauciones.

— Lo haré, lo haré—les dije muy convencida. Y también me reí. ¿Por qué no hacerlo?

Elle Woods o mejor dicho, esa expresión formal de fe y capacidad basada en lo femenino, es lo que hace al personaje valioso, a pesar de sus bemoles e indudables blanduras. Supongo que es muy fácil resumir la idea del feminismo en un enfrentamiento directo con lo tradicional, aunque no tiene por qué serlo y de hecho, la mayoría de las veces no lo es.

Pero hablar sobre un movimiento social estructurado de mujeres para mujeres, no siempre es sencillo, sobre todo para una cultura que todavía se pregunta por qué diablos las mujeres decidieron reclamar si todo estaba tan bien. Elle Woods, que es la encarnación de la mujer que la sociedad imagina como perfecta y que después, construye una visión sobre lo teórico de enorme valor ético, demuestra esas infinitas contradicciones, temores y pequeños estigmas que el feminismo aún lleva a cuestas.

— Se trata de una idea costumbrista: si todo funciona ¿Para qué cambiarla?—me dice Juan—la mayoría de las veces, las feministas tropiezan con esa percepción de “las cosas marchan como deben de marchar”, que invalida de origen el reclamo. Y sí claro: que una rubia vestida de rosa simbolice el empoderamiento actual, puede resultar incómodo. Es algo complicado de analizar, sobre todo cuando no estás en una posición de poder.

Nací en una familia de mujeres inteligentes e independientes, a quienes nunca escuché llamarse a sí misma feministas, pero que de hecho, lo eran. Todas abogaron a su modo y desde sus trincheras por ideas que, en otras partes del mundo, serían consideradas directamente políticas, aunque ninguna de ellas militó en movimiento social o cultural alguno.

No obstante, cada una de ellas, se comprendió a sí misma desde la perspectiva de la revalorización de lo femenino: desde mi madre, que por años luchó por los derechos laborales de la mujer en la empresa donde trabajaba, hasta mis primas, varias de las cuales desafiaron los estereotipos femeninos venezolanos cursando licenciaturas científicas con enorme éxito.

También, en una familia de mujeres que se consideran bellas en el sentido tradicional, que llevan vestidos y zapatos altos, que además, consideran que está bien esa concepción del poder de la mujer más allá de una apariencia básica. Además, en mi familia aprendí que es necesario analizar y reflexionar sobre los derechos personales y sobre todo, de reivindicar lo que se considera justo en cada oportunidad posible.

¿Un primer paso para mi futuro feminismo? muchas veces pensaría que simplemente se trata de una toma de conciencia de la necesidad de asumir la responsabilidad cultural y social sobre tus opiniones. Pero a veces me pregunto si el feminismo como idea nació justamente de esa noción sobre lo que es justo y lo que no, sobre lo que aspiramos y lo que necesitamos más allá de lo que la sociedad nos impone.

De manera que sí, Elle Woods, de rosa, con un chihuahua en el bolso y consciente del poder de su mente y de su espíritu, es una forma de comprender a la mujer como símbolo que perdura por el mero hecho de contradecir discusiones intelectuales lo bastante injustas como para menospreciar lo femenino tradicional a través de una idea precisa sobre el género.

¿Existe un progreso exponencial con respecto a cómo se interpreta lo femenino actualmente? Nadie lo duda. ¿Es necesario insistir sobre lo justo y lo injusto con respecto a lo femenino? Por supuesto que lo es. Y lo es en la medida que se mantiene una percepción más o menos idéntica sobre el deber ser de género durante buena parte de las largas décadas de lucha por la inclusión femenina.

Desde el soterrado debate del “papel de la mujer como sostén del hogar” (y su obligación casi ancestral de someterse a un papel secundario en beneficio de la percepción de la familia) hasta esa insistencia en la identidad de la mujer sujeta a la maternidad, no es tan sencillo sustraerse de siglos de machacona insistencia en el papel secundario de lo femenino.

Se trata, sobre todo, de esa percepción sobre la razón por la cual, la mujer sigue siendo analizada desde una dimensión única—el papel, el género y la identidad—y más allá de eso, de cómo se percibe a sí misma a través de los cambios políticos y sociales. Y Elle Woods, que contradice sin querer todos los clichés sobre lo femenino, hace un buen trabajo reconstruyendo el ícono con toda facilidad. No siempre es sencillo aceptar que esa mirada condescendiente continúa allí, que la lucha de ideas políticas debe enfrentarse no sólo a lo obvio, sino a algo más sutil: a esa comprensión de la mujer como parte de un esquema de valores y tradiciones que intentan definirla desde una inquietante visión genérica. Y una “Rubia tonta” con una ambición extraordinaria parece ser la manera más fácil de destruir una simplificación semejante. Una mirada hacia lo que la mujer puede ser—a pesar—del estereotipo.

No, no hay que sufrir como “Escenas de un matrimonio”. Mila y Jonathan necesitaban un psiquiatra

En nuestra primera sesión, mi nueva terapeuta me preguntó qué pensaba sobre el sufrimiento. La pregunta me dejó desconcertada, de mal humor y en especial, tan incómoda que estuve a punto de cerrar la videollamada. Pero no lo hice. En lugar de eso, pasé un largo minuto en un intento de analizar la cuestión. Al fin y al cabo, es una pregunta en apariencia simple, pero también, una pregunta confusa que se extiende a varios espacios de mi vida y supongo, que a la cultura en que nací.

—Pienso que es algo inevitable—dije, por último, por decir cualquier cosa.

—¿Inevitable...? ¿por qué?—preguntó ella.

—Porque vamos a sufrir, la vamos a pasar mal. No hay una forma para que eso no pase.

—No estoy diciendo que me hables de lo que crees pasará en el futuro. Te pido que me expliques qué crees sobre el sufrimiento.

Creí que ya te lo había dicho, pensé con cierto malestar. Suspiré, me miré las manos. Y no sé por qué, pensé en una frase de Ingmar Bergman, que había leído hace unos años atrás. En su libro “Images, my life in films” habla sobre lo mucho que le interesa el sufrimiento humano. Lo mucho que desea explorar y profundizar en esos espacios retorcidos y desconocidos. “Sufrimos porque la naturaleza humana rechaza la posibilidad de no hacerlo”. ¿Eso es lo que pienso sobre el sufrimiento? pensé con las manos retorcidas, mientras mi psiquiatra esperaba con paciencia. ¿Qué ocurriría para que todos estemos convencidos que el sufrir es algo relacionado directamente con la naturaleza humana?

Pero Bergman iba más allá. En otra parte del texto y esta vez, en una reflexión profunda acerca de El Séptimo Sello, Bergman asumía el hecho de la incertidumbre como “incontestable”. La ya clásica imagen de la muerte jugando ajedrez con un caballero, era la conclusión de una serie de depuradas ideas sobre algo con lo que Bergman estaba obsesionado. La posibilidad de la ausencia de significado. Nada pasa por nada. Nada por consecuencia de algo. La existencia es un accidente mayor, inenarrable y poderoso. Puede ser tan simple como una jugada de ajedrez, como un sueño no cumplido, como un hilo que se une y se enhebra entre dos ideas al mismo tiempo. De hecho, en el libro, el autor llega a decir “sufrir puede ser un arte”. ¿Es necesario entonces la ponderación del sufrimiento para comprender qué es lo que somos? Tragué en seco, incómoda y abrumada.

Mi psiquiatra escuchó todo lo anterior con paciencia. Me dedicó una larga mirada y al final, pareció un poco indecisa. Me pregunté si creía que traer a colación una reflexión acerca de un director cinematográfico conocido por su retorcido sentido sobre la percepción del otro, era una forma de evadir la respuesta. Tal vez lo era, me dije avergonzada. Tal vez conversar sobre Bergman cuando solo debía dar una respuesta simple, era una forma de hacerme daño con el silencio.

—En realidad, sufrir es la forma en que confieres importancia o cómo interpretas lo que vives—dijo entonces—Bergman creía que sufrir es parte del hombre, pero en realidad, el sentido del dolor emocional es más que eso.

He pensado mucho en esa primera conversación durante las últimas semanas, cuando la miniserie Escenas de un matrimonio de Hagai Levi—un remake discreto sobre la obra del mismo nombre de Bergman—trajo a colación la percepción sobre el sufrimiento en pareja. En 1973, la miniserie del mismo nombre asombró a la televisión sueca. Una Liv Ullmann extraordinaria en su mirada sobre la infelicidad y un Erland Josephson contenido y abrumado por el dolor cotidiano, se enfrentaron por seis capítulos en una disertación sobre el motivo del sufrimiento que puede unir y destrozar, a la vez que crear una condición sobre

la simple convivencia.

Amparados en los diálogos poderosos de un Bergman envilecido y sostenido por su propio dolor íntimo, la producción televisiva deslumbró y cautivó a millones de televidentes. El impacto fue tal, que por meses se debatió en todos los ámbitos públicos el peso de lo planteado por Bergman, la agudísima agonía de Marianne (Ullmann) y Johan (Josephson) en medio del desplome de su matrimonio.

Para el año siguiente, la miniserie se convirtió en una película que deslumbró a Norteamérica. Y por supuesto, transformada ya en un mito del séptimo arte, ha sido el núcleo de varios planteamientos semejantes a lo largo de los años. Desde Kramer vs Kramer (1979) de Robert Benton hasta la reciente Marriage Story (2019) de Noah Baumbach, el padecimiento del amor devenido en desesperanza y en el peor de los casos en odio y rencor, es un ingrediente esencial para entender cierta introspección del cine sobre el fenómeno del matrimonio. Incluso la durísima Pieces of a Woman (2020) de Kornél Mundruczó, se alimenta del desplome del matrimonio como símbolo total de una idea de futuro, la contradicción de la necesidad del otro y la búsqueda de la reivindicación de los espacios emocionales a través de una dependencia cada vez más tortuosa.

Por supuesto, la nueva versión de Scene of a Marriage pone en relieve ese valor consciente de la desazón y el sufrimiento. Y lo hace bien. Lo elabora dentro de la cápsula de un matrimonio que atraviesa toda una serie de etapas en una ruptura con un demoledor peso emocional y también, las heridas que sufren a consecuencias de todo tipo de circunstancias que le desbordan. Jonathan (Oscar Isaac), es un académico ególatra y devastado por el desamor. Mira (Jessica Chastain), atraviesa una crisis de edad madura y lucha contra las grietas de su identidad, la ruptura del vínculo que le une a su familia e incluso, la forma de mirarse a sí misma. Ambos, se hacen daño, pero no pueden mantenerse alejados. No del todo y por mucho tiempo. Poco a poco, la relación se vuelve un singular laberinto angustiioso en que la destrucción emocional es inminente, solo para que el ciclo comience de nuevo.

Y aunque la versión de Levi no es tan poderosa (ni pretende serlo) como la de Bergman, ambas dialogan sobre los mismos temas e hilos. Ambos están convencidos de la necesidad de entender el trauma que atraviesan, que el vaivén agotador de amor, desgarros espirituales e intelectual, la necesidad sexual, íntima y persistente del uno por el otro, es el único puente que les une. Es ese puente el que atraviesan una y otra vez.

La serie, que no busca dar respuestas—la naturaleza humana no suele tenerlas—termina con ambos personajes, en medio de un paraíso insular retorcido y doloroso en el que se miran uno a otro como víctimas y mártires del mismo proceso destructor. Para la última escena, Jonathan y Mira son espejos de una caníbal necesidad de asumir el sufrimiento como el único camino para mantenerse juntos. La arbitrariedad y la insinuación de lo inevitable—de nuevo, Bergman al fondo de todos los esquemas—para seguir juntos a pesar de todo. Después de todo.

La serie ha provocado todo tipo de discusiones. La gran mayoría entre los que creen que el choque entre dos fuerzas idénticas que terminan (o terminarán) por hacerse pedazos es algo propio de la naturaleza humana. O los que están convencidos que esa devastación absoluta es un “destino” escrito a fuego en el comportamiento humano. De este último grupo, he escuchado argumentos que insisten que el sufrimiento y el amor van de la mano. O que el sufrimiento es una línea violenta de necesidades insatisfechas cuyo único objeto y sentido es que sea asimilado antes o después. Tantos uno como para los otros, la debacle de los personajes era inminente.

Pero mientras una parte está convencida que un padecimiento semejante se enlazará de una manera u otra con el delicado sentido del absurdo humano, la otra celebra el hecho

que la serie muestra hasta dónde una pareja puede hacerse daño. Puede infringirse todo tipo de heridas. Puede al final, transitar una agónica ruta hacia el desastre personalísimo. Después de todo y siguiendo el credo de Bergman, todo el mundo está construido para y por el dolor. ¿No es así?

—Ojalá fuera tan sencillo—dice un amigo, también psiquiatra—ojalá fuera tan simple creer que el sufrimiento es un bache en el camino con el cual tropezarás. Lo es de hecho, pero creer que es necesario, es simplemente una manifestación de estar predestinado a ser infeliz.

—En la serie se siente así—le comento.

—Somos una sociedad criada por Santo Tomás—se burla.

Se refiere, claro, a Santo Tomás de Aquino. El fraile católico nacido en 1225 y que dedicó una buena cantidad de tiempo a hacerse preguntas sobre el sufrimiento. O, mejor dicho, el dolor. Según el muy excelso teólogo, el dolor emocional debe cumplir dos variables: en primer lugar, el logro de un mal y en segundo lugar la percepción de este logro (coniunctio alicuius mali et perceptio huiusmodi coniunctionis). Tanto una como la otra son necesarias y también suficientes. Pero por supuesto, la Iglesia siempre ha creído que el sufrimiento humano dignifica y cristaliza la voluntad a un bien superior. Jesucristo murió torturado y después de un castigo espantoso. En una cultura basada en esa concepción del tema, hay un recorrido inconsciente hacia algo más torvo, no es así.

—Ojalá se pudiera explicar con filosofía, sería más sencillo—dice mi amigo—en realidad, en Occidente al dolor se le confiere una importancia concreta. Por eso es que mucha gente ve a dos personas gritándose una a la otra y en lugar de recomendar una consulta psiquiátrica dicen “los que se pelean se aman”.

Me echo a reír. Le cuento de la serie. Pero, además, le detallo las opiniones en debate. Le muestro tweets, largos posts en Facebook, lo preocupante que me resulta que mucha gente crea que está bien sufrir de esa manera, que es natural, que cumple cierta armonía dolorosa e incómoda, que se enlaza con algo más tumultuoso y relevante. Mi amigo se encoge de hombros.

—Mira, la gente cree que el amor tranquilo no es amor. Porque el amor desata todo tipo de instintos, entonces está bien que, si se acaba, cambia o los intereses se transforman, se vuelva un caos violento. La gente te dice que el amor tiene “aristas y espinas”. Te insiste en que cada “pareja es un mundo”. A nadie le gusta que le digan que simplemente repiten ciclos aprendidos y que lo hacen porque así es más fácil, más cómodo y hasta sofisticado.

Me vuelve a hacer reír lo que dice. En una crítica que leí recientemente, alguien comentaba que Escenas de un matrimonio de Levi era un desfile de ropa de diseñador, objetos de lujo y belleza elegante. Sufrir a la manera de los que nada temen sino el sufrimiento, comentó un crítico con un agudo sentido de lo perverso. Pero al final, parece que será cierto.

—Es mucho más decadente decir que el sufrimiento es válido, que está bien que dos personas vivan una ruptura de años y terminen con cicatrices emocionales de años, que simplemente pensar que necesitan un psiquiatra—dice mi amigo—el sufrimiento emocional puede entenderse, pero en nuestra época es incluso un símbolo de estatus.

Casi por accidente, pienso en la maravillosa cantante Adele, que, por cada desamor y cada evento trágico en su vida, ha logrado crear maravillosas versiones artísticas, que además le han hecho reconocida y parte de la historia de la música. Pero más allá del mundo pop, el fenómeno se repite. ¿No es lo mismo que ocurrió con Oskar Kokoschka y Alma Mahler?; lo mismo de Oscar Wilde y Bosie. Por poco, lo mismo entre Keats y su amada Fanny Brawne.

¿No decía Mark Twain en tono de burla que los amores corrientes no están destinados a

crear grandes libros? Quizás por eso su obra menos conocida sea Los diarios de Adán y Eva. Nada de Jessica Chastain rompiéndose la ropa para mostrar los moretones que le deja su joven amante. Nada de los Kramer sollozando el uno por el otro. Nada de Adam Driver gritando al cielo por su amor mientras Scarlett Johansson se derrumba a sus pies. En la obra del escritor, el gran y primer matrimonio solo lucha contra algo incómodo e inmenso: lo cotidiano.

—A nadie le gusta considerarse corriente—dice mi amigo—está en nuestra concepción de lo fantástico creer que vivimos la gran historia del amor. Y eso incluye dolor y tristeza. Pero en realidad, las grandes parejas de toda la historia necesitaban un sillón, calmantes y ejercicios.

Una frase con un burlón amor negro que me recuerda que, a pesar de sus largas diatribas, Santo Tomás no creía que el sufrimiento fuera definitivo de la vida. Algo en que sí confiaba -y con qué interés—Friedrich Nietzsche. Claro está, el sufrimiento es parte de la vida y el bueno de Santo Tomás lo dejó por escrito. Pero siempre estuvo consciente que no era necesario y que, de hecho, había algo esencialmente perverso en eso. ¿Iría Santo Tomás al psiquiatra? Seguro que sí.

Pienso en Mila y en Jonathan mientras mi psiquiatra me recomienda tomar sol, caminar, leer libros como prefiera—que el terror te abrume, si te gusta—y pienso que muy pocas veces, somos conscientes de que el hecho de la felicidad es una decisión hacia lo evidente. No, el sufrimiento no es un cáliz, una celebración, el epitome de la gran escena de la vida. Se trata de admitir que algo va mal, que algo va terriblemente mal y que es necesario pedir ayuda.

¿Sueno sencillo? Oh, sin duda el gran Bergman me odiaría por pensar de semejante manera, me digo entre risas. El mismo que dejaba hijos como buenos regalos para sus parejas, el mismo que prefería el arte al amor, el mismo que sentenció en su libro “el sufrimiento es arte, el amor es solo algo que ocurre”. Hay que ser cínicos sin duda y allí concuerdo con el querido señor, pero serlo en el sentido fundamental: sufrir no es una gran revelación. Es una herida. Y como tal hay que curarla.

Matrix de Lauren Groff

La novela histórica — o al menos, la narración ficcional de lo histórico — ocupa un lugar complicado en el mundo de la literatura. En especial, cuando personajes y lugares de considerable interés se convierten en escenarios de algo más grande, elaborado y con frecuencia simbólico. También, cuando la percepción sobre periodos o épocas, se convierte en la espina dorsal de relatos basados en la forma de entender el pasado o su influencia sobre el futuro.

Cual sea el caso, el relato con tintes realistas basados en hechos comprobables suele tener la libertad de reimaginar la realidad, pero a la vez, atenerse a ciertos parámetros que resultan en la mayoría de los casos, complejos de superar. ¿Cuándo un relato histórico sólo desea mostrar una dimensión de la época y cuando expresa ideas simbólicas respecto a ella? ¿Cuál es el límite entre la realidad y la fantasía en una narración que depende — o podría depender — de detalles históricos específicos?

Las respuestas a esos cuestionamientos no siempre son sencillas. De hecho, son tan elaboradas que ponen en riesgo la integridad de cualquier relato basado en la historia. Hay una difícil conjunción entre la idea del hecho verificable y la libertad creativa, que en muy

pocas ocasiones logra un equilibrio lo suficientemente coherente como para sostener una narración fluida. O al menos, que permita comprender el transcurrir del tiempo como un reflejo de la identidad.

La novela *Matrix* de Lauren Groff tiene la doble presión de narrar un hecho histórico — la vida de las monjas de clausura del siglo XII — pero, además, relatar lo cotidiano como un hecho histórico de interés. Eso, sin recurrir a otra cosa que a la curiosidad del lector sobre cómo era la época en un siglo del que se suele analizar poco y sobre personajes que no cumplen un papel de especial importancia. La apuesta de Groff es a la vida doméstica, los silencios y a las percepciones sobre lo corriente, lo que desconcierta cuando se analiza como un paisaje más amplio sobre el transcurrir del tiempo. Por si eso no fuera suficiente, Groff renuncia a cualquier posibilidad de edulcorar, embellecer o incluso usar breves elementos fantásticos para dotar a la historia de una segunda lectura.

Matrix es una historia de puertas cerradas, una mirada dolorosa y pulcra sobre lo cotidiano en otra época, contemplada como si se tratara de otra región en la que lo humano lo es todo. La novelista, que en su novela debut *Fates and Furies* (2015), relató la vida sexual norteamericana desde la concepción inquietante de los tabúes que la acechan, construye en *Matrix* una velada precisión sobre lo que damos por sentado y que sólo recién es parte de nuestra vida. En *Matrix*, la vida transcurre sin nada que resulte familiar al lector moderno. No hay espejos, televisores, conversaciones sobre temas filosóficos. Tampoco hay amor, grandes pasiones o emancipaciones metafóricas. Groff crea una novela histórica que define la realidad desde lo crudo y el resultado, es una narración brillante y poderosa que elabora una concepción sobre lo individual de enorme osadía.

Pero, lo que podría parecer un relato sobrio sobre datos históricos sin relevancia, tiene su propio estilo, potencia y vitalidad. Una tensión interna tan formidable que, desde las primeras escenas, es evidente que se trata de una cápsula del tiempo que no intenta crear su propia versión de lo que ocurre, sino que muestra otro lugar y el pasado desde un crisol fidedigno. Mucho más, cuando las protagonistas son tan discretas como casi invisibles en el gran mapa de la historia.

El grupo de monjas inglesas de clausura del medievo temprano cuya vida Groff relata al detalle, pudieran parecer solo una excusa para narrar el rico contexto religioso y guerras en un país que atravesaba una severa crisis monárquica. Pero la escritora logra que su mirada a las regiones oscuras de un convento de puertas cerradas sea apasionante por el mero hecho de resultar audaz. Desde el primer capítulo de la novela — que describe una visión religiosa que bien pudiera ser una violación — hasta el comienzo del largo recorrido del grupo de personajes por encontrar un sentido al absurdo de la existencia, la novela es un desafío a lo que el contexto histórico puede ser. *Matrix* es un compendio bien construido de hechos mínimos que terminan por parecer de considerable importancia.

La venta de los cerdos del convento se transforma en una batalla a ciegas contra la pobreza y el miedo. Las enfermedades en historias de horror terroríficas y con un sentido tan sobrenatural, terminan por impactar en toda su amplitud. Incluso, escenas como la revisión de libros de contabilidad terminan por convertirse en algo más elaborado y extraño. “Las monedas de oro son la frontera entre vivir y morir. Cuando lo sabes, comienzas a ver el brillo en todas partes” dice la abadesa, con un enorme sentido práctico. “La cuestión de la riqueza y la impronta de la humildad no tiene demasiado sentido cuando el plato está vacío o escupes sangre”.

Matrix es una astuta percepción sobre la vida antes que la sociedad, la cultura y la filosofía pudiera nombrar y señalar a situaciones específicas. “Antes de la codicia, estuvo el hambre. Antes de la responsabilidad moral, estuvo la complicidad. Antes de los dolores emocionales, estuvo el miedo a la muerte” dice Groff, en una mirada asombrosa y firme

al día a día de una época. “Cualquiera de las monjas recluidas podría haber estado frente a un fogón o siendo madre hasta que el parto la matara. En lugar de eso, la religión les brindó un refugio que, sin duda, no esperaba podía otorgar”.

Por supuesto, hay una buena dosis de humor retorcido en este relato seco, por momentos emocionantes y casi siempre intrigante. Marie, la protagonista y la mayoría de las veces, el hilo conductor de las ideas es expulsada de la corte de Leonor de Aquitania y enviada como Priora a una remota abadía real, sabe que su vida de opulencia, conocimientos y sabiduría terminó. Resulta casi conmovedor la forma en que Marie relata sus lujos. “Tenía una cama con sábanas limpias, agua de tomar que mostraba el fondo del vaso y largas conversaciones que no terminaban en órdenes” cuenta la dama de la corte, ahora envuelta en las ropas incómodas de una religiosa.

Pero con todo, sabe que ha tenido suerte. Su falta para merecer la expulsión no ha sido sencilla: “¿Lo imaginas? Mi error fue contestar a la Reina lo que en realidad no quería escuchar. Contradecir al poder no es sencillo, en especial cuando no tienes ninguno que te proteja” se dice a sí misma. Leonor fue terminante: no solo envió a Marie fuera de sus tierras, sino que le prohibió la comodidad, de modo que la nueva Priora viaja a caballos y con “un único caballero, que de ser atacado moriría antes con el corazón golpeado por el cansancio que por un sablazo”. Pero Groff, que sabe que la sátira sutil a la vida medieval es algo frecuente en la literatura, elabora también un delicado tránsito hacia la narración dura de una vida despiadada. “Dos noches atrás, atravesé un pueblo en el que todos habían muerto por alguna peste rápida y virulenta. Mujeres, niños, hombres. Un chico trató de escapar y alguien le asesinó, quizás por la envidia de ser un sobreviviente. Vi el cuerpo tendido, con un hacha pequeña clavada en el cuello.

Miraba el camino con añoranza, los ojos llenos de moscas” cuenta Marie a una carta a su hermana, corresponsal frecuente y que será también, uno de los grandes hilos de la novela. Hay un vigor considerable en la idea en que Groff comprende el mundo, en la naturalidad en que habla de la vida y de la muerte, de las cruentas y en ocasiones crueles condiciones de vida que deben soportar desde los ricos hasta los más pobres. “Tener miedo se convirtió para Marie en una sensación huidiza, en algo que no podía creer y tampoco en lo que podía confiar. Tienes miedo a todo, en todas las formas, en todas las ocasiones, en todas las veces que el miedo solo es otra forma de vida”.

Groff deja pistas aquí y allá que su Marie, cansada, agobiada, casi siempre fuerte y en ocasiones, solo práctica, podría ser la poeta medieval Marie de Francia. Pero en un giro argumental que resulta poderoso y audaz, jamás lo aclara. Aunque su personaje dedica una buena cantidad de tiempo a leer y a escribir — “a dejar de ser mujer cuando podría ser varias cosas a la vez” — jamás la describe componiendo, hablando sobre versos o poemas. En lugar de eso y una vez que llega a la Abadía, Marie se transforma en una mujer con un único objetivo: “Necesito sobrevivir a los hilos de moscas que flotan del agua y de la comida, de las paredes que destilan humedad, de la tierra que se corrompe por los cadáveres mal enterrados”. Y es Marie, quien dedica esfuerzo a rehabilitar una construcción que se le viene encima. Lo hace, en compañía de diez novicias y treinta monjas “tan ancianas como para que el pecho cuelgue”, a las que llama “almas en pena en medio de un bosque de desgracias”. Pero pronto, es evidente que Marie tiene un único objetivo, deseo y en especial, una sola forma de reconstruir su vida. “Quiero estar aquí y demostrar que, en cualquier lugar, la felicidad es posible”.

Pero, además, Marie decide que desea educar. De modo que abre los arcones que llevó con ella y empieza a repartir “a quien quiera tenerlos” los *lais bretones*, traducciones de grandes obras griegas e incluso, las fábulas de Esopo a todas las mujeres a su alrededor. “Quiero que lean, así crean que el diablo vendrá por ellas y les abrirá las piernas” se burla.

Las lecturas no son bien recibidas por el grupo de religiosas, aterradas por la posibilidad de visiones o posesiones, pero poco a poco, es la lectura la que construye la idea de unidad espiritual de la Abadía. También, la complicidad que nace casi de manera espontánea mientras reconstruyen el edificio poco a poco. “Leían al despertar, durante el desayuno, para después labrar la tierra, luchar contra la mampostería podrida y sembrar los jardines”. El primer tramo de la novela establece que Marie llegó por accidente y está convencida que pronto recibirá el perdón real que le permitirá volver a “casa, con mis sábanas y mis cortinas”. Pero poco a poco, encuentra que el mero hecho de tener un propósito de vida, una conexión de inusual valor con el tiempo que transcurre y la conexión con el tiempo de forma mucho más concreta de lo que una mujer suele tener, le brinda la oportunidad de “existir, de estar, de creer y de confiar”.

Para el segundo tramo de la novela, es evidente que Marie está más allá de la necesidad de volver. De hecho, en un capítulo especialmente conmovedor, se encuentra gritando a todo pulmón mientras una piara de cerdos trata de escapar de los potreros de la Abadía. “Marie corría con la libertad de los niños, con el alborozo entusiasmado y sin mácula de los que saben el cuerpo les pertenece y que los pies, son para hundirse en el barro, que las manos pueden aferrarse al cuero de los animales, a vivir tan plenamente que resulta asombroso en toda su belleza”. La escena transcurre bajo una tormenta, “la primera de noviembre, la más helada, con el viento contra la cara” y el aire de vitalidad que Groff le imprime es tan desconcertante, que tal pareciera que la novela entera podría resumirse en los párrafos que describen la emoción de un suceso común, fascinante y desbordante de sinceridad que resume el espíritu mismo de Matrix.

Para las últimas páginas de la novela, la narración avanza con vertiginosa rapidez hacia los años futuros, aunque no los cuenta. En realidad, los analiza como posibilidades, como lo que ocurrirá en un año distante, pero que se están construyendo en una especie de presente fluido en la narración. “Mientras levanto las columnas, restringo las paredes, paso el rastrillo sobre la tierra y miro el sol, sé que seré una mujer feliz, en esta isla de mujeres en la que no llega el desaliento, en dónde no hay otra cosa que felicidad, una enorme percepción de una utopía femenina que se construye página a página. “Hablarán de nosotras, buscarán nuestros lugares en el mundo, seremos un lugar pesaroso que nos llevará a grandes triunfos que nadie conocerá. Pero será esta la Matriz de tantas cosas, el nacimiento de todas las posibilidades. Aquí y después, estoy viva por una decisión que no sé cuando llegó o cuál fue el motivo por el que la tome. Pero aquí estoy, aquí sostengo la vida, aquí soy algo más que la fuerza de lo que nadie mira, de lo que puede no existir y lo solo es porque lo recordaremos, a solas en este lugar”.

Matrix es una celebración a la vida, pero también a los secretos. Entre ambas cosas, la novela es también un recorrido por las escenas de una vida como cualquier otra, en todas las épocas, en todos los momentos, en cada percepción sobre la identidad, el tiempo y las posibilidades. “Soy poderosa porque decidí serlo. Es un pensamiento simple, pero también, el que Marie asegura le mantiene con vida “aquí hay un lugar incluso para los más locos, para los descartados, para los difíciles, como yo” dice Marie. “Encontré en mis decisiones una grandeza de espíritu tan vasta que deja sin aliento”. Quizás el corazón mismo de la novela.



Parte 4 - Visibilizarlas a ellas

El poder liberador de la escritura

Doris Lessing comentó en más de una oportunidad que escribir su ya clásico libro *El cuaderno de Oro* fue una “rebelión contra la derrota”. Por entonces, la joven Lessing atravesaba una etapa de profundo desencanto con el acento ideológico del feminismo de su época, pero también, se hacía preguntas incómodas sobre la manera como el mundo comprendía el concepto de la libertad, el poder y el temor. Por supuesto, confesaría también, se trataba de una profunda crisis existencial que abarcó no sólo su vida, sino también, la forma como concebía la dirección que había escogido para encauzar su amor por la literatura.

Por supuesto, se trató de una tragedia considerable en su vida intelectual. Lessing era una mujer convencida de la necesidad de un pensamiento ideológico, pero también, de una búsqueda consistente sobre conceptos propios. En medio de ambas cosas, la novelista británica británico-zimbabuense luchaba contra el desencanto, la desesperanza y la tristeza de haber perdido todo el motor que le impulsaba a la creación, que le sostenía y le mostraba algo más profundo y elaborado de lo que necesitaba comprender sobre el mundo, la sociedad y la cultura. “Me encontré sin luchas con las cuales lidiar” diría en el 2011, dos años antes de morir, en una de sus raras entrevistas. “Las manos vacías después de un largo recorrido a ninguna parte”

Claro está, *El cuaderno de Oro* fue escrito a finales de los años cincuenta, en la que la izquierda mundial se basaba en una peculiar combinación de miedo, fe y transgresión. La ideología por entonces no era sólo una opinión política, sino también una forma de comprender el ámbito intelectual. O al menos, para Lessing lo era. En más de una oportunidad, contó la forma en que analizaba no sólo su vida a través del izquierdismo, sino su necesidad de una conclusión hacia el futuro. “Comencé a escribir por ideales” comentó en 1998 y “cuando no los tuve, solo sentí que el mundo a mis pies se abría como un espacio silencioso”.

Por supuesto se trataba de algo más complicado, más doloroso y emocional que la simple pérdida de la confianza en una propuesta política. Corrían los años '50 y el mundo comenzaba a descubrir con horror los crímenes de Stalin, las millones de muertes que había provocado en la Rusia comunista y el régimen de terror que había creado a través de décadas de violencia y alineación. El golpe sacudió todo el pensamiento filosófico de Lessing, que se encontró en mitad de un debate interno sobre la posibilidad de entender el sentido de su vocación literaria como algo más que una elaboración de ideas basadas en la reflexión política.

Pero a la vez, tuvo que enfrentar que había luchas matizadas en medio de algo más profundo. En EEUU el senador Joseph McCarthy, llevaba a cabo una caza de brujas y lo hacía con una despiadada sed de venganza pseudo intelectual que convirtió el comunismo en una forma de rebeldía contra la represión. O al menos, eso fue lo que Lessing trató de comprender en medio de una sacudida profunda sobre los parámetros que regían su mundo. Eso, a pesar de por entonces, ya considerase “una mujer libre” y también, una lo “suficientemente consciente del valor de esa libertad” como esforzarse en mantenerse fuera de cualquier posibilidad de ser analizada, agredida o “definida por algo más que mi profunda convicción que el mundo podía evolucionar hacia algo nuevo, más compasivo. Mucho menos dependiente de la crueldad”.

Lessing no tenía demasiadas opciones para sus enfrentamientos y debates políticos, en especial por la forma en que analizaba la cuestión esencial de ser mujer en una época en que la limitada cualidad de la cultura para aceptar excepciones, resultaba claustrofóbica. “Intento crear una sociedad para las mujeres que aún no existen” dijo en 1956, cuando se le preguntó acerca de su insistencia sobre escribir a pesar de las críticas, los ataques y la franca oposición de una rama intelectual en contra de sus reflexiones sobre la figura femenina.



De hecho, para Lessing la rebelión intelectual y académica era una forma de heroísmo “que rara vez se le permitía a una mujer”, por lo que batalló como pudo y en la medida de sus posibilidades en crear un entramado sólido no sólo para asegurarse que podía y debía escribir sobre ideas de considerable poder, sino además, la noción sobre la necesidad de sostener esa subversión en algo más elaborado. El cuaderno de Oro era su sexto libro y de pronto, no sólo se convirtió en un símbolo feminista, sino también en un recorrido a través de las principales ideas de Lessing sobre el miedo, el poder y la necesidad intelectual de elaborar un mundo “a la medida de una generación de mujeres que todavía no han nacido, pero que sin duda, nacerán y crecerán bajo el ámbito de la búsqueda de independencia”. Y aunque el libro jamás fue pensado para ser un manifiesto ni mucho menos, un sermón intelectual, si es la búsqueda de respuestas de una mujer poderosa o una que al menos, comprendía el poder de una manera por completo nueva.

Una búsqueda creciente de significado

Una vez un periodista preguntó a Doris Lessing el motivo por el cual escribía con tanto empeño y perseverancia. La ya por entonces anciana escritora se tomó un momento para responder. “Escribo porque no puedo evitarlo. A veces las compulsiones intelectuales son tan dolorosas como las físicas”, dijo. Y lo hizo con una sonrisa, una de sus modestas y misteriosas sonrisas torcidas. El periodista diría después que fue un momento único, asombroso y desconcertante. Pero sobre todo, la mejor descripción que Lessing pudo dar sobre su necesidad de escribir y crear. Y es que para la autora la palabra no sólo crea, sino que sana y ennoblece.

En ocasiones, parece que nadie conocía a Doris Lessing hasta su extraordinario libro *El cuaderno dorado*, aunque ya para el momento de la publicación de uno de sus libros más conocidos, la escritora ya disfrutaba de un respetable repertorio de obras (*Canta la hierba*, 1950, *Éste era el país del Viejo Jefe*, 1951, *Martha Quest*, 1952, *Cinco novelas cortas*, 1953, *Un casamiento convencional*, 1954, *La costumbre de amar*, 1957, *Al final de la tormenta*, 1958, *Catorce poemas*, 1959) que no sólo la habían hecho célebre por su talento, sino por su profundidad argumental. Como si Lessing, la escritora, sólo pudiera comprenderse a través de la popularidad de la obra que la lanzó a los corrillos literarios de la época. Hasta entonces, únicamente se sabía sobre ella que era una mujer que escribía a toda hora y que según admitía sin tapujos, confesaba estaba obsesionada con la palabra. Tal vez por eso, el primer acercamiento de muchos lectores a su obra, les sorprenda por su solidez, conmovedora visión del mundo pero sobre todo, su impecable tránsito mental.

Con esa inocencia del lector que no sabe muy bien que encontrará y de hecho, un lector entusiasta encontrará en *El cuaderno dorado* de la escritora un relato vigoroso, durísimo pero sobre todo sensible. Eso, a pesar que la historia del libro—feminista militante, controvertido—puede sorprender e incluso incomodar. No obstante, Lessing y su capacidad para la narración y la crítica conjuntiva, logra algo que muy pocas escritoras pueden: Emocionar desde la sinceridad. No hay subterfugio alguno en la prosa precisa y sólida de Lessing. Sólo una profunda conciencia sobre la palabra como recurso y herramienta. Una necesidad insistente de crear y convertir lo que se cuenta—lo que se mira—en un testimonio descarnado. Un re descubrimiento de la realidad que analiza lo cotidiano a través de las pequeñas historias que cuenta y que además, asume el poder de la palabra como reivindicador.

Doris Lessing analizó el mundo a través de sus imperfecciones y muy probablemente, allí radica la importancia de su obra. Desde sus estudios detallados sobre la decepción y la ternura hasta el fino análisis de la vida cotidiana que miró con un ojo observador y crítico, Lessing encontró una manera de construir el mundo a través de una profunda melancolía. Su escritura parece insistir en esa necesidad de asimilar la complejidad del mundo desde una sencillez coloquial, una decepción simple que su pluma prodigiosa transforma en belleza, en una elemental revisión de la sensibilidad como forma de homenaje a lo humilde. Una



escritura que realza y homenaja la vida real, sin tapujos y sin adornos. No obstante, hay una sensibilidad sutil que se desborda en sus escenas perfectamente delineadas, directas y francas. Cada circunstancia en sus novelas, parece recrear lo cotidiano y no obstante, se tratan de metáforas profundamente sensibles sobre ideas intencionadas que se entremezclan con lo que apenas se sugiere. Una mirada sincera y obsesiva a los detalles sobre la realidad, llena de una profunda compasión.

Tal vez se deba a que Doris Lessing, la mujer, tuvo una vida personal lo suficientemente rica en contrastes y experiencias como para asumir la difícil experiencia de construir una opinión crítica sobre el mundo. Nacida en Irán, inmigrante en Rodesia y finalmente, una joven en Londres, comenzó a escribir por impulso, por necesidad, por su profunda capacidad para recrear lo habitual en una colección de interpretaciones disímiles. Su primer libro *Canta la hierba*, pareció definir su voz literaria y sobre todo los elementos que serían recurrentes en su obra literaria posterior. Su sensible discurso sobre el fracaso y la injusticia convirtió el libro, que tal vez siendo el primer intento autoral de la escritora carecía de cierta habilidad, en un exquisita reflexión sobre la tristeza, el dolor y la angustia existencial. Muy probablemente influyó en el tono melancólico de sus novelas, el haberse unido en Londres a un grupo de escritores autodenominados los "Angry young men". Talentosos, cínicos y sobre todo pesimistas, el grupo se obsesionó con la amargura y el dolor social, y sobre todo, con esa lucha sutil de la cultura Europea que ensalza la pobreza como un defecto y la riqueza como atributo.

No obstante, Lessing parecía haber encontrado su razón fundamental para expresar ideas profundamente sociales desde mucho antes. O eso es lo que parece sugerir su exquisito tino para crear personajes de clase media sumidos en la una tristeza insondable y heredada, en la frustración de una sociedad ciega y en esencia, injusta. Su mirada parece insistir en esa ambigüedad del desosiego, en esa aceptación de los límites entre lo mediocre, lo sórdido e incluso, la esperanza de redención que parece surgir en todas sus narraciones casi por accidente.

El significado, el recorrido hacia la construcción de un dilema y la fe

Porque sin duda Lessing, como escritora, se analiza desde la óptica de su capacidad para documentar el mundo. Sin tapujos ni especiales remilgos, pero tampoco a través de una opinión moral. Es ese equilibrio entre la observación mordaz y la benevolente dulzura de la palabra que admite redención, lo que hace su obra inolvidable. El individuo, como analiza la escritora, es la suma de sus pequeños debates éticos, del dolor y la furia, de su aspiración de la bondad. Una mezcla que parece sugerir esa necesidad de Lessing por desear esencialmente el bien, por concebir su obra como una elaborada diatriba sobre la justicia y la angustia existencial.

Una búsqueda que la acompaña a lo largo de su dilatada y prolífica carrera literaria. Sus personajes, insisten en la reivindicación no mediante la lucha, sino la resistencia firme hacia la injusticia, un elemento audaz de reflexión social que aún así se sostiene por la delicadeza como la escritora lo propone. Para la escritora, la sociedad, la cultura, la desigualdad, la herida de la sociedad que presiona y aplasta, son formas elementales contra las que se lucha con la insistencia. En sus palabras, la libertad se adquiere comprendiendo la realidad desde lo sencillo, desde lo esencial .

"Usando nuestras libertades individuales (y no quiero decir simplemente formando parte de manifestaciones, partidos políticos, y demás, que son solo parte del proceso democrático), examinando ideas, vengán de donde vengán, para ver de qué manera estas pueden contribuir útilmente a nuestras vidas y a las sociedades en las que vivimos" Llegó a decir, cuando se le insistió si el carácter levemente derrotista de sus historias no apuntaba hacia una visión pesimista de la vida. Pero con Lessing nada es sencillo, mucho menos aparente.



Como escritora y analítica observadora, la escritora parece muy consciente del poder de quien construye desde lo mínimo, un debate invisible que sostiene esa necesidad suya de mirar la realidad con una franqueza casi decepcionada.

Doris Lessing fue una mujer incansable que escribió hasta muy avanzada edad. También conservó esa visión sencilla de la vida incluso en los momentos más gloriosos que vivió. Aún así, *El cuaderno dorado* siguió definiendo el estilo Universal de la Lessing escritora, crítica y poderosa. Más de una vez, la misma escritora admitió que el libro marcó un antes y un después en su obra literaria, pero que por sobre todo “construyó una nueva forma de mirarse así misma y a las mujeres que intentó representar”. Porque Lessing, insistió siempre que pudo que la escritura debía reflejar el ánimo social y que por tanto *El Cuaderno dorado*, con su complejo punto de vista y su asombrosa manera de tocar temas álgidos que al momento de su publicación causaron polémica y molestia, no sólo lo hizo, sino que además, construyó una forma de asumir la idea de la mujer militante. Lessing, que jamás ocultó su feminismo y que más de una vez fue reprochada eso, elaboró una visión sobre la mujer que opina—la pensante e intelectualmente poderosa—por completo nueva.

Muy probablemente por ese motivo, al ganar el premio Nobel, admitió que estaba “encantada pero no sorprendida” y que realmente “escribía por otras cosas más allá del reconocimiento”. Recibió a los periodistas sentada en pantuflas frente a su pequeña casa en Londres y con una extraordinaria vitalidad a pesar de sus ochenta y siete años cumplidos, regañó a los periodistas que le esperaban con esa franqueza suya que sorprendió a lo largo de su vida a propios y extraños. “¿Cómo voy a estar celebrando con champán? No me ha dado ni tiempo a comprarlo. Ustedes, en lugar de venir aquí y hacer tantas preguntas, deberían haber traído una botella. A cierto punto, tendré que ponerme a brindar”, contestó cuando uno de los fotógrafos se extrañó que no estuviera celebrando el trascendental galardón. Luego soltó una carcajada, feliz pero no satisfecha, porque para Lessing, el mundo nunca tuvo una sola visión ni explicación, mucho menos un único matiz.

La ambivalencia del creador incansable. Quizás, por ese motivo, aceptó el premio con su dignidad de luchadora por convicción. Un homenaje a una vida dedicada al conocimiento, la búsqueda de la belleza y a la literatura o sólo, a una simple aspiración por la esperanza, esa que encontró en la simplicidad.

El anonimato histórico y la mujer que batalla por su nombre

En un capítulo del libro *Camille Claudel, El irónico sacrificio* (2001) de Danielle Arnoux, se cuenta que la escultora pasó casi tres meses del año 1913 encerrada en su casa taller de París. Le consumía lo que por entonces se llamaba “crisis nerviosas femeninas” y también, la pobreza. Apenas tenía el dinero suficiente para comer y de hecho, cuando se le encontró, estaba tan delgada “como para ser considerada su condición exánime un peligro para su vida”.

Su padre estaba a punto de morir (y de hecho moriría en ese mismo año), su amante Auguste Rodin le ignoraba y varias de las piezas en las que había trabajado con más ahínco habían desaparecido o formaban parte del estudio del artista, sin que Camille demostrara su autoría.

Camille Claudel había sido una de las jóvenes promesas de finales del siglo XIX, una época en la que la mera posibilidad de una mujer dedicada a la escultura era un fenómeno impensable. Pero Claudel no sólo lo intentó — y logró cierta medida de triunfo — sino que además, llegó a destacar por su habilidad, talento y sensibilidad en un ámbito esencialmente masculino y reaccionario. Pero luego de un fugaz éxito, convertida a continuación en la jovencísima amante del célebre Auguste Rodin y por último, en una paria para su familia y la sociedad parisina, había terminado por ser execrada de cualquier círculo artístico y después, humillada de manera pública. Por último, las puertas de museos y conservatorios se habían cerrado para ella. Rodin la había rechazado por última vez y su familia, la había acusado de ser una vergüenza.

Asediada por el agotamiento, la humillante condición de la pobreza y sin nadie a quien recurrir, Camille sucumbió al agotamiento físico y mental a finales de enero de 1913. Sufrió una crisis nerviosa en plena calle, huyó de todos los que quisieron ayudarle y al final, se encontró a solas, en el taller en el que había soñado crear y convertirse en un artista de renombre. A finales de febrero, cerró las puertas, tapió las ventanas. Un vecino avisó a la policía que “la mujer Claudel ”estaba sin duda fuera por completo de sus cabales”. Pero nadie fue en su búsqueda. Sola y confinada a un terror cada vez más cercano a la locura, Camille Claudel comenzó su largo descenso a los infiernos.

En medio de uno de los inviernos más crudos de la década, la artista había pasado días enteros tendida sobre el suelo, aterrorizada por el miedo a la muerte, a la oscuridad poblada de alucinaciones y a la simple debilidad física contra la que no podía luchar. Los médicos que le atenderían después, insistirían en que sus problemas “y sufrimientos invisibles” le habían destrozado de tal forma que arrasaron “toda posibilidad” de cordura. Pero Camille, estaba decidida a resistir sin ayuda de nadie, abandonada por su familia (que la repudiaba por su romance ilícito con Rodin) y de la sociedad de la época, que la consideraba poco menos que inmoral, por haber decidido ser la improbable combinación de mujer independiente y artista, cuando ambas cosas se consideraban “una infamia contra la moral”.

En una soledad angustiosa y voraz, Camille comenzó el que sería el último año de libertad de su vida, tendida sobre el suelo roto, rodeada de trozos de mármol en que podía adivinarse algunos intentos de crear belleza, incluso del caos. De esos meses borrosos, se conservan algunas de sus notas. “Sueño con crear una escultura capaz de narrar la oscuridad” escribió en una colección de papeles que luego su hermano conservaría para demostrar lo gravedad de su locura. “Me veo a mi misma, con el escoplo y el martillo, abriéndome paso hacia las sombras y dando a luz a la belleza”. Nunca llegó a hacerlo.

Tendida en el suelo del pequeño ático, luego de sobrevivir a duras penas un violento in-



vierno, hambre y el escarnio público, Camille escribió una carta sin destinatario que se encontró junto a ella días después. “He luchado, he amado, he perdido. No dudaría en hacerlo de nuevo”. La hoja no tenía fecha y Camille la apretaba entre sus manos, cuando el 10 de marzo fue llevada a la fuerza al Hospital psiquiátrico de Ville-Évrard. Cinco meses después, su hermano, el escritor Paul Claudel la hace trasladar a Montdevergues, un sanatorio psiquiátrico del cual no volvería a salir.

Entre la cortísima lista de pertenencias que señala el oficio de admisión, se señaló una carta “sin fecha ni destinatario”, que la “enferma no deseaba soltar y por el bien de su cordura” no se le arrebató. Camille sería recluida sin derecho a visitas o la posibilidad de abandonar el manicomio por casi cuatro décadas más. Su madre y su hermano, asegurarían que era la única “posibilidad para conservar su vida”. En 1918, Camille escribiría a Paul “ya estoy muerta, aunque tú no lo sepas”.

Una vida a las sombras

Para el año 1914, era evidente que Camille Claudel estaba encerrada en un manicomio por razones más grotescas y menos claras que las de su salud mental. Su madre, que se había opuesto desde sus primeros años de juventud a sus intentos de dedicarse al arte, le escribió una carta en la que le aseguró sabía que “su renuencia a aceptar su condición femenina sólo le había conducido al desastre”. Habían transcurrido casi un año desde su reclusión y Camille había dado muestras de mejoría, pero ningún miembro de su familia le había visitado aún ni tampoco, respondido sus cartas “No me dejes aquí sola” escribió a Paul.

“Necesito salir de aquí, encontrar un motivo para seguir viva más allá de todos los horrores que he encontrado en estas habitaciones cerradas, los gritos de las enfermas, los horrores detrás de la puerta”. No recibió respuesta y de hecho, sus súplicas se hicieron más urgentes, desesperadas, enfurecidas. “Reclamo a gritos la libertad” escribió en 1915. “¿Por qué el odio me somete a esta reclusión inmerecida?” suplicó en 1916. Ni su hermano ni su madre contestaron ninguna de sus cartas.

En 1917 sufrió una crisis “histérica” que provocó que los médicos de la institución le suministraran medicinas que en al menos dos ocasiones, estuvieron a punto de causarle una muerte dolorosa por intoxicación. Para 1920, la que había sido uno de los talentos más prometedores del final del siglo XIX, estaba reducida al silencio, mental y físicamente destruida, su nombre perdido para siempre.

Camille Claudel, *La Valse ou Les Valseurs*, 1889-avant 1895 • Grès, 41,5 x 37 x 20,5 cm. • Achat à Reine-Marie Paris de La Chapelle, 2008 • © musée Camille Claudel, photo Marco Illuminati.

Las escasas obras que había logrado crear en sus escasos diez años de trabajo, se encontraban escondidas, perdidas o confundidas en medio del colosal trabajo de Auguste Rodin. “Solo necesito mirar el cielo a campo abierto, es sólo lo que te pido ahora” insistió a su hermano a finales de 1921. Pero tampoco recibió respuesta. Uno de los médicos de la institución incluso se atrevió a enviar una carta a la familia, sugiriendo que contestar sería una “manera de propiciar mayor estabilidad espiritual a la enferma”.

Fue la única oportunidad en que su madre Louise Athanaïse Cécile Cerveaux, contestó una de las insistentes cartas que llegaban con desesperada frecuencia desde Montdevergues a Fère-en-Tardenois (Aisne) la comuna francesa en que vivía la mayor parte de la familia Claudel. “No saldrá de dónde se encuentra, ni habrá palabras para ella. La infamia de su reputación es una herida que debemos soportar, incluso la memoria de su pobre padre, que llevó a la tumba el corazón herido por su inmoralidad. No hay otro castigo que el que sufre por todo lo que hemos sufrido desde que abandonó el hogar”.



De hecho, fue Louise Athanaïse la que luchó hasta el último momento de su vida porque Camille Claudel jamás abandonara el manicomio. Lo hizo con un encono y una decisión férrea y fría, que sorprendió a sus contemporáneos e incluso, llegó a provocar críticas públicas. Hubo algunas notas en periódicos parisinos, que llegaron a comentar entre líneas la crueldad del último destino de la que se llamó “una de las alumnas predilectas” de Auguste Rodin, aunque la mayoría de los que formaban los círculos artísticos de la ciudad, sabían cuál era el verdadero vínculo que unía a Camille con el renombrado escultor.

Pero nadie intervino. De hecho, el destino de Camille se convirtió en una especie de historia siniestra sobre los vicios del arte. Se hablaba de su encierro de 1913, en el que se le había escuchado gritar por las ventanas, arrojar trozos de mármol a través de las escaleras del estudio, llorar por horas, tendidas entre las piezas de su trabajo que ella misma se encargó de destruir. Un cronista contemporáneo llegó a decir que “Camille Claudel estaba atrapada en un claustro misterioso mucho antes que las puertas del sanatorio se cerrarán a su espalda”.

Incluso Rodin, que insistió siempre que pudo que solo “era su alumna y ocasionalmente, su musa”, no hizo nada por evitar el sufrimiento de Camille. Para cuando cuando murió en 1917, Rodin había dejado claro que su sonado romance con la jovencísima aspirante a escultora, había sido un error “de la pasión y el asombro por el talento” y jamás llegó a decir otra cosa sobre ella, que no fuera “guardaba una real admiración por la promesa de su sensibilidad y capacidad para crear, incluso en situaciones adversas”. Incluso para Rodin, Camille se convirtió en una extraña, en una mujer olvidada por la historia y sometida al escarnio del asesinato.

En realidad, el destino de Camille parecía encontrarse definitivamente unido al hecho de haber sido la hija predilecta de Louis-Prosper Claudel, que fue uno de los pocos que insistió en que su hija tenía futuro en el mundo de las artes. Paul Claudel, después contaría en las escasas ocasiones en que se refirió a su hermana, que los enfrentamientos entre sus padres debido a la necesidad de Camille de demostrar su capacidad artística eran “constantes y la mayoría de las veces violentos”. Su madre estaba convencida que una carrera artística solo sería “un oprobio con el que la familia debería cargar antes o después” mientras que su padre, estaba sin duda deslumbrado por la pasión y la voluntad de su hija, que ya para los once años había demostrado su capacidad para el arte de una manera sorprendente.

La corta primavera en el asombro

A los catorce, logró esculpir un diminuto grupo escultórico que sorprendió al círculo artístico de su ciudad natal y a los quince, encontró la manera de participar en varios concursos en París, en dos de los cuales fue rechazada por ser mujer y en uno, logró una mención de honor que fue el primero de varios reconocimientos. La jovencísima Camille no tenía dudas que su destino estaba en las artes y de hecho, de la época de su adolescencia, data su frase “seré mármol o no seré”.

Para entonces, los enfrentamientos domésticos sobre la posibilidad que Camille cursara estudios artísticos en París eran cada vez más frecuentes y agresivos, en especial por la postura intransigente de Louise Athanaïse, que se negó en todas las oportunidades que pudo a la mera idea que su hija pudiera llegar a un salón de clases y recibir educación como cualquier artista de su época. Mientras Paul recibía un completo apoyo familiar para llegar a convertirse en un reconocido poeta, Camille tuvo que lidiar no sólo con la opinión de su madre sobre “su atrevimiento” de creer que “podía tan solo mostrar su talento” y encontrar una manera de vencer su resistencia.

También debió luchar contra la certeza de todos los círculos de arte con los que se relacionó, para demostrar que su intento por ejercer una rama artística relacionada con cierto

tipo de combinación entre la fortaleza física y mental, además del talento, era posible. Para entonces, casi de dieciséis años, se esforzaba por dejar en claro que su predilección por el mundo artístico era más que una inclinación “desordenada de su naturaleza incontrolable”, algo en lo que su madre no dejó de insistir cada día de su vida.

Pero para Louis-Prosper, el talento de su hija era evidente. Tanto, como para solicitar el consejo del escultor Alfred Boucher, sobre cómo lograr que Camille lograra el reconocimiento debido. Boucher, que fue uno de los que admiró la primera gran obra de la futura escultora (una pieza diminuta que mostraba un abrazo apasionado entre un hombre y una mujer), insistió en que Camille podía tener un “buen futuro como ayudante o incluso, lograr verdaderos logros en el lugar correcto.

Para su padre fue suficiente: un año después, la familia se trasladó a París y Camille ingresó en la Academia Colarossi, de las escasas que aceptaban alumnas del sexo femenino. “Estoy en el lugar que debí estar desde mi nacimiento” escribió una entusiasta Camille a Jessie Lipscomb, quien se convertiría en una de sus amigas más cercanas y en especial, una especie de puerta abierta hacia los círculos artísticos más exclusivos de París. “Estoy en busca de la mujer que quiero ser. Al final, esculpo mi vida como el mármol más blanco que podría encontrar”.

La historia de una mujer caballo: El arte de ser mujer en tiempos de tempestades

Leonora Carrington murió de pulmonía un 25 de mayo del 2011 en México. Lo hizo rodeada de sus objetos favoritos y del clima que tanto le gustaba, pero además, sonreía. O eso al menos cuenta la pequeña leyenda sobre su figura, que se comenzó propalar apenas horas después de su muerte. Aunque por supuesto, ya Leonora había intrigado lo suficiente la imaginación popular de ese México devoto y supersticioso tanto como para que su mitología extravagante le precede.

Se hablaba de su carácter singular, tan explosivo como festivo. De su hábito de escribir y pintar de madrugada, casi en la oscuridad. De su extraña visión sobre el mundo — a mitad de camino entre lo inquietante y algo más retorcido — que plasmaba con pincel firme en lienzos crípticos. Que a México, le acompañaron los Sidhes con los cuales soñaba, una aventura mágica que comenzó en su natal Inglaterra. Y que esas presencias invisibles que poblaban su imaginación — magníficas, risueñas, inquietantes — en ocasiones abandonaban sus cuadros para remontar la cuesta del clima acre y cálido de su México adoptivo. Un mito dentro del mito. Como si Leonora se hubiese convertido — sin la intención directa — en uno de sus personajes.

Leonora, icono del surrealismo se hizo una mirada desconocida sobre el arte femenino pero más allá de eso, en un símbolo del poder de la independencia intelectual. Leonora jamás fue otra cosa que ella misma, obsesionada con lo singular, maravillada con los ámbitos invisibles, a quien jamás le importaron las apariencias y que según cuenta Elena Poniatowska en su libro Leonora sólo vivía para pintar.

Que no tuvo temor en denunciar a Hitler, Franco y Mussolini cuando estaba mal visto hacerlo, que se atrevió al exilio solitario cuando aún nadie lo creía necesario. Leonora era mucha Leonora, una mujer indefinible, a mitad de camino entre la fortaleza y algo más misterioso. Un artista metáfora que no sabía que lo era, que quizás habría reído incrédula por una definición tan pomposa pero que deseándolo o no, construyó toda una nueva manera de interpretar la realidad desde los cimientos. No hubo nada que Leonora no intentara y fuera un triunfo, como si esa noción sobre sí misma — la hoja de ruta por el mapa de



su mente — le condujera al origen mismo de su necesidad de construir un lenguaje íntimo extraordinario.

Dice Poniatowska en uno de los múltiples artículos que ha dedicado a la vida de la pintora, que Leonora Carrington escribió su propia fábula a golpes de efecto. Después de todo, la Leonora indómita — que parecía existir en un estrato levemente inferior y desconocido de la artista y escritora — parecía bastante decidida a avanzar con bastante ruido en medio de lo absurdo del cotidiano. Nunca sacrificó su identidad por algo más que su propia devoción — y obsesión — por crear, que por otro lado, jamás se lo exigió. Esa exaltación de la belleza de lo extraño, lo antinatural y lo lírico.

Para Leonora, la belleza era algo intrincado, insólito. Y la plasmó siempre que pudo: en sus cuadros, que por años asombraron por su puntilloso detalle y sobre todo su conmovedora emoción en medio de lo incomprensible — sus preciosas criaturas asimétricas miran con ojos grandes y asombrados desde todos sus lienzos — pero también en sus libros. Por momentos absurdos pero siempre sorprendentes, sus cuentos y novelas parecen subvertir el orden de la realidad para crear algo más complejo y doliente. No hay nada sencillo en la prosa de una artista que delinea el mundo tanto en palabras como en pincel. Y parte de esa noción de la realidad intangible, de esa otra dimensión de las cosas que Leonora Carrington describe tan bien, es lo que hace poderoso su trabajo. Inolvidable, la mayoría de las ocasiones.

A Leonora se le solía criticar por incomprensible, como si sus obras estuvieran atrapadas en toda su vitalidad en el círculo vicioso del prejuicio. Pero la pintura no se detuvo en su empeño de contar el mundo a su manera, con una libertad de espíritu que dotó a sus obras de una personalidad sorprendente. Leonora pintó por deseo y escribió por impulso y creó un híbrido entre ambas cosas que construyó un lenguaje nuevo. Defendió su talento con la misma fiereza con la vivió y se opuso a ser considerada sólo mujer, cuando ella misma se contempló como una de las criaturas fabulosas que pintaba. Nunca se conformó, jamás cedió en el empeño y esa terquedad luminosa le permitió no sólo construir un lenguaje a la medida de sus aspiraciones e inquietudes — y tan único que pareció creado para ella — sino que además elaboró una visión sobre el mundo desde la periferia. Se obsesionó hasta el delirio con su necesidad de pintar — y sobre todo, elaborar un discurso creativo acorde con sus dolores y pesares — y logró contemplar el abismo de la locura, del aislamiento y la alineación desde una perspectiva nueva.

Tal vez por ese motivo, se opuso a cualquier definición. Tanto que incluso rechazó el apelativo de “pintora surrealista” que varias veces confesó era “incapaz” de analizar los espacios y silencios de su mente. Su mundo era mucho más complejo que una palabra y se esforzó por demostrarlo: había referencias celtas en sus paisajes diminutos abigarrados de rostros y sombras inquietantes, pero también de una mirada infantil que colisionaba directamente con la mitología íntima. Sus criaturas visibles e invisibles, habitantes de los de los Sidhes, traviesos y temibles, eran parte de su trabajo. Pero no sólo en lo conceptual. Hay algo místico, extravagante y místico en toda la obra de Leonora. Un ritual a ciegas. Una noción de lo bello y lo difuso que se construye a mitad de camino entre lo que sorprende y conmueve.

“Ser mujer sigue siendo muy difícil todavía. Y debo decir, con un mexicanismo, que solo se supera con mucho trabajo cabrón” declaró en una ocasión, riendo ante el desconcierto del periodista que le escuchaba. A continuación, le contó que como buena rebelde, la expulsaron varias veces de todos los colegios de dónde estudió y que a los dieciséis, decidió que sería un “pequeño monstruo” en lugar de una muchacha de su época. La historia de Leonora siempre estuvo cargada de golpes de efectos, de esa denodada batalla contra lo tradicional y sus clamorosas derrotas. Su aristocrática familia intentó que contrajera matrimonio con un miembro de la realeza británica y su respuesta fue un cuento donde

una niña de la alta sociedad, se traviste en Hiena. La debutante, la poderosa, la extraña Leonora, que vivió buena parte de su vida, en una acelerada huida de todo lo que pudiera contener su fuerza y su talento.

“Nunca he tenido una respuesta para cuando alguien pregunta: ¿Qué es una gran novela surrealista? Siempre he encontrado este subgénero de la literatura casi centenario más bien dócil, menos una trascendencia del mundo conocido que un juego psicoanalítico a medias y un romance velado. La vida real está siempre al acecho a la vuelta de la esquina, así parece, dominando sus formas narrativas sobre lo que podría vislumbrarse del Más Allá” dijo diez años antes de morir, como una predicción inquietante sobre el que sería su legado a futuro.

¿Quién está detrás del rostro blanco?

Leonora tuvo una vida agitada, llena de escenas extravagantes que alimentaron su mito sobre la rebeldía pero también, de esa lucidez esquiva y definitiva que la caracterizó mejor que cualquier otra cosa. Ya de anciana, vivía semi recluida, en un ostracismo delirante en el que sólo la acompañaron sus pinturas. Desde su dorado retiro en una casa de línea vanguardista Colonia Roma de la Ciudad de México, Leonora siguió pintando y escribiendo, aunque no se lo mostrara a nadie ni necesitara hacerlo.

Pero pintaba por agonía, por deseo, por necesidad, por dolor. Por seguir buscando respuestas a lo invisible y lo remoto, para conversar con sus viejas criaturas y seguir galopando en los páramos extraordinarios de su mente. Pintó y pintó, hasta los noventa y cuatro años, cuando finalmente decidió ocultar su último cuadro en un armario de su estudio. Ya por entonces chocheaba — ella misma lo decía, no había nadie más que se atreviera a hacerlo — y se había dedicado por consejo de su galerista Isaac Masri a la escultura. Y de nuevo, las criaturas inquietantes y extraordinarias surgieron del arte: figuras antropomórficas de proporciones colosales, que parecían la síntesis entre lo que había pintado y escrito. Una mirada profunda al arte renacido, incluso en las postrimerías de una vida muy intensa, para recordar el origen.

Dicen que Leonora Carrington murió sonriendo. Que sostenía uno de sus cuadros entre los brazos. Que miró hacia las esquinas y paredes de la habitación donde se encontraba, tratando de encontrar a sus criaturas fascinantes, inolvidables. Que murió oponiéndose al tiempo que jamás entendió, pero que sobre todo, murió a una idea clara sobre si misma. Que cuando cerró los ojos, una ráfaga de viento fresco entró por la ventana entreabierta que iluminaba la escena. Un aire fresco lleno de memorias. Una reflexión insólita sobre un mundo elemental. Un mártir de sus principios. Una “novia del viento” como su amado Max Ernst la llamó.

El peligro de las mujeres locas: Alejandra Pizarnik

En la Edad Media, se creía que la locura era la consecuencia del crecimiento de protuberancias o tumores que sobresalían de la frente: dos cuernos retorcidos, quizás, que expresaban el infierno interior del desvarío. Fue un tema recurrente en la literatura de la época, así como para inspiración de artistas que intentaron comprender la locura a través de esa inquietante imagen. No resulta casual, por tanto, que pintores como El Bosco, Van Hemen y Bruegel se inspiren en la extraña metáfora para mirar la locura desde los pinceles, intentando comprender esa oscuridad meridiana de la mente del hombre a través de ella.

Quizás por ese motivo, Alejandra Pizarnik también soñó con la piedra de la locura para construir una imagen de su dolor. Niña eterna de infancia asesinada, como se llamó a sí misma muchas veces, Pizarnik comprendió la poesía como un arma para abrirse paso a través de los velos interminables de su propia angustia existencial. Toda su obra canta sobre la desgarradura, la pérdida del paraíso de la inocencia y más allá, esa visión de la locura como solaz, como pérdida de todo sentido más allá del de mirar un reflejo deformado de sí misma. Y es que el dolor de la poeta, se manifiesta en esa furia radiante, en esa insoslayable necesidad de construir su propia voz a través de una herida espiritual siempre abierta. Para Pizarnik la palabra no es solaz ni es consuelo: es sangre derramada sobre las letras.

Para Pizarnik (Buenos Aires, 1936–1972) la vida y la muerte parecían confundirse con una enorme frecuencia. Un juego de espejos del que nunca estuvo muy segura y que siempre le obsesionó. La poeta, a medio camino entre la elegía simple y una búsqueda esencial de la raíz de lo que nos impulsa a crear, pareció debatirse durante buena parte de su vida entre dos miradas de sí misma, dos dimensiones que le convirtieron no sólo en una mujer atormentada, sino en una poderosa voz poética.

Escindida, vulnerable, hecha trozos, Alejandra Pizarnik parece simbolizar la quinta esencial del escritor maldito, con toda su carga de dolor irremediable. Pero a la vez, es una poderosa y renovada concepción no sólo sobre el verso sino también, sobre la búsqueda de la metáfora literaria consistente. Porque Alejandra Pizarnik, que escribió en uno de sus poemas: «Apenas aparezco todo se vuelve una imagen lejana que está en un lugar al que accedo si me destruyo y me desmorono». Estaba muy consciente de enfrentarse a su dolor como inspiración pero también como obstáculo definitivo al momento de crear. Una tentación en la que no se permitió caer a pesar de bordear a través de esa noción del sufrimiento como último objetivo de lo que se crea.

Pero la poeta no sólo se negó a simplificar su obra desde esa percepción del padecimiento físico y mental que la supera, sino que además, supo encontrar la manera de construir un lenguaje válido donde la belleza parece mezclarse con la angustia y la desazón hasta crear algo por completo nuevo y meritorio. Una estructura narrativa donde el verso es sólo la excusa para asumir la plenitud de una rebeldía espiritual implacable.

Transcurridos cincuenta y un años desde su suicidio (el 25 de septiembre de 1972), la leyenda de Pizarnik parece cimentarse justamente en ese rechazo de la artista a definirse únicamente a través de ideas evidentes y poco consistentes sobre el sufrimiento como única aspiración del arte íntimo. Pizarnik, con una aguda conciencia sobre lo que deseaba crear, jamás se conformó con la evidencia de que su poesía —agónica y descrita más de una vez, como una cicatriz de ideas lóbregas sin mayor reflexión— fuera solamente un reflejo donde mirarse.

También fue una reflexión insistente y bien encauzada sobre la posibilidad de las palabras



para asumirse como una fuente inagotable de reflexión sobre la naturaleza humana. Porque en la obra de Pizarnik —intrincada, dura y desigual— hay una búsqueda de estilo que condujo a su autora no sólo hacia una mirada nueva sobre lo que podía crear, sino hacia el centro mismo de esa individualidad feroz que la definió como escritora. Abisal, al borde del terror y la pesadumbre, Pizarnik supo no solo destruir los esquemas sobre la poesía que hasta entonces habían imperado sino construir otros nuevos. Una línea de memoria, recuerdos, anhelos y deseos que se reconstruyeron cada vez para sostener esa agónica necesidad suya de ser y estar a través de las palabras.

No hay un sólo tema sobre sí misma y la lúgubre visión que tenía sobre la naturaleza del espíritu del hombre que Pizarnik no analice en esa noción suya de la palabra primaria y redentora. Las re combinaciones son infinitas pero siempre sustentadas sobre esa idea esencial de lo que puede motivar la creación: la infancia, el origen, la familia, el sexo. Y la muerte, claro. La perenne obsesión de Pizarnik parece coexistir con su furiosa necesidad de vivir, de esa plenitud jugosa y sensual que se percibe incluso en sus poemas más dolorosos y abrumadores. Porque para Pizarnik, el poema es sólo la estructura final de un trayecto empedernido de búsqueda de significado. Como si en medio de la palabra, las peligrosas, las graves, las de naturaleza dolorosa, la poeta encontrara no sólo una forma de discernir el final de la caída al desastre, sino una mirada consistente sobre el origen del sufrimiento que le producía.

Con Pizarnik no hay nada sencillo, mucho menos frugal. El poder de evocación de su poesía, reside justamente en esa necesidad suya de contradecirse, de no lograr distinguirlas de su propia existencia. En Pizarnik, conviven el desastre y la sublime expresión estética en un delicadísimo equilibrio, siempre a punto de romperse. Hay poemas inundados de luz, pero tan radiantes que llegan a lastimar. Y sus sombras son aterradoras por el simple hecho de crear mundos, de describir un misterio que acecha al filo mismo de la palabra que crea. Se suele decir que el Mito Pizarnik se cimienta y se sostiene desde su muerte. Pero es una visión limitada sobre una necesidad desbordante y metafórica por levantar planteamientos literarios tan poderosos como perdurables. Pizarnik no fue sólo una poeta obsesionada con la locura y la muerte —la suya, la de todos, la fragilidad del mundo— sino también una profunda escritora que elaboró todo un debate sobre lo que la poesía latinoamericana podía ser. Lo hizo desde la periferia, con un enorme esfuerzo de imaginación, con un debate sensorial del que no siempre salió bien parada.

Pero Pizarnik, creadora y consistente, logró que palabra a palabra —palabra canto y palabra silencio, como dijo Ruth Toledano en la antología de los poemas de la poeta publicado recientemente— que la poesía tuviera una multiplicidad de valores sensoriales y formales que crearon una original construcción sobre lo que el verso puede ser. Pizarnik estaba furiosamente viva, a pesar de su necesidad de lo fúnebre. Tan viva y determinada a crear y construir que continuó creando a partir de ese devenir del ser y no ser del que ya había ponderado Rimbaud, cincuenta años atrás. En eso podría identificarse ambos poetas, uno desesperado en la búsqueda del yo divino —la unión del poeta con el Cosmos— y el yo evidente, en el que Pizarnik asumió el peso y la fuerza de esa gran creación perenne del verso como espacio íntimo. La poeta deseaba con la misma furia que temía y de eso, queda constancia en sus poemas.

Pizarnik era irreverente, y también vitalista, una visión que suele desmentir esa idea general de la poeta triste y cabizbaja. Para la escritora, todo elemento del mundo se encontraba en constante debate sobre lo que debe ser construido y como lo percibe. En sus diarios, publicados en Latinoamérica hace menos de diez años, hay atisbos brillantes de una sensualidad que desearma: «Mi sexo gime. Lo mando al diablo. Insiste. ¡Qué molesto es! ¡Cómo lo odio! Sexo. Todo cae ante él. Fumo para ver si se calma».

Para Pizarnik, la sensual, la búsqueda del placer es una idea temeraria a la que se enfrenta



cada vez que puede: «He descubierto mi tendencia a conversar de temas obscenos, tratándolos con humor». Porque también Pizarnik es una mujer de su edad y de su tiempo, lo que hace aún más intrigante esa dimensión universal que suele otorgársele. No obstante, Pizarnik se mira a sí misma como la misma profundidad cómo analiza la poesía. Y lo hace con una expresividad que sorprende: «Sufrimiento cuando estoy a solas con mi padre... De todos modos, jamás lo sentí como padre. Y dudo que él mismo lo haya sentido nunca. Es tan infantil. Tan joven. Debe estar asustado del monstruo que engendró. Él, tan apuesto, tan simple».

Más allá de eso, Alejandra Pizarnik fue una mujer en busca de la redención. Probablemente por esa razón *La extracción de la piedra de la locura* es su obra emblemática: simbólica, existencialista, inquietante es la esencia de su inquietante y extraordinaria visión de la poesía. Y es que la locura no se muestra con facilidad, no se prodiga en símbolos y Pizarnik supo entenderlo muy bien. La palabra como visión del yo que se oculta, que palpita y se perpetúa, y también se destroza, se abre en dos vertientes sin nombre que nunca llegan a confluir. Una idea casi destructora, pero a la vez, perfectamente comprensible para una autora que durante casi toda su vida, bordeó los límites de la angustia espiritual y se nutrió de ella para crear.

La poeta fue drástica consigo misma. Tal vez por ese motivo se le considera ensimismada, intimista, atrapada en su propia obra. Como si su mente se rebelara al ataque, al dolor, a la reconstrucción de lo temporal. Para Pizarnik, ella misma —su mundo, su visión de las cosas— es lo único que existe. Y a partir de esa noción, se crea el universo de elementos que la rodean.

Todo en su escritura y sus ideas atraviesa la autorreferencia, la exigencia del silencio, la crudeza de la voz que ironiza lo que el rodea y que se sustrae —cada vez que puede y siempre que puede— de su misma noción de lo que hay más allá de sí misma, de lo que pudiera ser inexacto, pero en realidad es una reflexión elocuente sobre su identidad. Escribe pero también dibuja, hojas enteras de reflexiones visuales que parecen encadenadas hacia una idea muy significativa sobre una búsqueda de razón.

Y es que Alejandra Pizarnik comprendía muy bien la locura. La asume como inevitable. Lo deja claro a la menor oportunidad: Dibuja revólveres alegóricos, describe recetarios de combinaciones de venenos, tranquilizantes y barbitúricos. Se reconstruye, se mira. Porque Pizarnik, que supo recrear a la condesa Bathory como una mujer más allá de un mito y encontrar el motivo para hacerla humana, sabía bien que la palabra es capaz de asumir lo verídico, de transformarlo en acto creador y quizás, de elevarlo al nivel de mito.

La palabra como la puerta que transita la locura, o mejor aún, la identidad del creador como una manera de mirar el simple sufrimiento primordial.

Las mujeres sin nombre o por qué Georgia O'Keeffe representa a la mujer que eres

En 1978 durante una visita a Nueva York, Georgia O'Keeffe diría de sí misma que era una mujer sin nombre, una extraña denominación para una artista de una marcada personalidad y obsesionada — como todos los artistas — por dejar constancia de su capacidad para la trascendencia. Aún así, parecía obsesionada con esa necesidad de encontrar lo que llamaba “un lugar bajo las sombras”, ese extrarradio mental y espiritual que en apariencia, era una forma de aislamiento pero que en realidad, brindó a su obra una consistencia dolorosa y magnánima.

No hay nada sencillo ni tampoco evidente en la mirada artística de O'Keeffe. Es su obsesión por la belleza dolorosa, por el poder de la evocación de lo sexual como una forma de expresión formal. Del deseo como un reflejo de la simple naturaleza humana.

A O'Keeffe se le considera “La madre” de la modernidad norteamericana, con toda la simbología y el peso histórico que el término alude. Durante toda su vida, la pintora encarnó un tipo de búsqueda artística que reflejó los cambios y transformaciones de la opinión artística de su país y además, transformó los pesados límites de la forma y fondo del lenguaje visual en algo más profundo.

Con sus colores radiantes, las flores de deliciosa connotación erótica y sus paisajes ultraterrenos, O'Keeffe logró reflexionar sobre la identidad, lo femenino y lo sexual a través de un discurso que se sostiene sobre el misterio. Cada elemento en su obra, apela a una percepción sobre lo que nos atrae y nos repele, nos angustia y nos cautiva por medio de alegorías sensoriales de extraordinaria sensibilidad.

Esa búsqueda de subterfugios mentales y espirituales, ha sido una constante en la vida de la artista. En la primavera de 1929, Georgia O'Keeffe comenzó lo que sería el primero de sus viajes iniciáticos: renunció a la vida doméstica y al éxito que había conocido junto a su esposo — el célebre fotógrafo Alfred Stieglitz — para encontrar una identidad propia, una travesía casi mística que la llevó a un singular conocimiento sobre sí misma.

En lo que pareció un súbito impulso, O'Keeffe tomó un tren junto a su amiga y amante Rebecca Strand (esposa del fotógrafo Paul Strand) y se deslindó de la vida que había conocido hasta entonces, para buscar algo más profundo durante un largo viaje a Nuevo México. O como lo denominaría después “Una experiencia capital que transformara todo lo que veía”. El viaje cumplió su objetivo: de pronto, O'Keeffe reconstruyó su vida a partir de una percepción densa y compleja sobre la identidad de la mujer, la percepción de lo marginal y la comprensión de la fugacidad a través del infinito. El viaje además, aportó a la futura pintora un peso considerable sobre su acercamiento a lo lírico y lo metafórico: una revalorización del símbolo como forma creativa.

A partir de entonces, O'Keeffe llevó a cabo viajes a Nuevo México cada año hasta la muerte de su marido, luego de la cual terminó por establecerse permanentemente en la región. Seducida por sus parajes solitarios y los enormes espacios sin forma ni tiempo, la artista confesaría más tarde que encontró en Nuevo México “una manera de analizar el mundo por completo distinta”.

Fue una decisión drástica, quizá una de las más públicas y notorias del mundo artístico norteamericano, pero sin duda, parte de una nueva noción sobre el regreso a las raíces y la percepción de la comprensión del origen como parte del trayecto artístico. Se trataba de esa percepción de “Buscar América” en busca de las líneas primitivas de norteamérica como un estadio primitivo y a medio construir de una idea mucho más antigua. Un rescate de lo esencial a cuya labor Georgia O'Keeffe se entregó con una osadía sincera y devastadora.



Como en todo su planteamiento artístico, O'Keeffe brindó a ese redescubrimiento un cierto aire íntimo y sobrecogedor con el que elaboró un discurso novedoso para el ámbito pictórico de su país.

Eran tiempos de cambio: luego de la crisis financiera del '29, Estados Unidos parecía pendular en medio de una desconexión filosófica e intelectual cuya mayor consecuencia fue una enorme desesperanza general. Los artistas, fotógrafos y escritores tomaron nota del fenómeno y lo plasmaron de la mejor manera que pudieron: Dorothea Lange documentó el dolor de la pobreza y sus imágenes plasmaron un tipo de ruptura con la percepción del país optimista que afectó profundamente al concepto del arte como reflejo, tan en boga por la época.

El dolor moral de un país en declive creó un nuevo tipo de expresión sobre lo artístico como producción real y leal a la coyuntura, pero más allá de eso, meditó sobre los terrores y silencios de la crisis desde la intimidad. Es esa percepción la que proporcionó a la obra de O'Keeffe una percepción durísima sobre el sufrimiento colectivo, la noción sobre la periferia y lo marginal. Muchos años después, la sombra de ese dolor contenido seguiría influyendo sobre la obra y creación del país: La generación Beat redescubrió el sufrimiento existencial desde la zozobra y produjo toda una reflexión sobre el tema que aún permanece vigente. Jack Kerouac describió esa ruta interminable hacia una sensibilidad rota en su novela "El Camino". Y por supuesto, Georgia O' Keeffe pintó y abrió espacios para la obra con sentido coyuntural a través de sus expresivas y engañosas flores. Abiertas en un erotismo certero, carnal y crudo.

El mundillo artístico estadounidense celebra y reconoce a Georgia O'Keeffe como un clásico inevitable, pero es mucho más que eso. Es una perenne confrontación con los límites y prejuicios que hasta entonces el arte parecía asumir eran necesarios para cierta validez y sobre todo, para una nueva dimensión de la mujer artista. La obra de O' Keeffe está llena de atributos sensuales, pero también plena de una vitalidad seductora que incomodó a una época que no supo cómo clasificar y mucho menos comprender, el despliegue erótico que las pinturas de la artista sugerían.

No se trataba sólo de sexo, sino también de un acercamiento directo a lo sensual, algo mucho más complicado de explicar y enumerar. Para O'Keeffe el arte era una pregunta, un síntoma, una interrogante, una aseveración. Una pregunta destinada a no tener respuesta. Múltiple, abierta y poderosa, la naturaleza resplandeciente de vida de Georgia O'Keeffe es una permanente reflexión a la belleza y el dolor, el temor y la oscuridad. Todo mezclado en una propuesta directa sobre el cuestionamiento de la identidad.

Por eso, la obra de O'Keeffe despertó de inmediato suspicacia y críticas de inmediato: sus óleos y acuarelas estaban llenas de frondosos símbolos sexuales que la artista no se molestó en disimular. Tierras extraordinarias plagadas de una belleza obscena. Flores que no eran flores, sino receptáculos de fertilidad tan cercanos al placer sexual que resultaban hostiles para buena parte de la audiencia.

No obstante, O'Keefe jamás respondió a las críticas ni se molestó — antes o después — en aclarar el sentido de sus obras. Siguió pintando pétalos que parecían cuerpos humanos en posiciones claramente sexuales, flores poderosas que tenían toda la belleza cruda y potente de un genital expuesto. Se le acusó de pornógrafa, de desafiar la moral y las buenas costumbres. Hubo quien incluso señaló que las combinaciones de colores y sombras, creaban durísimas escenas eróticas que no sólo resultaban evidentes, sino groseras. Pechos y caderas femeninas escondidas entre pétalos levemente arqueados.

Al final de todo, había una cierta insistencia en percibir un autorretrato secreto en medio de las pinturas de O'Keeffe. Pero la pintora no aceptó jamás explicar sus pinturas. Brindar-

les una definición sencilla en medio de los ataques.

Aún así, O’Keeffe siempre insistió en que el género no definía a su obra y defendió por años, el hecho que buena parte de las interpretaciones sobre su obra, tenían una directa relación con el hecho de que era una mujer. Un concepto que negaba la libertad radiante de sus pinturas y que la artista contradijo en cada oportunidad que pudo. “¿Sólo porque soy mujer mis obras tienen un cariz de cierto erotismo femenino?” llegó a preguntarse.

El cuestionamiento le acompañó de por vida y fue parte de sus escarceos con la prensa e incluso, activistas políticos que necesitaban analizar desde algún punto reconocible la propuesta de O’Keeffe. “Pinto por el mero impulso creativo. Un performance personal en pulso con lo que veo” llegó a decir. Pero la interpretación de sus obras bajo el cariz feminista, femenino e incluso provocador siguió siendo parte la polémica que rodeaba su trabajo.

‘Me sorprende que tanta gente separe lo figurativo de lo abstracto. La pintura figurativa no es buena pintura si no es buena en el sentido abstracto’ comentó para explicar el espacio interpretativo que separaba sus pinturas de las excusas simbólicas más comunes. La artista jamás se llamó a sí misma o a su obra, feminista, — a pesar que sus decisiones lo eran — y más de una vez, dijo que pintar no era una declaración de intenciones, sino una manera de rebelarse contra la identidad femenina — de cualquier ámbito — que se imponía a cualquier mujer desde la cuna. Una percepción vitalista sobre su obra que le permitió romper esquemas a pesar de la resistencia cultural a su alrededor.

La producción de la pintora incluye una colección de paisajes eternos físicos y mentales: Una fauna y flora fantástica que poblaban su mente y a los que O’Keeffe brindó un aire onírico. Solitaria y tenaz, buscó en la pintura una reformulación de la identidad que la empujó hacia espacios en blanco visuales y conceptuales, lo que pobló de imágenes de una enorme potencia visual. Con todo, su propuesta es sencilla: “que los ojos se sumerjan en lo más parecido al infinito” dijo más de una vez.

Georgia O’Keeffe jamás dejó de pintar. Y siempre lo hizo, con la percepción muy concreta de crear un universo visual que no fuera sencillo de desmontar en elementos simples. Los espacios mentales de la artista están plasmados con una delicadeza sugerente y poderosa. ‘Muchas veces la abstracción es la forma más neta para eso intangible que hay dentro de mí y que sólo puedo aclarar con pigmentos’, confesó cuando se le preguntó por el origen de su visión artística.

A O’Keeffe le supera su leyenda: la de ícono artístico de enorme complejidad, la de mujer fuerte y salvaje, la de la personalidad misteriosa y temible, aislada en pleno corazón de Norteamérica. Pero más allá de eso, fue un artista vanguardista, poderosa y sobre todo, consciente de su papel en su historia. La primera de una generación de mujeres de enorme poder creativo que transformaron el panorama visual de su país. Un enigma entre óleos y símbolos a medio descubrir. Una puerta abierta hacia cierto tipo de arte que no se prodiga con facilidad y con múltiples dimensiones por descubrir.



Cuando la violencia está en todas partes: Todo lo que debes saber sobre la cultura de la violación

Hace unos días, leí un testimonio de una mujer que terminó en la sala de emergencias de una institución hospitalaria luego de ser agredida sexualmente por su pareja. El ataque le costó dos costillas rotas y una contusión cerebral a la que sobrevivió de “milagro” según palabras del médico que le atendió. La espeluznante crónica de lo que vivió se alarga en detalles escalofriantes: la forma como el hombre la ató a la cama matrimonial o como le cortó el cabello cuando ella comenzó a gritar de puro miedo. Sin embargo, lo más temible de la historia es un detalle tácito: No era la primera vez que sufría violencia, ni tampoco la segunda. Según explicó al periodista que la entrevistaba, fueron tantas las sufrió durante veinte años de matrimonio “que dejó de contarlas para no seguir preocupándose”.

—¿Y por qué no se fue de su casa? ¿Por qué no lo denunció?—preguntó el periodista.

—Porque nadie me hacía caso. Ni mi familia ni tampoco la policía. Una vez denuncié y se rieron de mí. Me dijeron que todo lo que estaba pasando era algo “de intimidad entre familia”.

Me provocó un escalofrío la respuesta. Por cierto, por describir la situación de millones de mujeres en Venezuela y en Latinoamérica. Quizás en el mundo. Por dejar muy claro que en nuestra cultura, el maltrato de género aún sigue siendo normalizado y menospreciado, como si el golpe que se propina contra una mujer siempre tuviera una justificación e incluso, una forma de ocultarse. Pero más allá de eso, lo que me preocupó de lo que contaba la pequeña reseña—perdida entre tantas otras noticias del acontecer diario de un país convulso como el nuestro—fue el hecho que resume la actitud general que se tiene sobre la violencia que se infringe contra la mujer. La forma como se minimiza su impacto y sobre todo, se disimula su gravedad. Esa mirada indiferente hacia lo que es en realidad una cultura que sostiene la violencia contra la mujer y sus consecuencias.

La noticia fue publicada en un portal web de noticias. Me dediqué por horas a leer las numerosas respuestas que recibí, la forma como la mayoría de los lectores parecían mucho más preocupados por saber el motivo por el cual “una mujer puede merecer una paliza semejante” hasta la consabida frase que se pregunta en voz alta “que estaba haciendo la mujer para provocar al marido así”. Comentarios interminables, incontables que parecen mucho más preocupados por señalar que la víctima debió tener alguna responsabilidad en la violencia que sufrió, antes de condenarla. Una larga retahíla de disculpas al agresor con un único mensaje: la violencia contra la mujer siempre puede matizarse. La sociedad y la cultura la disculpan. No hay un grado absoluto para condenar el miedo, las heridas, la destrucción de la moral y la autoestima femenina. Siempre habrá la sospecha—leve y persistente—que pesa sobre el comportamiento de quien padece la violencia. El estigma de la culpabilidad tácita.

Por supuesto, no es para sorprenderse que la agresión y el ataque sexual a la mujer sea motivo de debate e incluso argumentación, antes de ser condenado como un ataque criminal o incluso, considerado directamente un delito. Por años, la cultura que promueve considerar a la víctima responsable de la violencia que sufre, ha sido parte de la manera como se interpretan la violencia sexual en distintas partes del mundo y sobre todo, de crear una interpretación del tema ambiguo y peligrosamente cercano a la justificación. Más de una de vez, la cultura de la violación—que premia, promueve e incluso oculta las implicaciones de la violencia sexual contra las mujeres—parece sostenerse sobre esa visión del abuso sexual como aceptable o admisible, desde cierto punto de vista. O lo que resulta aún peor: una perspectiva donde la mujer puede provocar el ataque que sufre.



Hace tres años, un hombre que caminaba unos pasos detrás de mí, extendió la mano y me tocó el trasero. Hablo que me sujetó una nalga y apretó hasta causarme dolor. Un gesto muy directo, que no pudo disimular a los transeúntes que nos rodeaban. Cuando me detuve y le grité, entre asustada y sorprendida, el hombre soltó una carcajada.

— Mija, acostúmbrate, estás en Venezuela.

Continué gritando y le señalé mientras se alejaba por la calle. Insistí en lo que había hecho, llamándole “abusador de mujeres” y “agresor”. Nadie me dedicó una sola mirada. La mayoría de quienes me escucharon se apresuraron a alejarse y a bajar la cabeza, avergonzados e incluso irritados por mi reacción. Finalmente, una mujer mayor se acercó, me tomó del brazo y me obligó a caminar unos metros más allá.

—Muchacha, siga pa’ dónde iba ¿Qué quiere usted? Nadie va a hacer nada—me dijo. Abrí la boca para contestar, me solté de su mano, la miré enfurecida. Ella sacudió la cabeza, interrumpiéndome con un gesto resignado—nadie va a hacer nada, yo que se lo digo.

La mujer se alejó calle arriba y me dejó a solas, mientras se confundía con el tumulto de mediodía que bajaba por la esquina. Me quedé allí, paralizada por la angustia y la impotencia, con la piel aún dolorida por el golpe que me había propinado el desconocido pero sobre todo, aturdida por el hecho que me encontraba sola en mitad de la situación. En medio de esa región blanca de indiferencia que parece definir las agresiones a la mujer. Por primera vez en mi vida, era muy consciente que un hombre podía agredirme como lo había hecho y que no ocurriría gran cosa. Que tal y como me había gritado el hombre, en Venezuela ser una mujer conlleva ciertos riesgos que se deben asumir. Y uno de ellos, es por supuesto, que tu cuerpo pueda ser amenazado, invadido y violentado por el hombre, bajo la mirada permisiva y resignada de la cultura. Una idea escalofriante, pero sobre todo inquietante que por años me atormentó.

Durante la última década, la violencia contra la mujer en Venezuela alcanza las cifras más altas de la historia reciente. Se calcula que 40% de las mujeres venezolanas han sido, son o serán víctimas de algún tipo de violencia. Es decir: 4 de cada 10 según la ONG Cepaz. La estadística sólo refleja los datos del mundo entero, como un reflejo escalofriante. De pronto, parece más evidente que nunca que la tolerancia a las agresiones sexuales se ha hecho algo normal, se confunde con conceptos de control y poder que las invisibilizan de forma preocupante. Como si el contexto del machismo, la desigualdad de la sociedad y sobre todo, la insistencia en matizar la violencia contra la mujer convirtieran las agresiones sexuales en un elemento difuso, siempre debatible. La trivialización del acoso, la cosificación de la mujer y sobre todo la impunidad al momento de castigar una agresión sexual se transforman en otra forma de violencia. En una amenaza constante que toda mujer venezolana—y latinoamericana—debe soportar a diario.

Hablar de estadísticas sobre el abuso sexual hace parecer al delito que describe una idea brumosa, poco comprensible. Un hecho que ocurre en el anonimato. Pero se trata de una realidad con la que deben lidiar a diario un elevado porcentaje de mujeres. Como mi amiga Luisa (no es su nombre real). Hace doce años, un desconocido la violó y la mantuvo secuestrada por casi seis horas. Después la abandonó de madrugada semi desnuda y herida, en una avenida solitaria del oeste de Caracas, donde finalmente la policía la socorrió.

Luisa me suele decir que no recuerda exactamente lo que vivió. Que para ella, lo ocurrido es una sucesión de escenas medio borrosas que no logra ordenar y mucho menos comprender. Pero que si recuerda el miedo. Lo recuerda en cientos de maneras que es incapaz de consolar y que a pesar de años de terapia, no ha logrado superar. Sufre de agorafobia (terror a los espacios abiertos), paranoia y también un severo trastorno del pánico que no mejora incluso a pesar del estricto tratamiento médico que lleva para mejorar los síntomas.

Para Luisa, el suceso es real a diario, le atormenta a toda hora, le abruma hasta lastimar su identidad, su manera de percibirse, su forma de mirar el mundo. Más de una vez, me ha repetido que para ella, la violación es un ataque no sólo a su cuerpo, sino a una idea esencial de sí misma que nunca logró recuperar del todo.

Recuerdo a Luisa—y su escalofriante historia—mientras veo la escena de una película que transmiten en un canal por cable: Una mujer con un vestido muy ajustado y prominente escote, corre por un callejón. Un hombre desconocido le persigue, gritando su nombre. Cuando ella resbala y cae al suelo, él se abalanza sobre ella, la abofetea e intenta contener sus frenéticos movimientos. Lo logra y entonces, ambos se miran en silencio. La escena parece cambiar de tono y sentido. Un primer plano los muestra a ambos, contemplándose entre jadeos entrecortados. La secuencia culmina con un apasionado y erótico beso. Me pregunto qué pensará Luisa al respecto, cómo interpretará la óptica del guión y la perspectiva de la película con respecto a lo que vivió.

Más allá, no dejo de pensar en todas las mujeres alrededor del mundo que han sido víctimas de la violencia física, sexual y emocional. Que la mayoría de las veces se responsabilizan por lo sucedido o que incluso, tienen la sensación se encuentran en una zona de grises donde su experiencia no parece encajar en ninguna parte. Las que se preguntan si conocer a su atacante hace menos absoluto el término violación o quienes simplemente se preguntan si tener miedo pero no tener los medios para enfrentarse a su pareja y evitar la relación sexual, también las convierte en víctimas. Un panorama difuso y sobre todo peligroso que parece extenderse en todas direcciones a partir de una idea esencial: ¿Por qué continúa considerándose que la violencia sexual es admisible?

La cultura de la violación minimiza el impacto de conceptos violentos y degradantes hacia la mujer y lo hace a través de todo tipo de mensajes que convierten la amenaza sexual en una idea corriente. Imágenes de mujeres convertidas en objetos sexuales, la percepción de la violación como parte del juego erótico y sexual, la insistencia de asumir la violencia de género como parte de las relaciones románticas son sólo algunas de las ideas que forman parte de un concepto convertido en amenaza. Hablamos de un panorama donde la interpretación sobre la sexualidad continúa siendo lo suficientemente misógina para preocupar y sobre todo, para hacernos cuestionar sobre en qué medida se comprende el peso real que tiene la cultura de la violación en la actualidad.

Según estadísticas recientes, el treinta y cinco por ciento de las mujeres de todo el mundo ha sufrido violencia física y/o sexual. El 67 % de esas agresiones fueron cometidas por su compañero sentimental. El 80% no se denuncian. Casi ninguna recibe atención jurídica y policial. Se trata de un panorama preocupante, de una percepción sobre la violencia peligrosa y muy cercana a la amenaza a la que toda mujer en el mundo probablemente se enfrentará alguna vez. Y es que no se trata sólo de la forma como la cultura percibe la violencia contra la mujer, sino la manera como el hombre y la mujer interpretan ese matiz tan inquietante sobre lo que la agresión puede ser e implicar. Un arma silenciosa que se empuña con más frecuencia de lo que se admite. Una visión distorsionada sobre la violencia real.

La víctima de Neruda: La vergonzosa página de la historia latinoamericana de la que nadie habla lo suficiente

Hace unos años, escuché al comediante Jay Leno hacer una broma sobre la credibilidad de las mujeres que me produjo escalofríos. Leno, en medio del escándalo que desató las acusaciones contra el actor Bill Cosby—en las cuales un grupo de mujeres aseguraron haber sido violadas por el actor y que de inmediato desató un incómodo debate público sobre la credibilidad de las víctimas—comentó: “No sé por qué es tan difícil creer a las mujeres. En Arabia Saudí hacen falta dos mujeres para testificar contra un hombre. Aquí hacen falta 25”. Una broma que no lo es tanto, una crítica sutil hacia la cultura misógina y sobre todo, reaccionaria a la que se enfrentan las víctimas de un delito disimulado bajo la insistente máscara de la justificación social de la violencia.

Por supuesto, el comediante se refería al hecho que un grupo creciente de mujeres acusaran al actor de haber abusado sexualmente de ellas, sin conseguir otra reacción de la opinión pública norteamericana que la crítica y el ataque. Para el público estadounidense, el prestigio de Bill Cosby—considerado padre modelo del país por más de medio siglo—fue mucho más importante que los insistentes y muy semejantes testimonios de decenas de víctimas femeninas. Mientras tanto, las víctimas, el casi un cuarto de centenar de mujeres que se atrevieron a hacer público un delito aborrecible, fueron señaladas por el ojo público. No obstante, meses después, una sola palabra acabó con la carrera y el pedestal de prestigio que mantuvieron a Cosby a salvo del aluvión de denuncias en su contra. Lo más curioso es que no se trató de la palabra de ninguna de sus víctimas y mucho menos, debido a los hechos de los que se le acusa. Lo que destruyó a Bill Cosby fue pronunciar una sola palabra “Yes”. Lo que no lograron veinticinco mujeres—finalmente el número de agredidas alcanzaría treinta y ocho—fue la admisión del propio Cosby de haber utilizado drogas y calmantes para violar.

Lo hizo, además, en condiciones que no se prestan a inequívocos: en el año 2005, Andrea Constand denunció a Cosby por abusar sexualmente de ella mientras se encontraba drogada por una sustancia que no pudo identificar y que el actor le suministró durante una cena a la que la había invitado. El caso, que no llegó a Juicio gracias a un acuerdo económico extrajudicial, no llegó a rebasar el terreno de la confidencialidad legal hasta que la agencia Associated Press acudió a la justicia para exigir la publicación de las investigaciones—quizás las únicas reales realizadas contra Cosby—realizadas durante el proceso. La justicia norteamericana aceptó la petición y así, los documentos que hasta ahora se habían mantenido en riguroso secreto y anonimato y que protegían a Cosby pasaron a ser la última pieza en un tortuoso camino de acusaciones. Y es que Cosby, siendo Cosby y no la mítica referencia moral de un país obsesionado con el heroísmo, fue el único capaz de destruir su propia leyenda.

Pienso en el caso, cuando leo la polémica alrededor de Pablo Neruda, premio Nobel de Literatura que confesó en su autobiografía haber violado a una mujer. El mismo hombre cuya poesía narró las largas y violentas luchas de su natal Chile contra la dictadura y se convirtió en un símbolo de libertad, también admitió—y con el mismo tono onírico y levemente parsimonioso de sus poemas—que había atacado sexualmente a una mujer. Un hecho que describe en pocas frases y sin otorgar verdadera importancia, como si se tratara de una anécdota pequeña, perdida en la vida azarosa y compleja de un hombre de su estatura histórica.

Neruda jamás fue ajeno a su importancia dentro del debate político de su país y sabía que su figura, era considerada quizás simbólica dentro de la noción chilena sobre la identidad y el poder. De modo que lo ocurrido con una doncella de Ceilán— lugar en que ocupó un

cargo diplomático en 1929—es apenas uno de los tantos recuerdos que el autor atesora, con un tono grandilocuente e incluso condescendiente, que resulta inquietante en medio de la idea de una agresión sexual.

En una de las páginas de sus memorias “Confieso que he vivido” (publicadas en España en el año 1974) Neruda explica que una mujer silenciosa y anónima que le atendía en Ceilán, ignoró sus galanteos por lo que Neruda admite le tomó de las muñecas y la llevó a la fuerza a su habitación. “Una mañana, decidido a todo, la tomé fuertemente de la muñeca y la miré cara a cara. No había idioma alguno en que pudiera hablarle. Se dejó conducir por mí sin una sonrisa y pronto estuvo desnuda sobre mi cama. Su delgadísima cintura, sus plenas caderas, las desbordantes copas de sus senos, la hacían igual a las milenarias esculturas del sur de la India. El encuentro fue el de un hombre con una estatua. Permaneció todo el tiempo con sus ojos abiertos, impasible. Hacía bien en despreciarme. No se repitió la experiencia”. Explica y trata de dulcificar el recuerdo con cierto aire romántico que no encaja en medio de la escalofriante descripción de una violación. El autor tenía entonces veinticinco años de edad, un hombre que había normalizado la posibilidad de la violencia contra la mujer tanto como para considerarla un acto poético.

Las memorias de Neruda fueron publicadas hace casi cuarenta años y el pasaje pasó desapercibido. No obstante, en la actualidad, la descripción—con cierto aire de expiación tardía—resulta no sólo escalofriante, sino que deja muy claro, que la percepción sobre la violencia sexual continúa siendo confusa y sobre todo, lo suficientemente endeble como para que se asimile como un hecho de poca importancia según la talla histórica del agresor. La historia sólo salió a relucir luego que el movimiento feminista chileno, denunciara la admisión de culpa del escritor y sobre todo, la inequívoca demostración que en nuestro continente, la agresión sexual sigue siendo considerada un delito secundario. Robustecido por sus oportunas campañas por los derechos de la mujer sobre su capacidad reproductiva y el movimiento #NiUnaMenos y #MeToo, las feministas chilenas lograron desempolvar lo que, sin duda, es un hecho vergonzoso en medio del brillo de un hombre histórico, cuya memoria parece más allá del bien y del mal.

Hace unos meses, la decisión de cambiar el nombre del aeropuerto “Arturo Merino Benítez”— el fundador de la fuerza aérea de Chile—por el del poeta, no sólo avivó la polémica en torno a su figura, sino que llevó a la palestra pública una discusión largamente aplazada sobre la violencia sexual. “Confieso que he violado” (en alusión a las memorias en las que Neruda describe la agresión sexual que cometió), se convirtió en el título predilecto para buena parte de los artículos y reflexiones publicadas acerca de la normalización del abuso sexual en nuestro continente, sino en la forma que Pablo Neruda representa la visión de la cultura latinoamericana sobre la credibilidad femenina.

Neruda violó a una mujer, lo admitió de forma expresa pero aún así, su legado se considera por encima de cualquier “error e imperfección”, como llegó a insistir la escritora Isabel Allende, interpelada sobre el particular. ¿Pero es así? ¿Es el renombre, legado literario e incluso persistencia de la memoria como elemento cultural del trabajo del poeta más importante que su confesión sobre la violación de una mujer?

“Es hora de dejar de idolizar a Neruda y hablar sobre el hecho de que fue abusivo”, dijo Karen Vergara Sánchez, activista feminista y que ha encabezado el movimiento para desmitificar la figura de Neruda “El hecho de que sea un artista famoso no lo exime de ser un violador”. Por supuesto, se trata de una idea controversial en un país tan conservador como Chile en el que además, la mujer comienza a disfrutar de un recién descubierto protagonismo en lo cultural, en lo social y en lo político. “No hay una razón clara para cambiar el nombre del aeropuerto, y está sucediendo en un momento en que las mujeres apenas están comenzando a atreverse a denunciar a sus abusadores”, añadió Vergara Sánchez. No obstante, la circunstancia de un ícono cultural que también es un agresor sexual es mucho más



compleja que la simple visibilidad de su legado histórico a la luz de sus crímenes. Se trata de un replanteamiento de la historia chilena e incluso, de toda Latinoamérica.

Neruda fue un hombre político, lo que le brinda una importancia específica a su visión artística, sobre todo en un continente que aún debate su percepción sobre el poder desde sus símbolos más extremos. Más de una vez se ha dicho que su militancia política—marcadamente izquierdista y que nunca se ocupó de disimular—transformó el hecho de arte—y la poesía local—en un tipo de esperanza muy concreta para Chile y sin duda, el resto del continente. Su popularidad como escritor pareció también entonces confundirse con la de la figura combativa, con el poder del hombre que intentó no sólo hablar a través de la literatura de ideales y expresiones de pura convicción espiritual, sino en la voz de los anónimos. Un símbolo de la transformación en plena efervescencia política y también, de una visión sobre lo social por completo renovada. De alguna forma y con sus limitaciones, Neruda fue capaz de encarnar todo eso.

¿Cómo puede comprenderse entonces, la estatura del hombre histórico en contraposición al real, capaz de violar y además admitirlo sin culpa alguna? No solo se trata de mirada casi displicente sobre el hecho de la violación—y sus consecuencias—sino que para Neruda—embebido en su poder y relevancia como líder político y escritor—la violencia sexual es un episodio pasajero al que sólo dedica dos párrafos en sus profusas, detalladas y minuciosas memorias. ¿Cómo puede analizarse el hecho de Neruda—conocido por sus poemas, convertidos en parte del imaginario popular sobre el amor, la muerte y la belleza lírica—y también, la naturaleza cruel de los crímenes que cometió?

La violencia sexual que representa Neruda es quizás la más temible e inquietante de todas: es la de mujer sin rostro, sometida al dolor y el miedo, a la humillación bajo el puño del poder. En un país como Chile, en que miles de mujeres sufrieron violencia sexual por parte de una dictadura que utilizó la violación como método de tortura, ¿cómo puede entenderse la permisiva y casi amable connotación que se le brinda a la agresión que Neruda cometió contra una mujer, a la que, además, dulcifica e idealiza en sus memorias?

Su obra “Veinte poemas de amor y una canción desesperada” (1924) se ha convertido en la bandera del romanticismo y además de eso, en una metáfora de esa dulzura añeja y casi amarga que el poeta intentó plasmar en toda su obra. Una y otra vez, Neruda no sólo asume al amor—el poético, el trascendental, el profundamente humano—como una metáfora válida para hablar de la realidad, de los pequeños extremos de la espiritualidad y la agonía personal. ¿Es este el mismo hombre que tomó a una mujer de las muñecas, la encerró en su habitación y a la que violó sin sentir la menor culpabilidad? ¿El mismo hombre para quien el episodio es una circunstancia menor en una vida de colosal importancia? ¿Qué sugiere la actitud de Neruda acerca de cómo se comprende la agresión sexual en nuestro continente? ¿Cómo se comprende la retorcida versión de la realidad que sugiere que un hombre histórico de su talla sea “perdonado” por un crimen violento sólo por la salvedad de su talento?

Neruda no era un romántico ni tampoco un idealista sin remedio. A mitad de camino entre el déspota y el exquisito intelectual de izquierda que representó, sus biógrafos insisten en su dualidad, en su capacidad para ser parte de ese mito insistente sobre el poeta enaltecido por el verso y hombre común. Según Sergio Macías, autor del libro “El Madrid de Pablo Neruda” el escritor era un hombre sorprendentemente contradictorio y quizás esa capacidad para la multiplicidad, del matiz del carácter y el espíritu fue lo que hizo al poeta tan rico en su comprensión del alma humana. De la delicada frontera entre lo ideal y lo real. En palabras de Macías, Neruda era muy enemigo de sus enemigos, rencoroso y dado a la discusión. Pero que también, podía ser generoso, amable y el amigo más leal. ¿Cuál era el verdadero Neruda? Quizás ambos y esa cualidad de luz y sombra, de compleja relación con su propias contradicciones y dolores, lo que hizo su obra especialmente profunda y extraordinaria.

Neruda violó a una mujer y el testimonio que tenemos sobre la agresión es el suyo. Se trata de un pensamiento inquietante que pone en tela de juicio los símbolos de poder en nuestro continente y la forma en que se analiza la violencia contra la mujer en una sociedad machista. Neruda violó a una mujer y lo recordó como un acto pasajero, pasional. Un impulso que “no volvió a repetirse”. Una imprudencia de juventud. No obstante, la violación es mucho más que la idealización de la violencia y la noción de la agresión sexual como una forma de amor erótico. Neruda fue un violador que la historia disculpa y la sociedad redime. ¿Qué expresa sobre Latinoamérica la dimensión dolorosa de una violación oculta y disculpada por la estatura histórica del agresor?

Neruda personifica el amor romántico en países en que la mujer sigue sometida al estereotipo y al silencio del machismo. Una mirada durísima sobre la violencia de género que engloba con temible precisión lo que aún en la actualidad debe soportar una víctima de la sociedad y cultura. La mujer que calla bajo el peso del poder, escondida entre el ataque a su credibilidad e integridad mental. La violencia de Neruda, es quizás el símbolo más evidente de un continente para quién la mujer continúa siendo un personaje secundario en el telón de la historia. Un párrafo perdido en la gran narración histórica de la que todos somos parte.

La víctima sin rostro: Cultura, violencia, silencio

Nueve mujeres acusan al cantante Plácido Domingo de abusar sexualmente de ellas y también, de usar su posición privilegiada como colosal figura del escenario de la Ópera, para presionarlas a sostener relaciones sexuales a cambio de trabajo. Todos los señalamientos se remontan a principios de la década de los ochenta y abarcan casi treinta años. Las denuncias fueron publicadas el martes 13 de agosto por la agencia Associated Press, que sólo menciona el nombre de una de las víctimas, la mezzosoprano Patricia Wulf. De resto, todas las demás mujeres prefirieron permanecer en el anonimato.

Por supuesto, la inmediata reacción fue de incredulidad hacia los testimonios y de críticas a las denunciadas, a quienes se les acusa de oportunistas, mentirosas o en el mejor de los casos, de exagerar lo que sin duda “era una situación de flirteo” como comentó hace unas horas Paloma San Basilio, una de las varias estrellas y figuras del espectáculo que de inmediato mostró su apoyo al tenor. Como suele ocurrir, las décadas transcurridas desde los hechos y la denuncia, también son un motivo para desacreditar a las denunciadas. Una y otra vez, se habla de la “presunción de la inocencia” que se le debe brindar a Domingo, sin que la posibilidad incluya la verosimilitud de los testimonios de las víctimas o considerar que sus declaraciones son algo más que intentos de “desacreditar” a la prominente figura del cantante.

En realidad, nadie parece tener en cuenta una serie de elementos que hacen más preocupante la discusión en torno al caso de Plácido Domingo: desde el hecho que las condiciones de hace casi veinticinco años atrás son muy distintas a las actuales en materia de visibilidad de acoso sexual, hasta que las mujeres que denuncian— a excepción de una— decidieron no hacer pública su identidad por miedo a las posibles repercusiones. Lo más importante para la mayoría de quienes defienden de manera enconada a Domingo, es el hecho que una estrella de semejante renombre fue acusada por un puñado de mujeres ¿Puede eso ser determinante con respecto a la carrera del Tenor? se preguntan en voz alta. ¿Son apenas nueve voces suficientes para cuestionar a la inmensa super presencia del cantante, considerado uno de los mejores de la historia?

El caso reviste tantas aristas distintas que resulta complejo analizarlas por separado, en



especial a la luz de las declaraciones de las mujeres agredidas. La mayoría habla de acoso telefónico, presiones laborales, hostigamiento y veladas, tocamientos indebidos, amenazas de lo que podría ocurrir con sus carreras en caso de no ceder a las intenciones de Domingo. Para buena parte de quienes defienden a Domingo, el hecho que no haya detalles de violencia explícita, convierte a las denuncias en “precarias”, como les llamó el columnista del país Rubén Amón en el artículo “En defensa de Plácido Domingo” publicado en la página web del periódico El País de España durante esta semana. En el texto, Amón no sólo insiste que es inconcebible que un hombre de la estatura de Domingo sea capaz de acosar y violar, sino además deja en claro, que todo lo descrito por las mujeres denunciantes tiene poco o ningún valor en contraste con la carrera y la afinidad filantrópica del tenor.

“Creo conocer a Domingo lo suficiente como para resultarme inverosímil que haya abusado de mujeres o las haya acosado. O que haya incurrido en relaciones sin consentimiento. Domingo no es un delincuente. Y no voy a discutir los engranajes del poder en la dialéctica del fuerte y del débil, pero tampoco me voy a recrear en la ingenuidad de un mundo que divide a las personas en puras y en impuras” escribe Amón, quien no parece muy dispuesto a analizar que todas las denuncias se basan en el hecho que Plácido Domingo era un hombre de enorme poder e influencia en el campo de la ópera y que usó semejante poder para coaccionar, perseguir y presionar a las mujeres que ahora le acusan de abuso. Para ninguna de estas víctimas era una opción rechazarlo, acusarlo o denunciarlo. Y Domingo lo sabía.

Pero más preocupante aún, es que el artículo de Amón se sostiene sobre la hipótesis que Domingo es “incapaz” de cometer un acto de violencia. Por supuesto, de eso se desprende que el autor no considera acoso, abuso u hostigamiento el provocar un ataque de pánico a cualquiera a fuerza de llamadas telefónicas, como denunció una de las víctimas. O que manipular y al final usar todo tipo de recursos para asegurarse de tener acceso sexual a las víctimas es violencia. Lo importante aquí, según Amón, es que este hombre intachable, un “titán” según sus palabras, es incapaz de agredir a una mujer.

De nuevo, la normalización del acoso y el ataque a la credibilidad de la víctima, crean un extraño ciclo doloroso que distorsiona todo testimonio y lo somete a la presión de la duda. ¿Hasta qué punto nuestra sociedad está consciente del peso del señalamiento contra la víctima? Por desgracia, el caso de Plácido Domingo no es el único que demuestra la frágil posición en que se encuentra la mujer al enfrentarse a la posibilidad de la denuncia.

Un hombre contra sí mismo.

Hace unos años, escuché al comediante Jay Leno hacer una broma sobre la credibilidad de las mujeres que me produjo escalofríos. Leno, en medio del escándalo que desató las acusaciones contra el actor Bill Cosby—en las cuales un grupo mujeres aseguraron haber sido violadas por el actor y que de inmediato desataron un incómodo debate público sobre la credibilidad de las víctimas—comentó: “No sé por qué es tan difícil creer a las mujeres. En Arabia Saudí hacen falta dos mujeres para testificar contra un hombre. Aquí hacen falta 25”. Una broma que no lo es tanto, una crítica sutil hacia la cultura misógina y sobre todo, reaccionaria a la que se enfrentan las víctimas de un delito disimulado bajo la insistente máscara de la justificación social de la violencia.

Por supuesto, el comediante se refería al hecho que un grupo creciente de mujeres acusaran al actor de haber abusado sexualmente de ellas, sin conseguir otra reacción de la opinión pública norteamericana que la crítica y el ataque. Para el público estadounidense, el prestigio de Bill Cosby—considerado padre modelo del país por más de medio siglo—fue mucho más importante que los insistentes y muy semejantes testimonios de decenas de víctimas femeninas. Después de todo, las acusaciones podrían desvirtuarse de inmediato no sólo desde la perspectiva que Cosby—uno de los actores y comediantes con mayor y



poder y reconocimiento del mundo del espectáculo—podía no sólo ser un blanco sencillo para la extorsión sino también, una figura lo suficientemente visible como para provocar un escándalo público redituable. Y desde esa óptica, los cada vez más numerosos testimonios, parecían perder fuerza, disolverse en medio de un debate muy público sobre el hecho simple que El gran Bill Cosby, el inolvidable Heathcliff “Cliff” Huxtable no podía ser un violador, un depredador social que pudo engañar por casi cinco décadas a un público que lo encumbró como símbolos de los valores de un país esencialmente inocente.

¿Cómo asumir el hecho que el hombre que educó a una generación de norteamericanos era en realidad un delincuente sexual reincidente? ¿Cómo digerir además, que la justicia norteamericana es falible, voluble, manipulable y además sesgada o lo suficiente como para que Bill Cosby pudiera cometer sus crímenes durante tanto tiempo? La perspectiva al parecer resultó insoportable para buena parte de los norteamericanos.

Mientras tanto, las víctimas, el casi un cuarto de centenar de mujeres que se atrevieron a hacer público un delito aborrecible, fueron señaladas por el ojo público. No solamente se les cuestionó como testigos de un posible y poco comprobable delito—como si una violación fuera sólo una agresión física y no la destrucción de la moral y la autoestima de la víctima—sino que además, se le crítico desde todas las perspectivas posibles. Se aireó su vida privada y sexual, se les hostigó por atreverse a cuestionar una figura idealizada de la cultura del país e incluso, se les menospreció como posibles testigos ante la ley.

No obstante, meses después, una sola palabra acabó con la carrera y el pedestal de prestigio que mantuvieron a Cosby a salvo del aluvión de denuncias en su contra. Lo más curioso es que no se trató de la palabra de ninguna de sus víctimas y mucho menos, debido a los hechos de los que se le acusan. Lo que destruyó a Bill Cosby fue pronunciar una sola palabra “Yes”. Lo que no lograron veinticinco mujeres—finalmente el número de agredidas alcanzaría treinta y ocho—fue la admisión del propio Cosby de haber utilizado drogas y calmantes para violar. Lo hizo, además, en condiciones que no se prestan a inequívocos: en el año 2005, Andrea Constand denunció a Cosby por abusar sexualmente de ella mientras se encontraba drogada por una sustancia que no pudo identificar y que el actor le suministró durante una cena a la que la había invitado. El caso, que no llegó a Juicio gracias a un acuerdo económico extrajudicial, no llegó a rebasar el terreno de la confidencialidad legal hasta que la agencia Associated Press acudió a la justicia para exigir la publicación de las investigaciones—quizás las únicas reales realizadas contra Cosby- durante el proceso. La justicia norteamericana aceptó la petición y así, los documentos que hasta ahora se habían mantenido en riguroso secreto y anonimato pasaron a ser la última pieza en un tortuoso camino de acusaciones.

En los documentos obtenidos por AP, se incluye un interrogatorio a Cosby, donde admite que durante la década de los setenta obtuvo siete recetas del por entonces popular sedante Quaalude. Y a continuación ocurre el siguiente diálogo, recogido por el periódico El País de España en una pormenorizada reseña sobre el caso:

- ¿Se los dio a otras personas?
- Sí
- ¿Se lo dio a otras personas sabiendo que era ilegal?
- (El abogado de Cosby interrumpe): Le he dicho que no responda. Dio los Quaaludes. Si era ilegal, lo dirán los tribunales.
- ¿A quién le dio los Quaaludes?
- (El abogado vuelve a interrumpir) Déjelo en desconocidas (Jane Does). No voy a ir más allá. Le digo que no responda más que desconocidas.
- ¿Cuándo obtuvo los Quaaludes, tenía en mente dárselos a jóvenes con las que quería tener sexo?
- Sí.



Con este corto diálogo, uno de los símbolos de una serie de valores culturales norteamericanos, demostró no sólo las insistentes acusaciones en su contra sino algo mucho más controvertido y duro de asimilar: la capacidad de la cultura para desconocer la caída de sus propios héroes. Hablamos sobre el hecho que Bill Cosby no sólo fue protegido por acuerdos legales tortuosos y esencialmente criticables, sino por una visión cultural que asume que la palabra de la mujer no tiene tanto valor como la de un hombre, mucho menos en lo tocante a un crimen de naturaleza sexual. Cosby no sólo violó, sino que continuó haciéndolo -a pesar de la acusación y los acuerdos, a pesar de la posibilidad de ser descubierto e incluso finalmente acusado—amparado bajo esa noción que insiste que en la violación, la víctima sólo lo es en la medida que pueda demostrarlo.

El miedo en pantalla:

En una entrevista que concedió unos años después de protagonizar el que sería su trabajo más reconocido, Maria Schneider—protagonista de la película “El Último Tango en París” de Bernardo Bertolucci—aseguró que “debería haber llamado a mi agente o mi abogado para que me protegiese en el set, porque no se puede obligar a alguien a hacer algo que no está en el guión, pero en ese momento, no sabía eso”. Se refería a la escena en la cual su personaje es sodomizado por el de Marlon Brando, una de las más recordadas y duras de la película. Schneider, que entonces sólo tenía diecinueve años, se encontró en medio de una situación violenta y abusiva que además, no podría controlar. En la misma entrevista, María contó que la escena no se encontraba en el guion original debido a que fue una idea de Brando, que sólo consultó con el director en privado antes de llevarla a cabo.

La actriz nunca tuvo conocimiento pleno de lo que sucedería y aún peor, no fue advertida que la “idea” de Brando incluía violencia física. Schneider admitió haber llorado y gritado de “miedo auténtico” durante toda la toma y aunque sabía que no se trataba de algo real. “Me sentí humillada y para ser honesta, un poco violada, tanto por Marlon como por Bertolucci. Después de la escena, Marlon no me consoló ni se disculpó. Afortunadamente, fue solo una toma” contó María. Cuando se quejó sobre lo ocurrido el actor Marlon Brando desestimó su miedo posterior restándole importancia. “María, no te preocupes, sólo es una película” llegó a decirle.

Durante años, María repitió la historia más de una vez sin que nadie pareciera especialmente preocupado por lo que la actriz contaba. Eso a pesar de que la película ha sido debatida y analizada como fenómeno en más de una ocasión y que de hecho, fue un hito al momento de su estreno, no sólo por la forma en que analiza la sexualidad masculina sino además, por el hecho que reflexiona sobre el sexo como una mezcla de dolor y trauma viril. Pero María Schneider, convertida en un símbolo erótico a su pesar, ocupa un ambiguo lugar dentro de la percepción de la película como símbolo de la revolución sexual que representa.

En los años siguientes a la filmación, María sufrió un colapso, se intentó suicidar en dos ocasiones y cayó en una fuerte adicción a las drogas por la que estuvo recluida en clínicas y hospitales en diferentes momentos de su vida adulta. Su carrera artística se resintió hasta quedar prácticamente destruida: fue olvidada por la industria del cine cuando se negó a ser definida por la película que la hizo famosa, lo que la condenó a un ostracismo temprano que terminó por sepultar sus tempranas aspiraciones artísticas. A los cuarenta años, María declaró a un diario italiano que estaba convencida que simplemente “había muerto como actriz” y lamentó “el dolor que le provocaba renunciar a sí misma”.

Tendrían que transcurrir casi treinta años para que la opinión pública comprendiera la gravedad de lo ocurrido con María durante la filmación de “El Último Tango en París”. No obstante, el tardío reconocimiento a la agresión que padeció la actriz no llegó por sus insistentes declaraciones sobre lo que había padecido durante la filmación o sus detalla-



das descripciones sobre el miedo y la humillación que sufrió en el plató. Se necesitó que el propio director Bernardo Bertolucci admitiera en público y a quien quisiera escucharle que había sometido a María a un tipo de agresión violenta y evidente, de la cual no se arrepentía. La declaración pasó inadvertida hasta que una organización española tradujo el video para condenar la violencia de género.

Resulta preocupante que una agresión como la que sufrió María Schneider haya pasado desapercibida—o haya sido ignorada—por tanto tiempo. No obstante, sólo se trata de otra nueva muestra de esa nociva cultura que considera el abuso hacia la mujer como algo normal o lo coloca bajo el cariz del contexto, como si la agresión de género pudiera justificarse o matizarse de acuerdo a la situación en que ocurre. A pesar de que la actriz dejó claro y de manera explícita que la escena se llevó a cabo sin su consentimiento, el escándalo sólo estalló cuando Bertolucci lo corroboró en un diálogo que resulta espeluznante en conjunto. Envuelto en el esplendor del mito que le rodea, Bertolucci admite en cámara que “Quería su reacción (de María Schneider) como una niña, no como una actriz”. Y cuenta sin prurito alguno, que necesitaba que “llorara y mostrara emociones verdaderas”. No sólo resulta escalofriante lo que sugiere el hecho que un hombre que se llama a sí mismo artista necesitara agredir a una mujer para obtener de ella una actuación fidedigna, sino además el discurso misógino que se percibe entre líneas. Para el director, una mujer no puede actuar, sino que siente, lo que colocaba a cualquier actriz en un estrato casi infantil en el que debe ser tutelada desde la manipulación y la presión emocional.

Como las víctimas de Cosby y Plácido Domingo, María tuvo que batallar contra la incredulidad sobre su testimonio pero aún más, contra la cultura que insiste en normalizar el acoso, abuso y violencia contra las mujeres en toda una serie de justificaciones que resultan no sólo inquietantes, sino directamente peligrosas. Una y otra vez, las víctimas de crímenes sexuales deben sobrellevar el peso no sólo del crimen que sufrieron sino del hecho, de la sociedad que las señala, las ridiculiza y las menosprecia en beneficio de la figura del agresor. Una percepción sobre la violencia sexual muy cerca de un cuestionamiento sobre la moralidad de quien la sufre, su contexto e incluso, el sufrimiento que lleva a costas.

Plácido Domingo salió al paso de las acusaciones con una declaración escueta en la insiste se tratan de señalamientos “inexactos”. “Es doloroso oír que he podido molestar a alguien” declaró “Las reglas y valores por los que hoy nos medimos, y debemos medirnos, son muy distintos de cómo eran en el pasado”, ha añadido. ¿Se trata de un reconocimiento tácito de lo ocurrido? Tal vez no, pero lo que resulta más preocupante es que lo que sí deja en claro las declaraciones de Domingo, es la forma como se concibe las relaciones de poder entre mujeres y hombres en nuestra cultura. ¿Es Plácido Domingo un depredador sexual? Lo más preocupante es quizás la respuesta engloba algo más inquietante y duro de analizar: se trata de de un hombre que jamás creyó que lo que hacía fuera ilegal, espantoso o violento al presionar, violentar u acosar a las mujeres a su alrededor. Es “lo que hace un hombre”, diría cualquiera de su generación e incluso, también en la actualidad. Un hombre normal.

De pequeños secretos incómodos: el maltrato de la mujer y la normalización de la violencia

Una amiga me habla sobre su nuevo novio. Con una sonrisa casi compungida, me explica que él es controlador, celoso, que insiste en telefonarla con una frecuencia que comienza a incomodarla. Me describe escenas inquietantes de discusiones en público e incluso un empujón a mitad de la calle. La escucho preocupada, pero cuando hago un comentario al respecto me mira con genuina sorpresa.

– ¿Preocupada por qué?—me pregunta. Parpadeo, confusa.

– Lo que me cuentas es realmente inquietante—le digo. Mi amiga sonríe y hay en su expresión un dejo de condescendencia que no puedo interpretar muy bien. Una especie de superioridad indiferente, un poco desdeñosa incluso.

– Eso es amor.

– ¿Te parece que todas esas llamadas y esa tensión que me describes es una forma de profesar amor?—le pregunto. Cada vez me siento un poco más nerviosa, pero mi amiga parece no entender del todo mi reacción.

Sacude la cabeza, en un gesto que parece sugerir intenta conservar la paciencia.

– No es tan simple.

– ¿Por qué no lo es?

– Las relaciones tienen matices que sólo puede comprender la pareja—me explica. Y me desconcierta sus palabras, no por sus implicaciones—que ya de por sí, podrían sorprenderme—sino por el hecho que realmente parece ignorar lo anómalo de lo que me contó hacía varios minutos.

Recuerdo una de las escenas que me describió: las sucesivas e insistentes llamadas de su pareja durante horas luego de una pelea. Los mensajes telefónicos amenazantes. La inquietud que le había causado la manera agresiva en que se había tornado cualquier conversación a partir de ese momento. Y luego, la tumultuosa reconciliación, las promesas de “Nunca más ocurrirá de nuevo”, solo para que ocurriera un par de días después ¿Realmente no puede advertir lo inquietante de la situación? Me pregunto. ¿O es que en realidad estoy exagerando en mi interpretación de una situación que no comprendo, que analizo desde la objetividad del observador más allá del límite de la intimidad? No lo sé. Quisiera creer que es así, pero no puedo.

– Hay un matiz de agresividad en todo lo que me dices que es francamente...terrible. No entiendo cómo le permites hacer todas esas cosas y lo justifiques con esa idea abstracta del amor—le digo colérica. Me arrepiento nada más hacerlo: mi amiga me dedica una mirada sumárisima, con la expresión tensa y demudada. Casi puedo comprenderla ¿Quién desea escuchar algo semejante sobre el momento emocional en el que vive? ¿Quién desea soportar el juicio de valor de alguien más y sobre todo de una manera tan directa? Me avergüenzo, me cuestiono un poco mi audacia. Pero aun así, lo dicho, dicho está. De manera que aguardo su respuesta. Cualquiera que sea.

– No entiendes nada porque estás soltera—me suelta entonces. ¿Cómo ha dicho? Parpadeo incrédula. Ella recuperó el aplomo y de hecho, parece de nuevo llena de esa singular seguridad suya—es natural: todos envidiamos un poco la felicidad de los demás. Es parte de la naturaleza humana. El amor es el amor.

Esta vez, me contengo para no responder lo que estoy pensando. ¿Amor? Tal vez mi idea del amor es en exceso romántica o solo idealista, pero no incluye esa percepción malsana y dependiente que me describe sobre una relación de pareja. Y es que la sensación que me transmite su relato, las diminutas grietas en esa cotidianidad de pareja que parecen

describir algo más retorcido, tienen toda la apariencia de anunciar algo lo bastante grave como para rozar la violencia.

La miro: con treinta y tantos años, mi amiga es la imagen del triunfo femenino en nuestro país. Independiente y hermosa, socia en una firma de abogados de la ciudad, es probablemente quien menos podría pensarse podría sucumbir a una relación de una naturaleza tan desconcertante. Pero aun así, la asume con una naturalidad que no comprendo y mucho menos logro explicarme, a pesar de sus intentos por “hacerme comprender” que su nueva pareja tiene un “fuerte carácter”.

– No todo el mundo expresa el amor de la misma manera—me dice—para J. el amor es pasional y territorial.

– Hablas como si deberías atenerte a una idea concreta sobre lo que es una relación entre una mujer y un hombre—insisto—el amor o en todo caso, las relaciones de pareja son acuerdos entre dos adultos que deciden compartir su manera de ver el mundo.

– Eso lo dices porque estás soltera. Cada cama es un misterio.

La excusa habitual. Me siento incómoda y un poco pesimista con respecto al cariz al que está tomando la conversación: de pronto, mi opinión parece tener una estrecha relación con mi vida amorosa, la manera como la vivo con respecto al patrón común. Mi amiga extiende la mano y sostiene la mía, casi con amabilidad, como si me disculpara por mi poca comprensión sobre lo que es el mundo emocional. Al menos como ella lo interpreta.

– Nadie puede juzgar lo que ocurre en la vida del otro—dice entonces—entiendo que pueda extrañarte lo que ocurre en mi relación, pero aun así, es perfectamente válido que yo lo considere amor. Te sucederá alguna vez.

¿Es así? Me pregunto un rato después de despedirme de ella. ¿Esta extraña conversación solo demostró mi poco conocimiento sobre el mundo emocional ajeno? Pienso en mis relaciones emocionales, en mis romances cortos y apasionados, en los largos y dolorosos, en las pequeñas aventuras de besos y deseo que he disfrutado a lo largo de mi vida. ¿En algún momento alguna de mis relaciones estuvo al borde de la interpretación de alguien más?

Por supuesto que sí, admito casi con dificultad.

Cuando tenía escasos diecisiete años, me enamoré de un sujeto que me doblaba la edad y cuyo comportamiento era cuando menos, francamente irresponsable. Solíamos conducir por Caracas de madrugada a toda velocidad, riendo y besándonos de tanto en tanto. Y también cometer pequeños actos vandálicos que disfrutábamos juntos como travesuras íntimas: quemar la basura de la calle, arrojar pintura en las paredes y murallas de edificios y casas. Por último, la relación había acabado justo por lo que comenzó: el peligro que él representaba me desconcertaba y me atraía a partes iguales. Una amenaza cierta.

Nuestra última conversación fue inquietante. Me tomó de la muñeca y apretó con fuerza, causándome dolor. Y mientras me insistía en que “todo no podía terminar así”, me pregunté, con esa clarividencia súbita del miedo, que ocurriría después. Imaginé que aceptara quedarme, que asumiera por inevitable el apretón, el reclamo a gritos de dientes apretados y quizás los besos que vendrían luego. ¿Qué podría esperar a partir de entonces? ¿Qué extraño camino de aceptación y pérdida podría recorrer junto a un hombre que había invadido y avanzado más allá de mis límites naturales?

Tal vez era muy joven aún, pero recuerdo que la disyuntiva me aterrorizó como pocas cosas lo han hecho en mi vida. Cuando me solté de él y me bajé del automóvil, sentí un alivio profundo e inexplicable, que me llevaría años comprender. Todavía recuerdo la imagen de su rostro contraído de furia y el gesto impotente—y violento—con que golpeó la rueda del

volante. Nunca volví a verlo.

Pienso en esa escena mientras recuerdo cómo mi amiga insistió en que era normal los excesos de su pareja. Lo insistió con la inocencia de quien cree que puede controlar algo que no sabe ni siquiera qué lo está provocando. Pensé en su manera sencilla de hablarme de las discusiones a gritos, la obsesión, la forma como le agradaba esa “atención” enfermiza y excesiva que le prodigaba el hombre. Amor, me dije. Ella le llamó amor. ¿Cuántas veces hemos nombrado de la misma manera todo tipo de sentimientos confusos pero aun así apasionados? ¿Alguien tiene una idea cierta de lo que es un sentimiento que parece significar algo distinto para todos? Pero aun así, esa ligera incertidumbre no justifica el exceso, no justifica la agresividad y ese ligero límite del temor. ¿No son contradictorias ambas cosas?

– Tal vez, pero es difícil que puedas interpretarlo así a priori. A la mujer latinoamericana se le inculca una cierta visión de sumisión en las relaciones. Un acuerdo de poder desventajoso, digamos—me comenta P., psicólogo clínico a quién acudí para cuestionarme en voz alta sobre el tema. Conozco a P. desde hace un par de años y siempre me ha sorprendido su visión amplia y casi dura sobre el amor. Para él, esa visión romántica del amor que se tiene en Latinoamérica, esa interpretación de “la pasión” como justificación a toda una serie de comportamientos, no es otra cosa que una excusa directa hacia la visión machista de una sociedad miope.

– Pero mi amiga es una mujer moderna e independiente—le explico.

– La cuestión del equilibrio de poder en las relaciones es un fenómeno cultural—dice—no estamos hablando de dos individuos en condiciones de igualdad que intentan comprenderse a sí mismos a través de una serie de conceptos comunes, además de los naturales sentimientos apasionados. En Latinoamérica, el amor es un juego de roles, es una negociación de género donde la mujer siempre termina mal parada.

– ¿A qué te refieres?

– Digamos que en Latinoamérica, la mujer tiene un rol que desempeñar: ya sea en la pareja o de cara a la sociedad. Es simple: La mujer por sí misma no es una idea que la sociedad machista considere completa. De manera que siempre es algo más. Es la esposa apasionada, la mujer decente, la madre abnegada. Hay una intención social de definir tu condición de mujer con respecto a la dimensión de la pareja.

Es una idea que me irrita pero que reconozco, es cierta. ¿Cuántas veces no me han preguntado de manera directa e incluso casi grosera si pienso “sentar cabeza” y “hacer lo que se espera de mi”? En la primera mitad de la veintena, aprendí a sortear con cierta elegancia el interrogatorio de familiares y amigos sobre el tema, pero ahora, durante los primeros años de los treinta, la cosa se ha tornado cuando menos obsesiva. Y es que la sociedad no parece asumir a una mujer que no quiera definirse a través del hombre o mejor dicho, sus relaciones emocionales.

– Para tu amiga, como muchas mujeres más, el amor es una relación de conceptos perfectamente definibles. Un intercambio—me explica P.—ella obtiene amor, atención a cambio de permitir su pareja exceda ciertos límites. Y eso es justamente lo peligroso de este tipo de situaciones.

Sus palabras me producen escalofríos. Venezuela es un país con un alto índice de maltrato femenino, un crimen anónimo que muy pocas veces se denuncia y que la mayoría de las veces, se considera una circunstancia privada que solo atañe a lo doméstico. Y sin embargo, la violencia siempre parece sobrepasar ese fino velo de lo que se asume normal, evidente e incluso interpretativo. Pienso en todos los casos sobre violaciones en el lecho marital, los horribles asesinatos ocurridos cuando esa violencia mínima, disimulada, termina por abrirse paso en esa normalidad frágil que se asume por elemental. Es una idea difícil de digerir, sobre todo cuando asumimos que la violencia es un rasgo aceptado en nuestra sociedad,

que para nuestra cultura, hay un cierto nivel de maltrato “aceptable”. La imagen de mi amiga hablándome de los gritos y reclamos de su pareja y “furia pasional” me desconcierta un poco.

– En Latinoamérica se asume que ciertos rasgos de violencia pueden ser “normales”—me explica P. con cierto cansancio. Nos encontramos en su consultorio y en una de las paredes, cuelga un afiche donde una bella mujer de ojos tristes sonríe al espectador. Más abajo, la frase que leo me sobresalta: “Si mi esposo me sigue maltratando, estaré muerta en dos años”. Me aprieto las manos nerviosamente y pienso de nuevo en esa interpretación de la violencia, el respeto y las relaciones que subsisten en nuestra sociedad.

Pienso en las madres que golpean a los niños en plena calle, en los hombres empujándose unos a otros entre gritos y groserías. En los “piropos” que toda mujer debe asumir recibirá, aunque los tema y le produzca repulsión, al caminar por la calle. La sensación es de mirar otra dimensión de la sociedad que me produce un terror casi doloroso. ¿Qué tan conscientes somos de esa visión social de la violencia normalizada? ¿Qué tanto comprendemos las reales consecuencias de aceptarla?

amor violencia— No solo normales, creo que incluso podría decir que son bien vistos—murmuro—justamente en eso insistía mi amiga. Hablaba de lo que hacía su pareja como demostraciones de “afecto y pasión”.

– Por supuesto—asiente P.—para la cultura latinoamericana, la posesión es un rasgo masculino y viril. Esa necesidad de asumir que la mujer le pertenece. La igualdad es una idea que no se comprende muy bien. Por ese motivo situaciones donde a la mujer se le falta el respeto, se le denigra o se le humilla, no se consideran maltrato psicológico. Son simplemente comportamientos que se asumen inevitables.

Imagino a mi amiga, una mujer firme y resuelta, lidiando con las peleas a gritos que me describió. ¿Hasta qué punto interpretamos la conducta violenta como inevitable? Me pregunto a mí misma, casi con dureza: ¿Cuántas veces he considerado la agresión como una forma de cultura? Me cuestiono con franqueza y ya solo con respecto al tema emocional, sino incluso mi visión sobre la cultura en la que vivo, en la sociedad en la que crecí. Los símbolos de violencia abundan, forman parte de ese entramado de ideas que consideramos naturales, evidentes. Somos complacientes con la percepción de la violencia.

Lo somos, sin duda, me digo mientras leo algunos capítulos del libro “Cuando amar demasiado es depender” de la autora Silvia Congost. Porque mientras que la visión de la agresión se asume como parte de lo que consideramos culturalmente aceptable, una idea mucho más inquietante se manifiesta: la violencia es invisible. La autora insiste, de hecho, que muchas veces quien sufre la violencia no es consciente de lo que padece, que más allá de lo obvio, lo asume como parte de una idea mucho más elemental del deber ser social. En palabras de Congost, las víctimas “Cada vez más ven las agresiones como algo natural, habitual, se acostumbran a ello, hasta tal punto de que les cuesta muchísimo salir de allí”. Y el planteamiento me hace analizar no solo lo que la cultura construye como concepto de normalidad sino hasta qué punto, la violencia es indivisible de esa normalidad—aparente y siempre quebradiza—que forma parte de nuestro entorno.

Unas horas más tarde, mi amiga me telefona por algún motivo que no recuerdo. Conversamos, reímos, pero no logro evitar pensar que habrá ocurrido—si es que ocurrió—luego de nuestra conversación. ¿Habrá recordado mi preocupación después? ¿Le habrá parecido significativa? No le pregunto al respecto, por supuesto, pero cuando nos despedimos, la escucho suspirar.

– Lo estoy pensando—me dice. Solo eso. No respondo de inmediato, sorprendida. Sé a qué se refiere, claro está, pero no pensé que lo afrontaría de manera tan directa. Pero me alivia

que lo haga: es una manera quizás de romper esa pátina de normalidad aparente, frágil y tensa donde la violencia parece sostenerse.

– Mírate a ti misma como me mirarías a mí en el mismo caso—le digo. Y es que no encuentro otra forma de expresar mi miedo por ella, la sensación de angustia que me hizo sentir la circunstancia que atraviesa.

– Lo haré—me asegura. Y hay una nota nueva en su voz ¿Cansancio? ¿Preocupación? No podría decirlo.

Cuando me cuelga me quedo pensando en ese breve intercambio de ideas, tan circunstancial como firme. Y aun así, me reconforta el pensamiento de que a pesar del peso de la cultura y la mirada de lo social, aún podemos luchar contra la violencia, asumir que no es inevitable y más allá, creer que es posible enfrentarnos a su supuesta—y pretendida—normalidad.

La violencia de género alcanza una nueva dimensión: Unas reflexiones sobre las redes sociales como instrumento de acoso sexual

Hace unos meses, una de mis amigas tuvo que enfrentar la amarga experiencia de perder el control de su intimidad, cuando su ex novio publicó en su front page de Facebook fotografías íntimas. Al principio, con la intención de forzar una reconciliación luego de una ruptura muy pública y dramática. Después, para chantajearla para mantener relaciones sexuales e incluso, pedir dinero a cambio de eliminar las fotografías. Abrumada y aterrizada por la agresión de quien hasta entonces había considerado un hombre sensato e inteligente, abandonó todas sus redes sociales mientras intentaba manejar la situación, sin lograrlo. Le llevó semanas enteras lograr que Facebook eliminara las publicaciones y aún más, encontrar una manera legal de recuperar cierto control sobre el material sensible que su ex había difundido. Me lo cuenta todo aún enfurecida y frustrada, pero sobre todo asustada por lo ocurrido.

—Nunca esperé que algo así pudiera pasarme—me explica—estaba segura podía confiar en él.

Tenía razón en hacerlo. Después de todo, habían sostenido una relación de casi cinco años, lo suficientemente sólida como para que incluso pensar en un compromiso a largo plazo. Nunca había existido el menor indicio de violencia, abuso o incluso, la mera intención de la agresión. Me quedo pensando en todas las ocasiones en que hemos confiado conversaciones, comentarios íntimos e incluso sexuales a parejas y amigos. Asumiendo el hecho de la confianza como un gesto total y recíproco.

Pero por supuesto, no lo es y se trata de una forma de violencia. Una tan sutil, confusa y que parece encontrarse en los borrosos límites entre lo que suponemos es la privacidad, lo confidencial y el hecho de utilizar información íntima como una forma de agresión muy clara. Se trata además, de una forma de violencia que utiliza el hecho de lo privado como un arma concreta con un peso muy específico. Para mi amiga, significó no sólo enfrentarse a la vergüenza y a la humillación públicas, sino también a la incapacidad de controlar el destino final de material privado sensible de enormes implicaciones. Transcurridos seis meses, sigue sin saber qué ocurrió con los desnudos y videos íntimos difundidos por su ex pareja. Eso a pesar de dedicar horas enteras a denuncias, rastreo e investigación.

—Es vivir con la plena certeza que un día te toparas con esas fotos en el lugar menos esperado—me dice cansada y afligida—que simplemente perdiste el control de tu imagen e



incluso, tu privacidad. Es agobiante vivir con un pensamiento semejante a diario.

Se le llama sextorsión al chantaje de una persona por medio de una imagen sexual compartida sin su consentimiento a través de internet. La víctima es coaccionada por motivos sexuales o monetarios a través de internet, lo que provoca la incapacidad de la víctima para monitorear, controlar o evitar la difusión de material privado. Aunque ocurre con mayor frecuencia entre adolescentes, la sextorsión es un peligroso fenómeno que se hace cada vez más frecuente en relaciones que tienen a internet como principal protagonista. Mucho más aún, en nuestra época donde el hábito de difundir imágenes de contenido sexual a través de todo tipo de plataformas virtuales se ha incrementado y normalizado como parte de la dinámica social moderna.

La sextorsión además, involucra la mayoría de las interacciones que se utilizan como parte de lo que consideramos formas de comunicación en la actualidad: desde imágenes de webcam, emails, mensajería de texto hasta el conocido sexting, el chantaje a través de imágenes sexuales abarca un amplio espectro que además, deja muy claro que se trata de un fenómeno difícilmente controlable. No se trata de un tema sencillo y como descubrió mi amiga, tampoco predecible. Después de todo, la mayoría de los que utilizamos redes sociales, plataformas de interacción virtuales y todo tipo de sistemas de comunicación basadas en internet, no estamos del todo conscientes de los peligros que puede implicar compartir información sensible incluso con quienes asumimos de nuestra entera confianza. Y eso abarca por supuesto, la forma en que comprendemos la privacidad en nuestra época y más allá de eso, la manera en que el material que difundimos puede ser utilizado como agresión o amenaza.

Pero el chantaje sexual en redes va mucho más allá que un delito específico: Internet parece ser el caldo de cultivo ideal para todo tipo de formas de violencia que en ocasiones pasan desapercibidas por el mero hecho de ser normalizada en medio de las infinitas interacciones que llenan la red. La violencia de género también se da en lo digital y se agrava por las múltiples ventajas que el agresor puede tener en medio del anonimato de la red, sus enormes recursos de investigación e incluso, en la ambigüedad de la interacción social. Con frecuencia, quienes la sufren no sólo no saben cómo identificarla sino que además, la consideran parte de los “riesgos” que pueden correrse en medio de situaciones virtuales. No obstante, el medio y la herramienta digital no condiciona ni disminuye la gravedad de los delitos que se cometen en su entorno y de hecho, sólo transforman la violencia que se ejerce en algo por completo nuevo y quizás por ese motivo, aún más peligroso.

Por supuesto, se trata de la amplificación de fenómenos de agresión muy corrientes y a los que nos enfrentamos a diario. El ciberacoso, la sextorsión y el slut shaming sólo son variantes de un tipo de machismo que condena la sexualidad de la mujer y la convierte en motivo de abuso, escarnio y humillación. Las redes sociales y otras plataformas sólo han demostrado el alcance del fenómeno y la manera en que se normaliza, sobre todo en una época donde la llamada “etiqueta sexual” parece estar muy relacionada con la competencia sexual y cierto tipo de estigmatización de la libertad individual erótica.

Recuerdo todo lo anterior, mientras mi amiga me cuenta que soportó burlas e incluso bullying debido a la difusión de sus fotografías privadas. En más de una ocasión incluso se le culpabilizó por lo ocurrido, por el mero hecho de haber accedido a fotografiarse en situaciones sexuales. Para buena parte de quienes la rodean, es mucho más grave la libertad sexual de una mujer que transgrede la imagen de tradicional femenina, que el delito de forzar su intimidad y difundir material de índole privado que cometió su ex pareja.

—Según mucha gente, tuve la culpa sólo por haberme desnudado—me dice, abrumada y desconcertada—como si me “hubiera” buscado el acoso sólo por disfrutar de una fantasía sexual. El comportamiento de mi pareja, el hecho criminal de haber utilizado material como

una forma de violencia, no le importa mucho a nadie. “Te lo buscaste”, es la frase que más me han repetido en los últimos meses.

Pienso en todas las veces en que he escuchado a un hombre llamar “puta” a una mujer por la ropa que lleva y la forma como de inmediato, la frase y sus implicaciones tienen un inmediato apoyo. O en todas las ocasiones en que me han insistido que la violencia intrafamiliar y marital, es “cosa de parejas”, como si fuera evidente que el maltrato forma parte de cualquier relación emocional. Y es que hay una serie de percepciones y conclusiones sobre la violencia que una mujer puede sufrir—física, emocional y sexual—que parecen sujetas a esa opinión tradicional sobre lo que la mujer puede o no debería hacer. Eso por supuesto, se extiende a las redes sociales y su uso: un punto de vista que no sólo resulta preocupante por razones obvias sino además, peligroso por sus implicaciones.

—¿Lo peor? Que el hecho moralista está en todas partes. Como si antes de condenar cualquier hecho contra la mujer, primero debe evaluarse si lo merece—sigue mi amiga—en otras palabras, un delito contra la mujer sólo se condena si “no lo provocaste”. Y en mi caso, “me busqué” que mi pareja difundiera mis fotografías por “fácil” y “exhibicionista”.

Me dice todo lo anterior con una profunda tristeza. Por más de seis meses, ha tenido que luchar contra un estigma muy duro de sobrellevar y que parece haberse extendido a todo su círculo personal y laboral. Uno de sus colegas en la oficina en la que trabaja, difundió una de sus fotografías al resto y por semanas, tuvo que soportar murmuraciones sobre su vida sexual e incluso sobre su moralidad. Su hermana dejó de dirigirla la palabra luego de lo ocurrido. Varios de sus amigos también. Además, tuvo que enfrentarse a la impunidad: aunque denunció el hecho en la Fiscalía venezolana, no obtuvo otra cosa que un incómodo interrogatorio judicial donde el policía insistió en preguntarle “qué había hecho para provocar algo así”. Finalmente, mi amiga desistió de la vía legal y tuvo que soportar el acoso de su agresor, sino también, la indiferencia de quienes le rodeaban.

Casos como el suyo son los más frecuentes. En pocos países la legislación se preocupa por calificar y condenar un delito contra la mujer, sin incluir una serie de atenuantes que parecen señalar directamente a su comportamiento moral y sexual. Y eso incluye delitos de índole tan novedoso en nuestro país—y quizás en nuestro continente—como el acoso sexual y la violencia de género través de redes sociales. Se trata claro está, de una caja de resonancia del habitual machismo latino. Como si se tratara de una excusa tácita para quien agrede, la cultura occidental parece definir cierto tipo de delitos sobre el hecho de “cómo la víctima pudo haberlo evitado” o incluso “el hecho de haberlo permitido”. ¿En cuántas ocasiones no se insiste en que la forma de vestir de una mujer, su comportamiento social, su manera de beber o de hablar o incluso, el maquillaje que lleva no son elementos que podrían “provocar una agresión”? ¿Cuántas veces no se insiste que la mujer “debe tener más cuidado” para evitar la violencia física y sexual? ¿Qué ocurre con una sociedad que insiste en enseñar a la mujer a temer y no el hombre a evitar agredir?

No es una idea sencilla para un considerable número de hombres y mujeres. Menos aún, una que se analice con frecuencia. Por ese motivo, me pregunto en voz alta cuál sería la manera más directa de no sólo enfrentarse a esa idea, sino también, de comprender hasta qué punto, nuestra perspectiva sobre el tema parece apuntar directamente hacia una contradicción real sobre cómo percibimos—asumimos—la violencia machista. Y quizás, la mejor forma de hacerlo sea apuntando directamente hacia el origen del problema o mejor dicho, la percepción que se tiene de él. Esa interpretación general que no sólo distorsiona lo que es o lo que puede ser la violencia contra la mujer sino también, nuestra comprensión sobre el tema.



Parte 6 - En este país, mi país, tu país

El miedo sin rostro: En Venezuela, todas las mujeres son víctimas

Uno de mis amigos suele decir que me tomó las cosas con “excesiva intensidad”. Lo pienso, mientras leo una violación – otra – de una niña en mi país y siento unos incontenibles deseos de llorar. De hecho, termino por llorar, pero no sólo por la noticia de la nueva víctima de la violencia machista, sino por todo lo que rodea al asesinato de Karla Ríos, cuyo ex la acosó hasta matarla.

Karla había denunciado a su ex pareja y agresor en al menos una docena de oportunidades, pero nunca recibió una respuesta de las autoridades. No al menos, una que tomara en serio la gravedad de sus denuncias y le permitiera ¿qué? ¿Salvar la vida? Pienso en la frase, edulcorada y casi confusa, incapaz de abarcar el horror que debe soportar una mujer abusada de manera psicológica y física. En el miedo de Karla, que intentó huir de un agresor obsesionado e impune. Uno que, por último, la mató.

Pero lo que me saca lágrimas de dolor, miedo y por supuesto furia, es la reacción de esa gran conversación virtual que, de una u otra forma, refleja el machismo normalizado y naturalizado en nuestra cultura. Aturdida, leo a los que culpan a Karla, sólo por ser una mujer bella, por “no escapar” a tiempo. Por no “saber a quién tenía al lado”. Hay quien incluso insiste en que el asesinato “ocurrió entre una pareja” y que hay que “esperar para saber la verdad”. Como si la Karla, maltratada por años, que vivió aterrorizada durante los últimos meses de su vida y que al final, murió asesinada tal y como temía, tuviera alguna responsabilidad en la violencia que sufrió.

Me aterroriza la frialdad con la que el venezolano común analiza la muerte de una mujer, la forma en que justifica su sufrimiento y al final, la manera como sostiene y alimenta al monstruo de la violencia.

– Así somos – dice mi amigo J. – y lo somos desde hace tiempo. Es cosa de venezolanos.

Conversamos de manera virtual y su rostro tiene algo de irreal, un poco borroso en mitad de la pantalla de la portátil. No sé qué responder o, mejor dicho, la ira me cierra la garganta. Mi amigo es padre de una niña y también un hombre que siempre he considerado sensible. Uno de los “pocos tipos buenos”, como insiste su esposa. De modo que no sé cómo encajar la resignación con la que resume una situación crítica que todas las mujeres tememos y algunas terminan por sufrir a diario.

— ¿Así somos? ¿Eso justifica que se culpe a una mujer por su propio asesinato? – le digo, por último. Intento contener el enojo, pero esas cosas jamás se me dan demasiado bien—una mujer cuya única “culpa” fue no haber podido escapar con mayor rapidez, no haber podido...

Silencio. Se me salen las lágrimas de nuevo. Mi amigo suspira, como si lamentara haber provocado semejante discusión en lo que parecía ser sólo una conversación casual, un encuentro académico, que de hecho nada tiene que ver con el asesinato de Karla, del que J. no tenía noticia hasta que lo mencioné.

Le hablé sobre la mujer asesinada: un crimen a sangre fría que ahora mismo se había convertido en una estadística. Un número en una línea de miles de nombres que engrosan la realidad de la mujer en el país. Me escucha, con gesto de preocupación y, al parecer, paciencia. Porque se trata de un tema abstracto, al menos para él. La muerte de una mujer en un país violento. El tercero del continente, la ciudad más violenta del mundo. Pero para mí, Karla es real. Karla es la mujer aterrorizada que todas hemos sido alguna vez. Karla es el símbolo del machismo primitivo y brutal que debe soportar toda venezolana antes o después.



- Pero ya se sabe qué ocurrió - dice en voz baja - ese tipo estará preso. Y punto y final.

Pienso si para la familia de Karla ese será el “punto y final”. Me recorre un escalofrío. La víctima recibió dos disparos y murió en brazos de su madre, antes de recibir atención médica. Pero antes, fue acosada por cinco meses por un hombre que le amenazó y le aterrizó en todas las formas en que pudo hacerlo. Un hombre que se fotografió con un arma en la mano, uno que no dejó de insistir le asesinaría.

Me pregunto si mi amigo entiende el horror de la historia, lo que significa para cada víctima potencial en un país en la que la impunidad machista es la norma. En la que el maltrato de género y doméstico, se considera “cosa de pareja” y en el que se señala a una mujer “por no huir pronto”. Una cultura con escaso conocimiento sobre el maltrato y la violencia, que siempre justificará al hombre, cualquiera sea la situación.

-¿Qué pasaría si se tratara de tu hija? - le dijo a J.

-¿Mi hija...qué? - se sobresalta.

-Si se trata de tu hija, a la que un hombre acosa y dispara.

La hija de mi amigo tiene diez años. Es inteligente, brillante y adorable. La he visto crecer. Me lleva esfuerzos utilizar su imagen en semejantes términos. Un golpe bajo, pienso avergonzada. Pero cuando su padre se sonroja, los ojos brillantes, la mandíbula firme, comprendo que toqué un punto sensible. Quizás eso le permita entender de qué hablo.

-¡Es una chama!

-Es una mujer en un país machista.

-Mi hija no tiene nada que ver con una mierda semejante.

-Este es el país con el que tendrá que lidiar.

Conozco a J. desde hace veinte años. Nos conocimos en la universidad y de alguna u otra forma, nos hemos visto crecer mutuamente. Sé que es un espíritu amable, uno de los que colabora con todas las causas nobles a su alcance, el hombre que se opone a la violencia, que se llama pacifista.

Pero también, el que considera que la palabra “feminicidio” no existe. Que es un matiz sin sentido, dramático, para sólo violencia. “Así en general”. Me lo ha dicho más de una vez. A pesar de llamarse a sí mismo “aliado”. Pero en realidad, es muy fácil hablar de apoyo a las mujeres cuando mantienes la distancia, me digo. Cuando la violencia es una confusión de conceptos, cuando te hacen bromas sexistas porque “así somos”. Cuando hablas sobre el maltrato de género en voz baja e insistes “no todos los hombres actuamos de ese modo”.

Es sencillo, me digo, cuando estás lejos de un sistema que perdona, disimula, justifica y oculta la agresión contra la mujer porque puede, porque es muy sencillo en un país como el nuestro. Es muy fácil mirar las consecuencias del machismo y analizarlas de forma superficial, cuando no forman parte de su vida. Mi amigo se queda muy quieto. Incluso a la distancia virtual, noto su disgusto, su angustia, su furia.

-Es distinto - dice, por último, en voz baja - no es lo mismo.

-¿Por qué?

-Porque es mi hija y yo voy a estar allí.

Me contengo para responder la respuesta que de inmediato formulo en mi mente: el egocentrismo simple y banal con que, en la actualidad, analizamos la violencia ya sea de género o de cualquier otro tipo, la mirada de temible indiferencia con que desdeñamos el horror, como si se tratara de una mera idea abstracta. Quizás lo es, me digo con el corazón latiendo tan rápido que me lleva esfuerzos respirar.

Tal vez, para la mayoría de la gente la violencia es la sucesión de noticias desgarradoras que atraviesan los medios de comunicación y las redes sociales, en un interminable escenario tenebroso que muestra en eterna sucesión los peores dolores y sufrimientos de nuestra cultura. ¿Será ese el efecto de la inmediatez? me pregunto aturrida, desconsolada. ¿Será esa la noción más dura y angustiada sobre ese cinismo contemporáneo que se construye a diario? No lo sé. Sin duda pecho de ingenua al dudarlo. O incluso, sólo analizarlo desde un idealismo frágil y quebradizo.

— El machismo y la violencia están en todas partes—respondo por fin—Karla tenía padre y madre. Cada mujer que maltratan, matan y violan tiene familia. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Mi amigo chasquea la lengua, sacude la cabeza. Para él, todo lo relacionado con el machismo es un mal inevitable, endémico y asimilado por nuestra cultura, imposible de analizar de otro modo. En más de una ocasión me ha insistido que el feminismo es como batallar contra un molino monstruoso que, además, se multiplica por cada piedra que cae. “Nuestro continente es machista, el mundo es machista. Educa a las mujeres para que no acepten semejante trato. Pero no podrás destruir un sistema que se sustenta de todo lo que consume y lo alimenta a diario” me dijo en una de nuestras discusiones más duras, hace un par de años.

- Hablas de una niña de diez años.
- Hablo de una mujer venezolana.

Me obligo a no continuar. Tengo la nítida sensación que toqué una línea de no retorno en nuestra amistad. Pero quisiera hablarle de todas las mujeres muertas a diario, año tras año. Las maltratadas, las rotas, las confinadas, las violadas. De Linda Loaiza, cuyo único “crimen” fue resultarle atractiva a un hombre monstruoso y violento. Hablarle sobre la forma en que el Estado y la ley venezolana comprenden a la mujer: la forma en que se menosprecia la opinión jurídica sobre los derechos del cuerpo.

De Karla Rivas, que es ridiculizada y señalada en redes por tener un cuerpo hermoso y a quien se le considera responsable de su muerte, sólo porque el asesino era su pareja. De Angela Aguirre, violada y cuyo cuerpo fue arrojado a un río, mientras buena parte de quienes la conocían cuestionaban su moral y comportamiento. De Morella, que aún esconde su nombre, porque pasó treinta años encerrada en un apartamento de Maracay y debe “justificar” no haber huido ni tampoco, haberse “defendido”.

Quiero hablarle de las mujeres golpeadas que conozco, de las que me piden “no cuente a nadie” lo que sucede. Quiero hablarle de mi miedo de ser golpeada, maltratada, herida, porque en este país puede ocurrir y no habrá culpables. Me contengo de contarle que la mayoría de las personas que conocen preferirán que su hija geste un bebé que no desea antes de brindarles los medios para entender su sexualidad y su capacidad reproductiva. Que, para la cultura venezolana, la mujer vale tan poco, es tan poco importante, como para que deba ser tutelada por una ley que aplasta todas sus decisiones sobre su cuerpo.

Al final, la conversación termina sin otra palabra. Para J., su hija es diferente a las mujeres de su país porque no puede concebir lo que le acecha. Para mí, es otra víctima en potencia, al borde de una situación inexcusable y violenta que le espera al más mínimo error. Siento



miedo, siento angustia, siento un profundo dolor. Me pregunto de nuevo, por todas las mujeres sin rostro de este país en que la impunidad y el desprecio a la mera condición femenina forma parte de un aspecto de la sociedad que pocas personas comprenden a cabalidad. Pienso en las víctimas anónimas, las que mueren a diario en medio de la indiferencia de un país en el que el machismo es una amenaza invisible y devastadora.

Pienso de nuevo en Karla, que es “culpable” de su propia muerte y vuelvo a llorar. De impotencia, de rabia, de simple incapacidad para asumir el miedo que el gentilicio de mi país me provoca desde que recuerdo y que, con toda seguridad, nunca dejaré de hacerlo por completo. Lloro por todas las víctimas. Las ocultas, sin nombre. Las anónimas. Las rotas, las devastadas. Las que jamás volverán a tener la oportunidad de sentir miedo. Las que morirán porque en Venezuela ser mujer, es correr el riesgo a diario de ser una estadística.

Entre la hipocresía y el disimulo: el feminismo a la venezolana

Ser feminista en Venezuela no es sencillo y no lo es, porque asumir militancia sobre los derechos de la mujer en nuestro país implica que, de alguna u otra manera, terminará chocando de manera frontal con ese conservadurismo puro y duro tan tradicional en la cultura Venezolana. En otras palabras, ser feminista en Venezuela es un riesgo, una amenaza perenne y también, una forma de arriesgar que tu opinión sea caricaturizada, maltratada y menospreciada por el solo hecho de ser parte de un movimiento político del que se habla mucho pero se sabe muy poco. Carne de cañón para una vieja discusión ideológica

Pero lo es aún más, porque en Venezuela el término feminismo fue consumido, abusado y sobre todo tergiversado por el poder. El feminismo en nuestro país no sólo debe atravesar la habitual discusión sobre la pertinencia de su existencia—o no—sino también, luchar contra el hecho de haber sido absorbido por una visión ideológica que secuestró su capacidad de lucha y debate. Con un costo social y cultural altísimo, el Feminismo se encuentra sometido a las directrices y limitaciones de un proyecto político que desconoce su valor y sobre todo, destroza su coherencia como lucha social por derecho propio.

Ejemplos sobran sobre el hecho que el Feminismo en nuestro país es una comprensión limitada y confusa sobre lo que la defensa de los derechos de la mujer puede ser. Hace unos cuantos años, un cartel de la misión gubernamental “Mi casa bien equipada”—que fue exhibido en la mayoría de los edificios de las instituciones públicas—explicaba al posible lector, las bondades de diversos aparatos electrodomésticos. La omnipresente imagen de Hugo Chávez, encabezaba lo que parece ser un detallado catálogo de las bondades de la tecnología desde el punto de vista revolucionario: por tanto, un televisor no es un televisor sino un espacio para “la reproducción de nuestra cultura”. Tampoco un refrigerador es sólo un objeto: es también un elemento que permite tener a la mano “la comida fresca para la tribu”. Aún menos una lavadora es sólo un electrodoméstico sino la oportunidad que brinda la revolución a la mujer “de librarse del trabajo pesado”. Una y otra vez, el mensaje de la propaganda y la ideología que lo sustenta, pareció sugerir que en Venezuela el feminismo no sólo apoya los tópicos y prejuicios contra los que debería enfrentarse sino que además, el poder lo institucionaliza, los hace concretos y parte de la cultura que se asimila.

Todo lo anterior sucede, en un proceso político que más de una vez, se ha llamado así mismo “Feminista” y proclama la identificación del Gobierno con la celebración y promoción de la igualdad y la equidad. No obstante en la Venezuela del socialismo del siglo XXI, donde se asegura que el sistema político asume la inclusión de género como valor y objetivo, la figura femenina ha sido más maltratada que nunca. Se desvirtúa y se erosiona el papel



social de la mujer Venezolana, en beneficio de un discurso político que utiliza al Feminismo para sus fines, sin ofrecer sustento alguno a sus reflexiones e ideas.

La contradicción parece cada día más evidente, se hace más dura de comprender: Hay “médicos y médicas”, también “ciudadanas y ciudadanos”, y toda una serie de términos específicamente femeninos y masculinos que insisten en demostrar que el poder fomenta la inclusión, pero también se despiden a una empleada del Ministerio de la Mujer por haber modelado. Al mismo tiempo que se habla de la representatividad política, el Presidente Nicolás Maduro usa términos machistas para insultar a minorías y los convierte en víctimas de segregación. Al mismo tiempo que se insiste en el número de Ministras del tren ejecutivo supera al de cualquier otro del continente, la figura de la mujer Venezolana, la real, la cotidiana, la que no se usa como frecuente panfleto ideológico, continúa padeciendo de una situación donde su identidad sigue siendo aplastada por una interpretación histórica que la desvaloriza.

Porque mientras se celebra que la constitución puntualiza en interminables artículos a los “ciudadanas y ciudadanos”, el país sufre la mayor tasa de analfabetismo por género del continente. Y es que todos los aparentes triunfos del feminismo a la venezolana parecen encaminados a sustentar la imagen de la mujer dependiente, que logra un alivio a sus tradicionales roles y tópicos, pero que jamás debe aspirar a otros. Sí, en Venezuela hay “ciudadanos y ciudadanas”, pero esa inclusión a nivel de lenguaje no incluye una percepción común sobre la mujer moderna, contemporánea. La mujer a quien se le brinda la oportunidad de construir un futuro a la medida de sus aspiraciones, de elaborar una idea concreta y fructífera sobre su individualidad y sus relaciones con la sociedad. Al contrario, el “feminismo revolucionario” parece más interesado en analizarse como una piedra de sustentación de una falsa reivindicación y no otra cosa.

Incluso militantes del socialismo y con activa participación en la noción de lo femenino bajo la óptica ideológica, parecen preocupadas por la promoción de una imagen de la mujer distorsionada y reconstruida para beneficio de una tolda política. En su interesante artículo “Mujeres y Socialismo del siglo XXI: ¿Un feminismo patriarcal?” la articulista Tatiana Malaver llega a la preocupante conclusión que para el chavismo, la defensa de los derechos de la mujer es cuando menos incidental y promovido como visión edificante pero vacía del poder: “Políticas promovidas como revolucionarias, emancipatorias y liberadoras, como las de la Misión Madres del Barrio*, los microcréditos del Banco de la Mujer y la última Ley de Lactancia Materna -donde, en vez de tomar medidas que permitan a la mujer salir de la cuarentena post-parto, la mantienen en el claustro privado del hogar-, no son más que políticas patriarcales que siguen manteniendo y condenando a la mujer a las cadenas de la esclavitud doméstica” comenta la autora, al referirse a las diversas manifestaciones públicas del poder Central en supuesto apoyo a la figura femenina. Aun así, el chavismo—como corriente política—insiste en asumir la reivindicación como una expresión política sin otro valor que la publicitaria, la evidente y carente de cualquier valor real.

El inmediato cuestionamiento que surge con respecto a toda la anterior reflexión es obvio ¿El feminismo venezolano podrá sobrevivir al poder? Es un pensamiento que me preocupa con frecuencia, porque sugiere cientos de implicaciones. ¿Podrá el Feminismo en nuestro país luchar contra un peso ideológico que desvirtúa su sentido real? ¿Podrá el Feminismo separarse de una percepción que parece utilizar sus planteamientos en beneficios propios? La respuesta a cualquiera de esas interrogantes es cuando menos confuso y me hacen recordar algunos fragmentos del libro “rebelarse vende” de Joseph Heath y Andrew Potter. Según los autores, la contracultura solo existe en su necesidad de oponerse, en su interpretación como opuesto inmediato de una idea establecida.

¿Pero qué ocurre, como en Venezuela cuando la idea opuesta es la esencia misma de la idea contra la cual presume luchar? Alguien más cínico que yo, insistiría en un argumento

casi morboso: el canibalismo del argumento ideológico que se devora así mismo, el marketing político construido a la medida de la ingenuidad social. ¿Cómo puede enfrentarse el Feminismo a esa insistencia del poder de usar su propuesta como una herramienta de choque efectista sin mayor consecuencia? En realidad toda la reflexión se trata de algo más simple y Heath lo resume con enorme precisión: «La contracultura ha sustituido casi por completo al socialismo como base del pensamiento político progresista. Pero si aceptamos que la contracultura es un mito, entonces muchísimas personas viven engañadas por el espejismo que produce, cosa que puede provocar consecuencias políticas impredecibles.»

Sin duda, el Feminismo Venezolano protagoniza un extraño fenómeno histórico: un espiral desconcertante donde ideología y planteamiento social chocan para crear algo totalmente nuevo. Y quizás eso es lo que le haga tan sencillo al poder disfrazarse de luchador, de rebelde, sin ser otra cosa que un experimento fallido de la ideología más vieja de todas: el poder intentando sostenerse sobre la frágil base de la distorsión histórica.

Un fragmento de espejo roto: El país de los dolores invisibles

Hace unos días, una amiga extranjera me comentó que le provocaba “una enorme tristeza” que las “venezolanas sufrieran la crisis y fuera evidente”. Me quedé un poco aturdida, mirando su rostro medio desdibujado en la pequeña ventana del Skype.

—¿Te refieres al estrés y la frustración?—pregunté.

—No, que ya no puedan verse impecables como siempre. Ya sabes, ustedes eran las mujeres más bellas del continente.

No supe qué responder a ese comentario. Confundida e incómoda, me pregunté—como tantas otras veces en el pasado—cuál es la percepción que se tiene sobre el gentilicio venezolano. O mejor dicho, sobre esa percepción acerca de lo estético que parece que lleva aparejado sin remedio nuestra identidad nacional. Mi amiga—europea, feminista y que siempre aboga por vencer “la tiranía de la belleza”—debió notar mi incomodidad y de inmediato, comenzó a disculparse. Intentó explicarme que hay una percepción muy compleja sobre “la autoimagen” de la mujer Venezolana y sobre todo, “la forma como la belleza es una expresión de triunfo social”. La escuché en silencio, atenta, en un intento de comprender ese punto de vista externo sobre la mujer de nuestro país que siempre me ha parecido angustioso, temible y prejuiciado.

—No puedes negar que la visión sobre lo femenino en Venezuela atraviesa su triunfo en los concursos de belleza y la especial atención que ponen a su aspecto—adujo—es como si la autoestima nacional tuviera una relación directa con el aspecto de sus mujeres.

—No es tan sencillo—respondo con un suspiro—no se trata sólo de un asunto estético. Es un tipo de presión social que se manifiesta en cientos de maneras distintas.

—Claro, eso lo sé. El país de las mujeres más bellas.

El epíteto me produce un sobresalto doloroso, sobre todo porque crecí escuchándolo, temiéndolo y también al final, comprendiendo que se trata de una rara distorsión sobre la forma en como comprendemos a la mujer y a la sociedad de nuestro país. Las mujeres “más bellas del mundo” son venezolanas, dice un compatriota eufórico y nostálgico tras emigrar. Las mujeres más sensuales, las más hermosas y provocativas insisten en la prensa de estancillo, la que consume la imagen de una mujer imposible e idealizada. La mujer venezolana “inolvidable” que llena la empobrecida publicidad nacional. El estereotipo se extiende y se difunde en novelas, en el cine nacional, en esa noción levemente quebradiza

de la mujer objeto y consumible. Pero eso es parte de la autoestima nacional. O al menos, en eso insiste una cultura obsesionada con el aspecto físico y la manera como se supone deben lucir las mujeres del país.

Por décadas, se ha insistido un deber ser estético que define a lo femenino no sólo como un objeto hermoso y decorativo, sino además, una idea confusa sobre lo que la venezolana puede concebirse. Después de todo, somos un país que se toma muy en serio los concursos de Belleza. Tan en serio, como para crear y apoyar prejuicios sobre la imagen de la mujer, quienes somos y quienes aspiramos a ser. Tan en serio como para parecer una parte imprescindible de la forma en que puede comprenderse la sociedad venezolana.

Claro está, se trata de un fenómeno insólito, extraño, imposible de definir de manera sencilla. Nadie que no sea venezolano, comprende muy bien esa presión invisible que llevamos a todas partes como un peso real. La presión de crecer en una cultura hipercrítica con el aspecto físico, que se exige a sí misma un tipo de percepción estética que tiene por único objetivo el consumo, la noción sobre cierta necesidad de construir el valor de la mujer Venezolana a través de su aspecto. A pesar de la agudísima crisis económica, en Venezuela continúa prosperando la noción de la cirugía estética como una necesidad imperiosa, parte de un tipo de prioridad que se hace imprescindible. Mujeres que analizan y cuestionan su valor, a través de su apariencia y quizás, su capacidad para parecerse cada vez más a la “mujer venezolana” que habita en cierto imaginario colectivo. La mujer que además de hermosa, es sexualmente agresiva, pero también sumisa. La mujer “que sabe darse su puesto” pero a la vez es independiente y “echada pa’ lante”. Un híbrido imposible que se exige, que se convierte en una necesidad imperiosa, en casi un dolor cultural.

Hará un par de semanas, caminaba por el pasillo de un depauperado centro comercial, cuando una mujer que me pareció no conocía de ninguna parte me saludó con un gesto muy cariñoso. Desconcertada, me detuve y esperé que se acercara: era una mujer de edad indefinible—¿treinta o cuarenta años quizás?—y de rostro tenso por lo que supuse serían una serie de cirugías estéticas. Solo cuando me tomó de las manos y soltó una carcajada, la reconocí. Se trataba de una de mis compañeras de clase del colegio. La última vez que la había visto era una muchacha de rostro regordete y amable, nada parecido al de esta beldad impecable que me sonreía casi con esfuerzo.

— ¡Estás hermosa!—comentó. Me dedicó una mirada apreciativa, supongo notando mi cabello desordenado y mis kilos de más. Luego me rozó las mejillas con los dedos—tienes alguna que otra arruga, pero eso lo arregla el Botox en una tarde.

Parpadeé. Ella continuó insistiendo en criticar con una especie de cariñosa agresividad mi aspecto físico y la escuché, atónita y desconcertada. No supe qué responder a eso—¿habrá alguna respuesta?—de manera que me limité a sonreír, incómoda. Sentí una nítida—quizás exagerada—sensación de pánico ante la mención del tratamiento estético de moda para luchar contra los inevitables rasgos de la edad. Había conocido a esta mujer en la adolescencia: Tendría como yo, unos treinta y pocos años. Incluso en los rígidos estándares sobre juventud y vejez, era una mujer joven. Y aun así, había empezado esa lucha sorda y silenciosa contra la edad. La miré disimuladamente, mientras recordábamos los años de la escuela entre bromas y chistes. Con el cabello repeinado, la piel extrañamente bulbosa y los labios hinchados parecía una versión distorsionada de sí misma. Pero ella se sentía satisfecha: me comentó varias veces el tiempo y dinero que había “invertido en belleza” y la sensación de “seguridad” que le brindaba sentir que “aún” era joven en el país donde cierto tipo de estética es un valor cultural que se exige.

— En este país se envejece muy rápido—me explicó—y esa vejez del descuido no se perdona.

Me mordí la lengua para evitar responder lo que pensé al escuchar su comentario. La vejez no se detiene, tampoco se disimula y ese pensamiento es una de las tantas utopías que el comercio de la belleza estereotipo insiste en vender. Pero mucho más aún, se trata de un tipo de certeza que en Venezuela es una especie de extrañísima versión sobre el triunfo cultural. A medida que la situación económica, social y cultural del país se deteriora, parece muy evidente que hay una percepción sobre la belleza como un gran triunfo alegórico. Mujeres jovencísimas en todos los barrios del país, convertidas en trofeos de poder, en madres niñas. En beldades que utilizan su belleza como una especie de moneda de compra venta para un tipo de bienestar inmediato y poco comprensible. Pienso en la noción del estrellato inmediato de las participantes en los concursos de belleza. La forma en que nuestra cultura insiste en el mito del triunfo a través de lo estéticamente consumible. Porque en realidad, la belleza a la venezolana—o la necesidad de someterse a ella—es solo un síntoma de toda una visión deformada sobre la mujer, la vejez y la belleza. Una de las piezas que forman parte de una compleja maraña de ideas culturales que sostienen esa concepción de la estética como elemento cultural.

—Sé que para ustedes no es sencillo creer cómo se les admira fuera de las fronteras—prosigue ahora mi amiga a través del Skype, con una sonrisa amable—pero es un fenómeno. No te imaginas como la mujer venezolana incluso fuera de su país, persiste en verse llamativa, en utilizar la belleza como una manera de obtener atención y gratificación.

Me lo imagino, claro. Lo viví durante buena parte de mi vida. Mi aspecto físico nunca coincidió con el que supuestamente debía tener viviendo en un país de reinas de belleza. Tenía el cabello rizado e incontrolable, piel pálida y pecosa, rodillas huesudas, el cuerpo sin curvas. Tuve que enfrentar a un tipo de prejuicio difícil de explicar y sobrellevar. De un estigma que te acompaña a todas partes, que te deja una huella indeleble, que se convierte en cicatriz. No es fácil sobrevivir a las risitas, a las burlas. A la presión. Al “debes verte bonita”, al “lástima que eres así de fea”. A la marginación social, a la humillación sutil. A las miradas críticas. Al temor del prejuicio. Al dolor de ser tú misma.

— De niñita era muy gordita—me contó en una ocasión una mujer a quien conocí mientras llevaba a cabo una investigación sobre la obsesión nacional para la belleza. Alta y esbelta, hace una mueca de angustia al hablarme sobre sus angustias infantiles—hice de todo por bajar de peso. No hubo dieta que no hiciera. Ejercicios, tratamientos. ¡Chica, pero no bajaba de peso! Era como una gran broma cósmica. Obsesionada por la celulitis, la estrías. A toda hora, por todo. Si llevas pantalones porque se te ven los muslos gruesos. Si llevas faldas porque alguien te verá las piernas pálidas. Y así, cientos de cosas. Pasa y pasa y crees que eso es normal. Que de verdad hay algo feo y desagradable en tu cuerpo que debes erradicar.

Mientras la escucho, se le cierra la garganta con un nudo seco, amargo y muy viejo. A mí también me pasó. También sufrí ese acoso silencioso. El de mirarte en el espejo con ojos duros, de apretar la piel con una furia lenta y angustiada. ¿Por qué me veo así? ¿Por qué no puedo ser otra? Me recuerdo de adolescente, tan preocupada que apenas podía soportarlo, apretando la piel de mi cintura, mirando con furia las rodillas nudosas, decepcionada por el tamaño de mis senos. ¿Por qué no puedo ser bonita? ¿Por qué no puedo ser bella?

—Al final, decidí irme por lo seguro: un bypass gástrico—me explicó—esa operación me salvó la vida. Me salvó de ser...

De ser...¿qué? Ella suspiró, se miró al espejo del gimnasio. Los ojos muy grandes y tristes. ¿Cómo llamas al sentimiento que tu país...denigre la forma en cómo te miras a ti misma? Porque se trata de una enorme y profunda decepción. De ti misma, de tu aspecto físico pero sobre todo, de algo incontrolable y borroso que no comprendes bien. Ese “algo” que te hace bajita, gorda o flaca, con piel grasosa o muy seca. Con ese elemento que no te

permite encajar, que te hace sentir poca cosa. Esa mirada tan cruel hacia ti misma. Nunca te perdonas, nunca te miras más allá del prejuicio. Nunca haces otra cosa que sentir rencor por el cuerpo que no obedece, por la imagen que no aceptas.

— Cuando estuve anoréxica fue como el cielo —me contó unos meses después otra mujer a la que entrevisté. Aún se recuperaba del trastorno alimenticio que casi la mató tres años antes—¡En serio! ¿Lo puedes creer? me estaba matando, me estaba muriendo. Nunca me sentí peor. Pero era bella. Bella para ponerme los pantalones y vestidos que siempre soñé, para que me admiraran los mismos que me criticaban. ¡Ya no era la gorda! Era la mujer que quería ser. Una mujer venezolana.

Quise consolarla pero no supe cómo. Porque nunca pude hacerlo conmigo misma. Me llevó mucho tiempo dedicarme una palabra amable. Aceptar que está bien no tener pechos enormes, cintura pequeña, trasero perfecto. Que está bien y puedo hacerlo, llevar el cabello sin peinar, el rostro sin maquillaje. Que puedo aspirar a ser bella a mi manera, bajo mis propios términos. Que la belleza es un concepto voluble, a medio camino, siempre a punto de construirse. Que la belleza es una opinión, una mirada, una perspectiva. Que la belleza son tantas cosas que la manera como luces sólo es una parte de un todo complejo, profundo y difícil de definir.

Pero eso no te lo enseñan en Venezuela. En Venezuela te enseñan que tu valor depende de como te veas, de como luzca tu cabello, de lo delgada que puedas ser. Del tamaño de tus pechos, del largo de tu falda, de lo deseable que eres. En un país donde las peluquerías son veinte veces más numerosas que las librerías y bibliotecas, la belleza es una tragedia. Una condena. Un rasante de cuánto vales, de lo que puedes hacer. En un país donde un concurso de belleza te abre las puertas que no puede la Universidad, verte impecable, perfecta es un requisito. Una imposición. Un ritual que te marca la piel con cicatrices invisibles. En un país donde la mujer es un accesorio, un objeto comercial, un par de nalgas en la portada de una revista, ser imperfecta es una afrenta. Venezuela te enseña bien pronto que la belleza es más importante que la idea que expresas, que la causa que militas, que la forma como funciona tu mente. Venezuela te deja bien claro cada vez que puedes que se trata de como te ves antes de como piensas. Que lo importante es el reflejo de la estética absurda que es parte de la cultura y no tu identidad. La mujer florero, la mujer marca, la mujer estereotipo. La mujer anónima. La mujer sin otra cosa que el producto de una obsesión social.

A veces, camino por las calles de Caracas y miro a todas las mujeres que me rodean. Sonrientes, cansadas, malhumoradas. A las delgadas, las gordas, las morenas, las pálidas. Todas las mujeres que luchan a diario, que son reales, de carne y hueso. A las venezolanas de verdad, a las que les sobran kilos pero pocas veces las fuerzas. Las venezolanas que persisten e insisten, a pesar de todo. Y lamento la forma como se nos simplifica. La manera como se banaliza esta feminidad creada a partir de un tipo de dolor difícil de explicar. Y me enfurece la evidencia que con toda seguridad, seguiremos siendo víctimas de esa visión limitada, del prejuicio que aplasta. De la mirada simple que destroza. De esa insistencia en aplastar a la mujer venezolana bajo una idealización burda y violenta.

Una máscara falsa y barata que nadie quiere llevar.

De los viejos y nuevos demonios culturales: Caracas machista

Una de mis amigas me contó hace poco, que en una ocasión caminaba por el estacionamiento de un Centro Comercial en Caracas, cuando un hombre comenzó a perseguirla mientras le susurraba todo tipo de insinuaciones sexuales. Incluso llegó a empujarla y tratar de tocarle las caderas, todo esto mientras los transeúntes que le rodeaban se apartaban o incluso reían, como si lo que estaba sucediendo no fuera tan grave como para preocuparse. Aterrorizada, mi amiga huyó a la carrera y logró llegar junto a un grupo de mujeres que esperaban para subir por una de las escaleras mecánicas del edificio. Cuando les contó lo que acababa de ocurrir, una de ellas le miró de arriba a abajo, deteniéndose en la falda corta y la camiseta ajustada que llevaba.

—¿Y qué esperabas que te pasara?—comentó por último con desdén—con esa pinta no podía pasar otra cosa.

Mi amiga me contó después que se sintió tan avergonzada por la acusación que por días no pudo dejar de pensar que había provocado el desagradable incidente que había vivido. Me explicó que cada vez que contó el incidente a alguien de su círculo o incluso a su pareja, la respuesta fue más o menos parecida.

—Todos me preguntaron qué estaba haciendo o cómo estaba vestida para haber provocado algo semejante—me confió con tristeza—nadie parecía importarle demasiado como me sentía o el hecho que un desconocido me había acosado a plena luz pública.

Por supuesto, no es la primera vez que escucho algo semejante y con toda seguridad, no será la última en Caracas. Es un hecho evidente en nuestra Latinoamérica patriarcal y conservadora, que el machismo no es exclusivo de los hombres y que la mayoría de las veces, el comportamiento femenino lo acentúa y normaliza con mayor frecuencia que el masculino. En los países de nuestro continente, la figura del “macho vernáculo” es una percepción de género tan común que a nadie parece sorprenderle demasiado que sea parte de los estereotipos culturales. Y lo que resulta aún más preocupante, sea como las mujeres se perciben a sí mismas, a otras mujeres y a los hombres que le rodean. Pero ¿Qué ocurre cuando la ciudad donde vives conspira para acentuar ese ambiente de amenaza de género? No es sencillo cuando lo piensas. No es sencillo cuando cada día te enfrentas a una Caracas convertida en una caja de resonancia de una cultura machista, una realidad aumentada de un fenómeno que forma parte de la idiosincrasia venezolana.

En Venezuela se suele decir que “Caracas es Caracas” y lo demás es “monte y culebra”. Una frase despectiva y agresiva que intenta delimitar la importancia de la capital de la República a una especie de segmentación egoísta que se prolonga en el tiempo. Quizás por ese motivo, el machismo a la venezolana es más frecuente y más evidente en una ciudad epítome, en una reflexión de toda una sociedad que se alimenta de un núcleo único. Caracas, con su altísimo índice de violencia contra la mujer, con sus calles repletas de acoso callejero. Caracas, que demuestra desde cierta contemporaneidad barata, que para la cultura venezolana lo femenino parece limitarse a una serie de opciones inmediatas que complacen el estereotipo. Caracas, con sus explotadas, sus sifrinhas, sus cuaimas. Caracas que también es una mujer, como suele decirse, tan tópica como cualquiera de esas acepciones. Caracas como reflejo y espejo de una serie de prejuicios que el gentilicio lleva a cuestas. Caracas, convertida en un prejuicio a toda regla que no sólo estigmatiza sino que también fomenta un tipo de segregación y que la mayoría de las veces se normaliza como parte de cierta perspectiva cultural sobre la identidad cultural.

Caracas además, es una ciudad hostil, con una personalidad muy marcada que parece fruto de esa ambivalencia en la forma en que se comprende a sí misma. Y el machismo



venezolano – tan generacional, tan intrínseco y normalizado– es parte de ese rostro cambiante de una ciudad que aún lucha por reconstruir su espacio como concepto en medio de una crisis violenta que no se lo permite. Quizás por ese motivo, el machismo caraqueño es mucho más visible—y preocupante—que nunca y sus consecuencias, una visión general sobre esa percepción—y a las conclusiones que llegamos—sobre la forma como la sociedad analiza el rol y el tópico en nuestra sociedad. Hablamos de una ciudad que no es distinta a cualquier otra del mundo en los aspectos más básicos, pero que carece de la madurez para asumir una evolución necesaria. En Caracas, aún es habitual que el acoso callejero – normalizado y trivializado –, la percepción de la mujer objeto, de la mujer comercio. Con las prepagos al teléfono y la prostitución en las esquinas. En Caracas – fiel ejemplo de una cultura castrante – una mujer se mira en el reflejo de los prejuicios y traumas de una sociedad que invisibiliza a lo femenino por costumbre y que la menosprecia por hábito. Un ataque constante a cómo interpreta y comprende las ideas sobre su cuerpo, su individualidad, incluso como comprende sus derechos sociales y legales.

No es sencillo asumir que vives en una ciudad machista. Así, sin matices. Una ciudad donde nadie te protegerá si un hombre te manosea en público o recibes una insinuación sexual. Una ciudad de machos de tráfico violento donde la testosterona está en todas partes, donde hay un marcado rasgo agresivo que la mujer sufre a diario. Mucho menos, cuando la mayoría de las conductas se normalizan hasta que desaparecen en lo cotidiano. En Venezuela, el machismo se suele interpretar como un cierto tipo de actitud paternalista hacia la mujer. Y en Caracas, esta Caracas huérfana, a medio camino entre la promesa del progreso y un desastre histórico, lo demuestra mejor que otro lugar en Venezuela. Caracas que imita las conductas machistas de otros países sin preocuparse por los logros tímidos de una inclusión a medias. Caracas, con sus centros nocturnos empobrecidos donde las mujeres reciben “descuentos” sólo por ser ofrecidas como señuelo. Caracas, donde los centros comerciales están abarrotados de maniqués de pechos enormes llevando ropa impagable. Una y otra vez, lo femenino se toma como un accidente, una parte de una cultura que glorifica lo bello sin asumir el costo en autoestima, en dolores sociales. Caracas, con sus barrios repletos de madres niñas, madres solteras, abuelas prematuras, madres malandras. Caracas, como un espejismo de una bonanza que duró muy poco y cicatrices imborrables. Caracas con su herencia histórica de machismo. Con sus calles llenas de militares. Con su aire a cuartel. Caracas, a quien se le sigue el ejemplo aunque sea terrible y destructor.

Supongo que a ninguna mujer caraqueña la idea le sorprende: después de todos crecemos y nos educamos en una sociedad hipersexualizada, obsesionada con la estética, con los cánones de popularidad y aceptación, Desde la “puta” y la “decente”, la “madre abnegada”, la mujer “que lo tiene todo”, “la tipa dura”, “la cuatriboleada” la presión sobre la figura femenina es constante y no procede sólo de una sociedad obsesionada con reglar el comportamiento de la mujer, sino de la mujer que asume que esa visión sobre su individualidad, es necesaria—incluso imprescindible—para comprenderse. Y Caracas es como una gran cárcel de conceptos, que abarca esa noción de la necesidad del tópico. Caracas la de las mujeres más bellas, Caracas la de las mujeres de aspecto impecable. Caracas como el centro neurálgico de una sociedad obsesionada con la mujer como figura y la tradición como cepo.

“¿Cómo espera que la respeten vistiendo así?”, “toda mujer debe ser madre para tener una vida satisfactoria”, “hay que darse a desear”, “seguro se acostó con su jefe”, “se viste masculina, es lesbiana”, “las mujeres no dicen groserías”, “le hace falta un hombre”, “ningún hombre te soportará”, “a los hombres hay que saber atenderlos”, son frases que toda mujer latinoamericana escucha con una angustiada frecuencia en su vida. En Caracas, son parte del imaginario diario. Que hace que sea cada vez más difícil ese tránsito de la mujer tradicional a la que busca definirse bajo nuevos estándares. Tal vez por ese motivo, se suele decir que la mujer venezolana cría machos y que de hecho, es machista por necesidad. ¿Y la caraqueña? ¿La deudora con esa búsqueda de reivindicaciones sociales y cultu-

rales? ¿La mujer que lucha y batalla? ¿Se enfrenta con la sempiterna imagen de la mujer que debería ser en contraposición con la que es? ¿Cómo le afecta este juego de espejos en el que el país entero sigue el ejemplo de una ciudad femenina, rota y herida y que no logra esa mirada que renueva la forma como se concibe más allá de la tradición?

Quizás el único camino para enfrentarse a la figura de la Caracas machista sea cuestionar su existencia. Enfrentar esa noción sobre la ciudad mujer que se somete a las mismas ideas que la infravaloran y la minimizan. Recordar siempre que se pueda el motivo por el cual es necesario que las mujeres caraqueñas continúen haciéndose preguntas sobre la manera como comprenden el rol social que supuestamente deben cumplir. Y rebelarse contra esa noción, insistir sobre una nueva forma de analizar la identidad femenina y todo lo que el concepto que la contiene puede abarcar. Y es que ser mujer—en mi ciudad, en cualquier otra—es una idea que se construye así misma. Como la Caracas que se crea en la nostalgia o en el recuerdo. O la ciudad a la que me enfrento cada día. Que elabora una versión cada vez más fuerte y concisa de su trascendencia. Una experiencia vital que necesita ser reconstruida y sostenida por todo tipo de planteamientos sobre el poder de la mujer – y la ciudad femenina que la representa – y más allá de eso, la necesidad de autonomía social y cultural que puede darle valor a su experiencia. Una forma de asumir su individualidad desde una perspectiva nueva y sobre todo general. Desde la visión de Caracas, que es mujer. Y femenino que se asume a través de la experiencia urbana de una ciudad que para bien o para mal, la refleja.

El machismo invisible: el lamentable ABC de la víctima propiciatoria

Hace unos días, leí el siguiente comentario en mi TimeLine de Twitter «En ocasiones, tengo la sensación que el mundo se enfrenta contra las mujeres en combate desigual». La frase me inquietó por todas esas razones que me preocupa y me desconcierta la violencia, pero, sobre todo, porque resume esa batalla silenciosa y casi invisible que lo femenino libra a diario contra un mundo que lo desconoce. No, no se trata de una visión extrema de la realidad, mucho menos de un análisis radical sobre la cultura en que nací. Hablamos de ese menosprecio habitual, casi normalizado que sufre la mujer en numerosas partes del mundo, de esa interpretación social que asume la herencia histórica de lo femenino como secundario. Un pensamiento que preocupa, no sólo por lo que puede simbolizar como evolución cultural, sino como legado en medio de un mundo en constante reconstrucción.

Lo vemos en todas partes: desde las altísimas tasas de feminicidio en diferentes partes del mundo hasta esas pequeñas sutilezas que colocan a la mujer en esa batalla de género involuntaria y silenciosa en tantos aspectos del complejísimo entramado social moderno. Hablamos de la mínima escolarización de la mujer, del hecho que exista aún una concreta disparidad entre los derechos laborales femenino y sus pares masculinos. Me refiero en concreto al hecho que aún los derechos femeninos se discuten y se debaten en numerosos países del mundo, enfrentándose a un anquilosado mecanismo religioso y político que insiste en que la mujer debe padecer lo que parece ser un olvido universal del que apenas escapa.

Y es que la pregunta necesaria, obligatoria, insistente que surge cada vez que un nuevo desmán contra lo femenino salta del anonimato y se convierte en titular es la evidente ¿Por qué aún los derechos de la mujer no se reconocen en igualdad de condiciones sino en una especie de debate insistente sobre la idoneidad de su existencia? Un cuestionamiento que incluye toda esa visión insistente que mira a la mujer como subsidiaria-y víctima-de un mundo sin rostro, de un análisis social casi elemental sobre su naturaleza. Y es que la

mujer, con su rol biológico a cuestas, parece mirarse a sí misma en un reflejo distorsionado de la identidad cultural que aspira obtener.

– Pareciera que describes el medioevo. En Venezuela la mujer disfruta de un tipo de reconocimiento y respeto que en otros países del hemisferio es impensable. Y lo sabes-me reprocha mi amiga P. cuando le comento lo anterior. Para ella, mi preocupación es poco menos que exagerada y más de una vez, me ha recordado que Venezuela es probablemente el país menos machista de un continente muy tradicional. Mi insistente necesidad de analizar lo que ocurre con respecto al derecho de la mujer a la inclusión y la igualdad, le parece una especie de debate sin mucho sentido, en un país donde la crisis social y sobre todo económica ha reducido la lucha a una diatriba política interminable.

– En Venezuela la mitad de las mujeres del país no llegan a la Universidad-insisto.

– Pero más de la mitad de los Estudiantes en Universidades públicas son mujeres-me responde-se trata de mirarlo todo en perspectiva. Sí, Venezuela aún lleva a cuestas una cultura patriarcal, pero admítelo, somos mucho más liberales que Argentina o incluso la culta Colombia.

He escuchado el mismo comentario tantas veces que intento recordar cuando lo escuché por primera vez. En más de una ocasión, muchas mujeres me han insistido que el machismo en Venezuela no puede compararse al que sufre la mujer argentina, minimizada e invisibilizada por una sociedad que asume un rol patriarcal de origen. Y no obstante, en Venezuela, el machismo tiene ese cariz de idea que se asume y se acepta, ese barniz de normalidad que parece restar importancia a sus numerosas aristas e interpretaciones.

– Nuestro gobierno, es quizás el más misógino y prejuicioso que ha existido en décadas-digo-no me refiero a sus avances cosméticos, como crear un Ministerio de la Mujer sin ninguna representatividad o brindar relevancia política a líderes femeninos que, sin embargo, carecen de verdadero peso histórico. Hablamos de un presidente que ofrece una rosa a una periodista, al mismo tiempo que la insulta o que le ofrece a su esposa «darle lo suyo» en público. O que besa a su mujer para demostrar su hombría, de manera muy evidente. La mujer trofeo, la defensa de la mujer como propaganda política barata.

– Es el mismo debate de siempre.

– Entonces, si es el mismo debate de siempre es que no termina de resolverse e incluso empeora.

– Creo que exageras-insiste P., para quien la discusión no parece tener demasiado sentido, como si mi necesidad de analizar el tema fuera innecesaria, incluso superficial-en Venezuela, el machismo es una anécdota, un cuento de camino. ¡Caramba si hablamos de un país de Matriarcado, donde la mujer es la cabeza de hogar de casi el 40% de padre ausente!

¿Eso habla sobre la igualdad? pienso un rato después. ¿Eso demuestra cuál es el valor de la mujer en la sociedad del país? Lo pienso, de pie frente al Quiosco de revistas de mi calle, rodeada de portadas donde mujeres extraordinariamente bellas me mira, la mayoría de ellas en diminutos Bikinis. Lo pienso más tarde, mientras leo las estadísticas de agresiones y asesinatos de mujeres en nuestro país, una cifra difusa que me costó obtener en un país donde la violencia es parte de lo cotidiano. Me lo cuestiono con insistencia mientras miro a mi alrededor, en este país de mujeres, en esta sociedad que busca lo femenino pero no lo comprende y que comprende la diferencia como una grieta insalvable, quizás dolorosa pero real. Una visión de la mujer que parece ser parte de una serie de prejuicios que se mezclan entre la identidad cultural y algo más amplio-borroso-sobre nuestra sociedad y sus planteamientos más subjetivos. Una forma de comprender sus pequeñas singularida-

des, donde el prejuicio y el estereotipo se confunden en una idea peligrosa y ambigua sobre el rol social.

La mujer, la Globalización y la opinión cultural sobre lo femenino: El debate interminable.

Cyntoia Brown fue condenada a cadena perpetua por el asesinato de Johnny Allen, un agente inmobiliario que la amenazó y abusó de ella. Por entonces Brown tenía dieciséis años y era obligada a prostituirse. Después de casi una década y media en la cárcel, Cyntoia y con veintinueve años cumplidos, es el mejor ejemplo de una percepción machista de la aplicación de la ley. Al contraste, casos como el de Brock Allen Turner-acusado de violar a una mujer inconsciente y condenado a una pena de seis meses, de la cual cumplió apenas la mitad-demuestran que la noción sobre lo legal tiene un acto ingrediente prejuicioso que resulta no sólo antinatural, sino directamente peligroso. ¿De qué otra forma puede interpretarse el hecho que una mujer abusada y violada sea condenada a la pena máxima sin atenuantes mientras un violador confeso es exculpado por motivos pocos claros? Tanto Cyntoia como Brock, son ejemplos de la misma visión de la ley sometida al peso de la discriminación. Porque mientras Brock fue defendido incluso por el propio juez de la causa-que insistió que la condena no podía dañar el futuro «de un joven que sólo había cometido un error»-Cyntoia parecía condenada incluso por su género, origen étnico y social. Como mujer en un país en que la ley aún se interpreta bajo cierto canon paternalista, la historia de Brown resume los males de una cultura en la que el color de la piel y el género son determinantes al momento de aspirar a un tipo de justicia muy específica.

La larga lista de dolores y agresiones sufridas por Cyntoia no son otra cosa que una nota marginal al borde del grueso de las noticias del día. Un pequeño recuadro a la izquierda del titular más llamativo y cuando la leo, solo encuentro información general. ¿Y el contexto? Me pregunto. No es que sea la primera noticia sobre el tema que he leído durante los últimos meses ni mucho menos. El caso de Cyntoia Brown se ha hecho conocido gracias al activismo de celebridades que han defendido públicamente el caso y sobre todo, al documental «Me Facing Life: Cyntoia's Story» de Dan Birman. Pero aún, el hecho principal sigue siendo que una mujer disparó a un hombre, como si el peso de la historia que rodea la circunstancia no fuera de capital importancia. Una y otra vez, el crimen se describe como otros de los tantos hechos de violencia sexual que llegan a los titulares durante los últimos años. O que han sido publicados y reseñados en todo caso. Pero incluso así, desearía tener un contexto: una explicación sobre el motivo por el cual la justicia norteamericana condena a Brown de manera directa y brutal. De pronto, y mientras paso de noticia en noticia creando para Cyntoia un lugar concreto donde su tragedia sea algo más que una estadística, tengo una especie de revelación. Nada místico, por cierto. Sino simplemente una toma de conciencia: sentada con más de veinte o treinta noticias sobre violencia, acoso, violación contra mujeres alrededor del mundo, comprendo que simplemente el crimen contra la mujer se considera aceptable.

Sí, así de crudo como se escucha. También me pareció un pensamiento exagerado, pero luego, comencé a hacerme preguntas incómodas en voz alta. Esas que pocas veces se hacen por resultar irritantes, dolorosas, punzantes. ¿Por qué las leyes no solo en Norteamérica, sino en casi todos los países del mundo no clasifican la violación como un crimen sin atenuantes? ¿Por qué la mayoría de los países del mundo consideran a la mujer «provocadora» de la violación? Pero vayamos más allá, a un terreno más ambiguo. Si contraes matrimonio con un hombre y este te infringe abuso sexual ¿Cuál es la respuesta legal en la mayoría de los países? Pero seamos incluso más sutiles: ¿Cuáles países del mundo consideran el acoso sexual laboral como un crimen de odio o un delito en pleno derecho? Aún, si somos más específicos, el pensamiento se hace tortuoso ¿La mujer se considera agraviada cuando un desconocido le murmura en plena calle insinuaciones sexuales? ¿Qué piensa la mujer de cualquier parte del mundo cuando un hombre la toquetea en medio de la multitud? ¿Cuántas mujeres del mundo ríen con chistes marcadamente sexistas? ¿Cuántas

mujeres alrededor del mundo promocionan la estética como rasante y visión elemental de lo femenino? Más de las que lo admitirán. Muchas más de las que se pueden admitir.

La idea me obsesiona. Sigo investigando, página a página. Noticia tras noticia. Incluso voy más allá: desmenuzo lo que se comenta en mis redes sociales, la manera como se percibe la mujer en esa gran conversación universal. Y me sobresaltan los innumerables mensajes que le recuerdan a la mujer su minusvalía, o lo que se asume como rol tradicional. Mujeres que llaman a otras putas, que critican su aspecto físico. Artículos que te enseñan o te recuerdan como complacer a un hombre. Cursillistas textos sobre la lactancia y la maternidad, que insisten en que la mujer debe asumir su rol biológico se sienta preparada o no. Mujeres que señalan, estigmatizan, golpean, disminuyen su identidad sexual en beneficio del estereotipo.

Vuelvo a mi colección de noticias. Las mujeres del mundo levantan pancartas, salen a la calle exigiendo derechos. Las mueve el miedo, se hacen visibles en una lucha ciega contra esa línea que parece encerrarlas dentro de un concepto muy pequeño y estrecho. Me pregunto entonces qué ocurre con las otras mujeres, las que no creen que deban luchar, las que se debaten en su invisible lugar en una sociedad que las ignora. ¿Dónde están ellas? ¿Cómo protestas? ¿Cómo expresan toda una serie de ideas que quizás no asumen como abrumadoras y mucho menos restrictivas? Una idea preocupante que incluso allí, al borde de la crítica, no termina de incluir el problema más amplio. Lo aceptable-histórica y culturalmente-de aceptar esa presión, esa visión de la mujer tan fragmentada que resulta irreconocible.



Parte 7 - Alma inquieta

El ideal y la noción sobre la individualidad femenina: Una batalla diaria

Ser feminista en un país tradicionalmente machista, es quizás la decisión más arriesgada que cualquier mujer puede tomar. Se trata de un riesgo que te expone al cuestionamiento diario, sino a la perenne sensación que te encuentras en el lugar equivocado y sin duda, en el momento equivocado para debatir sobre un tema álgido como la igualdad y la equidad entre géneros. Por supuesto, no hablo de un riesgo físico—aunque hay la posibilidad latente—sino del simple hecho, que la feminista representa un tipo de visión sobre la mujer que transgrede directamente la percepción más tradicional que se tiene sobre ella. Una idea no muy agradable y mucho menos cómoda, cuando naces en una cultura que normaliza el menosprecio a lo femenino, que asume cualquier discrepancia sobre la imagen canónica de la mujer desde el desprecio y que, sobre todo, que se resiste con firmeza a la percepción de necesaria destrucción de estereotipos.

Pues bien, nací en uno de esos países. Aunque se suele insistir que Venezuela “no es tan machista” como otros países del hemisferio —como si se tratara de algo que celebrar—es lo suficiente como para aún reflexionar sobre la mujer desde un durísimo punto de vista. En Venezuela, la mujer es madre o está “explotada”—término soez que describe a una imagen hipersexualizada del cuerpo de la mujer—, es “decente”, “echada pa’ lante”, “madre abnegada” pero nunca parece encajar en un estándar real que celebre tanto sus virtudes como sus debilidades. La mujer venezolana es la Miss de pasarela, la madre que levanta a solas el hogar, la mujer que intenta sobrevivir a la condición de objeto sexual impuesta con la cultura. ¿Qué ocurre con el resto? ¿Con las que no calzamos—ni deseamos hacerlo—en ninguna de esas imágenes parciales, irreales y obsoletas sobre la mujer? Es una pregunta a la que me he enfrentado durante buena parte de mi vida. He tenido que lidiar frente al hecho de llamarme feminista—sin cortapisas ni mucho menos disimulo—en una cultura donde serlo es un anatema contra todo lo que se considera corriente y aceptable.

—No sé qué insistencia tienes de llamarte feminista en voz alta—me dijo una de mis amigas meses atrás—¿no tienes miedo de lo que piense la gente?

No respondí de inmediato. Antes tomé un sorbo de café de la taza que tenía entre las manos en un intento de ordenar mis ideas. Pensaba en todas las veces en que he recibido llamadas de amigas, conocidas, incluso mujeres desconocidas, que me hablan sobre abusos, acosos, experiencias espantosas y que recurren a mí por el mero hecho que saben que jamás pondré en entredicho su credibilidad, que las escucharé con atención, que intentaré en la medida de mis posibilidades buscar ayuda. Pienso en las escandalosas cifras de embarazo adolescente en el país, en el trabajo invisible de todas las organizaciones feministas que conozco realizan para llevar educación sexual y anticonceptivos a lugares que nadie registra en estadísticas, que no parecen formar parte de estudio o de cifra alguna. Pienso en la presión y violencia estética que sufren las mujeres en Venezuela, la necesidad de la belleza como una forma de éxito social. Pienso en las cifras de feminicidio cada vez más altas, en esa cota numérica que no está incluida en ninguna parte y de la que nadie habla sobre violaciones y acoso. Pienso en lo desvalida que se encuentra la mujer en nuestro país, en el trabajo ingente que se realiza a diario, en la intención clara de toda feminista de empoderar a quienes lo necesitan. En esa concisa convicción que toda mujer necesita reconocerse como individuo, antes que como un objeto, un hecho histórico, una premisa social.

—Justamente, quiero que la gente se le quite el miedo de pensar cuando escucha que tengo ideas políticas—respondí, por último—ser feminista es una forma de dejar claro que toda mujer merece el control sobre lo que piensa.

No era una discusión para un desayuno entre amigas un domingo cualquiera, por supues-



to. Pero en realidad, parece que nunca es el momento correcto para discutir sobre la mujer más allá de lo que se supone debe ser en una sociedad como la nuestra, obsesionada con el comportamiento femenino y en esencia, restrictiva y patriarcal. Mi amiga no dijo nada, pero de inmediato, la noté tensa y un poco irritada. Podía comprenderla. Pero ella había preguntado primero ¿no es así?

—Chica, no te lo tomes tan en serio. Lo que quiero decir es que hablas como si las mujeres no estuviéramos bien en Venezuela—comentó—y sabes que la cosa aquí es más tranquila que en otros lugares. Que...

La miro y aguardo que continúe. Y mientras lo hago, recuerdo a P., la chica que me escribió seis semanas atrás para hablarme que su novio la maltrataba pero que no podía acudir a nadie. “Dicen que son problemas de dos” me contó “que son cosas domésticas. No puedo mudarme, no hay plata”. De forma que toca aguantar. De modo que P. debe soportar palizas, agresiones sexuales y gritos porque no hay un lugar al cual escapar en nuestro país lleno de privaciones. También recuerdo el caso de la mujer que casi muere estrangulada en el estacionamiento de un céntrico centro comercial y a la que nadie ayudó ni escuchó gritar. La víctima despertó a solas en su automóvil, lastimada y llorando. Sola. También recuerdo el caso de la jovencita que acudió a encontrarse con un viejo conocido y terminó siendo violada y asesinada—y luego sepultada—en la casa de un hombre en quien había confiado. La cosa es mucho más tranquila, pienso con un sobresalto. ¿Esa es la percepción que se tiene sobre la situación de la mujer en nuestro país?

—Mira, lo que digo es que no hay que tomárselo muy en serio—prosigue mi amiga—no como tu te lo tomas, al menos. Puedes ayudar y hacer lo que creas necesario, pero ¿llamarte “feminista”?

Escucho comentarios parecidos con frecuencia, claro. Lo hacen mujeres y hombres por igual. Y con argumentos muy parecidos. Mujeres que insisten que una mujer “feminista” es una idea contradictoria, vulgar e incómoda. Hombres que no dejan de repetir que una “feminazi” es alguien obsesionado con el comportamiento femenino. En una ocasión, alguien me insistió que era una mujer “muy mujer” para rebajarme a las peleas “feministas”. Me quedé tan sorprendida y desconcertada, que no me enfurecí de inmediato.

—¿Una mujer “muy mujer”?—pregunté.

—Te lo digo como halago—insistió—eres bonita, educada. ¿Para qué llamarte “feminista”?

Me llevó años asumir que tener ideas políticas sobre género era un anatema en Venezuela, pero no sólo por su proverbial machismo, sino por la idea insistente que la política es una diatriba grosera y exigente para la que nadie tiene respuesta o entra en esa región inclasificable de la trampa y la componenda. En Venezuela, el feminismo secuestrado por la izquierda y convertido en una especie de objeto inanimado dentro de la maquinaria gubernamental, parece sometido a un inmerecido escarnio público en más de una ocasión. ¿Qué ocurre con las mujeres como yo, que trabajamos sin descanso desde nuestras respectivas trincheras y para quienes la palabra feminista es de una importancia capital? ¿Qué ocurre con la percepción insistente de que el feminismo es una forma de negación de lo femenino? No se trata de una idea fácil de asumir. Mucho menos de manejar. Pero aprendí a hacerlo a medida que se hizo evidente que el feminismo era más necesario que nunca en el país que nació, era imprescindible para entender la coyuntura histórica que padecemos, pero, sobre todo, era una forma de rebeldía. Una evidente, decidida y tenaz contra el autoritarismo.

—Me llamo feminista porque lo soy—respondí—es la manera definir lo que pienso, mi postura política y mi inclinación social. ¿Eso qué tiene de malo?

Dije lo anterior en voz lo suficientemente alta como para que varios comensales del pe-

queño restaurante en el que nos encontrábamos, nos dedicaran miradas sobresaltadas. Uno de ellos me escudriñó con los ojos entrecerrados y después, inclinó la cabeza hacia su acompañante, una mujer que apretó los labios incómoda. Suspiré. La batalla diaria no será sencilla, dijo una vez Doris Lessing. Ah, querida mía, cuánta razón tenías.

—Bueno, como te sientas mejor—dijo entonces mi amiga, nerviosa y a estas alturas, fastidiada—pero llámame así...

Llamarme “así”. Lo pienso mientras conduzco de regreso a casa. En la radio, alguien comenta sobre el cadáver de una mujer, que alguien encontró en un descampado en las afueras de la ciudad. Tenía las manos quemadas y el rostro también. Más tarde, leeré sobre el caso de Lucía Pérez, violada y asesinada de una manera atroz en su natal argentina y cuyo caso fue juzgado como “ventas de drogas” y no feminicidio por los tres jueces de la causa. También revisaré la sentencia del caso de una mujer en Cork (Irlanda), víctima de violación y cuyo agresor quedó libre y absuelto, debido a que “no pudo demostrarse suficientemente su culpabilidad”. ¿Una de las pruebas a favor de su inocencia? La ropa interior de la víctima. Un tanga de lazo que según la defensa “invitaba a la relación sexual”.

Me llamo Feminista en voz alta, claro está. Y seguiré haciéndolo porque quizás, esa convicción de crear un espacio de discusión sobre la igualdad y la equidad sea más necesario que nunca. Una lucha a ciegas en un campo minado para alcanzar un ideal de justicia, de poder individual y sobre todo, de cristalizar esa identidad compartida que une a todas las mujeres del mundo de una u otra forma. Una forma de sincera sororidad.

Igualdad y otros dolores no resueltos: La mujer actual y la batalla por la identidad

Comencé el año leyendo quizás uno de los libros más duros y divertidos con los que me he tropezado en años “El problema de las mujeres”, el inteligentísimo análisis de la escritora Jacky Fleming sobre el anonimato femenino a través de la historia. Se trata de una burlona pero durísima reflexión sobre la exclusión de la mujer en la historia, en las artes y la cultura del mundo Occidental pero también, una mirada atenta a la sociedad como una forma de promocionar el ideal masculino—que incluye el papel secundario de la mujer—como forma de comprender al género. Una aventura literaria y antropológica que ha llevado a la escritora a recorrer todo tipo de cuestionamientos, estereotipos y estigmas sobre la mujer a través de los siglos.

“Durante mucho tiempo nos engañaron y nos hicieron creer que lo normal es que ellos salgan al mundo y ellas no; esa creencia nos impide intentar cambiar las cosas”, escribe Fleming, poniendo además el dedo en una percepción sobre lo femenino que permanece hasta la actualidad y que tiene una clara relación con la esfera doméstica. La mujer se concibe como parte de una idea sobre la vida “normal” que parece remontarse a la tradicional concepción acerca del género. Un punto de vista que se mantuvo a lo largo de la historia y se convirtió en un deber formal que la mujer debe cumplir bajo cierto aspecto de obligatoriedad. Para Fleming, esa noción sobre la mujer que “debe” ocupar un lugar social o cultural específico, es el origen de la mirada complaciente y casi normalizada sobre el prejuicio y la discriminación por género: “Todos los métodos utilizados durante siglos han creado la ilusión de que la desigualdad es normal: no permitir que las niñas reciban educación o no darles los medios para ser económicamente independientes, o leyes haciéndonos propiedad de nuestros maridos, o científicos diciéndonos que somos inferiores, y especialmente dejando los logros de las mujeres fuera de los libros de historia” añade Fleming, para completar su teoría sobre la noción de la mujer que debe sufrir los rigores de una tradición que



en apariencia planeó su identidad y su futuro, incluso antes de su nacimiento.

Claro está, no se trata de una visión de las cosas que me sorprenda especialmente. Después de todo, esa insistencia en decirle a la mujer qué hacer continúa ocurriendo no siempre, pero sí con enorme frecuencia. O esa insistencia en el menosprecio de lo femenino como una arraigada costumbre. Como mi amiga la que tuvo que enfrentarse a un jefe misógino que se negó a aumentarle el sueldo por siete veces consecutivas—a pesar de su dedicación al trabajo, conocimiento y habilidad—porque “tenía dudas” sobre su capacidad. Cuando ella le preguntó directamente a que se debía su desconfianza, el hombre le respondió que temía que “la menstruación o un posible embarazo” afectara la calidad de su trabajo.

O la chica que me escribió al correo, atormentada y afligida porque tiene algunos kilos de más y su pareja la maltrata cada vez que puede por no encajar en la imagen física ideal. O incluso, cualquiera de las mujeres que escucho a diario, que definen el nuevo concepto de lo femenino, que asumen el poder de la inclusión como una bandera válida que enarbolar. Una y otra vez, hablo de la mujer como yo la veo, que no es bajo el aspecto de cómo debería ser, como quisiera que fuera o como asumo podría ser. Porque la mujer en esta época, más que en cualquier otra, es fruto de sus temores y virtudes, sus fortalezas y fantasías. Su propia obra de arte. Una y otra vez, la noción sobre lo que la mujer debe ser se perpetúa y se hace parte de una cierta normalización de la discriminación. Una idea inquietante que forma parte de cierto entramado social y sobre todo, de una visión muy preocupante sobre la mujer y como se concibe a través de la historia y nuestra cultura.

Comento lo anterior y sobre todo el libro de Fleming, con una de mis mejores amigas, esposa y madre de dos. Cuando éramos adolescentes, ella me aseguró que jamás contraería matrimonio y mucho menos, sería madre. Pero a la mitad de la veintena conoció a un hombre que resultó ser todo lo que esperaba—o al menos creía esperar—y decidió cambiar de opinión. Le fue bien: más de una vez me comenta que le sorprende lo mucho que le gusta la vida de casada. Y en más de una ocasión, una extraña culpabilidad sobre “el papel que debe cumplir”—así le llama a su punto de vista sobre el mundo y su lugar—le ha preocupado, como si el mero hecho de ir de un extremo a otro de lo que se espera de una mujer de nuestra época le resultara complicado de entender.

—Oye y no es que de pronto sea una chica *Mad Men*—me comenta, haciendo referencia a la extraordinaria serie del canal por cable HBO—sino que de alguna forma, esa complicidad y esa aventura en pareja me ha satisfecho. A pesar de todo.

—¿Y que es todo?

—Ah, el matrimonio es una mierda—pondera, con una sonrisa feliz que no entiendo demasiado—pero también es un buen lugar para aprender de ti misma. Además, hablamos de una comunidad, ya no de un papel de poder.

Se refiere claro, a lo que era su mayor temor: convertirse en su madre. Ama de casa por la mayor parte de su vida, un año después de morir la madre de mi amiga le confesó que pasó casi tres décadas soñando con regresar a la universidad, con tener su propio dinero, con ser libre. Esa fue la palabra que utilizó “libre”. Y la connotación que tuvo, en medio de un devastador caso de cáncer, de una lenta agonía que la redujo al dolor, fue aterradora. Al menos para mí lo fue. Para mi amiga, fue la línea que dividió un antes y un después en su manera de comprender el mundo, su identidad y todo lo que deseaba crear y construir en adelante.

Por años, mi amiga se obsesionó con la libertad que soñó su madre y no pudo tener. Pero cuando finalmente contrajo matrimonio—estaba aterrada, desanimada pero también muy dispuesta a vencer su propio prejuicio—decidió hacerlo para crear su propia historia. No



para continuar viviendo la de su madre, o los temores de sus amigas. Incluso los míos, que escuchaba con paciente solidaridad siempre que se lo pedía. Mi amiga contrajo matrimonio para ser feliz. ¿Lo logró?

— No siempre, pero a veces la felicidad es una suma de cosas—me dice—me gustan los domingos en las tardes donde vemos películas juntos mi marido y yo mientras la suegra se lleva a los niños, los días que pasó con mis chamos a solas. A veces todo es insoportable. Otras veces, es simplemente hermoso.

De manera que la mujer sigue reinventándose, pienso mientras la escucho. Después de todo, hace un par de décadas, la idea de una mujer hablando sobre el matrimonio como un acuerdo entre cómplices era impensable. Había una idea muy precisa sobre lo que ocurría al casarte: ese juego de paciencia, solidaridad y resignación donde el hombre tenía todas las de ganar. O esa era la percepción social. Esa insistencia del matrimonio como elemento que definía a la mujer y le otorgaba un rol necesario. Una idea a la que muchas mujeres se rebelaron, con mayor o menor éxito, pero con la que al final tuvieron que lidiar.

Por supuesto, que el matrimonio no es la única medida—ni la más efectiva, exacta, notoria e incluso, simplemente necesaria—para calibrar cuánto ha evolucionado la mujer del nuevo milenio. Hay una serie de planteamientos que se mueven en el trasfondo, que avanzan de un lugar a otro y que en ocasiones, crean una nueva concepción sobre lo que la mujer es, espera, desea, asume como real. Una nueva interpretación sobre el arte de ser mujer—como solía decir mi abuela—o mejor dicho, crear esa estructura de ideas que sostenga nuestro concepto sobre lo femenino.

Claro está, eso implica lidiar con una sociedad educada para ser misógina, que no lo nota y de hacerlo, no le importa mucho serlo. La sociedad que muestra toda una perspectiva de la mujer a medio camino entre lo ideal y la crítica. Que educa hombres capaces de preguntar a una mujer enfurecida si “se encuentra en sus días”, que se sienten en el derecho de lanzar groserías e insinuaciones a una desconocida en plena calle por ese divino poder masculino de la conquista. La misma cultura que alienta la manipulación contra la mujer, que intenta convencerla que debe ser protegida, que es una criatura frágil y temblorosa que debe ser resguardada de todo dolor. La misma sociedad que produce productos artísticos y cinematográficos donde existe la mujer “fuerte”, ese atributo anodino, desconocido y abstracto que parece necesario mencionar, como si la fortaleza de carácter o espiritual fuera sorprendente en el ámbito femenino.

Oye, eso si que suena feminista ¿No? Mejor aún: feminazi, odiadora de hombres. Histérica. Todas esas cosas me han llamado con frecuencia y no siempre, hombres. De hecho, la mayor parte de las veces, son las mujeres las que señalan a las inconformes para acusarlas de “quejarse”. Como si analizar la desigualdad, preocuparme por los baches y desniveles de la cultura con respecto al género no tuviera el menor sentido o mejor dicho, careciera de todo valor. Una conocida suele reclamarme cada vez que puede, el motivo por el cual escribo sobre las mujeres que no desean casarse y tener hijos. Me reclama que la haga sentir que desearlo “es simplemente ser una ignorante o algo parecido”.

— En realidad, sólo hablo de mi caso en particular. Se me suele juzgar por el hecho de no querer ser madre—le expliqué en una oportunidad. Ella pareció escandalizada por la idea.

— ¿Quién te juzga? Puedes hacer lo que quieras. Yo también.

Pienso en todas las veces en que me han acosado con preguntas hostiles e invasivas sobre mi maternidad, mi opción sobre ejercerla o no mi capacidad para concebir. Preguntas bien intencionadas, entrevistas de trabajo incómodas, miradas de conmisericordia. Podría ignorarlas, podría simplemente mirar a otro lado y avanzar en la dirección que decidí seguir.

Pero no quiero hacerlo. Quiero analizar por qué motivo debo soportar esas preguntas, el silencio general cuando declaro que no quiero contraer matrimonio, por muy enamorada que esté, por muy fascinada por la convivencia en pareja que me encuentre. O eso he creído hasta ahora. Pero nadie parece comprender muy bien que la mujer tiene opciones. Que la mujer puede moverse en toda la amplitud del espectro. Que la mujer tomó la decisión de su preferencia.

— Yo me casaré porque quiero y puedo. Y porque amo la idea de tener hijos—me contesta, desafiante. Lo dice como si fuera una forma de contradecirme, de demostrarme su punto. Tomo un sorbo de la taza de café que tengo delante.—Yo no lo haré porque no me da la gana. Mira tú, qué simplicidad tienen mis razones.

La discusión continuó un rato hasta que declaró, en el tono sacrosanto de quien lanza sus ideas y principios al aire, que ella también era feminista aunque vistiera de rosado. Que ella defendía los derechos de todas, a pesar de verse “cute” y muy femenina. Continúo tomando café, mirando mis jeans y mi camiseta. Es un jean inequívocamente femenino y una camiseta de corte delicado donde puede leerse una frase de Alejandra Pizarnik. Bueno, está bien. No es rosado, pero es femenino. O al menos yo lo veo así.

No sé qué responder a la proclama. De manera que me callo, termino mi café y pienso “debo escribir sobre eso”. O cuando le comenté a un hombre con quien comenzaba a salir que me encantan nuestras divertidas conversaciones y me respondió: “Pero también te trato como mujer”. O la vez, en que alguien miró mi cámara fotográfica y me preguntó si no me parecía que ese era un trabajo de “machos”. Todas esas pequeñas muescas en el sistema, de ideas que se deslizan en lo cotidiano y que podría ignorar, pero no lo hago. Porque seamos claros: podría hacerlo. Podría simplemente sonreír y continuar mi camino. Analizar ideas mucho más profundas, evitar la irritación insoportable que me producen esas frases.

Pero no lo hago. Quizás soy obsesiva, malcriada y respondona. O quizás, no admito que me llamen “histérica” por responder como quiero y siempre que quiero en cualquier situación. Porque no quiero aceptar que se me menosprecie por el solo hecho de tener una vagina. Porque deseo que mi capacidad no esté en entredicho por el mero hecho de tener el cabello largo. Porque quiero maquillarme sin sentir que se me critica, como me rasuro las axilas cuando se me insiste, mis argumentos sólo tendrán valor de no hacerlo. Escribo para el futuro, para las mujeres que aún son niñas, para las mujeres que aún están avanzando, que se hacen preguntas. Escribo para analizarme, para analizar este mundo que heredamos de quienes transitaron despacio un difícil camino hacia el reconocimiento.

Pienso en eso con frecuencia. Me gusta pensar que las mujeres en la actualidad nos liberamos del “basurero de la historia”—como Fleming llama a ese olvido selectivo de lo femenino en la historia—y avanzamos hacia un protagonismo bien ganado con talento y trabajo. Me gusta soñarlo: lo hago a diario con mi trabajo. Me gusta pensar que alguna adolescente me leerá por allí y de pronto, se preguntará por qué está mal llevar la falda corta si lo prefiere y tener buenas ideas. O esa otra, que no aceptará que nadie le diga que debe callarse porque quiere hablar. O la que querrá no llevar maquillaje y se preguntará si está bien hacerlo. Escribo, creo y batallo desde mi pequeña tribuna y mi espacio, para ese gran cambio que creo todas las mujeres del mundo, en mayor o menor escala llevamos a cabo. Que avanzamos en la dirección de creer y construir una nueva versión sobre el mundo que hasta ahora hemos conocido. O es lo que espero, en realidad.

Una batalla silenciosa: el ‘bullying’ entre mujeres

Hace unos años, trabajaba en una pequeña oficina editorial en la que compartía espacio y labores con una mujer de mi edad y con las mismas credenciales académicas. Al llegar, creí que esas semejanzas nos harían buenas amigas, al menos un buen equipo de trabajo. Después de todo, pensé con ingenuidad, se trataba de cierta complicidad natural.

Me equivoqué, por supuesto. De inmediato comprobé que mi compañera de trabajo no sólo no deseaba ningún tipo de colaboración entre ambas, sino que en cada oportunidad posible se dedicaba a sabotear mi trabajo. Y lo hacía de todas las maneras posibles, irritantes e incluso infantiles, a su alcance: desde falsear los datos de los proyectos en que trabajamos juntas, negarse a compartir información vital que necesitábamos por igual e incluso, esparcir rumores sobre mi poca capacidad laboral o mi “supuesta” irresponsabilidad. Al principio, ignoré lo mejor que pude el sutil asedio, hasta que, por último, no pude continuar haciéndolo y decidí encarar la situación de manera directa. Me sorprendió que mi compañera no lo negara en absoluto.

—Aquí se trata de quién es la mejor— me dijo—eso de la amistad entre mujeres no existe.

No supe qué responder a eso, aunque por supuesto, no era la primera vez que escuchaba algo semejante. Y mucho menos sería la última vez en que me enfrentaría a un tipo de rivalidad insistente y destructiva entre mujeres. Con el transcurrir del tiempo comprobé que existe un grave problema de perspectiva sobre lo femenino desde el punto de vista de las mujeres, una consecuencia directa de la presión cultural sobre la identidad de género y, sobre todo, la forma en la que se comprende las relaciones afectivas dentro de una sociedad obsesionada con la mujer objeto.

Se trata de un fenómeno que la mayoría de las mujeres han experimentado a lo largo de su vida y que parece acentuarse a medida que las condiciones profesionales y económicas femeninas las hacen más competitivas. Mujeres que atacan a mujeres a través de chismes, violencia emocional, burlas y críticas. Mujeres que se enfrentan a otras a través de todo tipo de recursos mezquinos heredados y aprendidos desde la niñez. ¿Qué provoca un comportamiento preocupante que se repite como un patrón reconocible en mujeres de cualquier edad? ¿Cómo se define un tipo de agresión que, además, se normaliza y se asume como parte de la identidad femenina?

Unos años atrás, la psicoanalista y feminista Juliet Mitchell decía que el enfrentamiento entre mujeres era quizás la peor trampa de una cultura que presiona a la mujer para competir con la atención masculina y, sobre todo, encontrar un lugar social en detrimento de la identidad de las mujeres que le rodean. Un concepto que abarca la raíz de esa visión de lo femenino sobre sus propias características con enormes implicaciones en la manera en la que la mujer moderna asume su identidad. Hablamos de mujeres que, a pesar de su empoderamiento, inteligencia, talento y éxito profesional, sienten el impulso de atacar a mujeres a las que consideran iguales o en situaciones semejantes, como parte de un hábito social normalizado que se acepta e incluso se celebra. Desde los concursos de belleza hasta la visión de la “puta”, “la fácil” y otros epítetos semejantes, la lucha de la mujer contra la mujer es parte de una noción dolorosa sobre el mundo femenino.

Mujeres que atacan a mujeres a través de chismes, violencia emocional, burlas y críticas.

Para Mitchell, la respuesta a toda la circunstancia es una sola: la herencia cultural que presiona a la mujer desde todo ámbito posible. Una visión que engloba esa insistencia sobre el hecho de que la mujer es una figura a la medida de las fantasías masculinas. Siendo así, la mujer debe complacer, ser deseable y, sobre todo, convertirse en un objeto voluble capaz de fascinar a la sociedad que la mira con atención. Y es entonces cuando la competencia



entre mujeres—la envidia—se hace un elemento insistente.

La mujer intenta conquistar la atención no sólo del entorno sino además analizarse a sí misma a través de otras mujeres. Se compara, se menosprecia o se sobrestima, en un juego de valores que la convierten en una figura ambigua y a merced de todo tipo de mensajes sociales sobre su aspecto físico y comportamiento emocional. Mitchell reflexiona sobre el fenómeno desde la perspectiva casi íntima, pero, sobre todo, basada en la comprensión de sus causas inmediatas: “Se trata fundamentalmente de promover la solidaridad entre mujeres. No se trata de querer a todas las mujeres, sino de solidarizar”, dice.

Además, Mitchell reflexiona sobre el hecho que no se trata de insistir en cualidades utópicas como la bondad y la abnegación (que suelen achacarse a la mujer) sino comprender el sentido de no obedecer a la programación cultural que convierten agresivas las relaciones entre mujeres. “No atacar, pero sí mostrar cuándo una mujer permite ser usada por el patriarcado en contra de otras”, insiste.

Claro está, la agresión entre mujeres procede de una larga historia de reivindicaciones incompletas que, a pesar de brindar poder legal y económico a las mujeres, no equilibra—ni tampoco reflexiona—sobre su bienestar emocional e intelectual. La mujer occidental—confinada al hogar, definida a través de la maternidad y, sobre todo, sujeta a la visión que el hombre tiene de ella—se educa desde la vulnerabilidad y la inseguridad.

La transformación de la formación de su rol, a pesar de abrir las puertas a las posibilidades de independencia y autonomía, no consuela esa perspectiva de la mujer herida por el peso histórico. Pero a pesar de sus triunfos y el alcance de sus conquistas, sigue enfrentándose a un mundo cultural que le exige ser la más bella, la más deseable. Que intenta imponer una conclusión sobre lo estético, lo intelectual e incluso lo privado que define a la mujer. Y la obliga a actuar en consecuencia: el hombre como figura central de la cultura y la mujer que orbita a su alrededor, que intenta captar no sólo su atención sino también complacer el tópico tradicional que se inculca.

La mujer esposa, la mujer madre, la mujer deseable, la mujer sexual, la mujer objeto. Todas variaciones de un mismo tema y que más allá de eso, se encuadran en una misma perspectiva sobre lo femenino: la que se ajusta a la mirada cultural sobre el tópico y el estereotipo.

Un buen número de sociólogos sostienen que la competencia y envidia entre mujeres nació después de que lo femenino tuviera que replantearse su lugar social a principios de la Primera Guerra Mundial: la crisis occidental hizo abandonar a buena parte de las mujeres europeas los límites de su educación y la manera en la que se percibían a sí mismas. De amas de casa, la mayoría se transformó en la mano de obra disponible después de que la mayoría de la población masculina participara en el conflicto bélico.

El resultado es que la mujer encontró una nueva identidad en el trabajo, en la construcción de una identidad que no tenía relación evidente con los valores tradicionales a los que estaba acostumbrada y en los que se le educó. Aun así, se continuó comprendiendo a la mujer en igualdad de condiciones como una “enemiga a vencer”, un concepto heredado de esa conciencia histórica sobre la necesidad de competir por ser esposa, madre y, sobre todo, el símbolo de la mujer tradicional, por encima del resto del universo femenino.

En Venezuela, este comportamiento no sólo se considera natural, sino que la mayoría de las veces se alienta. Se insiste en la mujer “más bella”, en toda una intrincada red de conexiones y una estructura que premia a la mujer que logra encajar con mayor exactitud en el patrón estético y de conducta que se asume “ideal”. Y es esa visión lo que hace que la mujer envidie y compita con otras en todas las maneras a su alcance. Mujeres que intentan ser más bellas y deseables que quienes le rodean. Mujeres para quienes la prioridad es la

obsesión por su capacidad para atraer y seducir. Mujeres para quienes el éxito personal y económico tiene una directa relación con la percepción de la competencia y triunfo ficticio. Una y otra vez, la batalla se hace encarnizada, cosa de todos los días.

¿Qué mujer no ha soportado críticas de amigas e incluso parientes por su aspecto físico o su comportamiento?

Las autoras Susie Orbach y Luise Eichenbaum analizan el tema a profundidad en su libro *Agridulce*, en el que reflexionan acerca de ese instinto casi atávico de una mujer de enfrentarse a otra por un tipo de impulso emocional poco claro. El libro además reflexiona sobre el hecho que la conducta refleja un tipo de ataque que toda mujer ha sufrido—o infringido—en alguna oportunidad, sin ser verdaderamente consciente de los motivos por los que lo hace.

Orbach y Eichenbaum además teorizan de que se trata de un fenómeno común, invisibilizado por su frecuencia, pero de consecuencias preocupantes. Sentimientos de temor, inseguridad sobre sus propios logros y valor e incluso tristeza se mezclan para expresar comportamientos de enfado, negación o menosprecio hacia la figura de las mujeres que le rodean. Más allá de eso, la reacción se personaliza, se hace un ataque insistente.

¿Qué mujer no ha soportado críticas de amigas e incluso parientes por su aspecto físico o su comportamiento? ¿Qué mujer no ha sido menospreciada y atacada por mujeres en posiciones de poder semejantes a las suyas? ¿Qué mujer no ha sido vituperada, insultada o estigmatizada por opiniones femeninas? Tal vez por ese motivo, las autoras de *Agridulce* concluyen que “las mujeres necesitan el apoyo y el permiso de las demás mujeres para lograr la autonomía y la autorrealización que persiguen”, lo que conlleva a una distorsión de una percepción natural de la competencia como elemento central de toda relación femenina. Se trata de un punto de vista tan antiguo que hablar sobre su origen resulta casi imposible.

Pero la pregunta que surge es una sola: ¿Es posible estimular la solidaridad entre mujeres al tiempo que se aprende a convivir como seres independientes? ¿Puede una mujer claudicar en esa lucha emocional sin sentido y lograr una comprensión más fuerte sobre sí misma y quienes le rodean? Quizás este sea un enorme desafío a la psicología femenina, que se debate entre el impulso casi instintivo de enfrentarse a la mujer ideal que la sociedad impone, a la vez que lo hace contra su propia percepción sobre la amistad, el amor y la complicidad.

Sin duda, las mujeres actuales comprenden de manera muy distinta la envidia, la competitividad, el abandono y el rechazo a como lo hacían décadas atrás. Pero a pesar de la diferencia, persiste ese ataque silencioso y doloroso que se termina sufriendo de manera profunda. Tal vez solo se trata de alcanzar una progresiva madurez emocional o pase por esa necesidad de comprender lo femenino desde la independencia, la autonomía y el poder personal. Un largo camino que apenas comenzamos a recorrer.

El ¿problema? de la mujer creativa

Hace unos días, alguien me preguntó cuál era mi profesión. “Escritora” contesté sin dudar. Mi interlocutor me dedicó una mirada sorprendida que me hizo sentir incómoda pero que a la vez, me enfureció. Después de todo, no he hecho otra cosa que leer y escribir desde niña, me dije. ¿Por qué no llamarme de ese modo?

Luego me avergonzó semejante osadía, en uno de esos pequeños dolores que el síndrome de impostor suele provocar con más frecuencia de lo deseable. ¿Cómo ganas semejante título? me dije horas después, obsesionada con los sentimientos que me despertó la pregunta. ¿Te llamas escritor por sólo desearlo? ¿O lo eres cuando se cumplen una serie de requisitos que cumples, incluso de manera involuntaria y casi espontánea?

No lo sé. Con toda franqueza, escribo porque no puedo hacer otra cosa. Lo hago por amor, por miedo — uno profundo, que me acompaña a todas partes — pero sobre todo, porque es un lugar seguro que me ha protegido de todo tipo de sufrimientos y pequeños horrores cotidianos. Escribía cuando era una niña pequeña, solitaria y desarraigada. Escribía a toda hora como la adolescente aturdida que fui y escribo como adulta, siempre que puedo, por todas las razones válidas — y las que no lo son — que puedo esgrimir para hacerlo. Ahora también es mi profesión (me pagan por hacerlo), pero eso no es lo más importante en este hábito de disciplina y voluntad. Escribo para salvar mi cordura, para mantener a flote mi espíritu. Para ejercer esa vocación de voluntad que las palabras crean por el mero hecho de ordenar mi caótico mundo interior.

¿Suenan romántico? Por supuesto, debe escucharse de esa forma. Escribir es el equivalente a una relación apasionada, con los mismos momentos altos y bajos. A veces escribir me produce una enorme satisfacción. Siento que las palabras me protegen, consuelan, elaboran un mapa de ruta clara por los recovecos más extraños de mi mente. Otras veces, escribir es una fisura, dolorosa y muy profunda, a través de la cual se desploman todo tipo de imágenes y sensaciones. Escribir lleva esfuerzo, un trabajo mental que te obliga a enfrentar tus limitaciones y te hace sentir osada, feliz y derrotada. Todo a la vez y quizás por las mismas exactas razones. De modo que escribir es una relación emocional especulativa. Una tan poderosa y prolongada que resulta un mundo creado a conveniencia y por pura necesidad de supervivencia. Quien escribe lo hace porque lo necesita. Y no deja de hacerlo, porque la ausencia es una pérdida de un estímulo colosal e imprescindible.

Así que, escritora. Tengo un libro publicado, varios relatos que forman parte de antologías, me pagan para escribir. Y creo que lo hago lo suficientemente bien para no sentir otra cosa que deseos de continuar. Lo pienso mientras la lluvia golpea con fuerza las ventanas de mi estudio, el lugar en el que paso la mayor parte del día y no dejo de escribir por cualquier excusa. Escritora, me repito casi con cansancio. Una palabra que puede describir una vida.

Cuando tenía once años recién cumplidos, leí por primera vez “Una habitación propia” de Virginia Woolf. No sabía lo que leía o en realidad, no tenía idea que el libro cambiaría mi vida como lo hizo. Lo que sí supe de inmediato — con esa meridiana clarividencia de la niñez — fue que aquel libro que encontré perdido en cajas polvorosas, era mucho más que un ensayo — que no sabía que lo era — y sobre todo una escena imaginaria. Era algo vivo, real y asombroso que me cautivó desde entonces.

Ya entonces escribía. Nada digno de leerse por supuesto. Pero lo hacía a diario con una empeñada perseverancia que me dejaba entre confusa y frenética. Escribía para contar a golpe de verbos y pequeños adjetivos borrosos, el acontecer diario en la escuela y luego, en la vieja casa de mi abuela. Escribía los cuentos que quería leer y no encontraba en los libros que llenaban la vieja biblioteca familiar. Pero sobre todo, escribía por necesidad. Una tan dura y vital que formaba parte de cada uno de mis pensamientos, día y noche. No había nada que no narrara en mi mente, que no desmenuzara palabra por palabra en

interminables párrafos mentales que jamás escribí. Pero la palabra lo era todo. Era una devoción tan fuerte que en ocasiones, me provocaba más sufrimiento que otra cosa. Pero al final de todas las cosas, era también una forma de amor.

Claro está, ningún niño piensa en términos tan complejos. Los sentimientos flotan en alguna parte de tu mente, ingravidos y anónimos hasta que los señalas con el dedo y comienzan a plantearse como una sucesión de imágenes claras. De manera que escribía — con esa pasión ciega de la infancia — pero no sabía que lo hacía o el motivo de mi persistencia en hacerlo. Sólo sabía que necesitaba continuar desgranando la realidad en todo tipo de pequeñas historias fragmentadas, unidas entre sí por un hilo conductor invisible. Escribir, encorvada sobre el viejo escritorio de madera de mi familia, con los dedos torpes aferrados al lápiz resbaladizo. Escribir era como dibujar el mundo en mi mente, tomarlo de entre las miles de imágenes de mi imaginación y dotarlo de sentido. Escribir porque no podía hacer otra cosa.

Virginia Woolf le dio sustancia y definió esa abstracción absoluta. Lo hizo con una prosa lúcida, exquisita y lenta que avanzó hasta abarcarlo todo. En esa época yo no sabía absolutamente nada sobre la obra de Woolf ni la estrecha relación que tendría con ella mucho más adelante. Ni que lloraría con sus libros abrazados al pecho unos años después o que me obsesionara con cada uno de sus mundos, como me ocurrió en la universidad. Con un instinto apacible e ingenuo, me deslumbró esa noción sobre la mujer que escribe — y yo quería ser una, por supuesto — pero sobre todo, el peso y la importancia de la escritura en todo ámbito de quién está por completo subyugado por las palabras. Virginia Woolf describió mejor que nadie el peso de las palabras que nacen de impulsos radiantes y esplendorosos. De los momentos más dolorosos. De los que te asfixian y te dejan inacabado. Ese pulso con el desastre. Con la nada inexistente. Con las puertas abiertas a espacios ocultos de tu mente que es la escritura.

Mi capítulo favorito del libro era el tercero, sin duda. En él, Virginia Woolf imagina para Shakespeare una hermana, la talentosísima e invisible Judith. Ambos crecen bajo el mismo impulso artístico. Ambos escriben desde la niñez y tienen el mismo afán de ruptura. Pero sólo William triunfa, quizás gracias a Judith. Quizás gracias a su renuncia, al hecho de haber impulsado la necesidad de escritura del hermano a pesar de sí misma. Para Woolf la Judith imaginaria jamás llegó a ser real porque no sabía que escribir la liberaba del dolor del silencio creativo.

Por semanas, me obsesioné con esa imagen. Con esa Judith que jamás existió que escribía a toda hora, que llevaba fajos de papeles repletos de obras futuras a todas partes. Por la Judith que debía aprender a cocinar, zurcir y comenzar a pensar en el futuro marido a pesar que sólo quería escribir. Casi podía sentir su dolor. Casi podía experimentar esa angustia existencial devoradora que la convertía en un rehén del fogón, del futuro matrimonio, de todas las cosas que las mujeres de su época debían vivir para ser consideradas ellas mismas. Pero la escritura estaba en mitad de todo eso. Un palpitar que no podía ignorar, que la acompañaba a toda hora. Que la cegaba y la obligaba a caminar con las manos extendidas y temblorosas por la realidad que le rodeaban.

— ¡Aglai! ¡Tercera vez que te llamo!

Mi maestra de castellano de la escuela donde estudié — al menos la primera que tuve — no me tenía paciencia. Le molestaban mis largos silencios, mi impaciencia e incluso, el hecho que le hiciera tantas preguntas sobre los libros que debíamos leer. De niña solía pensar que se trataba sólo de antipatía. De adulta, siento una profunda conmiseración por su poco amor hacia la palabra, por esa sequedad suya que disimulaba — o reflejaba, quien sabe — una amargura íntima sin máscara.

— Te preguntaba sobre el libro que tenías que leer para hoy — insistió.
 — ¿Usted soñó con ser escritora?

No sé por qué le pregunté eso. Quizás se trataba de una confesión a medias, un lento desvío de la verdadera pregunta que deseaba formular. Cual sea el caso, la pregunta la tomó por sorpresa — a ella y a mí — y me dedicó una mirada lenta, precavida y cómo no, irritada.

— ¿De qué hablas? ¿A qué viene eso?

Quizás venía del poco interés que tenía en enseñarnos. De la indiferencia de la mano erguida para escribir nombres de escritores en el pizarrón. De los hombros caídos, del desánimo general. ¿Qué había perdido la maestra para tanto cansancio? O quizás, como dije, venía de mi necesidad de saber si ella, la mujer que leía más que ninguna otra en el colegio, también se había enamorado de las palabras alguna vez. Si las conocía tanto como para soñar con ellas.

— Sólo quería saber...

— Una mujer debe prepararse para vivir su vida y leer. Lo de escritor es otra cosa. Es algo más complejo. No es para todo el mundo.

Toda la clase me miraba ahora, seguro sin entender por qué escuchaba la respuesta con los ojos muy abiertos y avergonzados. El motivo por el cual la maestra parecía fastidiada y aburrida. Después llegó el más doloroso mazazo.

— Pocas mujeres son escritoras. Las demás sólo leen. Tu mejor lee y ya. Lo demás es fantasía.

Sus palabras me golpearon. Un viento helado y ralo que me dejó las mejillas escaldadas de vergüenza y miedo. ¿Leer y ya? pensé con el corazón latiendo tan rápido que me cerró la garganta como un nudo amargo. ¿Leer y ya? ¿Tendría que conformarme sólo con eso? La maestra seguía mirándome con la tiza entre las manos. La expresión hosca y hostil. Un “cállate” que parecía extenderse más allá del salón de clases. A mis tardes de papel y lápiz en la biblioteca de mi casa. A mis pequeñas historias.

Nunca sentí tanto miedo. Un miedo paralizante y ácido. Un miedo que me provocó dolores de estómago y un tipo de angustia difícil de explicar. Un miedo a que sólo podría leer y no escribir, como lo deseaba. Un miedo a esa nada sin palabras. Sin mis días enteros de soñar para plasmar en largas parrafadas sin resolución. Sentí un terror de medianoche, de esas pesadillas blandas y sudorosas que te hacen despertar agradecer que las imágenes que viste sólo fueran eso: terrores convertidos en paisajes mentales. Pero de pronto, la posibilidad de que simplemente la escritura no estuviera a mi alcance, no fuera parte de mi vida me dejó petrificada. Temblando y con las manos húmedas de sudor nervioso, me pregunté cientos de veces si la maestra tenía razón.

Recurrí a Virginia por supuesto. Leí el libro otra vez, con un nudo en la garganta. Tenía ya doce años y sabía algunas cosas más — unas muy pocas — que la primera vez que la había leído. Con el libro entre las manos, le pregunté a la Virginia que imaginaba — con su rebelde cabello sujeto a la nuca, los ojos grandes y brillantes, los dedos rotos por escribir a diario — si yo podría escribir alguna vez o tendría que conformarme sólo con leer. Si sería de la gente que tendría que mirar a las palabras desde lejos.

Virginia me contestó claro. La literaria y la imaginaria. Desde las páginas del libro me contó que no hacen falta demasiadas cosas en la vida, pero una imprescindible es una habitación con una ventana. Una habitación que te pertenezca por los cuatro costados, que puedas

cerrar con llave para encerrarte dentro. Una habitación que sea tuya, desde las paredes repletas de tus obsesiones hasta el suelo manchado por los pasos. Una habitación además, que tenga una ventana por la que entre luz natural. Una ventana para mirar la calle, la montaña, el cielo, el mundo entero y luego traducirlo a palabras. Una ventana hacia lo cotidiano para crear lo extraordinario. Una ventana que se abra hacia el olvido y la belleza.

También, me recomendó mi Virginia imaginaria, debes tener un ingreso decente para que escribir no sea un oficio de prisas o a medio construir. Escribe para vivir de lo que haces, para que las palabras sean tu oficio, sean tu deber, sean todo lo que necesitas. Escribe para que cada cosa en tu vida se relacione y se entrecruce en un mapa de ruta hacia el dolor y la apoteosis. Que no haya nada en tu vida que no se relacione o dependa de escribir. Así escribirás.

En 1928, Virginia Woolf calculaba que una mujer para dedicarse a escribir necesitaba 500 libras al año, aparte de la habitación con cerradura. Pasé semanas calculando lo que necesitaba para escribir a mis doce años nerviosos. Cuánto dinero equivalía a la necesidad de escribir. Cuánto dinero simbolizaba la necesidad de avanzar hacia el centro de todos mis deseos. En esa me encontró mi madre, asombrada por las hojas llenas de números y los cuadernos abiertos con las filas repletas de números y cálculos borrosos.

— Quiero saber cuanto necesito para escribir siempre — le expliqué — en qué debo trabajar para no hacer otra cosa que escribir.

Mi mamá es una mujer pragmática y mundana. Su trabajo en el mundo financiero le exigía serlo, supongo. Con todo, me miró con sus grandes ojos verdes asombrados y risueños, como si pudiera entenderme. Como si pudiera percibir esa necesidad mía por escribir que llenaba el mundo.

— Necesitas trabajar y estás muy pequeña para eso — me respondió — hagamos algo: escribe y yo te daré una mensualidad para que sigas haciéndolo. Como si fuera tu jefa en algunas cosas. Me dirás que escribiste, me mostrarás cuanta dedicación le brindas. ¿Sirve así?

La emoción me subió por la espalda como un escalofrío. Me pregunté si mi madre bromeaba o simplemente era condescendiente, aunque por supuesto, no usé esa palabra para definir esa ternura amable. Me faltaba mucho tiempo para entender que las madres siempre comprenden, siempre traducen la realidad para que puedas comprenderla mejor. Para que puedas llevarla sobre los hombros.

— ¿Y la habitación con cerradura?

— ¿Tu cuarto no sirve?

— Según Virginia debe ser un espacio sólo para trabajar.

Mi mamá parpadeó. Supongo que le debe haber resultado casi risible ese ímpetu mío de imitar a una mujer que nunca había conocido, pero aún así, me siguió la corriente. Se tomó unos momentos para pensar y después, señaló la pequeña biblioteca del apartamento que compartíamos — tan distinta a la de mi abuela en la casa familiar — con un gesto risueño.

— ¿Y si es sólo un escritorio?

El día que cumplí trece años, recibí por obsequio un pequeño escritorio de madera con gavetas amplias. Nunca había visto algo más bello — aunque en realidad, era viejo y destartado, heredado de algún pariente desconocido — pero era mío. Llené las gavetas de lápices y bolígrafos, la amplia mesa de hojas y cuadernos abiertos y cerrados. La pequeña biblioteca adosada encima de mis libros favoritos. Un pequeño reino que me pertenecía por entero. Un pequeño espacio mío y sólo mío que podía utilizar a mi provecho. Mi mamá



lo colocó junto al ventanal del estudio. Abajo — a diez pisos de distancia — la calle era un cruce serpenteante de vida y color.

Pasé tardes y noches entera sentada frente a él. Escribiendo, claro. Pero también leyendo, analizando página por página de mis historias favoritas. Y por supuesto, leyendo otra vez “Una habitación propia”. Esta vez, Virginia me recordó que un octubre de 1928 estaba escribiendo un ensayo sobre mujeres y literatura cuando miró por su ventana. Una mujer y un hombre jóvenes caminaban juntos hacia un taxi. Tomados de la mano, riendo entre sí. Me contó Virginia que esa escena la hizo feliz aunque no entendiera el motivo. Que la hizo volver a su escritorio y comenzar a escribir sobre la belleza de la realidad, sobre su dulzura y trascendencia. Como la literatura parece instigada por esa sucesión de momentos íntimos y preciados que llenan el mundo. Ver la realidad tal como es. En todo su esplendor cálido y errático. Sin nada que lo oculte.

Escribí mucho en esa época. Ensayos incompletos y torpes sobre temas que me obsesionaban. Sobre países extraordinarios que me subyugaban sólo por existir. De sueños y deseos que se entremezclaban con los temores. Sentada en mi escritorio, con la puerta cerrada y la ventana abierta, escribí sobre una exposición de la que había leído pero de la que nunca había visto una sola fotografía. Se trataba de una colección del Metropolitan de pinturas de ventanas llamada “Rooms with a View”. Había leído sobre ella en una revista y me había obsesionado las imágenes que describía el curador que la reseñaba. Habitaciones austeras y deshabitadas, habitaciones repletas de luz natural. Habitaciones con ventanales descomunales que miraban hacia paisajes infinitos. Escribí sobre cada una de ellas sin verlas, pensando en Virginia. Escribí sobre los personajes atrapados en espacios interiores, sobre el poder de las puertas cerradas y abiertas. Sobre la capacidad de la escritura para mirarlas todas. Sobre la belleza silente de las paredes despojadas pero acogedoras. Sobre el poder de crear y construir sobre lo evidente.

Y escribiendo sobre ventanas abiertas y cerradas, sobre habitaciones silenciosas pensé en que escribir era algo parecido a cualquiera de ellas. Que era un salón con pestillos cerrados en donde guardar la memoria. Que era el único lugar privado que había tenido nunca, antes o después. Que era un espacio sagrado y volátil, reconstruido para la privacidad intelectual y concebido como una frontera con todo lo vulgar y cotidiano. Había algo de sacrilego y poderoso en las palabras. Ese existir y no existir del asombro absoluto. Puedes crear, te dice la escritura. Puedes elaborar ideas y algo más trascendental. No es solamente física la habitación que propone Virginia. La escritura es una habitación emocional. Una identidad creada a partir de los terrores y presunciones. De la necesidad paralizante de construir y seguir hablando a la imaginación. Escribiendo por puro olor y maravilla.

Sin la posibilidad de echar la llave y sin la garantía de unos ingresos regulares la habitación para escribir sería inútil, insiste Virginia Woolf con una lapidaria fortaleza. Porque Virginia sabía que escribir es un oficio que pasa por la privacidad del dolor y de las lágrimas. De los espacios cerrados y tumultuosos. De las cofradías intelectuales sumidas en el anonimato. Escribir te salva la vida, pero también terminas debiendo tributo a ese placer inaudito, de dedos y labios secretos quemados por la palabra. Y mientras escribía — aprendía, me esforzaba, persistía — miraba por la ventana y mi pequeño espacio privado.

Me pregunté cuántas de las mujeres que habían emprendido la aventura de escribir tenían también ese lugar insular y peregrino al cual dedicar la pasión, el tesón, la angustia existencial. ¿Lo tenían Jane Austen o las hermanas Brontë? Virginia decía que debían escribir en medio del escándalo doméstico. De los sirvientes que barrían, de los hermanos que gritaban, de la leña que crepitaba al fuego. Cuenta Virginia que Jane Austen se escondía debajo de la labor que tenía lo que escribía. Qué Charlotte Brontë se ocultaba debajo de la cama para escribir de noche, en medio del frío de la casa de piedra de su padre y a pesar de su mala salud. Que su hermana Emily lo hacía también, pero aferrada a los hilos de su



salud y su lucidez. Escribir para hacer retroceder el caos. Escribir para el asombro, para constatar el prodigio de vivir en lugar de sólo existir.

De adulta, alguien me obsequió el catálogo de la exposición del Metropolitan que tanto me obsesionó sin verla jamás. Me asombró lo pequeño de las habitaciones, pero reconocí los cuadros colgados en ellas. Las ventanas grandes, con hojas de cristal abiertas hacia el infinito. La tranquilidad pastoral delicadísima en medio de muebles anónimos y paisajes domésticos. La luz cegadora lanzando destellos en las porcelanas y en los fuegos imaginarios. Y me hizo sonreír la claridad con que lo imaginé, el significado que le atribuí sin saberlo. El amor extraordinario que me despertó esa colección de momentos sin nombre. Esa soledad que aspiré desde niña para escribir, para remontar el miedo a sólo leer sin crear a través de las palabras. Para escribir con calma y sin distracciones. O enfurecida y llena de estadios de silencio. Para escribir a lo largo de décadas palabras que me acompañaron durante toda la vida. Una habitación que me regaló un lugar en el mundo. Una habitación que me brindó una forma de construir mi mundo privado.

La voz narradora de “Una habitación propia” es Mary Beton, un evidente alter ego de Virginia. La autora no lo disimula y dota al personaje — o mejor dicho, el reflejo de sí misma — de innumerables similitudes consigo misma. Mary es una inglesa de clase media alta, como también lo era Virginia. Beton además, parece ser el símbolo de lo que toda mujer desea y analiza desde el mundo de las palabras. O lo que desea obtener de él.

De Mary Beton nace la inspiración del cuarto propio, luego de una visita al recinto de Oxbridge, construcción mental que combina los nombres de las importantes Universidades inglesas Oxford y Cambridge. A través de las vivencias de Beton en la Universidad imaginaria, Virginia Woolf analiza la exclusión de las mujeres de la educación Universitaria y lo que es aún peor, de la vida intelectual de su época. Vedadas, golpeadas por la realidad. Las puertas de las habitaciones de creación cerradas por mero prejuicio. Pero a la vez, buscando un lugar propio donde expresarse. Llamar suyo. Un país intelectual con fronteras visibles en las que el mundo — y sus dolores — sólo entrarían si el silencio se lo permitía.

Recuerdo todo lo anterior, el primer día en que viví en mi apartamento de soltera. Mi abuela me lo había heredado al morir y de pronto, mi habitación privada se había transformado en algo más. Una especie de paraje de sombras abiertas y cerradas que me pertenecía por completo. Me invade una profunda sensación de realidad con llaves entre las manos. De pie en la puerta abierta. Es un poco inquietante, la manera como se atesoran ciertas imágenes. Recuerdo el olor dulzón y amargo de la pintura recién aplicada sobre la puerta principal, el leve dejo a humedad que impregnaba todo debido a que nadie había estado en ese lugar durante meses, casi un año. Pero sobre todo, recuerdo con gran claridad el momento en que encendí la luz del salón y todos los objetos brillaron solitarios bajo la luz, opacos por una fina capa de polvo.

Abandonados, tal vez, como yo. Sentí asombro, un poco de miedo, curiosidad, expectativa, la inexpressable tristeza. Emoción, un incontrolable deseo de llorar y reír, la profunda desazón de encontrarme comenzando un nuevo ciclo de mi vida, inesperado y tan íntimo, que los límites entre mis aspiraciones y la realidad parecían confundirse. Un suspiro, la mano aun apoyada en el picaporte de bronce. Temblando un poco, la ciudad extendiéndose más allá de los ventanales. Una profunda sensación de soledad. Una abrumadora expectativa sobre el futuro. Tomo una bocanada de aire y me siento de cualquier modo en el suelo, a un lado de la antigua puerta de la entrada. Acurrucada, abrazándome las rodillas, atormentada por la sensación de irrealidad que me presionaba las sienes y la conciencia venial. Hundo la cabeza entre mis brazos y trato de pensar.

Las transformaciones nunca son sencillas y eso bien lo sabía Virginia Woolf. Como su imaginaria Judith, escribir puede ser un acto de una fragilidad asombrosa, que puede morir de



inmediato, sólo para volver a nacer. La marginación de quienes escriben es algo más que un anonimato forzoso. Es un dolor no resuelto, una ventana cerrada. Una visión sobre lo que se escribe — y los motivos por los cuales se hace — tan doloroso como personal. Y la transformación de la escritura — en quien te convierte, en quien aspiras ser — es también parte de ese Universo contenido en una habitación. En la física, mental e intelectual donde habita lo propio, lo personal, lo que puede definirnos.

Al departamento que me heredó mi abuela llegué con mis cosas guardadas en dos cajas cerradas. Así estuvieron por semanas enteras, escenificando mi propio estado de desorden. Como eterna nómada, todas mis pertenencias carecían de un lugar que pudieran llamar propio, hasta ese momento. En ocasiones, pasaba la noche en el salón vacío, mirando mis fotografías o leyendo mis libros favoritos, que volvía a guardar ordenadamente al amanecer. Quizá pensaba que si comenzaba a tomar posesión de las paredes y habitaciones vacías, la sensación de desconcierto podría hacerse más real, más evidente, más aterradora.

Deambulaba por la oscuridad, abriendo y cerrando las puertas con cuidado, utilizando el baño con gran cuidado de mantener el milimétrico orden con que lo había encontrado. La cocina continuaba cerrada, la nevera vacía — comía fuera de casa todas las veces que podía. Un límite fronterizo entre lo real y lo ideal, parecía ondular en medio de las sombras, en medio de los objetos que aún no sentía míos, esquivos y ambivalentes, amenazantes y hasta un poco hirientes. Continuaba sentándome en el salón, mirando a mi alrededor con cierta inocente consternación. ¿Qué hago aquí? ¿Quién soy? ¿Por qué no me voy? ¿Por qué prefiero quedarme? ¿Qué estoy esperando? Las respuestas flotaban en algún lugar de mi memoria que no podía alcanzar.

Entonces me atreví a escribir. No aún en la habitación que soñaba podría crear también en este nuevo lugar — mundo — que ahora me pertenecía. Acurrucada en una de las esquinas, con el cuaderno apoyado en las rodillas. Escribiendo durante la noche, cabeceando de sueño y puro cansancio. Escribiendo mientras tomaba decisiones secretas y misteriosas sobre mi vida. Describiendo la primera vez que me atreví a comprar algunos alimentos y colocarlos en el refrigerador.

Fue una sensación de singular emoción, comer por primera vez en la iluminada e immaculada cocina de la casa que ahora comenzaba a ser mía. Las ventanas abiertas, el olor del viento nocturno deslizándose por entre los cristales entreabiertos. La voz de María Callas danzando en medio de la pulposa oscuridad casi luminosa, bautizando cada espacio con mi deseo y mi profunda emoción. Escribiendo, con los dedos doloridos, el cuello torcido por las noches en velas. Ese despertar sobresaltado, mirando por la ventana de mi nueva habitación.

¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿A dónde voy? Mis libros abandonaron su confinamiento y comenzaron a habitar sus nuevos reinos. Horas enteras colocando cuidadosamente a Dickens, Coetzee, Sontag, Woolf, Wilde entre los anaqueles de los muebles donde parecían encajar tan bien. Escribiendo para recordarme quien era, para contar las ideas que se entremezclan unas con otras. Las pequeñas esculturas de ángeles y Dioses multiplicándose en el silencio, adornando cada lágrima y cada sonrisa silenciosa, las hojas de papel — inevitables compañeros de mis diminutas proezas en medio del dolor — llenando mesas y escritorios. Riendo, bailando en medio de este rutilante resplandor de pertenencia, la magnífica sensación de encontrarme en mi mundo, en la conquista de mis sueños más simples y lozanos, puros en su prístina benevolencia. Levantando los brazos, la voz de María cada vez más intensa, más insoportable, más hermosa. Girando, girando con la cabeza levantada hacia la luz, los ojos cerrados, las lágrimas brotando espontáneamente. El vértigo, cada vez más poderoso. Bendita, bendita, esta felicidad desconocida, esta sensación de mil tiempos entre mis dedos. La risa brotando, mientras la última nota de la canción se hincha y se retuerce en la oscuridad.

Escribir porque todo es posible. Porque todo nace de la palabra. Porque todo génesis comienza por un espacio propio, un lugar refugio. Una puerta abierta a la belleza. Una noción persistente de la identidad. De todas las cosas que soy y necesito ser.

Y de nuevo regreso a Virginia, porque no podía ser de otra forma. El libro en las rodillas, en medio de ese enorme paisaje de las habitaciones que son mías. Leo en voz alta, a gritos, en medio de la música: “Una interrupción un poco abrupta, pensé. Es penoso tropezar de pronto con Grace Poole. Perturba la continuidad. Se diría, proseguí, posando el libro junto a Orgullo y prejuicio, que la mujer que escribió estas páginas era más genial que Jane Austen, pero si uno las lee con cuidado, observando estas sacudidas, esta indignación, comprende que el genio de esta mujer nunca logrará manifestarse completo e intacto. En sus libros habrá deformaciones, desviaciones. Escribirá con furia en lugar de escribir con calma. Escribirá alocadamente en lugar de escribir con sensatez. Hablará de sí misma en lugar de hablar de sus personajes. Está en guerra contra su suerte. ¿Cómo hubiera podido evitar morir joven, frustrada y contrariada?”

Recuerdo a Judith la imaginaria. A la Virginia que construí en mi imaginación para el consuelo. A la Virginia que escribía como un ser humano, más que un hombre o una mujer. Una Virginia que trasciende el género. Escribir porque es lo único que puede definir los lugares misteriosos de tu mente. Escribir por la belleza, por la pasión, por la fealdad. Por la realidad más allá de la ventana. Escribir para todos los momentos rotos y esquivos. Escribir para vivir. O mejor dicho, escribir para sobrevivir.

Miro por la ventana de mi estudio. Caracas, la hostil y violenta tiene un aspecto bello bajo la lluvia. Y pienso en la ternura de la tormenta de este invierno tropical que avanza en silencio, que lo colorea todo en gris y plata. La mano tensa sobre la hoja repleta de palabras. El deseo a punto de construir. No hay otra cosa que belleza en esta noción de esperanza.

Una forma de vida. Una aspiración a persistir.

Todos los rostros de la hipocresía cultural: La mujer que no existe.

Cuando tenía dieciséis años, ya soñaba con ser fotógrafa, escritora, periodista, antropóloga, toda una rareza en un país obsesionado con la maternidad, las madres y el matrimonio. Me imaginaba a mí misma recorriendo el mundo con la cámara al cuello o concentrada en escribir la próxima gran novela moderna. Tenía muchos deseos de estudiar, de crecer, de hacer cualquier cosa que me liberara del tedio de mi vida adolescente, de mi rutina de estudiante. También estaba consciente que tenía enormes privilegios en un país pobre y caótico como el mío. Que mis aspiraciones, sueños e ilusiones eran en realidad excepciones en la Venezuela que vino después del boom petrolero, que se construyó a partir de las cenizas de una improbable bonanza.

Pero además de eso, debía llevar a costas la tradición machista de mi país. De ser una mujer en un país donde es muy complicado serlo. Donde tener un par de pechos y una vagina, te hace blanco del estigma, el señalamiento y también, la discriminación. Un país que no sabe qué hacer con sus mujeres como no sea clasificarlas en medio de los estereotipos torpes que intenta llevar de un lado a otro: la puta, la santa, la abnegada, la cuaima, la explotada. Una cultura que te enseña bien pronto cual es la mejor manera de maquillar los labios pero no cómo sostener tu autoestima en medio de los todos los ataques sutiles e invisibles que soportas a diario. Ser mujer en Venezuela no es sencillo, eso es obvio, pero



además se trata de una lucha extraña y la mayoría de las veces inútil contra una percepción de lo femenino que se niega a transformarse, que sigue siendo la misma, a pesar del segundo milenio, de la insistencia en el feminismo con sabor a revolución, del innegable avance de la mujer dentro de la sociedad. Pero el país adolescente que mira a la mujer con desprecio y la infravalora en cada oportunidad que puede, sigue siendo el mismo. No cambia, no evoluciona, no se mira más allá de sus prejuicios.

La presión sobre la mujer venezolana parece estar en todas partes. Viene de los lugares más imprevisibles. De la televisión que solo es un síntoma, de las vitrinas de las tiendas que solo reflejan lo que ocurre en la calle. De la ropa que se viste, que solo responde a lo que la cultura te presiona debes lucir. En cada lugar, hay un mensaje, hay una idea clara: “Así debes verte, esta eres tú”. Te exigen, te muestran lo que deberías ser, el lugar que debes ocupar. La mujer que encaja en ese molde irreal que existe a la fuerza, por presión constante, en ocasiones insostenibles. ¿Suenan exagerado? No lo es tanto, cuando te enfrentas a diario con comentarios sobre tu peso y tu aspecto físico, que dejan de formar parte de esa línea de lo privado para formar parte de lo que la sociedad puede criticar en voz alta. No lo es, cuando la mirada de la cultura forma parte de tu autoestima, de ese sobresalto que sientes cuando tu imagen no parece encajar muy bien con esa otra, la general y muy ambigua en que insiste el deber ser. Eres anónima, en medio de una enorme visión de la mujer sin rostro, de la mujer a la que se le cuelgan epítetos para definirla. La explotada, la mami, la rica. No lo es, cuando en el subconsciente colectivo parece insistir en una idea subyacente. ¿Qué ocurre si no formas parte de ese gran concepto? ¿dónde encajas si no aceptas lo que se supone es parte de tu identidad? Una línea invisible parece dividir la realidad de la visión de la mujer culturalmente aceptable.

En una ocasión, una amiga me insistió en que se sometería a una cirugía para aumentarse los senos porque “no quedaba de otra”. La escuché sin saber que responder a eso.

—Me hablas como si no tuvieras opciones—respondí.

Ella me fulminó con una mirada casi ofendida.

— Es una manera de aumentar la autoestima y quererte un poco—dijo.

— ¿Que tiene que ver la autoestima con el tamaño de tus senos?—pregunté.

Me miró con los labios apretados. Vamos, ¿qué broma es esta? pareció decir su expresión dura, casi irritada. Vivimos en el mismo país. Vivimos en el país donde el tamaño de tus pechos indica un precio social, un valor fundamental dentro de la sociedad que los admira. Vamos chica, ¿cómo te haces la desentendida? En Venezuela el tamaño de tus pechos simboliza estatus, simboliza que estás mucho más cerca de esa visión de la mujer irrealizable, de la divina, de que gana concursos, de la que colma el sueño nacional. Porque olvidense, amigas, aquí el mayor logro de una mujer no es una licenciatura académica sino hacerse más deseable, más visible, mucho más símbolo que consistencia. ¿Esta eres tú? parecen decir los maniqués de enormes tetas repartidos a lo largo y ancho de esta Caracas de máscaras y escasez. ¿Te pareces a ella? ¿formas parte de esta concepción de la mujer que todos los días gana nuevos adeptos?

— Tú lo sabes—responde al fin—este es el país que nos tocó vivir.

No tuve nada que responder al respecto. La frase me acompañó por días. Me miré en el espejo, una mujer pálida y joven, y me pregunté cuál era mi lugar en medio de esta enorme necesidad de comprender a la feminidad a lo venezolano. La mujer que soy, que no forma parte de esa visión del mundo tan simple. Las mujeres clandestinas, pensé más de una vez. Las que no forman parte de ningún extremo, la que no odia al patriarcado por despecho ni se atiene al ideal de lo ultra femenino que aplasta por necesidad. ¿Quiénes somos? Me pregunté, mirándome desnuda frente al espejo, con mis senos pequeños, mis caderas anchas, mis curvas desiguales. ¿Quién soy más allá de lo que se espera de mí? No quiero casarme,



no quiero tener hijos. Quiero ser una eterna estudiante, entregarme a mis pasiones, a mis dilemas intelectuales. ¿Se me considera menos mujer por eso? ¿Lo soy quizás? ¿Quién lo dice? ¿Quién construye la línea rasante? ¿Quién la sustrae y la fuerza?

En Venezuela, ser mujer parece ser el límite al que pueden llegar a todas mis aspiraciones, deseos y expectativas. Alguien me recordó que era “mujer” cuando compré mi primera cámara y me decidí por un sólido aparato de metal en lugar de las pequeñas y delicadas que se suponen debían gustarme. Alguien se extrañó que “fuera mujer” cuando me inscribí en una academia de manejo en solitario, sin un padre a mi lado. Una mujer me recordó “que era sólo una muchacha” cuando compré un libro erótico en una librería. Un profesor universitario me dijo que escribir sobre terror y gore “no era de mujeres”. Un vendedor en una agencia de automóviles me preguntó si mi padre me acompañaría porque “una mujer no podía decidir sola cual auto comprar”. Un gerente de recursos humanos me preguntó por qué deseaba el empleo al cual optaba si “estaba en edad de casarme”. Decenas de veces en lo que mi género pareció convertirse en un prejuicio, en una frontera visible entre mi forma de vivir y cómo el mundo presume debo hacerlo.

Pero más allá de la experiencia personal, la presión, el menosprecio y el ataque contra lo femenino parece alcanzar una escalada cada vez más dura. Pienso no sólo en lo que está ocurriendo en Venezuela, golpeada por la crisis, atravesando la peor crisis de su historia. Pienso en las estadísticas que divulga la investigación *Feminice: A Global Problem*, que señala que alrededor de 66 mil fueron mujeres fueron víctimas de feminicidios en el mundo entre el año 2004 y 2014, casi el 20% de los asesinatos que ocurren. Que en casi todos los países del hemisferio la cifra de mujeres asesinadas por parejas o en hechos de violencia machista aumentó casi el doble. Que de los 25 países con tasas altas o muy altas de feminicidios, catorce están en el continente Americano. Que en la mayoría de nuestros países, las mujeres son atacadas, acosadas y agredidas en espacios públicos. Que sufren por la discriminación al momento de acceder a la educación media o formal, que un número significativo de mujeres contraen matrimonio—ya se de manera voluntaria, por tradición, presión social u obligación—antes de alcanzar los 18 años.

Pero hay mucho más que eso, más allá de la violencia evidente, de la que se palpa, la que mira y que agobia. El panorama general que se dibuja para las mujeres que ahora mismo están creciendo parece llevar a cuesta una vieja y peligrosa percepción sobre el género y el prejuicio en su contra. Según cifras recientes de la UNICEF, las niñas de entre cinco y catorce años dedican 550 millones de horas al día en tareas del hogar como limpiar, cocinar y otras actividades signadas por la costumbre y la tradición. Es casi la mitad de su tiempo útil, que evita que la mayoría de las niñas en edad escolar puedan culminar no sólo su educación básica sino aspirar a una superior. Los datos también demuestran que la mayoría de las niñas del mundo, deben enfrentar el matrimonio precoz, el embarazo temprano, todo tipo de discriminaciones para alcanzar cualquiera de las supuestas ventajas que el mundo ofrece para las mujeres en la actualidad.

Se trata de un problema global, una idea que me desborda y que se comprende en un infinito estadístico difícil de cuantificar. Siempre según UNICEF, para 1.100 millones de niñas del mundo, la sociedad y la cultura es un enemigo al cual deben enfrentarse a diario. Un mundo sectorizado que les obliga a limitar sus aspiraciones, esperanzas y visiones sobre el mundo a través de una serie que convierten la infancia y primera juventud femenina en un largo trayecto lleno de obstáculos hacia el triunfo personal y la realización intelectual. “Los datos son abrumadores: una de cada tres niñas de países en desarrollo (a excepción de China) contrae matrimonio antes de los 18 años” insiste el organismo.

La condena de nacer mujer en buena parte del mundo supone no sólo una merma considerable en las posibilidades que la nueva generación de mujeres tiene para alcanzar una nueva forma de triunfo personal, sino en lo que supone una visión de la identidad de la



mujer como parte del conglomerado social. Una idea que parece repercutir en todo ámbito social, en toda idea sobre la necesidad de protección de minorías vulnerables alrededor del mundo y lo que eso pueda significar para el futuro de nuestra sociedad. Se trata de un pensamiento preocupante que engloba—y define, quizás—la discriminación que sufre buena parte de la población femenina en nuestra época y que la mayoría de las veces se esconde bajo la percepción que la mujer actual no necesita protección y mucho menos, defender sus derechos individuales. Un pensamiento tan frecuente como desconcertante, tan grave como lapidario pero que sin duda forma parte de cómo se asume la equidad y la igualdad en la actualidad.

De nuevo, el camino parece ser tortuoso, una serie de preguntas a medio responder. ¿Qué ocurrirá con la mujer—su identidad, su participación cultural, sus expectativas—en el futuro? No lo sé y con toda seguridad, quizás no se trate de una respuesta sencilla. Pero cientos de mujeres del mundo intentan responderla. Aquí mismo, en tu país, donde toda una generación de mujeres jóvenes construye como pueden y a pesar de todo, un nuevo espacio y lugar para la mujer en la historia del país. Probablemente, como yo, estés esforzándote por crear tu propio espacio en esta visión de la venezolana real, de la venezolana que se mira a sí misma con mucha más amabilidad que crítica, de la venezolana más allá del derroche físico y el sambenito de la más hermosa. La mujer que se libera de esa atadura histórica de pertenecer, para mirar más allá de los límites que la cultura impone.

La mujer real.



Soy tu feminista de guardia: Discusiones, duras y triviales en la vida de una activista

Una vez comenté en Twitter que soy la única feminista – que lo dice en voz alta, que se autocalifica como activista, que trabaja en el tema – en mi familia y, de hecho, también una de las pocas que la mayoría de mis amigos conoce. De inmediato, alguien me respondió que quizás era necesario “cambiar de amigos” y sin duda “educar a mi familia”. La respuesta me desconcertó.

“¿Por qué te parece debería hacerlo?” le pregunté. La anónima interlocutora pasó de inmediato a explicarme, que, para ella, era necesario – sino imprescindible – que todos sus conocidos postularan el feminismo de la misma manera en que ella lo hacía, que era su “espacio seguro” y que, sin duda, una forma de hacer su vida más interesante y tranquila. Me quedé un poco aturdida por la reflexión y por lo que podía implicar.

“No todo el mundo debe pensar lo que yo pienso para que me sienta cómoda” escribí. Y mientras lo hacía, pensé en todas las discusiones y debates que había sostenido con mi círculo de amigos más cercanos, en cenas familiares y demás momentos de mi vida privada, por sólo promulgar ideas feministas. Escribí la frase sin dejar de pensar en lo sencillo que sería dejar de dirigir la palabra a todos los que critican mis puntos de vista y la forma en que asumo mi versión política de las cosas. Lo fácil y cómodo que podría ser sólo no discutir, enfrentar críticas, burlas y malos entendidos. Al final, sería una forma simple de dejar de lidiar con el estigma del feminismo en una época en que no sólo es mal visto, sino, además, una incómoda percepción sobre mi opinión cultural y otras tantas cosas.

Miré el tweet por algunos minutos y me pregunté si estaba siendo sincera conmigo misma. Si de verdad, creía necesario seguir a contracorriente, recibir todo tipo de insultos solapados, burlas pasivo agresivas e incluso, directamente críticas sólo por creer en un tipo de igualdad, que en la actualidad supone una concepción sobre el mundo desagradable. Ser feminista en el nuevo milenio es enfrentarte al rechazo, a un tipo de exclusión que se sostiene sobre otra, al hecho de ser considerada poco menos que un paria intelectual, algo anacrónico e innecesario.

¿Realmente debería escoger mejor a mis amigos? me dije y acaricé la tecla para borrar con la yema de los dedos. ¿Educar a mi familia, batallar en una especie de enfrentamiento sordo contra viejas tradiciones, la desconfianza y el miedo que provoca la mera idea de luchar por una causa que apuesta a la equidad legal? Suspiré. Sé sincera Aglaia. ¿No sería un dolor de cabeza menos? ¿Una preocupación que restar a la larga lista que atañe a cualquier adulto en el parque comunista más grande del mundo?

Apreté la tecla de enviar. Sin duda lo sería, pero en realidad, es mucho más sentido y simbólico creer que el feminismo vale la pena como una forma de pensamiento. Que, a pesar de las diferencias, los postulados en los que creo pueden sostenerse en la contradicción. Porque el feminismo no es un dogma, una catequesis ni un apunte legal que deba cumplirse o imponerse. En una manera de asumir que el mundo necesita cambiar, crecer y evolucionar y que el motor de ese cambio, somos todos los que participamos en ese gran mecanismo de reconstrucción cultural. No se trata de convencer a nadie más ni de imponer lo que pensamos como una obligación moral. Se trata de debatir un acuerdo entre el mundo tal y como lo heredamos, hacia algo más poderoso, consistente y valioso de lo que conocemos hasta ahora.

Lo pienso a diario: ser feminista es un privilegio, es una forma de crear que me permite sustentar las bases de la sociedad que vivirán las mujeres del futuro. Y eso implica, comprender de dónde proviene cada paso que doy, hacia dónde me envía y qué pasos aguardan

por mí. No importan las discusiones en las navidades familiares, los amigos incómodos o los momentos realmente dolorosos. La lucha es por las ideas y por ellas, vale la pena – casi siempre – el esfuerzo.

Los dolores de la feminista defectuosa

Esto ocurrió más o menos así: en algún punto de la madrugada, desperté al escuchar una notificación de mi teléfono celular. Aturdida y sobresaltada, extendí la mano y me apresuré a revisar la pantalla. “¿Estás?” Me lo preguntaba un amigo con quien no conversaba desde hacía más de un año y que, de hecho, reside en España. “¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Tu familia?” respondí mientras imaginaba cien tipos de desgracias distintas. Sí, lo admito, soy ese tipo de personas que los mensajes a altas horas de la madrugada le despiertan algún primitivo instinto catastrófico. “Estoy bien, solo quería preguntarte qué opinas sobre mostrar las tetas en una manifestación” me respondió.

Lo anterior podría haber terminado mal—no terminó bien, en todo caso—de no ser porque durante mucho tiempo he recibido mensajes semejantes—no todos a esa hora—sobre temas parecidos. Es lo que ocurre cuando te identificas como feminista—militante, visible y con deseos de dialogar—y dejas el agua correr. En realidad, hace algún tiempo asumí que la mayoría de la gente que conozco asume que el feminismo es una especie de rareza—peligrosa y radical—que debe tratarse con cuidado, a ser posible a la distancia y sin sacudirse demasiado. Como si de una bomba de relojería mal armada se tratara. Y que yo, vecina distraída, muchacha en redes sociales con chistes malos, articulista dedicada sobre el tema, soy una especie de puente entre esa noción del movimiento y una opinión más o menos comprensible sobre el tema. O es lo que he deducido, luego de años de escuchar comentarios, quejas, cuestionamientos, señalamientos sobre el feminismo.

De alguna forma, cuando te llamas feminista en voz alta y pública, abres una puerta imaginaria hacia un debate constante, que en ocasiones no deseas llevar a cabo pero que siempre, terminarás por asumir como parte de tus ¿cómo llamarlas? ¿responsabilidades? No hay un término fácil para el fenómeno y, de hecho, termina ocurriendo tantas veces y de tantas formas distintas, que terminas convencida—para mal o para bien—que el feminismo necesita explicarse. Con marionetas de deditos. Con paciencia. Con la inagotable energía de saber que merece la pena.

— Oye, ¿Crees que Game of Thrones es una serie machista?

Eso me lo preguntó mi primo de dieciséis años de edad, que está justo en la coyuntura en la que quiere agradar a su novia pero también a sus amigos. De modo que necesita saber qué contestar a uno y a otro, cuando tocan tema de capital importancia, como por ejemplo si la serie suceso de la década, que además terminará en menos de cien días, es una imagen troglodita sobre el patriarcado convertido en mensaje social. Suspiro, mientras mastico un trozo de la hamburguesa que como en su compañía.

— No, no lo es. La serie asume la noción de la violencia como un mal inevitable cualquier sea el género del personaje—explico. Tomo un sorbo de refresco—no sexualiza la violencia ni coloca a la mujer como víctima propiciatoria.

Ahora le toca a mi primo masticar con lentitud la hamburguesa y supongo lo que le acabo de decir. Es un adolescente monumental, saludable y muy buen mozo, que le gustaría seguir en Venezuela aunque los planes de sus padres incluyen emigrar en seis meses. Cualquiera sea el caso, está muy interesado en todo lo que ocurre a su alrededor. Y sobre todo, en agradar a la muchacha inteligente, sensible y curvilínea figura a la que considera “el amor de su vida”.

— O sea, todos se joden por igual—dice con la proverbial sabiduría de su edad. Tomo un sorbo de refresco.

—En resumidas cuentas, sí.

—¿Cómo sería machista?

—Si la violencia estuviera dirigida sólo a las mujeres y de una forma sexual, convirtiéndolas en objeto, en imagen erótica o...

¿De verdad estoy hablando esto con mi primo adolescente? Pues sí y me escucha con bastante atención. Se trata de un muchacho en pleno crecimiento en una sociedad machista que le insiste que la masculinidad se prueba con violencia y fanfarronería. Me lo ha dicho: me cuenta que en el equipo de fútbol, tienes “puntos de respeto” si logras derribar a otro jugador y “causarle dolor de verdad” o besar a varias mujeres el mismo mes (imagino que no quiso entrar en detalles sobre qué otras cosas podía hacer con esas mujeres). Pero cual sea el caso, mi primo se toma las cosas con calma y siempre hace las preguntas correctas, algo sorprendente a su edad. A cualquier edad.

— Entonces la puedo ver con mi novia sin que se ofenda—me dice. Sonrío.

—Puede se escandalice, pero no creo que se ofenda.

Parece satisfecho con mi respuesta. Y yo me siento un poco preocupada porque soy ¿qué cosa? ¿El punto de referencia? ¿La voz de las respuestas a las preguntas difíciles? Todavía no me ha preguntado de sexo ni sobre anticonceptivos, cosa que agradezco (imagino que lo hará, pregunto con cierto sobresalto). Pero bien, esto es lo que hay ¿no? me digo con una rara sensación de agria satisfacción. Nadie habla de estas cosas. O evitan hacerlo, al menos.

— ¿No te parece que la ola de acusaciones sobre violaciones es oportunista y es una búsqueda de publicidad?

La pregunta me la hace ahora uno de mis mejores amigos de toda la vida. Me la hace mientras conversamos en Zoom sobre temas familiares y de trabajo, que por alguna casualidad que agradezco, compartimos de una forma u otra. Allí también llega el feminismo.

— No, ocurre porque otras víctimas siguen el ejemplo de las primeras. Se sienten apoyadas y protegidas. O descubren de pronto, que lo que les ocurrió fue algo realmente peligroso, doloroso y sin duda, duro de sobrellevar.

—¿Por qué esperar tanto tiempo?

Mi amigo es arquitecto y hace años me contó que en la oficina donde trabaja, una de sus compañeras acusó a su jefe directo de haberle tocado y de hacerle insinuaciones sexuales muy directas. El escándalo corrió por la pequeña empresa de inmediato: hubo habladurías, se tachó a la víctima de “puta” y “mentirosa”. Al final, la chica renunció y el jefe prohibió tocar el tema. Mi amigo tildó el asunto como “sórdido”. “Es una mujer decente, le creo”. Me pregunto por qué ahora, la noción sobre la víctima ha cambiado.

— Porque en ocasiones, una víctima necesita tiempo para asimilar que le ocurrió y enfren-
tar las consecuencias de la denuncia. ¿Recuerdas a la chica de tu oficina?

—Es distinto—dice con un suspiro.

—¿Por qué lo es?

—Era una mujer decente.

“Decente”. Vaya, es eso, me digo sin saber exactamente hacia dónde me dirige el pensamiento. ¿Qué es lo que un hombre latino considera decente? ¿Lo conservador al momento de vestir? ¿La conducta sexual tradicional? Le miro un poco inquieta.

— ¿Sólo se puede ser víctima si encajas en la noción de la “decencia”?

—No es eso.

—¿Qué es entonces?

—Oye, admítelo aunque sea entre nosotros: si una mujer vive con un hombre que la golpea y nunca dice nada, para luego grabarse en un video, no todo es...¿normal?

Se refiere al caso del jugador de baseball Omar Vizquel, imagino. Al hecho que su esposa haya hecho una denuncia pública y que ahora, la mitad de sus fanáticos intenten defender su imagen, aferrados a las raquícticas estadísticas sobre acusaciones falsas, sin echarle un ojo a las colosales líneas estadísticas sobre cada caso real de violencia doméstica en la que la mujer lleva la peor parte. Pero asumo que también se refiere a todas las mujeres que acusan a hombres de maltrato y que no encajan en la imagen de la víctima que se estandariza. La mujer que sufre, el rostro cubierto de moretones, que solloza de pena y miedo.

¿Qué pasa cuando la víctima lleva escote y minifalda? ¿O bebió? ¿O besó al hombre que la agredió? ¿Es menos dura la violencia que sufre por el mero hecho que transgredir el canon de la mujer tradicional?

—Hacer un video sobre lo que te ocurrió es un mensaje político—le digo.

—¿No se puede resolver todo en la intimidad

—¿Por qué debería proteger la intimidad del hombre que le golpeó?

—No sabes si ocurrió así.

—¿Por qué mentiría una mujer y se pondría en riesgo de un debate público sobre ella? ¿a comentarios como estos?

Mi amigo es un hombre fantástico, adorable e inteligente. Uno de los más sensibles que conozco. ¿A cuántas personas se atreverá a confesarle semejantes dudas? ¿Cuántas personas le escucharán sin juzgar? Sacude la cabeza, parece tenso. La imagen se congela y me deja en pantalla una instantánea de su mirada preocupada.

— Lo que digo es que no podemos protegerlas a todas. Se podrían evitar muchas tragedias con sentido común.

—Se podrían evitar muchas tragedias con hombres educados para saber que la violencia sexual no es viril ni que acosar a una mujer, te hace más macho. Eso para empezar.

—Oye, pero ese es el camino más largo.

—Es el único efectivo. ¿No me acabas de decir que no pueden “protegernos” a todas? Al cabo, nadie quiere que lo protejan. Quieren vivir tranquilos.

Mi amigo suspira.

— Es difícil esto—dice por último.

Qué bonita palabra esa. “Difícil”. Se me ocurre que podría contarle todas las veces que debo escuchar a personas hablar de las víctimas de violación como putas, de las ocasiones en que alguien me pregunta por mi orientación sexual, vida privada e incluso, se burla de mi aspecto físico sólo por sostener este tipo de conversaciones. De todas las ocasiones, en que debo escuchar que un puñado de células sin forma, son más valiosas e importantes que la vida entera de la mujer que gesta. De cada momento en que debo defender que las mujeres tenemos el derecho de hacer lo que nos plazca, siempre que nos plazca. Sí, es difícil.

— ¿Por qué las feministas se oponen al amor?

Ajá, esta pregunta es frecuente. Me la hace una amiga con quien converso por Skype desde Inglaterra y que me cuenta su último desengaño amoroso. Son las dos y media de la madrugada, tengo hambre y frío, no tengo fuerzas para prepararme un poco de café. Y

ella me cuenta sobre todo lo que ocurrió entre el que por tres meses llamó “el hombre de su vida”. Un hombre con quien tenía sexo extraordinario, largas conversaciones, emocionantes viajes a Italia...y que también estaba casado.

— ¿Por qué crees que me opongo al amor?

—Te cuento todo lo que pasó y lo único que me respondes es “estaba casado y esto iba a ocurrir. No estabas poniendo límites”.

—Porque eso es lo que iba a ocurrir. Y ocurrió.

—Es malsano que seas tan militante.

Ahora llora en la diminuta pantalla de Skype. Finalmente, tengo fuerzas para arrastrarme a la cocina, preparar una taza de café en la cafetera greca y regresar frente a la portátil. Ella sigue allí, el rostro tenso, los ojos inflamados por el llanto.

— ¡Yo amo así, Agla! ¡No puedo querer con reglas!

No respondo. Me pregunto hasta qué punto el amor romántico—la manera en que se idealiza, traspone límites personales y privados, se asume como justificación de cierta pérdida de control—resulta peligroso. ¿Cuántos hombres y mujeres no toman riesgos que jamás asumirán en otras condiciones porque están convencidos que el amor lo justifica? Sobre todo, a las mujeres se les educa con la convicción que el amor disculpa, sostiene y justifica cualquier esfuerzo, donación y sacrificio.

Hace unos meses, la activista feminista Paloma Tosar López, comentaba en su magnífico artículo “La trampa del amor” publicado en la edición web del periódico “El País” de España, que la primera vez que trabajó con mujeres víctimas de violencia de género, le sorprendió que la gran mayoría insistía “estar enamorada” de su agresor. Tosar López cuenta en su artículo que la insistencia en nociones sobre el amor que rayan en lo peligroso, tiene una inmediata relación con la construcción social del amor romántico, esa idea tan general que asegura que todos debemos emparejarnos para ser felices y que amar, implica abandonar límites personales y la mayoría de las veces, el sentido común.

Recuerdo el artículo de Tosar López, mientras mi amiga me cuenta por enésima vez que “por amor”, admitió ser menospreciada incluso maltratada emocionalmente, por el “hombre de su vida”. Que por “amor” soportó humillaciones sin cuento y al final, una ruptura durísima y descarnada, que no sólo puso en riesgo su estadía en el país al que emigró—el hombre del que se había enamorado era el abogado que le ayudaba en el proceso—sino incluso, su mera salud mental.

— Nadie dice que hagas nada con reglas, sino que priorices tu salud mental y física—le digo en voz baja. Con paciencia, Agla, me recuerdo. Está pasando el peor momento—necesitas cuidar de ti para que todo ese amor no te haga daño.

Ella me mira ceñuda, supongo que ofendida y furiosa. Recuerdo que cuando estábamos en la Universidad, se enamoró de uno de nuestros compañeros, que además de ser un patán de librito era también un sujeto peligroso que pasaba buena parte del tiempo, consumiendo drogas de diseño en diferentes Rave de la ciudad. Era promiscuo, violento y en una ocasión, llegó a levantarle la mano. Pero cuando la confronté, preocupada, ella le justificó—como no—con amor. “Nadie le entiende, nadie le conoce bien. Yo sí” me dijo en esa oportunidad. Y preferí no inmiscuirme ni tampoco insistir. A la vuelta de tres meses, el “amor de su vida” se había largado con otra a una de las paradisíacas playas de nuestro país, mientras ella sufría una ruptura violenta que le dejó incluso algunos moretones que mostrar de los que nunca quiso hablar.

— Hablas como si estuvieras muerta por dentro—me reclama. Se seca la nariz con un trozo

de papel—es horrible que hables del amor así.

—No hablo del amor, hablo de ti. Hablo que debes revalorizar tu vida, tu forma de comprender como la vives—insisto—se trata de cuidar de ti lo suficiente como para que el amor sea algo hermoso en tu vida, no esto.

Silencio. Hace unos años, en una de mis primeras experiencias como activista feminista, conversé con una mujer cuyo esposo le golpeaba regularmente desde el mismo primer día del matrimonio. Era un hombre sin duda violento, con problemas de conducta y del que al final, había tenido que escapar. Pero ella recordaba las flores, los momentos extraordinarios, la dulzura de los contados momentos de amor “de verdad”. Este silencio me recuerda a esa conversación. La angustia que me hizo sentir, la idea abrumadora que la trampa de amar sin restricciones puede ser más peligrosa de lo que nadie supone.

— No es tan fácil—dice entonces ella.

—Nadie dice que lo sea.

feminismoEn una ocasión, una de mis tías me llamó “la feminista de guardia”, luego que me escuchara debatir hasta el cansancio con su marido sobre “viajar sola” y no en compañía de un hombre, concepto peregrino y preocupante donde los haya. Mi tío insistía que ninguna mujer debe atreverse a “ir sola por allí” y que de hacerlo “debe atenerse a las consecuencias”. Por supuesto, no dejé de recordarle que la independencia física y emocional no es una invitación a la violencia. Al final, la conversación devino en una discusión malsonante que terminó con un portazo. Mi tía sacudió la cabeza, mirando la puerta del estudio de mi tío sin mucho interés.

— Déjalo, lo frustra no hacerse entender.

—Yo lo entiendo de maravilla—dije aún muy disgustada—su concepto es que las mujeres debemos permanecer en la casa y quedarnos allí, por “nuestro bien”.

—De ser así, nos habríamos divorciado antes del nacimiento de cualquiera de tus primos—contestó con sorna.

Mi tía era de hecho, una mujer muy activa e independiente—microbióloga, a más señas—que pasó buena parte de sus primeros años viajando por el país para fotografiar todo tipo de muestras, además de ecosistemas en proceso. Algunas veces en grupo, casi siempre sola. La miré con interés.

— ¿Cómo sobrellevaron eso?

—Haciéndole comprender que el problema no eres tú, es lo que ocurre más allá de ti.

Ah, como si fuera tan sencillo, pensé en esa oportunidad. La verdad, a veces siento que he pasado la mitad de mi vida adulta peleándome con hombres—y mujeres ¿a qué negarlo?—que se encontraban perfectamente convencidos que la violencia es cosa confusa, social y por supuesto, algo con que las mujeres deben lidiar durante buena parte de su vida. Mujeres que deben evitar ser golpeadas, maltratadas, insultadas, acosadas, violadas. Mujeres que deben evitar caminar por calles oscuras, desconocidas, a cualquier hora del día o de la noche. Mujeres que deben evitar hablar con desconocidos, conocidos o cualquiera, porque el peligro está allí pero nadie parece entenderlo bien. Más de una vez, el razonamiento de “deben cuidarse” pareció englobar la idea de que el mundo masculino es un lugar inaccesible para la mujer, peligroso y hasta letal. La idea me provoca un angustioso sobresalto.

— Lo intento y mira cómo reacciona—le dije a mi tía en esa oportunidad—soy “loca e imprudente” por insistir que una mujer no debe aprender a protegerse, sino los hombres a no violar.



—Es una idea que le resulta desconocida.

—Es una idea realista.

—Por eso eres nuestra “feminista de guardia”—dijo entonces mi tía con una carcajada—para explicar esas cosas desde la experiencia.

Ah, esa es una idea no muy agradable, recuerdo haber pensado. Recordé todas las preguntas, discusiones, debates en lo que me había visto arrastrada por el solo hecho de admitir, que sí, que asumo como un deber y responsabilidad personal la defensa de los derechos de la mujer. Que dediqué parte de mi vida adulta a exponer ideas que me preocupan, me inquietan y deseo debatir en público. ¿Eso en qué me convierte? ¿En una voz autorizada? de ninguna manera. Más bien, alguien que desea racionalizar su punto de vista sobre el mundo. Analizar el bien y el mal. Comprender lo que ocurre en el mundo y nuestra época como parte de su vida.

No es sencillo y supongo que para nadie lo es. Además, ¿de qué puedo quejarme yo? me digo luego de responder con una nota de voz malsonante lo que pienso sobre el comercial de Gillette a mi amigo tan interesado, al otro lado del mundo. Sólo soy una mujer que escribe, investiga y cree firmemente que el feminismo es necesario, una forma de asumir la dimensión histórica de la figura de la mujer, una forma de crear y construir una idea perenne sobre quiénes somos y quiénes podemos ser. ¿Eso me hace idealista o al contrario pragmática? Al final, trabajo tanto para mi bienestar como el de todas las mujeres que conozco. Eso tendría que ser suficiente ¿No es así?

El Arte de hacer «Lo que te da la gana»

Hace una semana, pregunté a las mujeres de mi TL, cuál era la cosa más memorable que habían hecho “porque les daba la gana”. Y debí agregar “sin justificar”, porque no deseaba explicaciones. Quería saber qué decisión había tomado cualquiera de ellas, sin escuchar el imperativo histórico de obedecer. Ya fuera a su padre, madre, la tradición, a la conciencia cultural que supone que una mujer siempre tiene la obligación de hacer alguna cosa. De pronto, hubo cientos de respuestas. Y todas, unidas bajo una única línea: contradecir a la imagen de la mujer que se impone en nuestra cultura.

“Viajé sola”, “fuí a Libia contra todo consejo”, “recorrí el Tíbet a pie”, “emigré y dejé todo atrás”, “no me casé”, “dejé al buen partido”, “no me afeité de nuevo”, “no me volví a depilar las cejas”, fueron varias de las respuestas inmediatas. Pero poco a poco, se hicieron más complejas. “Conduje 13 horas con un automóvil. Llegué impregnada del olor de la gasolina, con la dirección un poco extraña. Pero llegué”.

Para medianoche, la mayoría eran confesiones más duras. “Abandoné a mi esposo abusivo, aunque todo el mundo en mi familia se oponía”, “abandoné a mi familia en la graduación de pre grado y fuí a comer en un restaurante. Durante cinco años me habían repetido que estaba perdiendo el tiempo”

De pronto, me hizo sonreír el valor, el poder y en especial, la sencillez emocional de cada confesión. “Dejé mi trabajo corporativo sin saber qué hacer después”, “dejé mi carrera de Letras para dedicarme a la física”, “decidí sólo pensar en mí”. La lista se hizo interminable, llena de matices. La sensación de una gran confesión a voces. “No me justifiqué cuando debí” dijo alguien, por último, al día siguiente. “No sé si he hecho algo sólo porque me diera la gana” confesó mi brillante, potente y querida amiga A. “Pero creo que debería intentarlo”. Recopilé cada frase, las ordené con cuidado. Sentí deseos de reír y llorar. De pronto, comprendí que cada mujer que respondió a mi tweet, que cada una de las que contaron y explicaron su experiencia de contravenir el aparente orden del mundo habían entendido, al



igual que yo, que nuestra sociedad exige a la mujer un tipo de sumisión difícil de entender y mucho menos catalogar. Que todas, tuvieron que atravesar un espacio personal doloroso, para entender que ser mujer es un rol que la cultura impone, sostiene y presiona. ¿Qué ocurre cuando decides hacer lo que quieres y no lo que puedes? ¿Qué ocurre cuando se rompe esa línea histórica que parece sujetar cada espacio de la mirada moral y consciente de la mujer sobre su lugar en el mundo?

“En el fondo, hacer lo que te da la gana es una experiencia liberadora, pero dolorosa. Porque te enseña que, en realidad, pasas buena parte de tu vida explicando el por qué vives como vives” escribió alguien a mi privado. “El por qué eres como eres. El por qué tomaste las decisiones que tomaste. Después, cuando sabes que no hay nada que explicar, la vida se hace simple. Pero hay una herida discreta, en comprender que muchas veces, pediste disculpas sólo por ser tú”. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Leí varias veces el párrafo. Al final, tuve un raro estallido de ira que se transformó en una extraña ternura. ¿Por qué una mujer debe justificar el hecho mismo de cada una de sus decisiones?

No lo sé, pero sin duda, es algo que todas descubrimos antes o después. Nos enfrentamos antes o después. Es una batalla silenciosa, dolorosa, extraña, que te acompaña incluso cuando no lo sabes. Cuando lo piensas, la sensación se hace más angustiada, complicada, inquietante. Una mirada a un extremo de nuestra cultura, que nadie quiere – y muchas veces – no mira con atención. Ese que impone a la mujer un rostro que quizás, no es el suyo.

El motivo por el cual sigo soltera intriga a buena parte de mi familia. Para ser franca, a mis amigos e incluso conocidos. De hecho, no sólo se trata de una saludable curiosidad. Es una verdadera preocupación. Una, además, que produce conversaciones incómodas. Una que me acompaña a todas partes. En las fiestas familiares, en las que se suele indagar en mi estado civil con inquietud. En las que sostengo con posibles clientes –¿y soltera por qué? me dijo uno hace poco, con cierta desconfianza–, incluso con personas a quienes no conozco.

Hace un par de días, un interlocutor anónimo me preguntó a través de un mensaje directo «¿por qué una bella dama como yo, no tenía pareja?». Lo hizo en el tono condescendiente y paternalista que me suelen dedicar, ya sea por mi edad, mi trabajo «bohemia» o la múltiple cantidad de excusas por las cuales a una mujer se le menosprecia en lo intelectual.

Leí la pregunta, con el rostro encendido de ira. Ira pura, de esa que te sacude, que te deja a solas en un lugar de tu mente difícil de acceder de otra manera. Pensé en mantener mi actitud neutra sobre el tema. Bloquear, responder de forma seca, ser educada y formal. Pensé que soy una activista feminista visible. Que cada vez que me disgusto en redes sociales o que hago comentarios especialmente duros, los prejuicios se reflejan sobre lo que digo y se potencian. Que no tiene importancia que un desconocido intente indagar sobre mi vida privada, porque las redes sociales construyen la percepción de que eso es permisible. Que eso es natural. Que solo debía...¿qué? Me encontré con las manos sobre el teclado, la boca apretada. Las mejillas ardiendo, sí, de ira.

«Porque no me da la gana», escribí. Miré la respuesta. La envié. Y sentí un alivio que creo llevaba un buen tiempo sin experimentar. Un alivio de gozo puro, de franqueza inusitada. «No tienes que ser grosera, hija» me respondió de inmediato el comentarista sin nombre e incluso, sin fotografía. «No me da la gana» había escrito. ¿Dónde está la grosería en eso? ¿Por qué ofende? ¿por qué irrita? ¿por qué una mujer no puede hacer en específico eso: hacer valer su santa voluntad?

Me he enfrentado a esa idea durante buena parte de mi vida. Cuando rompí con el novio universitario-buen prospecto, según mi madre-porque no podía comunicarme con él. Me refiero a que a pesar de la atracción mutua, el buen sexo, los besos deliciosos, los viajes,

las obras de teatro, las divertidas conversaciones a media noche, no podía entenderme. No lo hacía y cada vez, la sensación de explicar mi vida, detallar, justificar, se hacía más fuerte. De modo que rompí con él, a pesar del dolor que causó, la urgente angustia que me provocó la soledad, la ausencia. «Esa no es una razón para dejar a nadie» me dijo mi tía, escandalizada. La miré desconcertada.

-¿Qué razón sí lo es?

-Que te pegue, que te sea infiel. ¿Pero que no entienda algunas cosas de ti? Todos estaríamos solteros de hacer eso.

No quise mencionar el hecho que me parecía preocupante pensar que mi opción a una mala relación afectiva, era una maltratadora, según esa versión de las cosas. Pero me sorprendió mucho más, el hecho que alguien considerara que el punto crítico que tu pareja no te entienda en decisiones y aspectos importantes, era una razón pequeña para el desamor. ¿Qué ocurre cuando la persona a tu lado te cuestiona a toda hora? ¿Qué ocurre cuando la persona con quien quieres compartir tu vida menosprecia tus creencias e ideales? ¿Qué pasa cuando una mujer se hace las preguntas que cree convenientes y necesarias, sólo para encontrar que las respuestas desagradan?

-No pasa nada. No se habla de eso-se sorprendió mi tía-¿de verdad esperas que tu marido te entienda de esa forma?

Por supuesto, mi tía es una mujer de cincuenta y tantos años, con más de treinta de casada. Esas «pequeñeces» deben pasar a engrosar la larga lista de incomodidades que se sostienen en la vida doméstica. Pero el caso es que me asombró-y me dolió-esa simplificación del espacio en común, de todos los pequeños estratos que sostienen una relación.

-Quiero que el hombre a mi lado sea mi amigo.

-Búscate un amigo. Pero un marido es un marido. Una mujer no puede querer algo semejante.

-¿Por qué no?

-Porque no puede.

Nos quedamos de pie, en su pequeña cocina impecable. Mi tía, una ejecutiva que pasa más tiempo en la oficina que en casa, me pareció más joven, frágil de lo que nunca me había parecido. El cabello corto e impecable. La piel tirante sobre los pómulos. Las arrugas alrededor de los ojos y la boca, muy marcadas. Siempre me habían dicho que me parecía a ella, más que a mi madre. Que entre ambas, el parecido físico era obvio y dulce. Me pregunté ahora, si miraba mi futuro. Si al final, antes o después, llegaría a claudicar en ese ideal mío de amar y a la vez ser cómplice de la persona que amo.

¿Hay algo malo en mí, me pregunté con un pesar abrumador? ¿Hay algo malo en mi vida? ¿Soy ilusa al creer en una comunión personal y emocional semejante?

Espera...¿qué? Recuerdo la sacudida de conciencia. ¿Qué no puedo? ¿No puedo? Suspiré, aturdida. ¿No puedo? Recordé una de mis últimas conversaciones con mi ex, una de las más dolorosas. Habíamos hablado sobre mi decisión de no tener hijos y cómo podría nuestra relación sobrevivir a eso. Me miró, aturdido.

-No puedes decidir algo así.

-¿Cómo que no?

-Todas las mujeres quieren tener hijos.

-Yo no quiero.

-Sí quieres, pero no lo sabes.

-¿Cómo que no lo sé?

-Es una etapa, la de la rebeldía-me explicó-pero vas a querer.

Tenía casi veinte años cumplidos y supe muy claro, que todo había terminado. No importa que la relación se alargara tres meses más, que pasáramos un fin de semana hermoso en una especie de aventura romántica una semana después. Todo se había terminado ese día. En el preciso instante en que él me miró y me dejó claro que hay cosas que, según su autorizado criterio de hombre veinteañero, una mujer no puede hacer. Sentí el tirón del miedo, la sensación de que algo en mi vida se rompía y flotaba libre. Y sentí también la ira. La ira de ese «no puedes». Como si el «quiero» estuviera invalidado y reducido por un deber moral mucho más amplio y extraño, difícil de entender.

No hablo de feminismo, no hablo de política. Hablo de historia. Hablo de la presión sobre mis hombros de ser mujer. Hablo de la sensación omnipresente de que debo «hacer algo», que debo avanzar hacia «algo». Que debo entender mi vida según «algo». Que debo asumir lo que soy «según algo». ¿No es eso lo normal? ¿No es eso lo deseable? ¿no es eso lo que hago para vivir? ¿No es eso lo que necesito? No, no lo es.

-Porque no me da la gana-le respondí a mi tía.

-¿Qué?

-Que no me da la gana tener un hombre en mi vida que no me entienda-dije-y eso implica la soltería, me quedaré sola.

-Te vas a quedar, claro-mi tía ahora también estaba enfurecida-¿no ves que es imposible eso?

Imposible ¿qué? Pensé después. Lo he pensado muchas veces. ¿Qué es imposible? ¿Qué no puedo hacer? Me lo he preguntado tantas veces y en tantas formas a lo largo del tiempo, que se convirtió en un dolor. Una sensación angustiosa y caótica. Buscar el sentido de la normalidad. De lo que puedo hacer. Del clásico «me da la gana» que a las mujeres se nos ha negado durante buena parte de la historia.

Hace unos días, un amigo me insistía que ninguna mujer es rebelde-violenta, agresiva, visceral o contradictoria-porque «su código genético no se lo permite». Según su argumento, la selección natural dotó a la mujer de una pasividad, resignación y bondad apta no sólo para fundar el hogar que los hijos pudieran necesitar para crecer, sino para brindar a la «tribu» a la que perteneciera un tipo de conocimiento intuitivo que de otra manera, no obtendría. Escuché todo lo anterior entre divertida y un poco desconcertada.

- ¿Me estás diciendo que las mujeres jamás serán violentas o rebeldes porque su código genético así lo dispuso?-le pregunté.

-Así es-me respondió-la sabiduría ancestral hace que una mujer sea por necesidad el sostén y el hogar.

-En otras palabras ¿Una mujer no puede ejercer poder militar o personal?

-Sí, claro que puede. Pero una mujer no puede ser malvada. No a la manera del hombre, por supuesto.

Me pregunto si debo recordarle que en el pasado, el poder y la agresividad femenina eran celebrados como un tipo de atributo no sólo reconocible sino además temible. Que aun cuando para los hombres las palabras «rebeldía» y «maldad» suelen ser términos distintos y no paralelos, para la mujer la cosa es bien distinta. Que mujeres como Boudica o las Amazonas fueron consideradas íconos de valor en su tiempo, esencialmente por su capacidad para la lucha y la guerra. Que Juana de Arco, fue respetada e incluso admirada justo por las características que mi amigo supone una mujer no puede poseer. Y que de hecho, a través de la historia las mujeres han demostrado ser tan violentas, crueles y malvadas como su contraparte masculino. Lo cual no es un logro en sí mismo pero que demuestra que el género no hace demasiada distinción en las raíces de lo que provoca la violencia y sobre todo, la idea más elemental que sobre la maldad. Más allá de eso, me preocupa esa idea sobre la mujer sumisa y dedicada, abnegada y toda bondad que el concepto que esgrime mi amigo parece describir. Un tipo de mujer irreal que buena parte de la cultura se ha encargado por años de sostener.

La Iglesia católica suele llamar a las mujeres «hijas de Eva», haciendo clara referencia a esa docilidad y también, «talante pecaminoso» que suele asumirse de la figura de la mitológica primera mujer. No se trata de una comparación amable: a Eva se le atribuye el primer pecado (el de la desobediencia) y por tanto, es el origen de todos los posteriores males que padece la humanidad. De la misma manera que la griega Pandora (cuya curiosidad también nos llevó al desastre como raza) Eva se erige como el símbolo de todo lo que una mujer es y debe evitar ser, por lo que se le debe condenar.

Una forma de concebir lo femenino desde lo restrictivo, lo limitado y el castigo posible. Porque a estas mujeres mitológicas, se les condena por esencia y se les acusa por el simple hecho de «rebelarse» (cuando no debieron y en realidad, no pudieron) contra la imagen de la mujer plácida, callada y maleable que la mayoría de las culturas antiguas consideraban necesaria. La mujer, como parte del decorado de la historia. Envuelta-y bien sujeta-en ese anonimato histórico que parecía denigrar su mera existencia.

Y es que el «mal» cultural y la rebeldía, sugieren cierta individualidad que durante siglos le fue negada a la mujer por la sociedad. La identidad de lo femenino siempre pareció depender de cómo el hombre le concebía, incapaz de subsistir-y existir-más allá de los límites de una imagen ideal confusa. Por ese motivo, la concepción de lo maligno de la mujer siempre está sujeta a algo incontrolable, a su cualidad «incompleta» y la mayoría de las veces, obra de su naturaleza descuidada y pesimista. Como si la decisión moral de lo perverso-sujeta a un objetivo moral y una percepción sobre lo ético intelectualmente compleja-estuviera vedada para la mujer.

Parte de ese argumento sobrevive en las ideas que expresa mi amigo, que de hecho he escuchado cientos de veces, repetidas en todo tipo de contexto. Una y otra vez se usa el determinismo biológico no sólo para analizar el prejuicio sino además, darle al argumento cierta consistencia. Que no lo digo yo, parece insistir esa salvedad sobre los intrínquilos del código genético, lo dice el cromosoma que nos separa. Y con eso parece ser suficiente para sustentar una serie de ideas incompletas e insuficientes para justificar la mirada condescendiente sobre la mujer.

- Puede que te parezca un poco loco, pero es así-me insiste-las mujeres que son rebeldes o algo semejante, están enfrentándose a su propia naturaleza. En realidad, es una reacción psicológica más que mental. No existe una mujer realmente «malvada».

Me pregunto que pensará mi amigo sobre las investigaciones judiciales e históricas que demuestran que la Alemania Nazi, por ejemplo, más de quinientas mil mujeres se incorporaron al servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial para servir al frente y que 3.500 de esas mujeres, se convirtieron en guardias de campos de concentración-casi el mismo número de hombres-siendo tan temibles, implacables y crueles, como sus homólogos masculinos. Que la mayoría de las mujeres nazis ejercían poder de fuego contra los reclusos en campos de concentración y participaron como miembros activos del ejército, en torturas y matanzas. ¿Cómo puede definirse ese tipo de violencia tan pragmática como la de asesinar por métodos científicos, de hambre y frío a un grupo étnico? ¿No se supone que ese especialísimo ADN femenino debería inclinar a todas las mujeres hacia un espontáneo rasgo de protección y cuidado?

- ¿Sabes quien es Ilse Koch?-le pregunto a mi amigo. Parpadea.

-¿Es...una ministra Nazi?-pregunta.

-Era la esposa de Karl Koch, comandante del campo de concentración de Buchenwald. Fue considerada una de las mujeres más crueles de su época: coleccionaba trozos de piel de víctimas con tatuajes y según rumores, asesinaba mujeres jóvenes para elaborar lámparas con el cuero de su piel.

Mi amigo no dice nada. Me dedica una mirada entre confusa y levemente irritada. Sonríe sin querer.

- Al igual que Irma Grese, pertenecía a las «Guardianas Nazis»- prosigo-un grupo de varias mujeres que fueron reconocidas por la violencia con que sometían a los prisioneros judíos en los campos de concentración.

La violencia femenina existe por tanto y quizás, por las mismas razones obscenas y temibles que existe la masculina. Incluso, parece tratarse de lo mismo: Una percepción sobre la capacidad para la agresión y la violencia que no sólo no distingue el género sino que además, hace evidente esa necesidad impenitente y concluyente de la violencia como rasgo natural. Así, sin más. Sin atenuantes o reflexiones al respecto.

Mi amigo vuelve a quedarse callado. Supongo que no hay mucho que decir a eso. Pero no puedo evitar pensar en cómo esa noción de la mujer bondadosa, suscribe a lo femenino a un límite muy preciso sobre lo que la mujer puede ser. No me refiero claro, al hecho que la violencia pueda definir a la mujer-no creo que pueda definir a nadie, en todo caso-sino que esa insistencia de la bondad como concepto-sin matices y en un estado de pureza cercano al ideal-crea una visión irreal sobre la mujer y le resta complejidad como individualidad. Después de todo, tanto la rebeldía como el «mal» son contradicciones a la norma, al hecho real de la moralidad como parte del pacto de convivencia social. Extremos ilegales, temibles, al límite de la frontera de lo comprensible. ¿Por qué la mujer se asume fuera de ese extrarradio primitivo y esencial, tan humano?

Y es que la idea de que una mujer pueda ser violenta, agresiva o «malvada», nos resulta incomprensible. Nos resistimos a ella, intentamos catalogarla en algún estrato que le reste consistencia. Como si se tratara de un rasgo inadmisibles. Hasta hace menos de tres décadas, en buena parte de los países de Europa las mujeres que participaron en crímenes junto a sus maridos, eran exoneradas por «obedecer la potestad matrimonial», aunque su participación en cualquier crimen fuera tan evidente y activa como la de su marido. ¿Por qué esa sutil diferencia entre la violencia entre géneros? ¿La violencia femenina es distinta a la que puede ejercer el hombre? Sin duda, la cultura y sus exigencias, hace que la mujer perciba la violencia de manera diferente al hombre y quizás, ese ligero matiz es lo que haga por completo distinta la manera como se asume.

Hace poco, la escritora Katherine Quarmby comentaba en un artículo que publicó el El País sobre la violencia femenina, que las ramificaciones de lo que hace-o no-violenta a una mujer son inquietantes y la mayoría de las veces, difíciles de analizar. Cuenta Quarmby que la violencia en la mujer tiene un ingrediente sociológico que lo hace inquietante. Y para ilustrar la idea, cuenta un testimonio temible: durante el genocidio ruandés, había grupos de mujeres que arrojaban pimienta de cayena por las casas, sabiendo que eso haría estornudar a los niños escondidos, lo que permitiría su captura y asesinato. Lo que la autora llama ese «profundo conocimiento de la infancia» y sobre todo, esa natural comprensión sobre el comportamiento infantil, hacen que el crimen tenga una connotación nueva y temible. Desconocida para la sociedad.

Y sin embargo, ¿se trata de la violencia femenina-o la admisión de su existencia en todo caso-algo más enrevesado que la mera dificultad de asumir que la mujer puede llegar a ser violenta? Mi amigo-y toda la idea que maneja al respecto-está convencido que sí.

- El hecho que una mujer o un grupo de mujeres pueda ser violentas no quiere decir que lo que digo carece de razón-argumenta ahora mi amigo, incómodo-el crimen y su posibilidad es algo real. ¿Pero y la rebeldía? Toda mujer es sumisa por necesidad. Y eso no es malo.

Por supuesto, hablamos de dos ideas distintas, pienso con cierto cansancio, aunque por buena parte de la historia una mujer rebelde pudiera ser considerada criminal o algo peor. Pero sí, la rebeldía femenina parece encontrarse al límite de lo que se considera comprensible dentro de las características que se supone definen al género.

¿Qué ocurre con todas las mujeres que han luchado para oponerse a un sistema que las minimiza y las infravalora? ¿Qué ocurre con las Simone de Beauvoir del mundo? ¿Las Mary Wollstonecraft? ¿Las Margaret Mead? ¿Las Simone Weil? ¿Las millones de mujeres a través de la historia que han resistido esa noción de la bondad más parecida a la estupidez moral que le han querido endilgar? ¿Son excepciones a la regla? ¿Mutaciones biológicas e intelectuales aún inclasificables? ¿O se trata de algo más complejo, fruto de esa sutil discriminación a la que se somete a toda mujer por el solo hecho de serlo?

Claro está, no es equiparable la violencia de un asesinato con el enfrentamiento ideológico de las ideas, a la lucha del canon tradicional que se le impone a la mujer. Pero ambas cosas parecen sugerir el hecho que la mujer suele ser idealizada como para perder la noción de esa tridimensionalidad de carácter y de temperamento que no hace no sólo humanos, sino además individuos.

A veces me preocupa un poco que la sociedad insista, de una manera que hace pensar que es una obligación intrínseca, en que la mujer debe ser buena, ordenada y obediente, lo que sea que signifiquen esos términos dentro de determinado contexto. Una sentencia tácita que obliga a la mujer a actuar, comportarse y pensar de una manera específica, siendo entonces coartada, disminuida y aislada en su espíritu más salvaje y poderoso. Mi abuela solía decir que la sociedad imponía la necesidad de normalizar lo anormal para englobar este tipo de reflexiones y mientras analizo la idea, no puedo menos que coincidir con ella. Se trata de un angustioso precepto que muchas mujeres intentan incluir dentro de su estructura de pensamientos, ignorando sus voces más profundas, su instinto más primigenio. Un silencio de la conciencia que me parece en lo personal, peligroso y la mayoría de las veces, una amenaza dolorosa al pensamiento independiente.

La normalización de lo anormal, incluso en el caso de que no quepa la menor duda que una situación irregular y destructora acaece, se aplica a la violencia, al simple hecho de aceptar la discriminación de género como idea cultural comprensible-la típica noción que las mu-

eres debemos entender en cierta medida el machismo, los roles sociales arquetípicos-, la indiferencia hacia el mundo emocional e intelectual de la mujer, la intolerancia intrínseca hacia nuestros valores más personales. El golpeteo incesante que sufre la integridad de nuestra naturaleza creativa, espiritual e instintiva.

La mujer se enfrenta a la disyuntiva de intentar defender la vitalidad y el poder de su espíritu personal, en contra de las proyecciones invasoras de carácter físico, cultural o de otro tipo que insisten en aplastar su individualidad, destruir su propio sentido de la identidad a través de una generalización verbal y cognitiva de nuestro valor como ciudadano moral e intelectual de la sociedad a la que pertenecemos.

Por ese motivo, abogo por la desobediencia, el desorden, la fuerza de voluntad que destruye todo límite y todo concepto preconcebido. Lucho por la sabia voz que nos anima a resistir, un retazo de instinto que nos induce a aguantar hasta que podemos iniciar la laboriosa tarea de reconstruir el sentido más personal, el instinto interior. Hay una voz salvaje que vive en el interior de todas nosotras y que es capaz de comprendernos mejor que cualquier otra percepción natural que pudiéramos considerar razonable y que nos impulsa a crear, a otorgar una importancia enorme y consistente a nuestra voracidad intelectual, a nuestro deseo emocional, a la capacidad profunda y caótica de actuar en concordancia con nuestro concepto del mundo.

Ningún límite, ningún valor que no provenga de nuestra convicción más íntima, todas las ideas que recrean nuestro universo interior alzándose en todas direcciones, construyendo un Universo espléndido donde el eje rutilante-pura energía, el deseo insuperable-sea nuestra voluntad inexorable de encontrar nuestro rostro más personal, nuestra idea más paradigmática sobre quienes somos, hacia dónde vamos, qué esperamos de nuestra perspectiva personal.

Crónicas de la activista convencida: Todas las formas de odio se parecen demasiado

En el 2009, Twitter era una plataforma plural, abierta y llena de opiniones. También, fue el lugar correcto que encontré para expresar a viva voz y sin ningún tipo de restricción, mi activismo feminista. Era muy inexperta, estaba convencida que el ataque y la crítica directa era la manera de crear conciencia sobre todo tipo de problemas de considerable importancia. También, creía que el ruido en discusiones, diatribas y enfrentamientos, eran necesarios. Eran imprescindibles y a la vez, una consecuencia inevitable de la visibilidad de ciertos temas. Me acostumbré a largas discusiones plagadas de señalamientos, insultos y también, a utilizar todos los medios a mi disposición para hacerme escuchar. Para bien o para mal, pensé en el escándalo como una herramienta válida para hacer hincapié en ciertos puntos. Para hacer evidente los obstáculos que todo activista anónimo atraviesa al hacer presión para ser escuchado, reconocido y validado.

Casi doce años me llevó entender que el método de atacar y agredir de palabra y con señalamientos en mitad de situaciones críticas, no lleva a ninguna parte. No convalida mi opinión, me hace más fuerte o mi punto más válido. Mucho menos, hace más poderoso mi argumento o más directa mi manera de promocionar los temas en los que creo y en los que he dedicado toda mi energía, mi fe y fuerza en luchas privadas y públicas. Lo creí-y sí, fui una activista de las que estaba convencida que gritar más fuerte, era ejercer una defensa más efectiva-hasta que finalmente, llegué a la conclusión, a través de los años, la experiencia y la empatía, que incluso las personas más despreciables, los machistas más retorcidos, los provocadores de oficio, son personas como yo.

Es duro el pensamiento. La noción de que el contrincante, la voz anónima, el que insulta, también es alguien a quien debo respeto. Que si lo exijo de forma reiterada, si propugno el hecho de la necesidad de asumir que el otro no es alguien a que debo enfrentar, sino con el que debo encontrar un espacio común. Pienso en el hecho irrefutable de la cosificación en masa, la mirada retorcida que se le dedica al otro, en medio del odio. Pero también, en las voces que atacan la crítica, las que señalan a las mujeres y hombres que criticamos y levantamos la voz. ¿Cuál es la actitud correcta de un activista? ¿Qué es lo que debe hacerse para contemplar la fortaleza de un punto concreto?

-Evita el menosprecio. La otra persona también piensa.

-¿Así de simple?

-Así de importante.

-No puedo dialogar con todos-le digo, de mal humor.

-Entonces no seas activista y dedícate solo a mirar lo que pasa.

M., fue una de mis profesoras en la Universidad y durante años, utilizó el derecho penal-materia que imparte desde hace más veinte años-para analizar la situación de la mujer en nuestro país. Cuando habla de menosprecio, lo hace con propiedad: durante buena parte de su carrera en tribunales ha defendido a mujeres maltratadas, violadas y abusadas por entornos violentos contra los que las critican, las señalan, las culpabilizan. Cuando le pedí reunirnos para conversar sobre la labor del activismo a través de redes sociales, lo hizo de buena gana. «Hay que aprender el arte de entender de dónde proviene el odio». Ahora, habla de menosprecio. Así, sin más.

-Activistas que menosprecian la opinión de otros, eso existe y es real.

-Nadie dice que no lo sea. Nuestra sociedad está construida para «poner a la mujer en su lugar» y eso se ve a cada momento. ¿No lo notas? ¿No lo sientes cada vez que te insultan en redes? ¿La forma en que te atacan sólo porque eres una mujer que habla sobre mujeres?

No sé qué responder a eso. O sí lo sé, pero resulta terrorífico asumirlo, aceptarlo como si tal cosa. Las discusiones se han hecho cada vez más duras, los señalamientos más violentos. De pronto, no es tanto el argumento, sino su capacidad para apuntar en una dirección específica. ¿Qué tan válido es el activismo que hace ruido sin que se escuche lo que hay debajo? No tengo dudas: hay temas graves que merecen ser defendidos con energía. Pero ¿qué hay más allá? Una y otra vez, me recuerdo que un activista es un ejemplo y un interlocutor. Pero en realidad ¿Quiénes somos? Hace unos días, alguien me llamó «becerra» (un término peyorativo muy venezolano) por haber dado la cara durante un debate sobre la transfobia en que fijé posición pública. «Cállate la boca si no tienes nada que decir. ¿Qué vas a decir si no entiendes nada?» la poca profundidad del razonamiento, el hecho que quien me lo dice, sea incapaz de argumentar más allá del odio, me aterroriza.

-Indiferencia y menosprecio-dice mi profesora-eso es lo que hay allí. ¿No te lo están diciendo en la cara? «No sabes nada». Lo que tengas que decir, ya se invalidó desde el primer momento ¿Lo ves?

Lo veo. Un escalofrío me recorre, la sensación extraña de no saber cómo entender el país en el que vivo, la cultura en la que crecí.

Me llevo un sobresalto cuando leo la noticia. Al principio, estoy convencida de que se trata



de un fake news o algo semejante. Después de todo, tiene todo el tono amarillista e impactante para serlo: Una página web que permite a los usuarios no sólo intercambiar información-fotografías privadas, datos sensibles-sin su consentimiento, sino que además, se utiliza como una especie de red de apoyo para ¿qué? ¿El abuso? ¿La violación? ¿Extorsión? A medida que leo la información, siento que se me cierra la garganta de un terror ciego y difícil de explicar. Hay capturas de pantalla de servicios de mensajería instantánea de hombres hablando sobre métodos para violar mujeres. Incluso, imágenes de cuerpos desnudos de mujeres que parecen inconscientes, atadas a camas. El rostro cubierto por la mano de hombres que preguntan cómo «mantenerlas así» o «hacerlas abortar».

No puede ser real, me digo. Pero lo es. A medias en todo caso. Más tarde descubriré que la página Nido.org (actualmente inaccesible) era la puerta abierta a una comunidad de Telegram, en la que luego de cerrado el sitio, se compartieron las imágenes como forma de amedrentamiento. ¿Lo es? Pienso mientras. ¿Es sólo un señuelo? Me tiemblan las manos de impotencia y miedo mientras leo las declaraciones de las víctimas. «Descubrí que había fotografías mías en todas partes y hombres que insistían que debía ser secuestrada» dijo una joven no identificada a un programa de televisión chileno. «Nos odian, todos nos odian».

El odio contra la mujer, de nuevo. La idea resulta retorcida porque con frecuencia, se asocia el maltrato, la persecución y el acoso, a un tipo de fenómeno concreto y minoritario. Pero en realidad, el odio a las mujeres, la nueva misoginia, es un fenómeno más amplio. Mientras clickeo página tras página de noticias, tratando de reunir información sobre Nido.org pienso que el odio está en todas partes. Que la violencia tiene un rostro tan corriente que la mayoría de las veces pasa desapercibido. Un pensamiento inquietante que me provoca una sensación de desamparo y vulnerabilidad difícil de explicar.

Durante mi último año en la universidad, compartí aula y eventualmente conversación con un grupo que se autodenominaba a sí mismo «La patota». Era un grupo de seis veinteañeros, saludables y atractivos que estaban convencidos que el mundo era una gran fiesta interminable. Eran también, los que llevaban del brazo a las mujeres más hermosas del campus-o eso era el rumor insistente-y por supuesto, eso les acarreó más de un rencor injustificado. En más de una ocasión, el grupo recibió insultos, participó en reyerta a última hora de la tarde-entre risas y gritos de júbilo-e incluso una vez, hubo quien decidió expresar su malestar por tamaño popularidad destrozando las llantas del automóvil de uno de los banales héroes del campus. A la distancia, todo me parece inocente, casi simple. Una anécdota sin excesiva importancia en medio del tumulto de los años universitarios. Una de tantas pequeñas extravagancias que se experimentan durante la primera juventud.

Lo que no recuerdo de manera tan grata, es a J., uno de los compañeros de clase a quién no le caía en especial gracia la popularidad de la llamada «Patota». Como a varios más, le irritaba su jactancia juvenil, su exagerada altanería y por supuesto, la frecuente y hermosa compañía femenina. Pero a diferencia del resto, J. se sentía directamente ofendido, lleno de un rencor denso y vicioso que parecía acompañarlo a todas partes, contaminarle en decenas de formas distintas. En una oportunidad, mientras el grupo de populares celebraban en pleno comedor del campus, les echó una mirada envenenada y se le enrojeció el rostro de pura cólera.

- Por hijos de putas así, los demás estamos jodidos-comentó a quién quisiera escucharle, entre los que casualmente me encontraba yo, sentada a un lado de la mesa colectiva-una cuerda de vagos que lo tienen todo y no dejan nada para nadie.

Me quedé atónita, como supongo el resto de los comensales. No se trataba de la típica crítica burlona, sino que había algo horrible, levemente inquietante en su furia. Nadie hizo el menor comentario-¿qué se le puede responder a semejante cosa?-pero tuve la sensación que todos pensábamos algo parecido. La explosión de envidia, resentimiento y verdadero sufrimiento era algo fuera de lo común.

- ¿Y qué te pueden estar quitando un coño?-respondió finalmente alguien-ni que nadie te debiera algo por ser como eres.

Todos conocíamos a J. y no por las mejores experiencias: era misógino, machista y la mayoría de las veces tenía opiniones controvertidas cercanas a los prejuicios más extremos. Hablaba sobre su «derecho a tener sexo», «cercenado por las mujeres» que no le prestaban atención por «feo, pobre, flaco». Insistía en tales opiniones a toda hora y quizás la que más incómoda resultaba, era que los «populares», «los tipos que estaban buenos» o como se suele decir en Venezuela, «los papis» tenían la «culpa» de su escasa vida amorosa. Una idea que insistía siempre que podía y que argumentaba, insistiendo que todas las mujeres eran «putas» cuyo único interés «era el dinero y un buen cuerpo». Por supuesto, la mayoría tenía a J. por un cascarrabias sin mayor trascendencia, pero en lo particular, sus comentarios me molestaban lo suficiente como para mantenerme a distancia.

Después de licenciarme, no volví a escuchar sobre J. hasta que unos años después, encontré un blog en el que animaba ideas sobre «dominación masculina» y «control sobre las mujeres desobedientes». Eran las mismas ideas que habían insistido en la Universidad, solo que llevadas a un estrato más complejo y complicado. También hablaba sobre el «celibato involuntario» al que lo sometía la «vanidad del mundo moderno» y otras tantas ideas relacionadas con el prejuicio contra lo femenino e ideas semejantes. Leer las numerosas entradas en las que se reiteraban ideas semejantes me provocó escalofríos: recordaba al muchacho enfurecido, lleno de odio que había conocido. ¿En quién se había convertido durante una década que había transcurrido desde que abandonara la Universidad?

Recordé a J. cuando hace casi dos años, leí el titular del periódico el país que recogía las aparentes últimas palabras de Alek Minassian (25 años) y que escribió unos veinte minutos antes de arrollar a veinte personas en Toronto. «La Rebelión Incel ya ha comenzado» escribió en un post de Facebook que fue borrado luego del ataque deliberado, pero que estuvo el suficiente tiempo en línea como para debatir su peligroso contenido. Sentí un escalofrío cuando leí que el atacante se denominaba a sí mismo como miembro de los INCEL (o célibes voluntarios, en su traducción castellana), un grupo cuyo propósito es debatir sobre la «culpabilidad de las mujeres» por su «incapacidad para mantener relaciones sexuales», pero, sobre todo, promover un odio misógino extremo y fanático que resulta una amenaza potencial.

Me sorprendió que se trataran de las mismas ideas que por años había machacado J., que solía insistir en el tema en toda oportunidad que tuviera a su alcance. Intrigada y preocupada, dediqué unos días a investigar y descubrí que el término «INCEL» no es de hecho novedoso ni producto de una nueva y renovada ola de terrorismo basado en un tipo de retorcida misoginia. De hecho, su origen es más bien inocente: en 1993, una mujer-que actualmente oculta su identidad bajo el seudónimo «Lana»-creó una comunidad online para debatir sobre el «celibato involuntario» que podían provocar las relaciones modernas. Al principio se trató de una comunidad inofensiva, en los que solteros sin mucha fortuna en las relaciones románticas se reunían para debatir sus mutuas penurias. No obstante, rápidamente alcanzó una connotación de odio que convirtió a la comunidad en un intercambio sobre ideas de índole estrictamente machista. El fenómeno se extendió con rapidez a través de foros anónimos en el mundo virtual y de pronto, los INCEL eran algo más que un grupo dedicado al debate sobre el fracaso amoroso de nuestro siglo: los cientos de hombres-y algunas mujeres-identificados con el término, parecían más interesados en profundizar en el odio contra lo femenino que en cualquier otra perspectiva. Progresivamente, los INCEL se convirtieron en un grupo radical cuya principal diatriba parecía ser la búsqueda de una venganza «simbólica y emocional» que reivindicara su «soledad y abstinencia forzosa». Aun así, el grupo se limitaba a encendidas discusiones plagadas de odio misógino en foros anónimos, hasta que saltó a la fama en 2014: El 26 de marzo de 2014, Elliot Rodger de veintiún años y autodenominado «INCEL» asesinó a seis personas (tres con un cuchillo,



tres con una pistola) y luego se suicidó. En un video publicado en su canal personal de YouTube, Elliot explicó que el motivo por el cual cometería el crimen fue «el rechazo que durante toda su vida sufrió por parte de las mujeres». En el video, Elliot deja claro que se vio obligado a tomar la decisión debido «Durante los últimos ocho años de mi vida, desde que llegué a la pubertad, me he visto obligado a soportar una vida de soledad, rechazo y deseos insatisfechos. Todo porque las chicas nunca se han sentido atraídas por mí. Chicas que le dieron su afecto, sexo y amor, a otros hombres. Pero nunca a mí. Tengo 22 años de edad, y todavía soy virgen».

Para Elliot, el motivo de todo su dolor e incluso, la ira asesina que desencadenaría en un asesinato, se debe a las indiferencia femenina o mejor dicho, a su incapacidad de seducir a una mujer. Elliot llama a sí mismo de manera «hombre perfecto», y declara que va a «castigar a todos ustedes [las mujeres]» para no reconocer que él es «el caballero supremo.» Además, en el video detalla con espeluznante exactitud todos los detalles de la masacre que cometería poco después. La mayoría de las afirmaciones de Elliot parecen provenir de su incapacidad para relacionarse con el sexo femenino, a pesar de sus intentos. En esa perturbadora mezcla de dolor, resentimiento y soledad que desencadenó en tragedia, Rodger demostró que la misoginia que se ampara en el menosprecio de la mujer, puede ser mortal.

¿Fue entonces Rodger una víctima de una cultura que simplifica las relaciones entre hombres y mujeres hasta lo primitivo? ¿Del odio y el menosprecio hacia la mujer? ¿La cosificación convertida en cosa de todos los días? Los INCEL parecen convencidos del hecho que la mujer tiene un deber tácito de complacer al hombre y sobre todo, sus necesidades sexuales. Más allá, el problema se trata de la simplificación de la mujer en un mero objeto para la satisfacción del hombre. Para buena parte de los INCEL, el fracaso romántico que deben sobrellevar tiene una relación directa con el hecho de la actitud femenina y no, con el comportamiento del grupo o del individuo que propugna sus puntos de vista. En el caso de Elliot Rodger y otros tantos como él, el odio hacia la mujer es una concepción sobre el mundo muy definida: la lógica del resentimiento crea las condiciones para una venganza abstracta, hacia la mujer como objeto inaccesible, pero a la vez, digna de menosprecio. La culpa de la imagen de la mujer predatora, que es incapaz de brindar al hombre lo que necesita-y desde esa perspectiva inquietante, lo que le pertenece por derecho-y que merece sufrir un juego perverso donde el principal trofeo es inmediata y simple satisfacción sexual. La mujer que sólo existe en la medida que complace y más allá, en su capacidad para cautivar.

Por supuesto, no se trata de un fenómeno único: La cultura PUA (Pick up Artist) explora la imagen de la mujer como objeto sexual, utilizando esa visión simplificada y primitiva del hombre que asume a la mujer únicamente como una presa sexual. Se trata de una comunidad basada en la manipulación y menosprecio de la mujer a través de «técnicas de seducción» de un sentido notoriamente retorcido, abusivo y violento. No solo construye una imagen de un tipo de mujer manipulable sino la del hombre que puede utilizar la «debilidad» y emocionalidad de la mujer como parte del juego erótico. Una idea que no sólo asombra por su misoginia sino la implicación del planteamiento. ¿Los miembros de la cultura PUA, de la misma forma que los «INCEL» son sólo un fenómeno de mercado o algo más inquietante? ¿Reflejan la interpretación cultural del hombre de una manera distorsionada o se trata de una visión concreta sobre la opinión masculina sobre la mujer? Porque la mayoría de estos sitios relacionados con ambos grupos y por supuesto, quienes acuden a ellas como último recurso para lograr algún tipo de relación emocional o física, no lo hacen bajo la idea consciente de encontrar una mujer real. La mayoría de los usuarios intentan encontrar una satisfacción inmediata, despersonalizada y por completo, accesible. La idea de la mujer objeto. La mujer convertida en una criatura sexual, símbolo de la satisfacción masculina. Una idea comercializada y estandarizada sobre el sexo crudo, sobre la percepción del hombre y sus necesidades elementales.

Para la socióloga experta en Género Capitolina Díaz el asunto es incluso mucho más grave



y parece tener una relación directa con la objetivación de la mujer y la transformación de su identidad en un objeto sexual carente de identidad y cualquier otro propósito que no sea complacer al otro «Este hecho de convertir a 'la otra' en algo objetual e identificarla como un 'no yo/no igual a mí' es un pensamiento común en todas las personas reaccionarias y fanáticas» dijo en un artículo de reciente publicación en el periódico «El País» de España. Añadió además, que un fuerte elemento en la cultura «INCEL» y PUA es la necesidad de despojar a la mujer de cualquier sustancia o elemento que pueda brindarle sentido a su identidad «Como ocurriera con los nazis hacia los judíos, poner a las mujeres en esa condición de 'no humanas', con la que no te identificas, 'permite' que estas personas justifiquen la cosificación, la agresión e incluso el asesinato» explica «obvian el hecho de que los seres humanos no son solo corpóreos, no tienen en cuenta el pensamiento. Las imágenes que han creado de las mujeres no son en absoluto existentes, las ven exclusivamente como cuerpos».

Esta nueva visión sobre la misoginia-más violenta, más enardecida y muy próxima al fanatismo extremo-es tan cercana al terrorismo que comienza a resultar preocupante y no sólo por los casos de Alek Minassian y Elliot Rodger, sino porque al parecer, los INCEL forman de un movimiento mucho más peligroso que se difunde con preocupante rapidez en la red: El supremacismo masculino. Según los datos de Southern Poverty Law Center (organización sin ánimo de lucro defensora de los derechos civiles en EEUU), la misoginia extrema amparada bajo tales grupos se ha convertido en un punto resaltante en los mapas de odio y sobre todo, principal motivo de crímenes específicos amparados bajo el odio y el ejercicio de la violencia de género. Según esa perspectiva del tema-y sobre todo, la versión sobre la misoginia convertida en un arma de odio-la escritora Jessica Valenti hace una inquietante reflexión en su artículo 'Cuando los misóginos se convierten en terroristas' publicado en The New York Times: «A pesar de una gran cantidad de evidencias que conectan a estos asesinos en masa y grupos misóginos radicales, todavía nos referimos en gran medida a los atacantes como 'lobos solitarios', un error que ignora la forma prevenible de cultivar y alimentar deliberadamente el miedo y la ira de estos hombres».

Hace poco, volví a tropezarme con el blog de J. y descubrí que lleva más de un año abandonado. Al investigar un poco, descubrí que había sido acusado por su esposa por violencia de género y que, al parecer, había huido de Venezuela con destino desconocido. Pero no es el único que deja muy claro que el odio misógino se esparce con una preocupante rapidez. Siguiendo un link de recomendación del suyo, encontré un anónimo, con más de 300 entradas repletas de proclamas de odio hacia los femeninos. Una de ellas me produjo escalofríos «Las mujeres son las culpables de la derrota de lo masculino. De manera que el gran triunfo consiste en destruir esa nueva versión feminista de una mujer como algo más que una compañera y servidora del hombre». Casi las mismas palabras de Elliot Rodger antes de morir. Casi las mismas palabras de Alek Minassian antes de matar.

Un nuevo mensaje en el box de privados de Twitter «Put a bitch, cállate» me escribe un anónimo. Leo el mensaje y por último, lo borro con un clic rápido, el corazón latiendo muy rápido. ¿Quiénes somos los activistas en la cultura actual? ¿Cómo nos miran? No lo sé, me digo, paralizada por un amargo y singular pesar. Y no saberlo, quizás es la peor de todas las respuestas.

Tetas afuera y el mensaje político necesario

Hace unos días, una cantante mostró sus pechos desnudos como una forma de protesta política, algo que también ha hecho (y en situaciones más incómodas y comprometidas) el grupo feminista Femen, cuyas miembros suelen aparecer con el pecho desnudo en mitad de circunstancias de índole político y cultural. Tanto una como las otras, utilizan el cuerpo desnudo como un símbolo político, lo que provoca se les acuse de ser exhibicionistas e incluso, de aprovechar el impacto inevitable de la desnudez para crear un escándalo que no es otra cosa que publicidad barata.

Pero ¿Lo es? ¿Por qué se ignora el significado y la profundidad del mensaje político que integra el hecho de utilizar el cuerpo como una herramienta para articular una expresión simbólica de peso? Al final, la discusión se enfoca en la decisión mostrar o no los pechos de una mujer (o su cuerpo, si hablamos del tema de forma más general), y a estas alturas, seguramente usted también, hipotético lector, tiene una opinión sobre la posibilidad de manifestar cualquier idea, a través de un desnudo. Pero seguramente, esa opinión no incluye al cuerpo masculino, sino sólo el femenino. Y lo hace, porque nuestra historia, contexto y referencias están enfocados a estigmatizar, señalar y apuntar hacia la mujer y su derecho de crear un mensaje, más allá del sexual, a través de su cuerpo.

Sí, sé que lo anterior se escucha dramático, radical, violento. ¿Feminazi? ¿Piensa en esa palabra justo ahora? Seguramente lo hace. Incluso, si es mujer. Porque la idea que debe censurarse el desnudo femenino está tan normalizada, convertida en parte de una percepción más amplia y directa sobre la identidad, que los pechos de una mujer (tan parecidos a los suyos, con la misma simbología cultural que usted lleva auestas) le deben resultar ofensivos. ¿No es un fenómeno curioso ese? ¿No le resulta desconcertante que ahora mismo usted esté buscando cientos de razones para afirmar y zanjar la cuestión de que los pezones deben permanecer ocultos por necesidad, en lugar de lo contrario? ¿Le produce incomodidad, un atisbo de burla, la cuestión que la cantante se descubrió el pecho y uso el poder sobre su cuerpo como un mensaje estructurado?

¿Cuál mensaje? Se está preguntando, sin duda. ¿Qué mensaje tiene que ser escrito sobre los senos de una mujer? ¿No podía decir lo mismo cubierta, con el cuello bien cerrado? He leído todo tipo de comentarios parecidos: Los que hablan sobre la anatomía exclusivamente “sexual” de los pechos y pezones, las burlas sobre el aspecto físico de las manifestantes desnudas, los que insisten que la desnudez es sinónimo de escándalo y no de ideas. Pero, de hecho, mostrar el cuerpo contra la norma y la regla es uno de los más poderosos mensajes políticos que pueden enviarse. Sobre todo, en una sociedad provinciana, conservadora y reaccionaria como la nuestra, convencida que tiene el poder de aplastar a la mujer bajo sus prejuicios.

No se trata de algo nuevo, claro. Me refiero en concreto, a que la historia ha menospreciado a la figura femenina a una mera idea asociada con la idealización masculina. Una mujer sólo puede desnudarse si complace lo que una cultura de hombres piensa sobre ella. Si muestra los pechos para seducir, mostrarse sexualmente accesible o para alimentar un bebé, el otro extremo del debe ser. De resto ¿Para qué? ¿Para qué mostrar los pechos en público? De la misma manera en que un considerable número de personas se pregunta en voz alta el motivo por el cual una mujer tiene derecho a decidir sobre su capacidad reproductiva, de contraer matrimonio, de abortar, ese grupo reaccionario, obsesionado con una “decencia” virtual que sólo aplica y es válido si complace formas invisibles de discriminación. ¿Por qué una mujer querría utilizar un topless visible, que no coincide con un ideal estético para protestar?

La razón, querido lector, es sencilla: porque es su cuerpo y puede. ¿Le irrita la frase? ¿Le parece simplista y violenta? No lo es tanto. Y es el mero hecho que finalmente, una mujer



pueda mostrar el pecho con una consigna política, es un logro luego de años de someterse a esa voz colectiva que le indica que debe desaparecer, ser invisible, pasar desapercibida.

Desnudos, dolores, puertas cerradas:

Por supuesto, a cualquiera que se desnude para promocionar una idea también se le llama “puta”. He leído en más de una ocasión y en todas las combinaciones posibles. “Putas” por decidir mostrar “las tetas” para no decir “nada”. “Putas” por considerar que su cuerpo es el mejor lienzo para una conclusión sobre un hecho que la rebasa. “Putas” por presentarse en un escenario de semejante calibre y decidir mostrar los pechos, sin tener en consideración la multitud enfermiza que la señalaría y la acusaría. Sin duda, Puta es una palabra popular. O así pareciera: se utiliza como interjección, insulto, incluso en tono bromista, casi cómplice. Tal vez, la palabra puta no tenga su contundencia de antaño, pero continúa sin gustarme. Me produce cierto malestar lo que aún se percibe de ella. Me refiero en concreto, a esa idea un poco general que denota la palabra y que implica no solo nuestra opinión sobre el comportamiento femenino sino nuestro juicio sobre él. Porque la “puta” sigue siendo la mujer que se condena, que se mira de reojo, a la que se puede insultar por tomar su cuerpo, personalidad e identidad y hacer con ellos lo que bien pueda parecerle.

Claro, sé los orígenes de la palabra. Es un sinónimo peyorativo de la palabra prostituta. Pero si bien “meretriz”, “prostituta” y otros adjetivos parecidos definen lo que los griegos llamaban “porne”, derivado del verbo pernemí (vender), puta sugiere algo más. Porque la puta es descarada, no disimula la vergüenza que se supone debía causarle su identidad como “mercader del sexo”. Así se lee al menos en demenciales tratados del siglo XIV sobre la sexualidad femenina. Bueno, seamos claros: no se hablaba sobre lo que no se existía. Para el medioevo la mujer no tenía derecho a sentir placer, a desear, a disfrutar de su cuerpo. La mujer era un subproducto divino, vía directa de la costilla del Célebre Adán, cuya única función, además de tener niños—lo más posibles—era tentar la conciencia masculina. De manera que la sexualidad para la mujer se resumía y se restringía a engendrar y parir. Para todas las que no aceptaban eso, para las que simplemente disfrutaban de manera natural del placer, para las que soltaban carcajadas durante el sexo, para las que gozaban de la libertad de fornicar, había una palabra. Puta. Y puta del diablo, si además cometías el improperio de saber leer, escribir o tenías la osadía de pensar. De manera que bien pronto, la “Putas” ya no era la “Ligera de cascos” como se diría en español castizo, sino la que infringía la sagrada norma de no “atenerse” a lo que se esperaba de ella, a lo que se suponía era propia de la feminidad. Puta le gritaron a Juana de Arco al quemarla, Puta le gritaron a Cristina de Suecia más de una vez (y con todo y lo reina que era), y mucho se habló de lo “puta” que era Isabel I de Inglaterra, a pesar que también se le llamó la reina “Virgen”—cosa dudosa, o al menos eso quiero creer—y se reconoce su reinado como “la edad de Oro” inglesa. Porque Puta es la que transgrede ese orden supuestamente divino y procaz de la mujer supeditada al hombre, de la mujer colgada del brazo del marido de turno, la mujer invisible. La mujer que rompe el anonimato, que camina por la calle con paso firme, la que se lleva a la cama al hombre que prefiere y como quiere, esa, era la puta por excelencia.

De modo que una mujer que hace con su cuerpo lo que quiere y le place, es una puta. Lo es para usted, que tanto le molestó y le irritó que la cantante chilena llamara la atención sobre un tema de envergadura con el pecho al descubierto. Pero no puedo culparlo a usted, lector (lectora) que es el heredero de miles de años de mensaje que transforman el cuerpo desnudo en una afrenta. La idea parece remontarse a siglos de existencia. Desde las Virgenes y Santos cubiertos de ropa y el horror ante los Dioses Romanos y griegos temidos, gloriosos en su desnudez aparentemente procaz. La desnudez como la evidencia directa de la provocación y la necesidad de concebir el cuerpo humano como parte de esa connotación divinizada que se violenta con el desnudo. Más allá, el cuerpo sin ropas parece sugerir un tipo de libertad que se enfrentaba frontalmente con la idea básica del ser humano como



una criatura razonable e intelectualmente superior. La civilización presume el control de los impulsos y el cuerpo desnudo, parece contradecir ese axioma básico, necesario e imprescindible para considerarse parte de la idea de una visión mucho más elevada de sí misma. Y es que para la Iglesia—por entonces el poder absoluto—la desnudez era no sólo la tentación que debía combatirse sino un símbolo del yo salvaje que parecía prosperar al borde de la razón. Y que idea peligrosa esa, tan inquietante, la de un hombre o una mujer que pudiera desnudarse sin sentir culpabilidad y vergüenza. Qué preocupante, esa interpretación del cuerpo humano como símbolo de libertad y poder personal. En una época donde la Iglesia insistía en el monopolio del conocimiento y tenía la capacidad de castigar por la mera contradicción, la idea del desnudo debió percibirse como peligrosa.

No obstante, la noción de lo que es censurable, evolucionó a medida que la cultura reconoció—o recordó—el cuerpo humano como parte de lo esencialmente se considera sensible, artístico y elevado. El Renacimiento volvió a mirar el cuerpo humano con asombro y lo recreó con una vitalidad que despertó la ira de la Iglesia, pero fascinó al hombre ávido de conocimiento. Los dioses Griegos y Romanos volvieron a mostrarse en todo su esplendor carnal y el mundo pareció reconocer el valor de la piel y esa sensualidad tan temida, como parte del pensamiento histórico. Somos criaturas sensoriales, extraordinarias, piel y espíritu, carne y pecado, dualidad absoluta, parecen sugerir los grandes frescos de una época brillante, donde el cuerpo humano desnudo reinó y también se hizo parte de esa percepción brillante y por entonces tan novedosa, de la tentación como parte esencial del arte que se presume provocador.

Pero la historia es cíclica, por supuesto, y en lo que respecta al desnudo, lo es aún más. Luego del fulgurante renacimiento, el cuerpo humano volvió a cubrirse con telas y prejuicios. Durante siglos, la desnudez—sobre todo y en ocasiones, únicamente la desnudez femenina—fue considerada símbolo del pecado, de una afrenta divina y cultural de proporciones tan preocupantes como inesperadas. Porque la desnudez no sólo era vulgar sino también, una grave afrenta a la moral pública. La desnudez, incluso la artística, la que llenaba los cuadros colgados en los principales museos del mundo, seguía mirándose con desconfianza. El desnudo continuaba siendo sugerido, apenas un accidente ocasional en los espléndidos paisajes y escenas bucólicas, una idea que parece solo ser aceptable si está lo suficientemente justificada por la timidez de la cultura. De manera que los prerrafaelistas podían desnudar a sus lánguidas damiselas sólo si conservaban su pureza, esa exquisita y etérea inocencia que las apartaba de toda tentación. Las mujeres desnudas del arte, rodeadas de caballeros bien envueltos en lujosas telas, se hicieron motivo común. Todas espléndidas, exquisitas, de miradas inocentes y largas cabelleras brillantes, doncellas en apuros rodeadas de paisajes fantásticos. Y desnudas claras. Tal parecía que mientras el desnudo no incitará al pecado evidente, podía admitirse. Desde el Perseo y Andrómeda de Tiziano con su doncella exquisita y sufriente—y desnuda—hasta el cuadro El caballero errante de John Everett Millais en 1870, los caballeros recatadamente cubiertos por armadura de ropa o metal, continuaban justificando la existencia de la mujer desnuda. Se habló sobre la desnudez como el símbolo de la fragilidad, de la belleza, de lo etéreo. Del cuerpo como metáfora de la suprema belleza. Aún así, la desnudez continuaba siendo objeto de desconfianza: en la pintura original de Millais, la figura femenina miraba directamente hacia su pudibundo caballero andante, en una expresión que fue considerada provocativa. Porque la desnudez sólo podía ser humilde, servil, simple, ingenua. De manera que Millais fue obligado a pintarla de nuevo, apartando con enorme timidez la mirada. La desnudez artística volvía a tener significado—y motivo, lo cual resulta más preocupante—para el puritanismo de la época.

Y es que quizás, el arte como reflejo de su época, solo continuó mostrando el terror a la intimidad y a la comprensión del ser humano que por mucho tiempo se expresó a través de una feroz conciencia moral. Siglos de hombres y mujeres separados por una barrera intelectual, para evitar la posible y siempre insistente tentación. Pero a la vez, ese autodes-

cubrimiento que brindara sentido—y forma—a la conciencia de la individualidad. Hombres y mujeres tímidos y torpes, ellas llevando dolorosísimos corset y ellos pesadas chaquetas de paño, para que la piel se encontrara a la suficiente—y prudente—distancia de esa necesidad carnal de reconocimiento. Más aún, el cuerpo humano se insistió en interpretar como peligroso. Temible. Perpetuamente perverso.

Con el siglo XX, la revolución del cuerpo humano sobrepasó las ideas más optimistas. En un reflejo del renacimiento, la idea del cuerpo tentador regresó con mayor fuerza y sobre todo, convenientemente lejos de esa percepción del pudor que por tanto tiempo se consideró necesario. De nuevo, el cuerpo humano volvió a ser sexual y disfrutó siéndolo. La nueva visión llegó a todas partes: desde la percepción elemental de lo que la sexualidad es (y más allá, de lo que denota) y también de sus implicaciones. Se podía ser sexual, se necesitaba ser sexual, se aspiraba a ser sexual. El desnudo pasó a ser accesorio, formalmente intrascendente. Como las escenas de las Damas frágiles rodeadas de hombres en armaduras, la desnudez pareció perder importancia en la sobre estimulación, en la idea insistente, evidente y sobre todo, voraz, sobre lo que el cuerpo desnudo puede significar. Todo y nada, la belleza sublimada, la vulgaridad aparente. La necesidad, la metáfora, la piel, el deseo, el sexo.

Y en medio de esa confusión de conceptos, del cuerpo humano creándose así mismo a través del medio, las Redes Sociales y usted que forma parte de ellas, parecen transitar con dificultad por una serie de conceptos que quizás aún no puedan interpretar bien. Porque en esa infinita conversación, en esa extraordinaria visión del pensamiento humano simplificado y construido a partir de lo inmediato, la desnudez con su enorme carga de significado parece construirse a la medida de una mirada restringida, incapaz de abarcar la idea y de construir un concepto a la medida de lo que sugiere e incluso se interpreta. Y es que, desde las Redes Sociales, la desnudez se mira con recelo, o mejor dicho, se asume como una perspectiva limitada. Es entonces cuando un poco de vello púbico puede ser sexualmente inquietante e incluso, una versión lineal y poco comprensible de lo que asumimos erótico. La censura debida, sin matices. La idea esencial de lo que comprendemos como desnudez reinventada para una fórmula obsoleta y prejuiciada de percibir el cuerpo humano.

De modo, que le tengo noticias: Que una mujer se desnude es un hecho político. Y que usted se disguste, también. Saque las conclusiones que pueda al respecto y recuerde: el cuerpo femenino ya no le pertenece a la historia. Y eso también, es el mayor y más poderoso mensaje simbólico imaginable.

El futuro es femenino: Las cosas que las mujeres hemos logrado con el esfuerzo cotidiano

Ser feminista es una especie de carreras de obstáculos en la que te enfrentas a ti misma. Lo haces, cuando debes debatir la idea de por qué necesitas luchar por tus derechos y sobre todo, la manera en que lo haces. Se trata de una discusión constante, dolorosa y en ocasiones directamente irritante que la mayoría de las veces, no tiene otro sentido que un debate agotador sin verdadero valor. Y lo sabes. Cuando una feminista debe enfrentar argumentos absurdos, sabe que lucha por algo más sutil que la opinión del provocador de turno. Hace unos días, alguien escribió en mi timeline de Twitter lo siguiente: «Todas las feminazis son unas resentidas, feas y gordas que temen que los hombres las violen». Lo dijo, luego de ponderar en varios tuits sobre el hecho que «no hace falta que nadie reclame derechos, las mujeres tienen (sic)» y concluir que «una feminista es una tipa insatisfecha». Por supuesto, no me sorprendió la colección de prejuicios en sus comentarios, pero sí el hecho que buena parte de quienes apoyaban el inquietante punto de vista, eran mujeres. Léí más de veinte



respuestas, la mayoría de ellas celebrando «que finalmente alguien pusiera clara las cosas para esas locas» (refiriéndose, por supuesto a las feministas) y que sin duda «había que insultarlas más a menudo» para que «entendieran su lugar en el mundo».

Claro está, no me resulta sorprendente que el machismo siga siendo tan normalizado en nuestra cultura como para que situaciones semejantes pasen desapercibidas. Después de todo, nací en una cultura en la que a una mujer se le enseña a usar zapatos de tacón alto antes de apuntalar su autoestima, en un país en el que existen el triple de peluquerías que de librerías. La misma sociedad que se siente en toda la libertad de criticar públicamente el aspecto de una mujer e invadir su privacidad con preguntas sobre sus decisiones sexuales y reproductivas. No es sencillo enfrentarse a una estructura semejante y mucho menos, a la percepción que oponerse a sus implicaciones es una especie de comportamiento inexcusable en una mujer. A diario, soporto críticas, burlas y en ocasiones insultos, por el mero hecho de llamarme feminista. Pero aún peor, casi siempre me encuentro en la incómoda situación de tener que lidiar con el hecho que para un considerable número de personas, la percepción sobre la defensa de los derechos de la mujer tiene algo de retrógrada, absurda e incluso, directamente violenta. Desde comentarios malintencionados hasta ataques directos contra el hecho mismo de insistir en la posibilidad de la equidad, ser feminista en una época como la nuestra es cuando menos, una batalla cotidiana. Una que debe enfrentar una colectiva opinión tradicional y restrictiva sobre la mujer, la ignorancia sobre el propósito del movimiento e incluso, su necesidad histórica. Una y otra vez me he preguntado el motivo por el cual el rechazo contra el feminismo está en todas partes, forma parte de un virulento discurso cotidiano e incluso, una visión muy específica sobre la opinión política de la mujer.

—No puedes negar que las feministas se buscan semejante trato—me comentó hace poco un buen amigo con quién comentaba sobre el tema—el feminismo actual parece más interesado en ser un foco de atención distorsionada que un discurso articulado.

Bebo un sorbo de la taza que sostengo entre las manos mientras le escucho. Pienso en el esfuerzo que todas las organizaciones feministas alrededor del mundo llevan a cabo para proteger, educar y procurar medios de progreso a mujeres alrededor del mundo. A las organizaciones que dedican tiempo y esfuerzo al cuidado de la salud reproductiva de la mujer, a todos los grupos que analizan el papel de la mujer desde el complicado punto de vista de las leyes restrictivas y duras que muchas veces crean y sostienen el prejuicio. Pienso en mi propio trabajo, en los años que he dedicado a escribir, aclarar y sustentar mis ideas. En todo el esfuerzo diario que realizo para que la reflexión sobre el papel de la mujer sea más amplia, profunda y directa.

—¿A qué llamas foco de atención?—preguntó por último. Me dedica una sonrisa maliciosa.

—Ah, tú lo sabes.

—No, no lo sé.

—Todas esas manifestaciones ridículas, memes, reclamos necios sobre cosas sin sentido como el machismo en juegos de mesa. A esas cosas me refiero.

Me vuelvo a quedar en silencio. No sé por qué recuerdo la mesa de trabajo en que participé semanas atrás, para tratar el tema del acoso sexual y el abuso en el espacio laboral. Treinta mujeres que durante más de tres días, nos reunimos para debatir y buscar soluciones específicas sobre las denuncias, la atención a la víctima e incluso, el proceso legal que todo señalamiento debe atravesar. Recordé la dedicación, el trabajo en equipo, la preocupación por el futuro del naciente movimiento latinoamericano de protección a la mujer en situación de riesgo. Y me pregunté dónde encajaba esa visión sobre el tema de lo femenino en lo que mi amigo señalaba o mejor dicho, cómo podía simplificarse a tal extremo la compren-



sión sobre lo que el feminismo es y puede ser.

—Es decir, tu opinión sobre el feminismo está basada en memes y en comentarios de Redes Sociales—respondí. Parpadeó, incómodo.

—Me refiero que así se refleja el movimiento.

—¿Te parece suficiente eso para definir lo que es una expresión sobre la mujer y lo femenino?

Ahora fue el turno de mi amigo de tomar un sorbo de café y mirarme incómodo. De pronto, lo que parecía una conversación cualquiera pareció hacerse más incómoda y dura de sobrellevar.

—La culpa la tiene el patriarcado, quizás—dijo al cabo, en tono burlón.

La tiene, claro. Y no es una excusa filosófica enrevesada que las «feminazis» utilizan para justificar su «victimismo». Durante casi nueve siglos, la cultura y sociedad del mundo se comprendió a través de lo masculino: No sólo las leyes, sino todo el entramado social, el arte y la dinámica familiar del mundo occidental se rigió a través de ideas donde la figura del hombre se privilegiaba sobre la femenina. Por buena parte de nuestra historia como civilización la organización social se ejerció a través de la autoridad del Pater Familia. ¿La consecuencia? Parte de la percepción secundaria, anónima y prejuiciada que se tiene sobre la mujer proviene de esa herencia histórica.

La segunda ola del feminismo—ocurrída en los años sesenta y que tuvo como resultados derechos individuales inéditos para la mujer—insistió en que debía desmontarse patriarcado histórico, en otras palabras la dominación y supeditación ancestral de la mujer al hombre. El feminismo actual también aboga por las mismas ideas: lucha contra la dominación de la sexualidad femenina, intenta evitar la objetivación y relegamiento de las mujeres al hogar, difunde la necesidad de otorgar a las mujeres espacio y relevancia pública. La ideas feministas abarcan desde lo sencillo hasta agresivo de esa percepción de superioridad masculina que afecta los derechos legales y culturales de la mujer alrededor del mundo: se manifiesta en contra de ideas específicas como la ablación, el burka hasta alcanzar argumentos más sutiles como el desprecio por lo que puede definir a la mujer (todas las construcciones culturales del universo femenino) y su infravaloración como formas de expresión en pleno derecho. De manera que sí, el patriarcado tiene la culpa y es uno de los puntos álgidos en la lucha política del feminismo.

—Mira, no digo que el feminismo no tenga sus puntos altos—prosiguió mi amigo—pero también se trata de una especie de ridiculización de la lucha que provoca burlas. ¡Tienes que reconocerlo!

Nací en un país reaccionario al feminismo. En uno tan machista como para que de vez en cuando, te provoque escalofríos el mero pensamiento. Cuando lo digo, casi siempre hay una especie de reacción espontánea: ¡Pero no lo es tanto como otros países del mundo!”. Vaya, ¿eso es una disculpa? pienso cuando escucho un razonamiento semejante. ¿Disculpa la deuda histórica de la sociedad venezolana con la mujer que el índice de Femicidio sea mucho menor al de otros países de la región latinoamericana? ¿Lo excusa que exista una institución tambaleante e inequívoca llamada “ministerio de la mujer”? ¿De qué le sirve eso a la mujer maltratada que sobrevive en un barrio de Caracas? ¿Qué le importa esa sutileza a la que gana el 30% menos del sueldo que un colega masculino? Sí, está bien, el machismo en Venezuela es una idea un poco difusa, que me mezcla como un mal olor en el hábito y la costumbre. Lo percibes de vez en cuando, lo analizas, te sobresaltas. ¿Lo evitas? Lo intentas al menos.

¿Pero que sea unos grados menos en gravedad que en otras sociedades parecidas a la nuestra justifica su existencia? No lo creo. Más aún, no me importa. Así de simple. No me interesa en absoluto la comparación, porque la sociedad Venezolana adolece de esa visión de la mujer que aspiro para mí misma. No quiero ser un hombre, ni masculinizarme para triunfar y ser respetada. Tampoco quiero irme a un extremo de la variable, convertir la lucha por los derechos en una forma de agresión para ser escuchada. Mi gran aspiración es mirarme como parte de una idea que se construye a diario, independiente de cualquier otra. Necesaria por su consistencia. Imprescindible por su necesidad de construir un lenguaje que pueda traducir mi visión del mundo de manera apropiada. En pocas palabras: Deseo ser una mujer, más allá de lo que la sociedad interprete sobre eso. Más allá de lo que necesito ser o de lo que pueda comprender al respecto. Quiero ser mujer por decisión, por valor y no por mero compromiso biológico. No por mera idea de cumplir un rol perpetuo que se decidió para mí antes incluso que yo naciera. Una visión de mí misma firmemente encajada en la sociedad como interlocutor.

—¿Tengo que reconocer que cosa? ¿Que la mayoría de las burlas contra el feminismo proceden de la ignorancia?—respondo con una sonrisa tranquila. Mi amigo se queda desconcertado y un poco irritado.

—¿Es necesario insultar?

—Cualquier feminista podría preguntarte lo mismo.

A diario recibo unos seis o siete correos preguntándome el motivo por el cual me llamo “feminista”. Algunos me insultan por “menospreciar lo masculino y someterlo al escarnio público” y otros, simplemente no pueden comprender que una mujer “normal” quiera ser identificada con algo semejante. Algunos más—en realidad, lo más escasos—me hacen preguntas sobre cuáles son los intereses reales del feminismo o cómo pueden comprenderlos en mitad de la vida moderna. Se trata de una combinación de opiniones, visiones y sobre todo prejuicios que siempre me sorprenderá por el hecho que parece provenir de la inmediata incomodidad sobre lo que el feminismo simboliza o en realidad, qué le interesa más allá de lo obvio.

De manera que como cada cierto tiempo, me parece necesario aclarar que es lo que ocurre con el feminismo y sobre todo, que es exactamente lo que al feminismo le interesa. Como por ejemplo, que a un movimiento político de semejante envergadura no le interesa el vello corporal de nadie en absoluto. Ni de hombres o mujeres. En cualquier parte o del tamaño que sea. No le interesa si lo depilas o lo dejas largo, si lo tiñes, lo rizas, lo utilizas como método de protesta. No le importa si lo crees higiénico, sacramental, asombrosamente bello o tan feo como para repugnar. De verdad, no le importa. Ni antes ni después. Lo que SÍ le importa al feminismo es que nadie crea que debe juzgarte por llevar el vello del cuerpo como mejor te plazca o mostrarlo como mejor te parezca. Que el feminismo está convencido que tienes poder sobre tu cuerpo, tanto como para que no le importe quién paga la cena, como te llama tu pareja en la intimidad, como te vistes, qué haces con tu novio en la intimidad. Si te vas a la cama con tres hombres o con dos mujeres a la vez. Si decides hacer swinging, sostener una relación en poliamor, ser fiel o infiel. Al feminismo no le interesa como haces el amor, si follas, si lo tuyo es romance con pétalos de rosas, con látigos, a caballo. Le interesa que nadie te juzgue por eso. Que nadie jamás se considere en el derecho de insultarte, faltarte el respeto o cualquier otra situación violenta por las decisiones que tomes en tus acuerdos de pareja.

Pero sin duda, resulta complicado analizar semejantes sutilezas en un país como el nuestro, que promueve la masculinidad y la virilidad desde la violencia, que alienta un discurso cultural y político que menosprecia a la mujer y al hombre hasta convertirse en estereotipos.

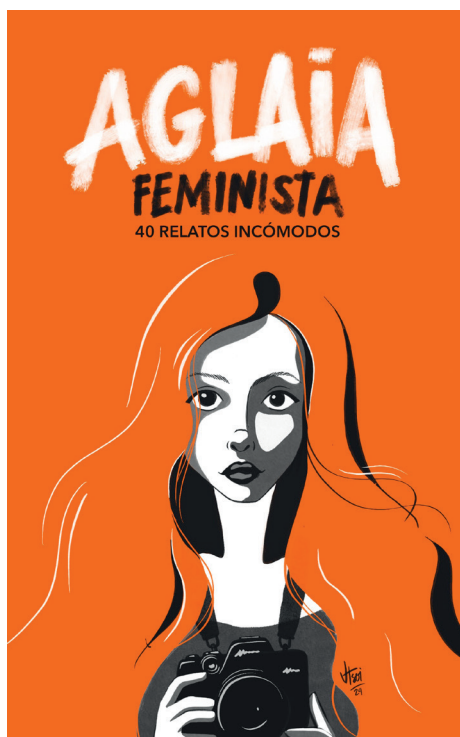
En una ocasión, alguien me dijo que “Venezuela era una mujer con todos los dolores que eso implica” y la analogía, antes de hacerme sentir halagada, me preocupaba. Porque supuse que esa cualidad femenina del país, no le hace homenaje a su fecundidad, la belleza de sus paisajes inexplorados, su potencial intelectual, sino que se sostiene sobre esa visión de la Venezuela deudora del miedo, frágil y torpe. Esa figura a medio construir, que parece resumir una historia de errores, dolores e imprecaciones. La Venezuela a fragmentos, desfigurada e irreconocible luego de años de enfrentamiento dialéctico, de ese debate amargo e interminable que parece extenderse a todos los ámbitos, salpicar incluso las cosas más sencillas. A la mujer golpeada y vituperada. A la personalidad herida de una figura femenina que parece abarcar el gentilicio para justificar los errores y los dolores, y quien sabe, si también las consecuencias.

La conversación con mi amigo termina en un largo silencio al que no hay mucho que agregar y que por supuesto, tiene una inmediata relación con esa tensión perenne, profunda y dolorosa que pende sobre la lucha por los derechos de la mujer. Como si nuestro continente—¿nuestra cultura, quizás?—no estuviera preparado para comprender a la mujer que se cuestiona, que se hace preguntas, que se hace poderosa por mera contradicción al conservadurismo. Tal vez se trata en como suele insistir una de mis amigas más queridas. El hombre latinoamericano no entiende que pueda existir una mujer poderosa, que contradice el prototipo del continente de lo femenino frágil y abnegada. ¿Qué ocurre cuando no lo es?

Que buena pregunta esa. Pienso en eso mientras voy sentada en un vagón del servicio Metro de mi ciudad. Miro a mi alrededor y me pregunto cómo se miran a sí mismas todas las mujeres que me rodean: ¿La cultura nos define? ¿La sociedad nos construye y nos elabora como pequeñas figuras que calzan en su proyecto general? ¿La forma de mirarnos como parte de algo más amplio y elaborado crea una idea comprensible sobre nuestra identidad? No lo sé. Muy probablemente no pueda responder a esas preguntas por mucho tiempo y en ocasiones me cuestiono si incluso, tienen alguna respuesta.

Pero aunque no las tengan, es bueno meditarlas, mirar el mundo a través de nuestras interrogantes y dudas. Y eso incluye claro está, preguntarnos cuál es nuestro lugar bajo el sol, nuestra manera de soñar y más allá, concebirnos como una manera de mirar el mundo. Una manera de crear.

C'est la vie.



FICHA DE LA AUTORA

Aglaia Berlutti nace en Caracas (Venezuela) en 1981, ciudad en la que aún reside. Abogada, fotógrafa y escritora, ha dedicado buena parte de su trabajo profesional en ambas disciplinas a la profundizar en la iconografía femenina, con especial énfasis en la mujer que crea y la divinidad femenina. En el año 2016 publica su primer libro “Bruja Urbana” (ficción) con la editorial FB Libros de Caracas y en 2019 el segundo, “Ophelia Ignota” con la editorial Taller Blanco Ediciones. También es una prolífica escritora para medios como Vanidades México (versión impresa), Canino Mag (España), Huffpost (España), Hipertextual (España), MoonMagazine (España), Revista el Robot (California), El Estímulo (Caracas), El Observador Latino (Caracas), Revista Estilo (Caracas), Revista Notas sin Pauta (México) y semanario PopConCulture (Argentina) En todos los anteriores, profundiza en el cine, la cultura y el arte como expresión colectiva y en especial, en la revisión de los grandes lenguajes actuales como hilo conductor de las pulsiones significativas de la época. También es editora en la revista dedicada a la temática del horror Penumbria de México, en la que desarrolla ensayos sobre la noción del género de terror en literatura y cine, además de ser parte del staff de narradores en la revista web Transtextos.

Redes Sociales:

Twitter: [@Aglaia_Berlutti](https://twitter.com/Aglaia_Berlutti)

Facebook: [AglaBerlutti](https://www.facebook.com/AglaBerlutti)

Instagram: [@Aglaia_Berlutti](https://www.instagram.com/Aglaia_Berlutti)

AGLAIA

FEMINISTA

40 RELATOS INCÓMODOS



EQUIPO

Directora: Susana Reina (@feminismoinc)

Diseñadora: Adriana Reina (@mima.maker)

Periodista: Alejandra Watts (@alejandra_watts)

RR II: Adriana Muñoz (@adrimbenites)

Ilustradora: Vanessa Tsoi (@vanetsoi)

Proyectos especiales: Teresa Rodríguez (teresarod_)

Web master: María Alejandra Aldrey (@kirisima)

FEMI
NISMO
INC.